
LA MALDICIÓN
DEL
Duque
LEXI THURMAN

Sello: Independently published

Título: La maldición del duque

Lexi Thurman© 2023

Cubierta: Amparo Tárrega

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Prólogo

Londres, 1818

La música de un cuarteto de cuerdas llenaba el aire mientras las parejas danzaban en la pista de baile. Lady Grace estaba disfrutando de su primer baile en sociedad. A pesar de la emoción, comenzaba a sentir el cansancio en sus pies.

Los últimos días habían estado llenos de emociones. A sus veinticuatro años, muchos considerarían que era mayor para estar aún soltera, pero la falta de pretendientes no era el problema. Tampoco su belleza, ni los bonitos vestidos que la costurera le había hecho. Simplemente, lady Grace no quería casarse.

Aprovechando que estaba sola y antes de que comenzara el siguiente baile que ya había concedido al hijo de un conde, se adentró en un pasillo solitario en busca de un baño. El silencio en ese pasillo era profundo, interrumpido solo por el suave murmullo de la música que llegaba del salón de baile. Ella se detuvo durante un segundo delante de un enorme espejo.

Tenía que reconocer que su vestido era una verdadera obra de arte. Estaba confeccionado con un suave tejido de satén color *champagne*, que caía en pliegues suaves y fluidos hasta sus tobillos. El escote era modesto pero elegante, con un pequeño adorno de encaje que realzaba su belleza natural.

Tras colocarse bien una hebra de pelo que se había escapado de su elaborado moño alto, continuó adentrándose por el pasillo envuelto en una suave penumbra, solo iluminado por unas pocas lámparas de aceite que arrojaban una tenue luz dorada sobre el suelo de madera pulida.

Lady Grace apresuró su paso para llegar cuanto antes al baño, pero iba tan sumida en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que no estaba sola en el pasillo. Se tropezó contra un hombre y el retículo se le cayó al suelo, provocando que se le desparramase el contenido por la alfombra.

Después de un intercambio de palabras, el hombre se marchó y ella recogió sus enseres desparramados: su cartilla de baile, un pañuelo de lino y un tampón.

¿Un tampón en un baile en 1818?

Lady Grace tiene mucho que explicar.

Capítulo 1

—¡No me lo puedo creer! —me lamenté, observando el cartel de cerrado de 21:00 a 05:00 colgado del pomo de la puerta del pequeño hotel familiar en el que había reservado una habitación.

Estaba exhausta después del largo viaje desde Chicago hasta Sutterland, un pueblo de Reino Unido famoso por sus paisajes y sus encantadores lugareños. O eso era lo que había leído en los diferentes artículos que había publicados sobre el pueblo en internet cuando había buscado información sobre él.

De la primera parte no podía dar fe, porque después de que el tren que había cogido en Londres sufriese una avería mecánica, había llegado tres horas más tarde de lo previsto y estaba demasiado oscuro. Y de la segunda parte tenía serias dudas; sobre todo, después de que un taxista me cobrase veinte libras por un trayecto de menos de cinco minutos. Pero, en esos momentos, ese no era el mayor de mis problemas, sino el hecho de que estábamos a finales de enero y estaba helada, faltaban cinco minutos para la medianoche y mi teléfono se había quedado sin batería.

Soltando la maleta y dejando la mochila en el suelo, busqué un timbre al que poder llamar, pero no había ninguno. Con los nudillos, golpeé la madera, sin obtener ninguna respuesta. Escudriñé la calle en busca de algún transeúnte, dándome cuenta de que estaba completamente vacía. Como era lógico a esas horas, los pocos negocios que había alrededor estaban cerrados y las farolas necesitaban con urgencia bombillas nuevas que no parpadeasen.

—¿¡Hay alguien despierto!? —grité, mirando hacia la fachada de piedra del edificio de dos plantas. Dulces Rosas, así se llamaba el hotel, tal y como se podía leer en el cartel que colgaba de la pared del establecimiento.

Pero, el único sonido que se escuchó fue el de mi estómago rugiendo. Apenas había probado bocado desde que había salido de mi apartamento en Chicago. La comida del avión estaba rancia y el sándwich de pollo que había comprado en una cafetería en Londres llevaba mayonesa, algo que odiaba.

Era la primera vez que salía de Estados Unidos, y aunque había planeado viajar por Europa en un futuro, había pensado que no sería en una circunstancia tan desafortunada como la que me había llevado hasta allí.

La puerta se abrió con un crujido cuando estaba a punto de darme por vencida. Una anciana con el pelo canoso recogido en un sofisticado moño asomó la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó, en un tono de voz amable a la vez que apremiante.

—Mi nombre es Grace Cook —me presenté—. Tengo un reserva para los próximos siete días. Mi tren se ha retrasado y no he podido avisar debido a que mi móvil se ha quedado sin batería.

No me sabía el número de memoria, así que no me había molestado en pedir prestado un teléfono, bastante que había sido capaz de recordar la dirección del hotel.

La mujer frunció el ceño a la vez que miraba mi aspecto de arriba abajo. Era consciente de lo que estaba viendo: mi melena castaña despeinada, mis ojos azules hinchados por la falta de sueño y una mancha de café adornando mi cazadora gris.

—Pobrecita —dijo al fin—, debes estar agotada. Vamos, pasa.

Abrió la puerta y se hizo a un lado, permitiéndome el paso. Agradecida, cogí mis

pertenencias. En el momento que puse un pie en el interior, un agradable calor me saludó.

—Acompáñame al comedor. Puedo calentarte algo de lo que ha sobrado de la cena —me ofreció la señora con una sonrisa.

—No es necesario —rechacé, agradeciendo su hospitalidad—. Solo necesito unas horas de sueño.

La mujer se puso sería. A pesar de que era menuda y delgada, se veía de lejos que era de esas mujeres mayores con una voluntad de hierro y que no permitían que se les llevase la contraria. Me hizo acordarme de mi abuela. La nostalgia me invadió al recordar a la mujer que me había criado.

—Jovencita, necesitas comer algo —insistió—. Puedes dejar la maleta aquí. Avisaré a mi hija y a mi yerno para que suban tu equipaje mientras tú cenas.

—No, no les molestes.

—No es molestia. Además, ellos deberían haberse asegurado de que había alguien esperándote a tu llegada.

—Es tarde y hace frío. No quiero…

—Este es un hotel familiar que consta de ocho habitaciones para huéspedes —me interrumpió. Era un dato que ya sabía, ya que había investigado sobre el hotel antes de llegar—. En la parte derecha del piso superior están las habitaciones para huéspedes, y en la izquierda, los dormitorios familiares. Mi hija, su marido y mis dos nietas se encuentran allí. Cualquiera de ellos pueden encargarse de tu equipaje.

—Está bien —claudiqué, a sabiendas de que no iba a conseguir nada llevándole la contraria.

Dejé mi mochila encima de un sofá de dos plazas azul que se encontraba a unos pasos de mí y la maleta apoyada en él.

—Venga, vamos. —La mujer me hizo un gesto con la mano para que la siguiera.

—Espera —la detuve. Abrí el bolsillo delantero de mi mochila y saqué mi cartera negra.

—Guárdala, no hace falta —me dijo antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más.

—¿No hacemos primero el *check-in?* —pregunté, señalando la pantalla del ordenador que descansaba encima de un mostrador.

La anciana negó con la cabeza con la sonrisa amable de nuevo en su rostro.

—No será necesario. Sígueme, por favor —repitió.

Arrugué el ceño, extrañada, aunque obedecí. Lo más normal cuando llegabas a un alojamiento era hacer el *check-in.* ¿Tal vez en aquel hotel familiar no funcionaba así? Aquello era demasiado extraño, ya que ni siquiera me había pedido la documentación para asegurarse cuál era mi verdadera identidad.

Aunque, ¿qué sabía yo? Me había criado en una gran ciudad, en los pueblos la vida era diferente. Y ciertamente, estaba demasiado cansada y hambrienta como para darle muchas vueltas.

Así que, seguí a la anciana por el pasillo. Abrió unas puertas dobles y entramos en una estancia con las paredes blancas decoradas por cuadros en las que había ocho mesas redondas colocadas en medio e iluminada por la luz de la chimenea. Debajo de esta, se encontraban apilados varios troncos de leña.

—No le digas a mi hija que no la he apagado —me susurró, como si se tratase de un secreto —. Me gusta la sensación de calidez que da al comedor.

—A mí también —concordé—. Tenéis un hotel muy bonito.

A pesar de que el hotel había sido renovado recientemente, tal y como había leído en su página web, mantenía tanto, en el interior como en el exterior, el estilo clásico que les definía.

—Ha pertenecido a mi familia desde hace más de doscientos años. —Sus ojos verdes brillaron con orgullo—. Estos muros han visto muchas cosas —dijo con nostalgia—. Siéntate y ahora te traigo algo de cenar. —Me señaló la única mesa que tenía puesto un mantel y un plato junto a los cubiertos, y después, desapareció por la puerta giratoria, que suponía que daba a la cocina.

Observé la mesa, extrañada, preguntándome por qué era la única que estaba preparada. ¿Tal vez la mujer iba a cenar y la había interrumpido? Eso explicaría que estuviera despierta a esas horas.

Antes de sentarme, eché un vistazo a los cuadros. La mayoría eran fotografías de algunos de los dueños del hotel. Unas en blanco y negro y otras en color. Pero, el cuadro que llamó mi atención fue el del retrato de una mujer fornida ataviada con una sencilla falda larga roja y una camisa blanca. No parecía muy mayor, puede que a principios de sus treinta. Sus rasgos eran duros y una sonrisa tensa adornaba su rostro.

—También es mi favorito. —La voz de la anciana me sobresaltó, provocando que pegara un brinco a la vez que me llevaba una mano al corazón. Me di la vuelta para mirarla, pero los ojos de ella estaban fijos en el cuadro—. Ella es Audrey Borson, mi tatarabuela y la primera dueña del hotel. —Me giré, centrando de nuevo la atención en la mujer del cuadro, dándome cuenta de que tenía los mismos ojos verdes que la anciana—. Aunque, en aquellos momentos, era una pequeña posada de paso —continuó—. Algunas personas se quedaban a dormir una noche, pero la mayoría se limitaban a comer algo caliente mientras cambiaban sus caballos cansados por otros. Todos tenían mucha prisa en continuar su viaje. Era una de las posadas de camino a Gretna Green.

—Entiendo —dije, a pesar de que no tenía ni la menor idea de lo que me estaba hablando.

No era buena con la historia, ni el arte, ni la literatura, ni nada que estuviese relacionado con las letras y humanidades. Esa era la especialidad de mi hermana.

Lo mío eran los números. Siempre había sido muy buena con ellos. Había terminado la carrera de Economía hacía menos de dos años y llevaba poco menos de uno trabajando en un banco.

—Gretna Green es un pueblo escocés a donde se escapaban los jóvenes ingleses que no tenían el permiso de sus padres para casarse —me explicó la anciana, dándose cuenta de mi desconocimiento.

—¿Y no podían casarse en Inglaterra? —pregunté.

La anciana fue a responderme, pero mi estómago rugió.

—Vamos, siéntate —me dijo, con una sonrisa dulce adornando sus labios. Me señaló la mesa, y antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, desapareció de nuevo por la puerta.

Me quité el abrigo y lo dejé sobre una de las dos sillas, para después sentarme en ella. La mujer apareció unos minutos más tarde, con una bandeja negra que dejó encima de la mesa. Observé un cuenco blanco lleno de sopa de pollo y verduras y los dos platos: uno con dos filetes de carne y otro más pequeño, en el que había una porción generosa de lo que parecía ser una tarta de queso.

—Es demasiada comida. —Sin poder resistirme, cogí el trozo de pan recién hecho que se encontraba a un extremo de la bandeja y partí un trozo, para luego darle un mordisco. Cerré los ojos por el placer; jamás había comido un pan tan rico.

—Come lo que puedas —me dijo, sentándose en la silla vacía frente a mí—. Respondiendo a tu pregunta: no, no podían. —Abrí los ojos, recordando nuestra conversación anterior—. En 1754, Inglaterra modificó su ley de matrimonio. Los jóvenes tenían que tener veintiún años o el

consentimiento de sus padres para poder casarse. Además, que la ceremonia debía ser llevada a cabo por un ministro de la iglesia y en una ceremonia pública en una casa de Dios. Y otro tipo de burocracias que provocaban que los compromisos se alargaran en el tiempo. Escocia no cambió la ley y Gretna Green era el primer pueblo escocés que se encontraban las diligencias en su paso entre Londres y Edimburgo.

Escuché la historia con atención, mientras acercaba el cuenco de sopa y cogía la cuchara. Me la llevé a la boca, soplando para no quemarme la lengua.

—¿Y qué razones tenían para hacer un viaje tan largo y de manera clandestina? —inquirí con curiosidad—. ¿Qué era tan importante que no podían esperar?

La mujer apoyó sus manos sobre la mesa y sus ojos brillaron con una emoción que no supe identificar.

—La más poderosa de todas —hizo una pequeña pausa—, el amor. Aquellas parejas no podían esperar ni un solo día. Y la mayoría no querían arriesgarse a que sus familiares les separasen para siempre.

Dejé la cuchara dentro del cuenco y sostuve el vaso de agua que se encontraba a un lado de la bandeja para darle un largo trago.

—No creo que eso terminase bien para ninguno de ellos —dije. Cuando la anciana arrugó el ceño, añadí—: Actuar de una manera tan impulsiva bajo la creencia de que estaban enamorados solo puede terminar en desastre.

Durante unos minutos, la mujer no pronunció ni una sola palabra. Me miró con intensidad, como si estuviese buscando algo en mí. Sintiéndome incómoda, aparté mi mirada de ella y la fijé en el cuenco, agarrando de nuevo la cuchara y terminándome la sopa en silencio.

—¿No crees en el amor?

Su pregunta me sobresaltó. Alcé la vista, fijando mis ojos de nuevo en ella.

—Soy práctica —respondí, encogiéndome de hombros—. No creo que las mujeres necesitemos a un hombre para estar completas. El amor es un mentiroso muy capaz. Te hace creer cosas que no son ciertas, te obliga a actuar de manera irracional, y cuando estás destruida, se ríe de ti.

Porque no, no creía en el amor. Mi madre lo había hecho enamorándose de un hombre tras otro, dejándolo todo por ellos; incluso a sus hijas. Después de que mi padre la abandonase cuando mi hermana y yo solo éramos unas niñas, habíamos pasado nuestra infancia de casa en casa. Mi madre se enamoraba de un hombre y decía que era el indicado. Se ilusionaba y lo daba todo por él, hasta que después de un tiempo, él la dejaba y ella lloraba durante semanas. Entonces, conocía a otro hombre y la historia se repetía una y otra vez.

Hasta que conoció a Gerard. Un empresario que vivía en Illinois y que no quería saber nada de niñas ajenas. Para él, mi hermana —que en aquel entonces ya era una adolescente—, y yo, no éramos más que un estorbo. Cuando su nuevo novio le dio a elegir entre nosotras y él, mi madre nos dejó con su madre adoptiva y se mudó con él.

Al principio, creí que volvería a nosotras. Que, cuando la historia no funcionase, regresaría a su hogar. Pero mamá nunca miró atrás.

—He estado casada con mi marido durante cuarenta años y nos hemos amado todos y cada uno de los días —habló la mujer, interrumpiendo mis pensamientos—. Incluso su muerte no ha podido llevarse ese sentimiento. Sigo amándolo y siempre lo haré. —Su voz se quebró por la emoción—. El amor no te destruye, te hace más fuerte.

¿Eso era lo que el amor le había hecho a mi madre? No, la había ido destruyendo día a día. Con cada decepción, se había ido apagando poco a poco. Esa necesidad de aprobación

masculina, esa necesidad de afecto, le había llevado incluso a abandonar a sus hijas.

Ni una sola llamada en todos estos años. Ni un misero mensaje de texto. Nada.

¿Eso era hacerla más fuerte?

—Tal vez, te hace creer que lo eres —repliqué, sintiendo que un nudo se formaba en mi garganta—. Pero esas personas que huyeron para casarse, ¿pensaron en su familia, en el daño que les provocaban sus deseos egoístas? —pregunté, en un tono más brusco del que me hubiera gustado.

La anciana me miró de nuevo con esa intensidad que me hizo sentirme incómoda. Era como si quisiese ver en mi interior.

—Para ser la hermana de Heather, sois muy diferentes. Ella es una soñadora.

—¿Conoces a mi hermana? —inquirí, dejando el tenedor con el que estaba pinchando un trozo de carne sobre la bandeja.

—Claro —me contestó ella, como si fuera obvio—. ¿No es por eso por lo que has venido aquí? ¿Para preguntarnos por ella?

Me congelé. Había pensado pasar desapercibida y realizar mi investigación de una manera sutil. Algo que, viendo lo pronto que aquella mujer se había dado cuenta de mis intenciones, no había conseguido.

Mi hermana Heather había desaparecido hacía más de dos meses. No era extraño en ella pasar semanas sin responder a mis mensajes, y más cuando se encontraba en uno de sus viajes por trabajo. Pero cuando no había aparecido en el cementerio el día del tercer aniversario del fallecimiento de nuestra abuela, sospeché que algo no iba bien. La había llamado por teléfono para descubrir que lo había dado de baja.

Su jefe en la galería en la que trabajaba me contó que se encontraba investigando si el cuadro que un cliente tenía en su poder pertenecía de verdad al famoso pintor Charles Wending o era una falsificación. Por lo visto, el cliente aseguraba que era un cuadro que el mismo pintor había entregado a sus antepasados. Estaba firmado por él y la técnica parecía la misma. No obstante, no había documentos que lo certificasen. Por eso, mi hermana estaba siguiendo la pista del hombre y el niño desconocidos que aparecían en el cuadro. Y dicha investigación la había llevado hasta Sutterland.

Lo último que su jefe sabía de ella era que había descubierto que el cuadro era verdadero. Heather tenía en su poder las pruebas que así lo certificaban. Ella le había dicho a su jefe que regresaría en unos días, pero no lo había hecho. Al mismo tiempo, el cliente había dejado de responder a sus llamadas.

Los dos hechos juntos le habían hecho creer a su jefe que mi hermana le había traicionado para quedarse con una mayor comisión en la venta del cuadro.

No obstante, conocía a mi hermana mayor mejor que a mí misma y ella jamás haría algo así. Heather amaba su trabajo en la galería, era su pasión y no se vendería al mejor postor. A mi hermana no podía importarle menos el dinero. A diferencia de mí, Heather era una soñadora que creía en el amor verdadero, que amaba el arte en todas sus formas, y que sería feliz viviendo en un pequeño piso de dos habitaciones con los juguetes de los niños tirados por el suelo y un marido demasiado perezoso para recogerlos.

—Mi hermana no ha regresado a Chicago y creo que le ha pasado algo. Lo que no entiendo es como tú sabes que yo la estoy buscando.

Como tampoco entendía cómo había sabido que era la hermana de Heather. Aunque, sería algo que cualquier persona se daría cuenta leyendo mi documento de identidad. Documento que no me había pedido. ¿Tal vez lo había visto cuando había realizado la reserva a través de la

página web? Era un hotel pequeño y familiar, en el que no tendrían muchos huéspedes diarios.

—Tengo un sexto sentido. Sé cuándo me mienten —me contestó, como si con aquella respuesta despejase todas mis dudas—. Tu hermana no se encontraba aquí de vacaciones como nos hizo creer a todos, ¿verdad?

—No, no lo estaba.

No entendía por qué mi hermana les había mentido. Tampoco estaba haciendo nada ilegal. Pero, no sería yo quién desvelase sus razones. Si ella había decidido ocultar el verdadero motivo de su visita, no iba a ser yo quién lo dijese.

—Ella se marchó del hotel sin despedirse de nadie ni avisar con antelación que se iba —me reveló la mujer—. Cuando mi hija fue a limpiar la habitación, descubrió que sus pertenencias ya no estaban. Encima de la cama había dejado el dinero para pagar la factura.

—¿Y no avisasteis a la policía?

La mujer me miró con compasión, pero negó con la cabeza.

—No es el primer cliente que hace algo así. Como nadie llamó preguntando por ella, asumimos que le había surgido algún imprevisto que tenía que solucionar y que no quería dar ninguna explicación.

En eso, tenía razón. Y me sentía culpable por ello. Si a Heather le había sucedido algo, sería mi culpa. Tenía que haber intentado ponerme en contacto con ella antes, buscarla aunque no respondiese a mis llamadas. Tenía que haber insistido más.

¿Y si le habían hecho algo? ¿Y si ella había…? Ni siquiera fui capaz de terminar la frase en mis pensamientos.

Inhalé una bocanada de aire a la vez que sentía que mis ojos se humedecían. No podía adelantarme. Debía estar tranquila.

Mi hermana era el único familiar que me quedaba al que yo le importaba. A ella no podía haberle pasado nada malo. Seguro que ella estaba bien y había una explicación lógica a su desaparición.

—¿Cómo sabes que es mi hermana? ¿Ella habló de mí? —pregunté.

Tal vez había dejado alguna pista.

—Te pareces a ella —respondió.

Aunque mi hermana y yo teníamos el mismo color de cabello, físicamente éramos completamente diferentes. Mientras que mis ojos eran castaños, los de mi hermana eran azules, idénticos a los de mi madre. Mi piel era más blanquecina y la de Heather era un poco más bronceada. Incluso nuestras facciones eran completamente diferentes, a pesar de que nuestra abuela insistía en que eran iguales. Eso era algo en lo que nadie más coincidía. Quizá, mi abuela no había estado tan desacertada como había creído.

—No se nada de ella desde hace semanas. El último paradero del que tengo constancia es este hotel.

La anciana estiró su brazo en la mesa y yo hice lo mismo. Acarició mi mano con la suya. No me consideraba una persona cariñosa, especialmente con aquellos a los que apenas conocía, pero, en ese instante, aquella muestra de afecto se sintió reconfortante.

—Vas a encontrarla. Estoy segura de que ella se encuentra bien. —El convencimiento en su voz hizo que me relajara.

—Llamé a la policía desde Chicago, pero me dijeron que no había ninguna razón para pensar que no se trataba de una desaparición voluntaria.

—¿Y no hay posibilidad de que lo sea? —me preguntó.

—No, no la hay. Heather nunca estaría tanto tiempo sin ponerse en contacto conmigo. ¿Ella

actuó de una manera extraña?

La anciana frunció el ceño mientras pensaba.

—No. Por lo menos, nada diferente a lo que hacéis las jóvenes de hoy en día. Todo el día con la cabeza agachada, mirando el móvil sin estar atenta a lo que sucede a su alrededor. Aunque… —comenzó la frase, pero se quedó callada de golpe.

—Dime lo que estás pensando. Sea lo que sea. Puede ser una pista.

Ella asintió.

—Una noche, escuché voces en el pasillo. Era la voz de tu hermana y la de un hombre. Pero cuando salí de mi habitación, ya no había nadie.

—¿Pudiste escuchar lo que decían? ¿El hombre era un huésped?

—Estaba durmiendo y me despertaron. No fui capaz de entender lo que decían. En ese momento, no teníamos ningún hombre hospedándose en el hotel. Ni siquiera mi cuñado, quien estaba visitando a sus padres con mis nietas.

Sentí como si una espada se me clavase en el estómago.

—¿Qué hacía ese hombre en el hotel? —pregunté, más para mí que otra cosa.

—Aunque no está permitido, a veces, los huéspedes traen acompañantes a pasar la noche. Solemos hacer la vista gorda cuando solo se quedan unas horas. No le di importancia.

—¿Y cuándo fue eso?

La mujer abrió los ojos ante mi pregunta. Sus mejillas sonrosadas perdieron el color.

—La noche antes de dejar el hotel.

—Tengo que encontrar a ese hombre. ¿Tenéis cámaras de seguridad?

Ella negó con la cabeza.

—No. El pueblo es seguro y nunca hemos tenido ningún problema con un huésped.

—¿Me acompañarías a la policía? Tal vez, con tu declaración, me hagan más caso.

Ella esbozó una sonrisa amable.

—Será un placer —me dijo—, pero puede esperar a mañana. Ahora necesitas descansar.

—Estoy bien —dije, a pesar de que un bostezo me pilló por sorpresa y abrí la boca.

—Estás agotada, Grace. No tienes ninguna prueba de que tu hermana no se marchó por su propia voluntad. El alcalde de Sutterland se enorgullece de que el pueblo es el que menos criminalidad tiene de todo el país y los agentes de la policía no van a abrir una investigación de desaparición forzosa que puede salir en las noticias sin estar seguros de que es así. Necesitas hacer acopio de todas tus fuerzas. Descansa y mañana te acompaño. La habitación que ocupó tu hermana está libre y posee la cama más cómoda de todo el hotel.

Acepté, porque sabía que ella tenía razón. Estaba tan cansada que apenas era capaz de mantenerme en pie. Y además, dormir en el misma cama en la que lo había hecho Heather me provocaba un sentimiento de cercanía a ella.

Capítulo 2

Mis pertenencias ya estaban en la habitación cuando la anciana me acompañó hasta allí. Solo cuando me desperté horas después fui consciente de que no le había preguntado su nombre. Aunque lo realmente importante era que su declaración podía ayudarme a que la policía buscase a Heather.

El sol se filtraba por las rendijas de la persiana anunciando un nuevo día. Miré mi reloj de muñeca para descubrir que eran las diez de la mañana. A pesar de que había dormido sobre nueve horas, no me encontraba descansada del todo. El *jet lag* estaba causando estragos en mí, pero no podía seguir holgazaneando en la cama.

Aparté las sabanas y el edredón amarillo, pero en cuanto el frío me golpeó, volví a taparme con ellas. Nadie me había avisado de la humedad de Reino Unido; se te metía por la piel y resultaba imposible entrar en calor.

Tras cinco minutos haciendo acopio de todas mis fuerzas para enfrentarme a las bajas temperaturas, salí de la cama. No había deshecho la maleta, pero la había dejado abierta encima de la alfombra blanca de pelo. Cogí un pantalón vaquero, una camiseta, un jersey *oversize* y unas playeras. Si algo me gustaba, era vestirme con comodidad. Algo que no podía hacer en el trabajo, aunque tenía mis trucos: camisas amplias que metía por debajo del pantalón para darme un aire más profesional; pantalones de vestir con goma y sin botones para que no apretasen, y mocasines y botas con poco tacón. Encontrar un calzado cómodo y elegante era la parte más complicada. Todavía me preguntaba cómo mi jefa podía caminar con esos bonitos zapatos con tacón de aguja de un lado a otro cuando yo no sería capaz de dar ni un solo paso sin caer de bruces al suelo.

Si por mí fuera iría al trabajo en pijama y saldría de la misma manera a la calle. Desafortunadamente, mi jefa del banco en el que trabajaba no opinaban de la misma forma.

Tras darme una ducha en el baño adherido a la habitación, me vestí y salí con intención de bajar en busca de la anciana. Pero en cuanto levanté la persiana y la luz entró a raudales en el dormitorio, me quedé petrificada. La noche anterior había estado tan cansada que no me había fijado en los detalles.

La estancia era preciosa, tal y como se anunciaban en su web, respetando el estilo antiguo. La estructura de la cama de matrimonio de madera tenía un cabecero doble lacado en blanco. En una esquina de la habitación se hallaba un armario empotrado de madera envejecida. Observé las paredes blancas de la estancia, que estaban adornadas con cuadros de paisajes naturales en blanco y negro. Pero, lo que llamó poderosamente mi atención, fue el escritorio colocado al lado de la ventana.

Nunca había sido de las que mostraban interés por los muebles antiguos. Ni por los modernos, si era sincera conmigo misma. Aunque, ese escritorio tenía algo completamente diferente a todos los que había visto hasta ese momento. Me recordó a los que se exponen en los palacios.

Me acerqué para verlo desde más cerca. Era un escritorio de madera oscura, que tenía cinco cajones a cada lado, todos ellos con cerradura. Como comprobé unos segundos después, no estaban cerradas, pero los cajones se hallaban completamente vacíos. Pese a que el mueble parecía haber sido restaurado, en ciertas partes, la madera estaba roída y una mancha de tinta negra ensuciaba la esquina derecha de la parte superior.

Un fuerte ruido provocó que dejase la inspección del mueble. Miré a mi alrededor, sin

encontrar la fuente del sonido. Posiblemente, provenía de la calle. Curiosa, me acerqué a la ventana, la abrí y me asomé por ella.

No parecía una calle muy transitada. Dos mujeres hablaban sobre lo encarecida que estaba la bolsa de la compra y un hombre empujaba un carrito de bebé. A lo lejos, vi a dos adolescentes corriendo con mochilas en sus hombros. Nada fuera de lo normal.

Cerré la ventana y me dirigí hacia la puerta, dispuesta a salir de la habitación y buscar a la anciana, cuando por el camino me tropecé con mi maleta abierta. Por suerte, conseguí mantener el equilibrio y me libré por los pelos de caerme al suelo.

—¡Mierda! —exclamé, a la vez que me agachaba para cerrar la maleta. Algo que, no tardé en descubrir un segundo más tarde, que era una tarea más complicada de lo que podía parecer a simple vista. Si ya me había costado cerrarla con la ropa bien colocada, era inimaginable hacerlo ahora que estaba toda revuelta.

No quería dejar la maleta allí, por si entraba el personal a limpiar y se rompía una pierna. Algo que parecía improbable, pero que, con mi suerte, seguro que pasaba. Y lo último que necesitaba en esos momentos era que me denunciaran por daños y perjuicios.

Me levanté y me dirigí hacia el armario, abriendo la puerta para ver si la maleta cabía dentro abierta. Podía sacar la ropa y colgarla, pero no había nada que me diese más pereza en ese instante que deshacer la maleta. Mi abuela solía quejarse de que mi cuarto parecía un campo de batalla con la ropa por el suelo, el maquillaje tirado encima del escritorio y el secador enchufado encima de la cama.

Ese era un rasgo de mí que no había cambiado con los años, ya que, desde que ella había fallecido y vivía sola, era aún peor. No me importaba reconocer que era una desordenada. Había intentado solucionar el problema en más de una ocasión, como, por ejemplo: viendo todos los vídeos de Marie Kondo. Hasta me había comprado sus libros; libros que habían terminado decorando la alfombra del salón. Vamos, que no había servido para nada. Y si la reina del orden en casa no era capaz de hacer de mí una persona ordenada, nadie podría. ¿Para qué iba a seguir intentándolo?

Regresé a la realidad cuando visualicé una mancha negra dentro del armario vacío. No tardé más de un segundo en darme cuenta, en el que vi que esa mancha se movía lentamente a través de la pared, que se trataba de una araña. Pero no una de esas pequeñas que podrían llegar a ser hasta adorable si no tenías en cuenta que tenían ocho patas y esa… No, definitivamente, ninguna araña puede considerarse adorable. Encima, la que se encontraba moviéndose por el interior del mueble, era realmente asquerosa. Además, era enorme. Por Dios, si hasta se la podía poner una correa y llamarla Floppy.

Al borde de un ataque de histeria, me quité la zapatilla derecha, dándome cuenta de que había estado a punto de salir del hotel en zapatillas de casa. La sostuve con fuerza y la lancé contra la pared. Esta rebotó contra la madera sin rozar siquiera a la araña, así que, recogí la zapatilla que había caído al suelo y comencé a golpear la madera con fuerza. Pero el bicho era mucho más escurridizo de lo que parecía, y no fui capaz de alcanzarle. En mis frenéticos intentos por deshacerme del monstruo con patas, no fui consciente del movimiento de los paneles de madera. No lo fui hasta que el zapato golpeó al vacío y a punto estuve de darme de bruces contra el suelo.

Atónita ante lo que mis ojos estaban viendo, olvidé a la araña para contemplar las escaleras que habían aparecido delante de mí como por arte de magia. Como si se tratase de una película de misterio, el armario se había abierto, dejando al descubierto un pasadizo secreto. Y yo, como buena protagonista que era, en vez de ir en busca de una explicación a la recepción, saqué el

móvil del bolsillo y encendí la linterna.

Mientras descendía por las escarpadas y oscuras escaleras, me sentí como si estuviese adentrándome en la cueva del lobo. No sabía lo que me esperaba al final, pero si había alguna posibilidad de encontrar alguna pista sobre el paradero de mi hermana, no lo iba a dejar pasar.

No voy a mentir diciendo que no tenía un poco de miedo, porque lo tenía. Yo no soy de esas personas especialmente valerosas ni exploradoras. Más bien, soy cauta y siempre procuro tener los dos pies en la tierra. Sin embargo, en esa ocasión, me dejé llevar por mi instinto. Ese que me decía que aquellas escaleras podían guiarme hasta Heather.

Los rayos de luz que entraban del interior del dormitorio fueron haciéndose más débiles a medida que iba descendiendo por las escaleras hasta que prácticamente desaparecieron cuando pisé el último escalón. Apenas pude distinguir una pequeña habitación, en la que me pareció ver una sola bombilla en el techo. Busqué el interruptor, palpando la pared. En cuanto lo encontré, la luz se adueñó de la estancia. Había esperado encontrar una bodega o una sala de torturas, pero no lo que vi.

Los únicos muebles que había en la habitación eran una mesa y una silla que estaban volcados en el suelo. Un vaso roto adornaba la baldosa sucia y un líquido amarillo rodeaba los cristales. Parecía que alguien había estado discutiendo allí.

No había ventanas, por lo que un olor nauseabundo inundó mis fosas nasales. Aquel lugar necesitaba una limpieza. Aunque lo que verdaderamente provocó que los pelos de mis brazos se erizasen, fue la mancha roja que vi en una de las paredes.

Con el corazón a punto de salir de mi pecho, me acerqué a la pared, poniéndome de cuclillas para poder ver la mancha con más detenimiento. Un hilillo rojo bajaba por la pared hasta la baldosa. Mi estómago dio un vuelco al darme cuenta de que se trataba de sangre seca. No tenía ninguna duda de ello.

Hay personas que dicen que la sangre no huele, pero lo hace. El olor metálico de la sangre fresca es uno de los olores que más repulsión me dan. Olor que sigue en el ambiente durante días, por muchos que lo limpies no se va. Quizá mi nariz era especialmente sensible, pero podía reconocer ese olor en cualquier lado.

Tragué saliva con fuerza a la vez que las piernas me fallaron y no tuve más remedio que sentarme en el suelo. ¿Y si Heather había estado allí? ¿Y si la sangre era de ella?

No podía dejarme llevar por el miedo, pero, en esos momentos, era incapaz de controlar mis pensamientos. A duras penas logré controlarme lo suficiente para intentar levantarme; sin embargo, cuando puse una mano en el suelo para impulsarme hacia arriba, sentí que tocaba algo con la palma de mi mano derecha. Miré para darme cuenta de que se trataba de una fotografía.

La cogí para observarla, dándome cuenta de que era la fotografía de un retrato. En él, aparecía un hombre vestido con una chaqueta azul, sobre un chaleco bordado en gris claro y unos pantalones grises oscuros. Sus facciones eran duras y atractivas y tenía unos ojos azules intensos, en los que podía percibir una tristeza que encogió mi corazón. Tenía su mano derecha apoyada encima del respaldo de una silla de madera en la que se encontraba sentado un precioso niño con pelo rubio. Este no tendría más de seis o siete años. Aunque la fotografía no era de gran calidad, pude ver la firma de Charles Wending.

Giré la fotografía para leer unas palabras escritas a bolígrafo: «Arthur Spinster, duque de LowCastle, y su pequeño hijo Derek».

Aunque no fue lo que había escrito lo que hizo que mi sangre se helara, sino la letra. Yo reconocía esa letra, era la de mi hermana. O Heather había estado allí o alguien le había robado la fotografía. Mi hermana había descubierto quién era el hombre del cuadro y posiblemente con

ello, también si era falso o no.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas ante las posibilidades de lo que podía haber ocurrido. Si era verdadero, el valor del cuadro era incalculable. ¿Tal vez ella había confiado en la persona inadecuada? ¿O quizá era falso y el dueño del cuadro se había trasladado hasta Sutterland para convencerla de que mintiese? ¿Y si él era el hombre que la anciana había escuchado hablando con mi hermana? ¿Si ella había descubierto esta estancia y le había llevado a él hasta aquí y en una acalorada discusión él la había…?

Ni siquiera era capaz de terminar la frase en mi mente. Heather estaba viva. Teníamos un vínculo especial, algo se hubiese roto dentro de mí si ella no siguiese en esta vida. Era una manera de pensar absurda, pero necesitaba creerlo para seguir cuerda.

Tenía que salir de allí e ir a la estación de policía del pueblo. No iba a conseguir nada con conjeturas. La policía analizaría la sangre y cualquier resto que encontrasen en la estancia. Ellos llegarían al fondo del asunto.

Con la fotografía en mi mano, me dirigí de nuevo hacia las escaleras cuando un sonido me detuvo. Entrecerré los ojos, identificando el sonido como unas carcajadas suaves y risueñas que parecían pertenecer a un niño o a una niña. Ladeé mi cabeza de un lado a otro, recorriendo la habitación con la mirada, en busca del niño o la niña, pero allí no había nadie.

Me pasé una mano por el pelo, mientras lanzaba un suspiro desesperado. ¿Me lo había imaginado?

Maldita sea, estaba comenzando a perder la cordura. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Sujetando la fotografía con fuerza, subí las escaleras corriendo, olvidándome de apagar la luz.

Capítulo 3

—Señorita Cook, no hay nada detrás del armario —me dijo uno de los dos policías que me habían acompañado hasta el hotel.

En un principio, se habían negado a venir conmigo, pero cuando les había dicho que si no lo hacían acudiría a la prensa estadounidense, habían claudicado. Aunque los agentes parecían más aburridos que interesados.

El que se encontraba con la cabeza metida dentro del armario, era un chico desgarbado que no parecía tener edad para ser policía. El traje le quedaba grande y la pistola reglamentaria bien protegida en su funda le hacía parecer que iba disfrazado para ir a una fiesta de instituto.

—Tienes que golpear el panel del fondo.

El joven ladeó la cabeza hacia mí, dedicándome una mirada de incredulidad antes de volver a centrar su atención en el armario y golpear la madera, sin éxito.

—¡Con más fuerza!

El chico repitió el movimiento con mayor energía, incluso las paredes del armario temblaron, pero nada pasó. Parpadeé, confusa.

—Aquí no hay nada —murmuró, a la vez que echaba su cuerpo hacia atrás. Se levantó y se dio la vuelta para mirarme.

—Eso es por qué lo estás haciendo mal —insistí—. Tienes que…

—Demuéstrenos usted como lo hizo —me pidió el otro policía, un hombre mayor que aparentaba tener la edad suficiente para estar jubilado.

Esos dos eran un dúo curioso. Parecían sacados de una comedia de las malas. Ya podía imaginarme el título: *El joven y el madurito*. Aunque ese título parecía más el de una película porno. Me eché a reír ante el absurdo pensamiento. El estrés provocaba que actuase como una lunática.

Un carraspeo me devolvió a la realidad. Los dos hombres me miraban como si estuvieran esperando algo. ¿Qué es lo que estaban esperando? Ah, sí.

Me quité una de las botas de monte que llevaba puestas, y antes de que ninguno de los dos hombres pudiese reaccionar, lancé la bota entre las puertas abiertas del armario. El policía joven, con unos rápidos reflejos dignos de un Récord Guiness, esquivó la bota, que impactó contra el panel.

—¿Qué se cree que está haciendo? —gruñó el policía más joven.

—Hacer lo que su compañero me ha pedido.

El hombre joven me miraba con el ceño fruncido y jadeando por el esfuerzo de salir corriendo para evitar recibir un golpe.

—Y luego dice mi mujer que debería jubilarme. Con los buenos momentos que me da esta profesión —dijo el otro policía, estallando en carcajadas.

Sin hacer caso a ninguno de los dos, recogí la bota del suelo y me acerqué al armario, golpeando con ella el panel, tal y como había hecho con la zapatilla de casa. La suela de la bota era mucho más dura, por lo que la madera se rompió, revelando una pared blanca.

No podía ser, yo misma había visto cómo no había ninguna pared allí. Antes de que pudiese mostrar mi perplejidad, el chillido de una mujer provocó que saliese del armario.

—¿Por qué estáis destrozando mi hotel? —preguntó una mujer de mediana edad, ataviada con un delantal marrón.

—Lucy —el policía mayor se levantó de la silla en la que estaba sentado—, le he explicado a Erin la razón de nuestra visita —dijo el hombre, nombrando a la adolescente que nos habíamos encontrado al regresar en recepción. Aunque dudaba que la chica hubiera escuchado alguna de nuestras palabras, ya que había estado más atenta a su teléfono móvil que a nosotros.

—Mi hija me ha dicho alguna tontería sobre un sótano oculto detrás de un armario —dijo la mujer, cruzando sus brazos. Sus facciones estaban enturbiadas por la ira—. ¿Qué os creéis que es mi hotel? ¿Narnia? —preguntó con sorna.

—En *Las Crónicas de Narnia* el armario te lleva a otro mundo —le corregí. Casualmente, aquellas eran las películas preferidas de Heather, que me había hecho ver una y otra vez hasta el cansancio. Mi hermana estaba tan obsesionada con ellas, que cuando éramos pequeñas, me había hecho meterme en todos los armarios que encontrábamos en busca de una puerta secreta. Daba igual si estábamos en nuestra casa, en la vivienda de una vecina o en la consulta del dentista. Y me constaba que era una costumbre que seguía teniendo de adulta. No de una forma tan exagerada y fantasiosa como cuando éramos unas niñas, pero sí que tenía un gran interés por los armarios y tendía a mirar en su interior siempre que encontraba uno.

No había forma alguna de que Heather no habría encontrado el pasaje secreto. Acababa de confirmar la sospecha que había tenido de que mi hermana había estado en el sótano cuando había encontrado la fotografía en la que aparecía su letra. Pero entonces, ¿por qué ahora no había rastro del sótano?

—¿Tú quién eres? —me preguntó la mujer llamada Lucy, sacándome de mis pensamientos.

Me aclaré la garganta y miré a la señora, quien no parecía estar de muy buen humor. Llevaba su cabello castaño recogido en un moño. Ella debía ser la hija de la anciana que me había recibido el día anterior.

—Mi nombre es Grace Cook, soy la hermana de Heather Cook —me presenté—. Ella ha desaparecido. Y estoy bastante segura de que algo le ha pasado en el sótano que tenéis oculto en este hotel. —Señalé el armario.

—No hay ningún sótano —dijo Lucy con dureza—. Lo hubo hace muchos años, antes de que yo naciese, pero la entrada fue tapiada, y desde luego, no se entraba por un armario de una de las habitaciones de huéspedes.

—¿Por dónde se entraba?

—Por la cocina.

—¿Puedes llevarme hasta allí?

—¿Para qué? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Para tirar la pared —respondí con convicción, a la vez que me ponía la bota de nuevo.

—¿¡Para tirar la pared!? —repitió con voz chillona. Por Dios, esa mujer era muy desagradable y ruidosa. Nada que ver con su madre. ¿Por cierto, dónde se encontraba la anciana? —. ¡Nadie va a tirar nada! —exclamó, moviendo sus brazos—. Si queréis hacerlo, necesitaréis una orden judicial.

—No será necesario, Lucy —dijo el policía más mayor con voz suave, tratando de calmar a la mujer—. No tenemos ninguna razón para pensar que Heather Cook ha sido secuestrada.

—He visto sangre en el sótano —No pensaba renunciar a la única pista que tenía del paradero de mi hermana—. Sé que mi hermana ha estado allí —insistí—. Alguien ha tapiado la entrada desde el armario aprovechando que he salido de la habitación. —En cuanto las palabras salieron de mi boca fui consciente de lo extraño que sonaba, ya que no había estado ni una hora fuera. Pero, por disparatado que pudiera parecer, esa era la única explicación posible.

Lucy frunció el ceño. Por primera vez desde que había llegado, escudriñó la habitación. Su

mirada se desvió desde la cama sin hacer hasta mi maleta en el suelo.

—¿Cuándo te has instalado? —me preguntó, centrando de nuevo su atención en mí—. Ayer te estuve llamando al teléfono, pero no conseguí contactar contigo. Y esta mañana he estado yo en la recepción y no te he visto llegar.

—Esta madrugada, tu madre me recibió —respondí—. ¿Dónde está ella? —inquirí—. Ella escuchó a mi herma… —Me detuve cuando vi que la mujer y los dos policías me miraban con la boca abierta.

—¿Mi madre? —Lucy parecía a punto de desmayarme.

—Sí —contesté, mordiendo mi labio inferior. ¿Quizá me había equivocado y ella no era su hija?—. Una señora mayor, con ojos verdes, pelo blanco. Ella me…

—¿¡Qué broma de mal gusto es esta!? —bramó Lucy—. ¡Voy a hablar con el alcalde! ¡Esto no va a quedar así!

El policía mayor tragó saliva, a la vez que se acercaba a Lucy, intentando calmarla.

—Relájate, Lucy. Debe tratarse de un malentendido.

—Tu madre me dijo que os había avisado —expliqué—. Incluso alguien subió mis pertenencias a la habitación mientras ella me preparaba la cena.

Los ojos castaños de la mujer se centraron en mí. Lágrimas no derramadas se arremolinaban en ellos.

—Señorita Cook —el policía más joven se dirigió a mí, mientras su compañero trataba de tranquilizar a Lucy—, puede esperar un momento fuera, ¿por favor?

Aunque no entendía lo que estaba pasando, obedecí. Por alguna razón, algo de lo que había dicho había provocado un estado de nerviosismo en la mujer. Pero, aquello no tenía mucho sentido, ya que no había sido irrespetuosa ni había dicho algo indebido.

Salí al pasillo seguida por el policía más joven. Este cerró la puerta con cuidado y caminó unos cuantos pasos, lo suficientes para dejar de escuchar los gritos de Lucy. El joven se detuvo en medio del pasillo y se giró hacia mí. Sacó una libreta junto a un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta.

—¿Puedes describirme con detalle la mujer que se hizo pasar por la madre de Lucy?

—¿Qué se hizo pasar? —pregunté, aturdida, mientras me apoyaba sobre la pared—. ¿No crees que fuese ella?

—No, no lo creo —dijo el joven, sin darme más explicaciones.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué alguien se colaría en el hotel y se haría pasar por una persona que no era? Y más, una adorable ancianita como ella.

—¿Puedo hablar con la madre de Lucy? Solo para asegurarnos.

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

Antes de que el chico respondiese, vi una fotografía en la pared detrás de él. Allí estaba la anciana que me había abierto la puerta, sonriendo a la cámara mientras removía una cuchara de madera dentro de un caldero.

El joven siguió mi mirada.

—Ella es Margot, la madre de Lucy —dijo el policía.

—Ella es…

Antes de que pudiera aclarar que nadie había falsificado la identidad de la madre de Lucy, el policía me interrumpió: —No puedes hablar con ella porque falleció hace tres años.

Capítulo 4

Después de ese descubrimiento, le había dicho a la policía que la mujer que me había abierto la puerta era alta, fuerte y con facciones duras. Había mentido descaradamente. ¿Qué otra cosa podía hacer; reconocer que había interactuado con una muerta? Porque entonces, seguro que me detendrían, o lo que era peor, me encerrarían en un psiquiátrico bajo cinco llaves. Algo que estaba empezando a pensar que quizá era lo que necesitaba. ¿Había tenido una visión? No tenía la sensación que hubiese brujas entre mis antepasados; aunque, en honor a la verdad, aparte de mi madre y mi hermana, no conocía a más familiares consanguíneos. Posiblemente, alguno también tendría el poder de la telequinesis que yo había heredado y había usado sin ser consciente de ello para subir a la habitación mi equipaje.

Suspiré pesadamente a la vez que negaba con la cabeza para eliminar esos pensamientos absurdos de mi cabeza. Evidentemente, había una explicación lógica. Una que explicase lo que había sucedido, una que no fuese que la posada estaba habitada por fantasmas. Y además, de los amables: de los que te hacían la cena, te daban conversación y recogían tu equipaje. Si existían los fantasmas, cosa que tenía la certeza de que no era así, no serían simpáticos ni sociables. Una vez muerto, ya no te riges por las reglas de los mortales; no tienes ninguna necesidad de aguantar las gilipolleces de los vivos.

Me estaban gastando una broma o igual era la manera que tenían los habitantes de Sutterland de decirles a los turistas que no eran bienvenidos a su hogar. O, tal vez, y esta era la teoría que más sentido tenía para mí, la policía ocultaba algo. A lo mejor sabían que le había sucedido a Heather y querían que me marchase para que no ensuciase el nombre de su pueblo. Estaban haciéndome creer que había perdido la cordura para que dejase de investigar. Pero eso era algo que no iba a suceder.

Desgraciadamente, no podía contar con la colaboración de Lucy, ya que esta no estaba muy dispuesta a hablar conmigo. Ni siquiera me había permitido explicarme, a pesar de que me había ofrecido a pagar los desperfectos. La mujer era inflexible, tozuda y muy empecinada en echarme de su hotel. A punto había estado de tirar mi equipaje por la ventana cuando le pregunté si la mujer del cuadro era su madre, ya que no podía fiarme de la palabra del policía.

Aunque al final no importaba si era una actriz con un gran parecido a Margot o la mujer del cuadro no era ella. Tenía que centrar todo mi atención en descubrir dónde estaba mi hermana. No podía marcharme del pueblo, así que me había hospedado en un hostal que se encontraba unas calles más abajo. Estaba descuidado, con las paredes blancas descorchadas, los pies se te pegaban contra la baldosa y ni de broma iba a comer una de las pastitas de bienvenida que no estaba segura si eran de chocolate o se habían caído al suelo impregnándose de la suciedad. Me extrañaba bastante que nadie hubiese llamado a sanidad para que clausurasen el hostal. Si no fuese porque no había ms establecimientos que acogiesen huéspedes en el pueblo, yo misma hubiese hecho esa llamada.

Por suerte, había podido elegir una habitación individual con baño privado en la que me había pasado lo que quedaba de mañana buscando información sobre el duque de LowCastle. Esa fotografía del cuadro de él y su hijo era la única pista que tenía de la desaparición mi hermana. Aunque pensaba que sería un hilo del que tirar; sin embargo, no había encontrado nada. Había revisado la biografía de Charles Wending con detenimiento. Pero ninguna mención que le relacionase con el pueblo y aún menos con el ducado. Un ducado que parecía no haber existido,

ya que no había ninguna mención sobre él en ningún lado.

Negándome a darme por vencida, decidí ir a la biblioteca del pueblo. Si ese hombre había estado de alguna manera relacionado con el pueblo de Sutterland, en los archivos antiguos habría información al respecto.

Pero, desgraciadamente, no encontré absolutamente nada.

Exhausta, me pasé una mano por la cara. Observé el móvil que había dejado a mi lado encima de la mesa de la biblioteca. Lo cogí entre mis manos para desbloquearlo. Pasé por lo contactos hasta detenerme en el número de teléfono de mi madre. Hacía años que no hablaba con ella y ni siquiera sabía si seguía manteniéndolo. Mi padre había fallecido de un accidente de coche tres años después de abandonarnos y si Heather estaba desaparecida, mi madre tenía derecho a saberlo. Y por muy absurdo que pudiese sonar, en esos momentos, la necesitaba. Ella era la única familia que me quedaba. Mi dedo fue a apretar el botón de llamada, pero no pude hacerlo. No cuando llamarla significaba aceptar que jamás volvería a ver a Heather. No cuando no obtendría ningún consuelo por su parte.

Dejé el móvil de nuevo en la mesa y centré mi atención en la fotografía del duque y su hijo que descansaba sobre la madera. La cogí para observarla con más detenimiento, intentando buscar algo, una pista, una señal en ella que me llevase hasta Heather.

¿Por qué Charles Wending no había retratado a la madre del niño? ¿Qué había sido de ellos? ¿Por qué no habían pasado a la historia como todos los aristócratas? ¿Y si no era un duque de verdad? ¿Y si todo se trataba de un truco del pintor?

Me puse la mano con la que no sujetaba la fotografía en la cabeza, ya que estaba comenzando a tener una jaqueca que aspiraba a tener proporciones épicas.

—¿De dónde has sacado la fotografía de un retrato del duque de LowCastle? —Una voz de mujer provocó que pegase un pequeña salto en mi asiento.

La bibliotecaria, una mujer a mitad de sus treinta, me observaba a través de sus gafas de vaso. Se podía decir que la mujer era exactamente cómo te imaginabas que era una bibliotecaria. Vestida con ropa ancha, gafas y el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Cómo sabes de quién se trata? —susurré, mirando a mi alrededor con desconfianza.

Solo había un señor leyendo un libro en una de las mesas pegada a la ventana, al otro lado de la sala. Apenas entraba luz por la ventana, ya que había comenzado a anochecer.

En vez de contestarme, se acercó al hombre para recordarle que cerraban en cinco minutos. Con un gesto de su mano, me pidió que no me moviese de mi asiento mientras ella recogía unos libros que habían sido dejados encima de una mesa. Cuando el hombre se marchó, cerró la puerta con llave y se sentó a mi lado.

—Arthur Spinster fue el duque de LowCastle. Falleció el 18 de mayo de 1818 —me susurró, a pesar de que nadie podía escucharnos.

—No he encontrado información en ningún lugar sobre él. Si fue un duque, ¿no debería haberla?

La bibliotecaria se encogió de hombros.

—No tenía ningún familiar cercano por parte paterna y el condado se extinguió.

—¿Y su hijo? —pregunté, mirando al pequeño niño de la foto.

—Falleció la misma noche que su padre.

—¿Qué les sucedió? ¿Un accidente?

La mujer se mordió el labio inferior, como si estuviese pensando si era buena idea darme más información o no. Debió de decidir que no lo era, porque no respondió a mi pregunta.

—¿De dónde has sacado la fotografía? ¿Has visto el cuadro?

Negué con la cabeza y después, le conté la verdadera razón por la que estaba allí. Le dije que mi hermana había desaparecido y que tenía sospechas de que no había sido por voluntad propia. No sabía si aquella mujer era de fiar, pero era la única que había demostrado saber algo sobre el duque.

Ella me escuchó con atención. Cuando terminé de hablar, estrechó sus bonitos ojos azules y arrugó su ceño, mientras ladeaba su cabeza de un lado a otro, pensativa.

—No recuerdo haber hablado con ninguna chica llamada Heather, ni haber visto a ningún forastero durante este último mes. En un pueblo tan pequeño como este, todos nos conocemos. Si hubiera visto a alguien que no vive aquí, lo sabría.

A pesar de sus palabras, saqué mi móvil del bolsillo derecho de mis vaqueros y busqué una fotografía de Heather en mi galería. Un nudo se formó en mi garganta cuando vi la imagen de mi hermana. Era una foto que le había sacado en nuestro restaurante de *sushi* favorito un año atrás. Heather sacaba la lengua a la cámara, tan risueña como siempre, mientras sostenía los palillos en su mano derecha.

—¿Segura? —le pregunté, girando la pantalla hacia ella.

La mujer miró la foto con detenimiento, pero negó con la cabeza.

—Si ella buscó información en la biblioteca, yo no la vi. Tal vez mi compañera habló con ella —me dijo cuando vio mi mueca de desilusión—. Está de vacaciones, pero regresa en cuatro días. ¿Cuánto tiempo tienes pensando quedarte?

—El tiempo que haga falta hasta que descubra que le sucedió a Heather. —Por fortuna, tenía días acumulados y había podido pedirme un mes de vacaciones—. ¿Podrías llamar a tu compañera? —le pregunté—. Si le envías la foto… —A pesar de que contaba con tiempo de sobra, cuanto antes obtuviese cualquier información sobre el paradero de mi hermana, mejor.

La bibliotecaria me dirigió una mirada de disculpa.

—Lo siento, pero no tengo su número.

Lancé un suspiro. Tendría que esperarme a que regresase.

—Tu hermana va a aparecer —me animó la mujer, posando su mano encima de la mía—. Cualquier cosa en la que te pueda ayudar para dar con su paradero, cuenta conmigo.

Le ofrecí una sonrisa débil.

—Muchas gracias por todo —le agradecí, a la vez que me separaba suavemente de su agarre. A pesar de que no tenía ninguna nueva pista, traté de no derrumbarme. Cogí el móvil y lo guardé de nuevo en el bolsillo de mi pantalón vaquero—. Ya no te molesto más —le dije, mientras me levantaba de la silla.

—Espera —me detuvo—. No debería contarte esto, pero… —la mujer se mordió en la labio inferior, nerviosa—, si tu hermana estaba investigando sobre el duque, pudo incomodar a personas del pueblo.

—¿Incomodar? —pregunté, incrédula.

La mujer cogió una silla y se sentó frente a mí. Yo volví a sentarme en mi asiento y esperé varios minutos hasta que ella estuviese preparada para hablar.

—El duque de LowCastle tenía su casa solariega no muy lejos de aquí —habló, con su mirada fija en la fotografía que aún estaba sobre la mesa—. La mayor parte de los habitantes de este pueblo y los cercanos vivían gracias al trabajo que él les proporcionaba. Le debemos todo. Si no hubiese sido por él, muchos de nuestros antepasados habrían muerto de enfermedades y hambruna. Yo misma no habría nacido.

—Si fue alguien tan importante para el pueblo. ¿Por qué no hay un monumento con su nombre o una calle?

La chica suspiró.

—Porque fue más cómodo y fácil para nuestros antepasados creerse la mentira que les contaron que enfrentarse al rey.

—¿Qué mentira? —pregunté.

—Que él mató a su hijo, y después, se suicidó, disparándose en la cabeza con su rifle de caza.

Llevé mi mano hasta la boca para reprimir un grito. Cogí la fotografía con la mano temblorosa. Mis ojos se fijaron en las facciones serias del duque, y después, en el niño.

—¿Y no fue así?

—No, claro que no —me respondió la mujer con convicción—. Fue un montaje para deshacerse del ducado de LowCastle. Suscitaba muchas envidias, ya que, en aquel momento, era de los más ricos del país. Los habitantes del pueblo sabían que el duque era incapaz de un acto tan indigno. Él amaba a su hijo. Pero cuando el rey dio por válido el testimonio de los falsos testigos, se acobardaron.

—¿El rey conspiró para matarlo?

La mujer se encogió de hombros.

—No lo creo. Pero le dieron la excusa perfecta para deshacerse del ducado y quedarse con todas las riquezas. George IV era un hombre muy ambicioso.

—¿Y que rey no lo es?

La bibliotecaria esbozó una sonrisa.

—Sí, supongo que aún en nuestra época siguen siéndolo. George IV también era conocido por cambiar rápidamente de opinión. No podías fiarte de sus promesas. Y aunque prometió que no tomaría represalias por aquellas personas que pusiesen en duda la culpabilidad del duque, nadie se atrevió a hacerlo; incluso los sirvientes que se encontraban esa noche en la casa. Varios aseguraron que el duque estaba en su despacho cuando se escucharon ruidos extraños en la habitación infantil. Subieron para encontrarse al pequeño fallecido y una figura que se escapaba por la ventana. El duque, que había subido atrás de ellos con la escopeta para defender a su hijo, saltó por la ventana detrás del asesino para vengar la muerte de su hijo. Al día siguiente, se lo encontraron muerto de un tiro en la orilla de un lago. Los forenses de la época certificaron que fue un suicidio.

—Si los empleados lo vieron tan claro, ¿por qué se le culpó?

—Porque algunos empleados mintieron. Y porque un hombre con un título nobiliario aseguró que el duque se lo había confesado antes de quitarse la vida.

Me incliné hacia ella, intrigada.

—¿Qué hombre?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Ni tampoco sé cómo se encontró esa noche con el duque. No es como si hubiese podido llamarle por teléfono o enviarle un *e-mail*. Y aun en caballo se tardaba horas en recorrer un camino en el que ahora se tarda minutos en coche. —Ella tenía un punto en eso.

—¿Y cómo estás tan segura que esa es la versión verdadera?

—En mi familia se ha contado esa historia de generación en generación. Algunos creemos que uno de nuestro antepasados era uno de los empleados que estaba allí aquella noche y guardó el secreto por miedo. Me consta que hay más casos como el de mi familia en el pueblo. Incluso se rumorea que la familia del actual alcalde encontró una carta de un antepasado en la que se arrepentía de haber traicionado al duque esa noche mintiendo ante el rey. En ella, aseguraba que se había visto obligado. Pero solo son rumores. Lo que sí es cierto es que a mucha gente en el

pueblo le interesa que la historia del duque y su hijo siga enterrada. Si tu hermana estuvo husmeando, puede que enfadase a ciertas personas.

—¿Crees que alguien pudo hacerla daño? —pregunté, asustada.

Ella negó con la cabeza, logrando que yo emitiese un suspiro de alivio.

—No, claro que no —se apresuró a aclarar—. En este pueblo hay mucho cobarde, pero no somos violentos. Aunque, quizá, alguien la advirtió. Tu hermana se asustó y decidió seguir investigando desde otro lugar.

Sin embargo, si Heather tan solo se había asustado y se encontraba bien, ¿por qué no se había puesto en contacto conmigo? Una llamada, un mensaje…

—En dos días hay un eclipse solar —dijo la mujer, rompiendo el silencio—. Los habitantes del pueblo que sabemos la injusticia que se cometió y no tenemos miedo a decirlo, vamos a reunirnos en las que fueron las tierras del duque, a las afueras del pueblo, para rendir homenaje a Arthur Spinster y su hijo Derek.

—¿Por qué durante el eclipse?

—Porque en la noche que ambos fallecieron una luna roja reinó el cielo.

—Un eclipse total de luna —murmuré para mí misma, pero la mujer lo escuchó.

—Así es. Si tu hermana está investigando sobre la historia del duque de LowCastle, es probable que salga del lugar en el que se está escondiendo y acuda.

Era una posibilidad improbable, ya que conocía a Heather lo suficiente como para saber que ella no se estaba escondiendo. Alguien la retenía o algo le había sucedido. Pero una reunión con personas que conocían la historia del duque era una buena oportunidad de encontrar alguna pista. Seguro que durante su investigación, Heather se había entrevistado con alguno de ellos. Tenía que intentarlo.

Capítulo 5

—¿De verdad era necesario ir vestida así? —le pregunté a Adele, que así se llamaba la bibliotecaria, en cuanto salimos del coche.

Los dos días anteriores me los había pasado buscando a mi hermana por los alrededores sin ningún éxito. Ni siquiera ahora que conocía la identidad de los retratados en el cuadro pude encontrar la mínima pista que me llevase hasta ella. Al final no me había quedado más remedio que claudicar y esperar al eclipse solar. El único problema era que, por lo visto, era obligatorio acudir a la reunión vestida de época.

Adele, que había resultado ser una mujer muy resolutiva, me había conseguido en tiempo récord un vestido de la época de la regencia. No era un vestido elegante, de esos que llevaban las protagonistas de las películas de época, sino un sencillo vestido verde con escote amplio y mangas largas. No era feo y me quedaba bien, pero me sentía disfrazada. Que, por otro lado, era como iba.

—Lo es —me dijo por enésima vez—. Queremos rendir homenaje al duque y a su hijo de la mejor manera posible, y para ello, debemos vestirnos cómo lo hacían en aquella época.

Moví mi cabeza en un asentimiento a modo de respuesta, resignada. No estaba de acuerdo con ella, pero como tan solo era una invitada, no tenía voz ni voto en esa cuestión.

Adele llevaba un vestido parecido al mío, pero en azul cielo, y ella parecía cómoda.

—¿El corsé también era necesario? —inquirí.

Adele se rio como respuesta. Aunque supuse que sería un *sí*, no pude preguntárselo, porque un grupo de personas vestidas de época me interrumpieron. No sé qué esperaba encontrarme, pero, desde luego, no lo que vi.

Los participantes de la reunión gritaban, saltaban, e incluso, algunos bebían a morro de unas botellas de plástico un líquido rojo que intuí que era vino. Adele se unió a ellos, saludándolos con besos en la mejilla a algunos y a otros con palmadas en la espalda.

Me quedé en medio del descampado, observando la escena con sorpresa y escepticismo. A pesar de que la mayor parte de los presentes eran de una edad similar a la mía, parecían un grupo de adolescentes en una fiesta clandestina de disfraces. Estaba perdiendo el tiempo allí; no iba a encontrar nada que me llevase hasta mi hermana.

Fui a sacar el móvil para llamar a un taxi, pero no pude hacerlo, ya que me había dejado el bolso en el coche de Adele. La busqué con la mirada, pero no logré encontrarla. ¿Dónde se había metido?

—No eres del pueblo —me dijo una chica. Llevaba el cabello recogido en un sofisticado moño y un vestido largo entallado que, dentro de mi escaso conocimiento, no parecía muy fiel a la época—. ¿Eres familia de Adele?

—No. Mi hermana Heather… —No pude terminar de explicarme, porque un chico ataviado con un frac negro, pero en vez de llevar una camisa por debajo, llevaba una camiseta negra con el logo de *La guerra de las galaxias*, nos interrumpió.

—¿Un trozo de *brownie*, chicas? —nos preguntó, ofreciéndonos un plato de plástico con varios trozos del dulce.

La joven negó con la cabeza.

—El chocolate me da alergia.

Era más que evidente que lo que le daba alergia era engordar. Yo no tenía el mismo

problema que ella, ya que nunca le decía que *no* a un dulce. Aunque prefería el *brownie* acompañado con una bola de helado de vainilla, cogí un trozo.

—¿Está bueno? —me preguntó el chico con una sonrisa ladeada.

—Delicioso —respondí—, pero tiene un sabor diferente a los que suelo comer —aprecié, pasándome la lengua por los labios.

Tal vez en Inglaterra usaban una receta distinta, o quizá, un ingrediente extra que le daba un sabor ligeramente cítrico.

—Tengo buena mano para la cocina.

El chico me guiñó un ojo, haciéndome partícipe de una broma que no entendí.

—¿Puedo comer otro trozo?

El chico ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. Me observó en silencio durante unos segundos con una expresión dubitativa, como si no supiese qué contestarme. Después, se encogió de hombros y me dio otro trozo de *brownie*.

—Gracias.

Estaba a punto de pegarle un mordisco, cuando Adele apareció a mi lado. Llevaba unas gafas en su mano derecha, de esas que se utilizaban para ver los eclipses.

—Ben, quedamos en que nada de drogas. —Adele fruncía el ceño mirando al joven.

Este entrecerró sus ojos e hizo un gesto con la mano.

—Es una ocasión especial, no seas aguafiestas. Solo le he echado un poco de cánnabis al *brownie*.

En el instante en el que escuché aquellas palabras, lancé el trozo de *brownie* que sostenía en mi mano al suelo.

—¿Me has drogado? —pregunté, horrorizada.

—Te has drogado tu sola —respondió Ben, provocando que varios jóvenes que estaban alrededor se riesen, y uno de ellos, hasta se puso los dedos en los labios para intentar silbar. Aunque eso fue lo único que hizo, intentarlo, porque no salió ningún sonido de su boca, lo que provocó que sus amigos se riesen aún más fuerte.

Por lo visto, no era la única que había probado ese *brownie*.

Adele suspiró a la vez que negaba con la cabeza.

—Madre mía, nunca he probado el cánnabis —murmuré, intentando no entrar en pánico, pero sin conseguirlo—. Me estoy mareando. —Cerré los ojos, sintiendo cómo mi corazón comenzaba a latir con fuerza.

Si había algo que me asustaba, eran las drogas y su efecto en el organismo. Ni siquiera bebía demasiado, ya que si algo me daba miedo, era perder el control sobre mis actos. O no recordar lo que había hecho el día anterior.

—Ni siquiera la mierda que nos vende Ron es tan buena como para causarte efecto tan rápido —me dijo Ben mientras me apretaba el hombro—. Respira hondo y relájate.

Siguiendo las instrucciones de Ben, abrí los ojos mientras que inspiraba por la nariz y exhalaba por la boca. Poco a poco, me fui relajando y la sensación de irrealidad que se había apoderado de mí, desapareció.

—Deberías haberme avisado —le recriminé, apartando su mano de mi hombro.

—Pensé que lo sabías. ¿Quién hornea un *brownie* sin cánnabis?

—¿La mayor parte de las personas?

Ben se encogió de hombros como respuesta.

—¡Está empezando! —gritó alguien, y todos empezaron a aplaudir, dejándome de prestar atención.

Miré hacia el cielo, pero al no llevar gafas especiales, lo único que logré fue que los rayos del sol me deslumbrasen. De todas maneras, aún estaba completamente de día, así que no me estaba perdiendo nada. Como todos estaban mirando al cielo en silencio, aproveché para escudriñar el lugar con la mirada.

Me llamaron la atención unas ruinas a lo lejos. Parecían de una edificación antigua, aunque era incapaz de decir de qué tipo. Quedaban en pie las cuatro paredes, pero donde debía de estar la puerta, no había nada, como tampoco tenía techo.

—¿Son restos de la casa del duque? —le pregunté a Adele, provocando que esta girase la cabeza hacia mí. Se quitó las gafas cuando señalé las ruinas con mi dedo.

—No. La casa solariega del duque estaba construida en estas tierras, pero no queda nada de ella. Aunque el rey la mandó destruir, no se atrevió a hacer lo mismo con la capilla. Hasta él temía a la ira de Dios. Pero como nadie se encargó de su cuidado, con los años, se fue deteriorando. También sufrió saqueos y vandalismo.

—Es una pena.

Adele asintió, de acuerdo conmigo.

De repente, sentí que mi estómago se revolvía y la bilis comenzó a ascender por mi garganta.

—Ahora vuelvo —le dije a Adele, con la voz entrecortada, alejándome del grupo antes de que escuchar su respuesta. Me dirigí a paso rápido hacia una zona solitaria del descampado. Aunque incliné mi cuerpo para vomitar, no llegué a hacerlo, ya que las náuseas desaparecieron tal y como habían llegado. El aire fresco golpeando mi piel me produjo una sensación de frescor y relajación. Temí que esa sensación fuese producida por el cánnabis. Iba a matar a Ben. O, más bien, me iba a matar a mí misma por aceptar dulces de un desconocido. Ya me lo decía mi abuela: «Grace, no aceptes caramelos de los desconocidos». En honor a la verdad, no era caramelos lo que había aceptado. No era mi culpa que hubiese confiado en la persona inadecuada. Sí, sí que lo era, debería haberlo sabido mejor.

Madre mía, estaba discutiendo conmigo misma. La cabeza me daba vueltas, así que me dirigí hacia las ruinas con intención de encontrar un lugar en el que sentarme alejada del resto y que no fuesen conscientes de mis delirios. Entré por el lugar en el que antiguamente estaría la puerta, divisé una piedra grande y plana y me senté en ella.

Cerré los ojos en un intento de recuperar la cordura. ¿Cuánto duraba el efecto del cánnabis?

—¿Te encuentras bien? —Una voz femenina provocó que abriese los ojos. Lo primero que vi fue una falda tipo globo por debajo de las rodillas y de color negra. Estaba claro que, al final, las únicas que estábamos vestidas adecuadamente para la ocasión éramos Adele y yo. O, posiblemente, Adele era la más friki de todos los participantes de la reunión.

Estaba comenzando a preguntarme qué hacía allí.

—Buscar a tu hermana —contestó la misma voz femenina a la pregunta que no me había dado cuenta de que había realizado en voz alta—. Aunque no es la verdadera razón por la que has venido a Sutterland.

Levanté la cabeza, sorprendida por su respuesta, para encontrarme con un rostro que conocía bien. Margot se hallaba frente a mí. No era buena recordando nombres de personas que tan solo había visto una vez en mi vida, pero el de ella no lo iba a olvidar nunca.

En esta ocasión, la anciana llevaba el pelo suelto. Tenía canas, pero no era completamente blanco. Me fijé bien en sus facciones. Sin duda, era ella, aunque parecía algo más joven que la última vez que la había visto.

—No, no puede ser —dije, levantándome de la piedra—. Otra vez tú —espeté, enfurecida

—. No sé lo que buscas de mí, pero que sepas que no vas a volver a engañarme.

Después del incidente en el hotel, había buscado más información sobre Margot, la madre de Lucy. Descubriendo que, efectivamente, había fallecido. Incluso había ido hasta el cementerio y buscado su tumba para cerciorarme. Aquella mujer que me atendió aquella noche lucía exactamente igual que la madre de Lucy, por lo que la única explicación coherente que había encontrado era que había sido víctima de un engaño. Por razones que no comprendía, una mujer muy similar a Margot, estaba suplantando su identidad.

—¿Engañarte? —preguntó la mujer, pareciendo confundida.

—Sí, engañarme. Mira, no sé por qué te estás haciéndote pasar por otra persona —tal vez pretendía sacar algún beneficio económico o, simplemente, no estaba en posesión de todas sus facultades —, y lo cierto es que no me importa. —Bastante tenía ya con todos los problemas que tenía—. Pero que sepas que ya sé que tú no eres Margot y que Lucy no es tu hija. No pienso volver a caer en tu trampa.

—Desconozco de qué trampa estás hablando, cariño —las palabras de la falsa Margot eran dulces y pausadas—, pero mi nombre Margot y tengo una hija que se llama Lucy.

Tal vez fue fruto del efecto del cánnabis, pero, en aquellos momentos, no tuve ninguna duda de que decía la verdad.

—No puede ser… —balbuceé, pasándome una mano por el pelo con desesperación—. Margot está muerta.

La mujer estiró sus labios en una sonrisa suave.

—Por lo que veo, nos conocemos.

—Claro que nos conocemos. Me recibiste cuando llegué a tu hotel. Era tarde y estaba cerrado. Sin embargo, tú me abriste y me invitaste a cenar.

—Suena como algo que haría yo.

—Pero al día siguiente tu hija me tomó por loca. Ella no se creyó que había hablado con su madre fallecida.

Que ahora que lo decía en alto, Lucy tenía toda la razón para desconfiar de mí. Por Dios, me estaba volviendo completamente loca.

La mujer negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Esa hija mía sigue siendo igual de obtusa que siempre —musitó—. Ha salido a su padre. Un hombre práctico y racional, pero con un gran corazón. Me recuerdas a él.

Me pasé una mano por el rostro. Aquella conversación era absurda. Si es que estaba teniendo una conversación y el cánnabis no me estaba provocando que viese alucinaciones y hasta hablase con ellas.

El cielo comenzó a oscurecerse. Aún no lo suficiente para no ver lo que tenía frente a mí, pero sí para avisarme de que el eclipse estaba a punto de llegar a la parte más álgida.

—Es mejor que me una al resto para ver el eclipse —dije, porque despedirme de mi alucinación me pareció la mejor idea.

Margot sujetó mi brazo, impidiéndomelo. Bajé mi mirada hasta su agarre, sintiendo sus dedos por encima de la tela de mi vestido. Se sentía tan real… ¿Qué narices me había dado Ben?

—Grace —pronunció mi nombre con confianza, como si nos conociéramos de toda la vida —, ¿cuántas veces has sentido que no pertenecías a la época en la que has nacido?

—Ninguna —respondí, sin terminar de entender por qué me realizaba esa pregunta. Aunque en la situación en la que me encontraba, esa era la parte menos surrealista de todo—. Bueno, es cierto que me gusta la música de los 60 y que con mi primer sueldo me compré un tocadiscos. Si te refieres a eso… —continué hablando, porque, al parecer, no sabía callarme.

Margot se mordió el labio inferior para contener una carcajada.

—Tu hermana Heather es la fantasiosa, la que no pone en duda el destino al que está destinada. Tú eres diferente, Grace. Tú no permites que nadie dicte tu destino. Tú tomas tus propias decisiones, no necesitas la aprobación del resto. —En eso último, Margot tenía razón. Yo siempre había volado por libre, no me importaba ser la chica rara en el colegio, ni que no me invitasen a las fiestas. En cambio, Heather necesitaba la aceptación y aprobación del resto. Ella había realizado actos que no la representaban en el instituto solo para sentirse aceptada por los demás—. Tu destino es quedarte apartada y actuar solo si la elegida falla.

—¿La elegida? —pregunté, a la vez que me separaba del agarre de Margot.

—La elegida para viajar al pasado.

—¿Viajar al pasado? —repetí con incredulidad—. Sí, claro… —Se me escapó una risa nerviosa—. Ben le ha echado también plantas alucinógenas al *brownie*.

Margot me miró con expresión seria. No había ni rastro de humor en su rostro.

—No estás alucinando, Grace.

Me puse las manos en los oídos para no seguir escuchándola.

Hablar con una muerta, podía aceptarlo. Pero ya que esa muerta me dijese que yo era la destinada a realizar un viaje en el tiempo era demasiado para mi yo drogado.

Margot agarró una de mis manos, quitándomela del oído. Peleé con ella, pero la mujer era fuerte y ganó la batalla. Posiblemente, no ayudó que a cada momento que pasaba me encontrase más mareada.

Trastabillé y a punto estuve de caerme, pero Margot me sujetó, impidiéndomelo.

—Las nauseas y el mareo significa que queda poco tiempo. El destino no está escrito, no lo olvides.

—¿El destino? —repetí con confusión—. No te estoy entendiendo. Nada de lo que dices tiene sentido.

—No puedo decirte nada más, es mejor que lo averigües por ti misma —respondió Margot, su voz era suave, pero sus palabras crípticas solo hacían que mi confusión aumentase—. Aunque hay algo que te vendrá bien saber. —Margot hizo una pausa y me miró fijamente, como si esperaba que pusiese toda mi atención en lo siguiente que iba a decir: —El duque de Lowcastle ladra mucho, pero no muerde.

—¿Que tiene que ver el duque con…? —No pude terminar la pregunta, porque Margot desapareció. En un instante, me estaba sujetando por los hombros, y al siguiente, había desaparecido.

Miré hacia todos los lados, pero no la encontré por ninguna parte.

Salí de las ruinas completamente aturdida. Poco a poco, el día se iba convirtiendo en noche, según la luna iba tapando más al sol. Ni siquiera levanté la mirada hacia el cielo. Necesitaba agua. Recordé que había guardado una botella en el bolso. El agua me ayudaría a recuperar algo de lucidez. Pero no llegué a dar ni dos pasos cuando vi pasar a mi lado a una mujer corriendo envuelta en una capa. Ella ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia, tan atareada como estaba en llegar a su destino. Una moneda se le cayó al suelo y me agaché para cogerla.

No era una moneda actual, y aunque las monedas antiguas siempre habían llamado mi atención, esa no la había visto nunca. Era una moneda acuñada en plata. La miré por los dos lados, descubriendo el mismo dibujo y la misma frase en latín inscrita. Observé la rosa dibujada en la moneda, cuyo tallo estaba atravesado por una daga. Aunque era una mujer de ciencias, el latín siempre se me había dado bien, y a pesar de que las letras eran muy pequeñas y la luz solar estaba comenzando a escasear, fui capaz de entender la inscripción que rodeaba la figura: «El

mal debe ser erradicado, no solo vencido».

Antes de que pudiese levantar la mirada para llamar a la mujer, sentí una mano que sostuvo mi muñeca. Levanté la cabeza y emití un chillido de sorpresa. A la mujer se le había caído la capucha y pude ver su rostro.

Era mi hermana.

—Heather —pronuncié su nombre con efusividad, esperando que ella no fuera fruto de mi imaginación—. ¿Dónde estabas? Llevo semanas llamándote, estaba muy preocupada.

Aunque sus ojos estaban sobre los míos, ella no parecía estar escuchándome, era como si lo que fuese que tuviese en mente superase cualquier otro pensamiento que pudiese formarse en su cerebro.

—La elegida soy yo. Tú solo eres un remplazo. No fallaré.

¿Elegida, remplazo? ¿De qué estaba hablando?

—¿Tú también has tomado un trozo del *brownie* que ha traído Ben?

Heather no me respondió. En un movimiento rápido, me arrebató la moneda que sostenía en mi mano, quitándomela. Al bajar la mirada vi como en su otra mano llevaba una daga con una empuñadura decorada por piedras preciosas. Esas piedras estaban talladas en forma de rosa.

—Heather, no estoy entendiendo nada —murmuré—. ¿Por qué llevas una daga?

En el mismo momento en el que hice la pregunta, la luna tapó al sol y la oscuridad nos invadió. Sentía que Heather seguía frente a mí porque la escuchaba respirar. Yo estaba tan aturdida que no me atrevía a moverme. De repente, un foco invisible nos enfocó y ambas quedamos iluminadas en medio del día convertido en noche.

Heather abrió la mano derecha y la moneda apareció colocada en su palma. Levantó la mano y la moneda comenzó a brillar, emitiendo rayos de diferentes colores. En un acto reflejo, estiré mi mano para tocar la moneda. Solo llegué a rozarla con el dedo antes de que Heather gritase y la separase de mí.

—¡No! ¡Esta vez no me vas a opacar!

—¿Opacarte? Tú siempre has brillado, Heather. Yo era la que se quedaba a tu sombra. —Y eso estaba bien para mí, ya que prefería no ser el centro de atención.

Heather se rio con una risa que nunca antes le había escuchado y desapareció junto a la moneda.

Estaba intentando asimilar lo que acababa de ver y escuchar, cuando mi mundo comenzó a girar. Todo daba vueltas a mi alrededor. Miré hacia el cielo y la luna estaba comenzando a separarse del sol. Despacio, sin prisa. El eclipse estaba llegando a su fin, pero algo me decía que aquella locura solo acababa de comenzar.

Mis dudas se convirtieron en realidad cuando sentí cómo el peso de mi cuerpo me superaba y me caí desplomada al suelo.

Capítulo 6

Jazmín y algo más. Como madera mojada y un ligero aroma a cigarrillos. Era un aroma varonil y agradable. Apoyé mi cabeza en la almohada, sintiendo la rugosidad de la tela contra mi mejilla. Sin querer levantarme aún y cautivada por el aroma, inspiré con fuerza. Escuché un murmullo a mi alrededor, que seguramente pertenecían a mis vecinos, pero no le presté atención. La ventana estaba cerrada debido al frío que hacía en esa época en Chicago, pero las paredes eran de papel.

Sentí unas manos sobre mis hombros, tirando de mí hacia atrás, pero yo me pegué con más fuerza contra la almohada, frotando mi mejilla. No pensaba dejar que me sacaran de la cama. No todavía. Un momento… Si yo vivía sola. ¿Y cuándo me había ido a la cama? No recordaba haberme acostado. Además, no estaba en Chicago. Entre la neblina somnolienta en la que me encontraba, se filtraron imágenes de mí misma viajando hasta Sutterland. No puede ocupar mucho tiempo en ese pensamiento, porque alguien estaba empecinado en despertarme

Esta vez, escuché de nuevo la voz, reconociendo que era una voz de hombre, pero estaba tan aturdida, que no era capaz de entender las palabras que me decía. Abrí mis ojos con lentitud, sintiendo como los rayos de sol me golpeaban la piel. Parpadeé varias veces hasta que fui capaz de mantenerlos abiertos. Aún tardé un poco en darme cuenta de que mi almohada era, en realidad, un chaleco negro. Con lentitud, alcé la mirada para encontrarme con unos ojos azules observándome con una ceja arqueada.

—Milady, ¿se encuentra bien?

No tardé en reconocer esos ojos. Eran como el mar en un día gris; imponente, pero con una nostalgia que no podía ocultar. Una nostalgia que era aún más evidente en persona que en el retrato.

No tardé en darme cuenta de que tenía delante de mí al duque de LowCastle. ¿Cómo se llamaba? ¿Y por qué estaba soñando con él? ¿Tanto cánnabis había ingerido?

—Juro por Dios que voy a matar a Ben —mascullé.

—¿Quién es Ben? —preguntó el duque, afianzando su agarre en mí cuando me revolví en sus brazos.

¿El duque me tenía en brazos? Sentí sus manos, sus dedos alrededor de mis brazos. Aquello se sentía demasiado real para ser un sueño. La única explicación coherente que encontré fue que no estaba soñando, sino que aquel hombre vestido de época se parecía al duque de LowCastle. Aunque, esos ojos… Esos ojos eran inconfundibles.

¿Quizá estaba viendo un parecido que no existía? ¿Era eso posible? ¿O tal vez simplemente me lo estaba imaginando? Había escuchado a mis compañeros de universidad hablar sobre diferentes experiencias que habían vivido consumiendo drogas alucinógenas. Sin embargo, yo tan solo había comido un trozo de *brownie* con cánnabis.

Poco a poco, la neblina se fue disipando y empecé a recordar todos los acontecimiento de ese día. El eclipse debía de haber llegado a su fin, porque el sol brillaba con fuerza.

—¡Haz el favor de bajarme! —exigí—. No tienes ningún derecho a tocarme sin mi permiso.

El falso duque arqueó una ceja.

—La he encontrado desmayada en el suelo. No se despertaba, así que iba a llevarla a mi casa…

—¿A tu casa? —repetí, incrédula. Aquello ya era el colmo—. ¡He dicho que me sueltes! —

grité, ya que mis intentos por soltarme cayeron en saco roto.

Esta vez, el hombre siguió mis órdenes y me soltó sin ninguna delicadeza, provocando que cayera al suelo de culo.

—¡Au! No tenías que ser tan bruto.

—Quería que la suelte y la he soltado —respondió, con una sonrisa irónica en su rostro que me dieron ganas de borrar de un guantazo.

Me levanté del suelo a la vez que me sacudía el incómodo vestido que se había llenado de polvo. Nunca antes había tenido tantas ganas de enfundarme en unos vaqueros como en esos momentos.

Observé las largas piernas del hombre, embutidas en unos pantalones de montar negros, y unas botas altas. Una camisa blanca cubierta por una chaqueta elegante negra le cubrían los hombros musculosos. Parecía un autentico noble inglés del siglo XIX —o eso me pareció a mí, ya que mis conocimientos eran muy escasos—.

No pude evitar volver a fijarme en sus ojos y no pude evitar pensar que eran inconfundibles. Sin embargo, eso no era posible, ya que eso significaría que estaba hablando con un hombre que había muerto hacía dos siglos. ¿Quizá ese hombre estaba emparentado con el duque y por eso se parecía?

—Tú también te los has currado —le alagué. Cuando el hombre alzó una de sus pobladas cejas, añadí: —La vestimenta y la caracterización del duque de Lowcastle.

El rostro del hombre se frunció en una expresión de incredulidad. Me observó en silencio durante unos segundos.

—Por supuesto que me parezco a él.

—Es que eres igualito —coincidí, mirándolo de arriba abajo—. ¿Estáis emparentados o algo?

La expresión de incredulidad del hombre fue sustituida por una de preocupación.

—¿Está segura de que se encuentra bien? Ha debido de darse un fuerte golpe en la cabeza.

Al escuchar sus palabras, me di cuenta de que la parte de detrás de la cabeza me dolía levemente. Estiré mi mano para tocármela, pero no parecía tener ninguna herida.

—No es necesario que me hables tan formal.

—¿Y cómo quiere que me dirija a usted? No le conozco de nada, milady, y usted a mí tampoco —me respondió con altivez.

Pues sí que se estaba tomando en serio su papel. O era un chiflado, que estaba empezando a parecerme la opción más viable. ¿Y dónde estaba Adele? ¿O el resto de personas? El único sonido que escuchaba era el de los pájaros.

—¿Dónde están todos?

—¿Los sirvientes? —preguntó el hombre—. En la mansión. —Hizo una pausa y me miró con los ojos entrecerrados cuando puse los brazos en jarras y suspiré—. No ha respondido a mi pregunta, milady. ¿Ha sufrido una conmoción?

¿La había sufrido? Podía ser, porque retazos de recuerdos de las horas anteriores aparecieron en mi mente. A esas alturas, la línea de la realidad y la ficción era tan fina, que no estaba segura de ser capaz de diferenciarla.

—¿Dónde esta Heather? Ella estaba aquí.

Me giré para señalar el lugar exacto en el cual había visto por última vez a mi hermana, cuando me di cuenta de que el paisaje había cambiado.

Las ruinas se había convertido en una pequeña capilla de piedra. La campana comenzó a campanear en cuanto fijé mi mirada en ella, como si hubiese logrado moverla con mi mente, y la

cruz en el tejado lucía resplandeciente, como si hubiese sido colocada allí hacía poco tiempo.

—¿Dónde estoy? ¿Y quién eres?

—Está usted en mis tierras. Soy Arthur Spinster, el duque de LowCastle.

¿Sus tierras? ¿El duque de LowCastle? Al parecer, aquel hombre sí que era un chalado, porque realmente había interiorizado tanto el papel que se lo había llegado a creer.

—No, no lo eres —repliqué, bufando, mientras miraba a mi alrededor en busca de alguna persona que me dijese dónde estaba y me ayudase a encontrar el camino de vuelta.

—Milady, ¿me va a decir usted quién soy? ¿Acaso me está acusando de ser un estafador? —A pesar de que el hombre no alzó la voz, pude percibir la indignación en ella.

«Estafador no sé, pero, un pirado, desde luego», pensé para mí misma, armándome de toda la paciencia posible.

Me giré para exigirle *amablemente* que me llevase de regreso con el grupo cuando me encontré con su mirada. A día de hoy, sigo sin tener forma lógica de explicarlo, pero en el instante en el que mis ojos se encontraron de nuevo con los suyos, supe que no mentía; supe que tenía frente a mí al verdadero duque de LowCastle. De la misma manera que me había sucedido con Margot.

Lo que era absurdo, porque ninguna de esas dos personas estaban vivas. ¿Ahora podía hablar con los muertos?

—Esto no es real —murmuré; las palabras salían atropelladas de mi boca—. Tú no eres real. —Estaba a punto de entrar en pánico.

—Milady —la voz del hombre se suavizó—, será mejor que la lleve al interior de mi casa y sea atendida por un médico.

—¡No necesito un médico! —grité, desesperada. —. Quiero encontrar a mi hermana y regresar a Chicago.

—¿Chicago? —repitió él, a la vez que se colocaba una mano en la barbilla—. Debí suponerlo por su acento. Debe ser usted la hija de Richard Robinson. Pensé que Richard tenía dos hijos varones y una hembra. Y que usted vivía con él en Nueva York. Debe estar confundida por el golpe.

—¿Hembra? ¿Está hablando de mí como si fuese una vaca? —pregunté ofendida, aunque ni siquiera sabía por qué estaba haciendo esa pregunta. La situación era surrealista. Tenía que estar delirando o en coma.

En busca de un poco de cordura, miré a mi alrededor de nuevo. Las tierras gozaban de un resplandor y cuidados que nada tenían que ver con el descampado al que había acudido para ver el eclipse. Un relincho provocó que girase la cabeza para ver a un semental negro atado en un árbol, que era uno de los muchos que flanqueaban un largo camino. que si bien no estaba asfaltado, si estaba limpio y cuidado para poder transitar por él. A lo lejos, me pareció divisar una enorme mansión.

—¿Ha venido usted sola? ¿Por qué el carruaje no le ha llevado hasta la mansión? ¿La han atacado?

Podía escuchar la voz del hombre, pero no estaba prestándole atención. No podía hacerlo cuando estaba ocupada en no tener un ataque de pánico.

—¿Qué hago aquí? —pregunté al aire, aunque el hombre creyó que estaba hablando con él.

—Su padre la ha enviado para que sea usted la niñera e institutriz de mi hijo Derek.

El niño que posaba junto a él en la fotografía del retrato que había encontrado en el hotel en el que me había hospedado. Giré la cabeza para mirar con más detenimiento al hombre.

Él me miraba con una mezcla de preocupación y enfado. Era un hombre atractivo, aún más

de lo que se percibía en el retrato. Realmente estaba frente al duque de LowCastle. Un hombre que había muerto hacía siglos. ¿Cómo podía ser posible?

No, no podía serlo.

En un acto impulsivo, di un paso hacia adelante y estiré mi mano para tocar su barbilla con mis dedos. El duque bajó la mirada hasta mis dedos y frunció el ceño, pero no se apartó.

—Eres real —susurré cuando mi mano tocó la piel caliente.

No podía ser. Era imposible. Tenía que estar soñando. Aquello era una completa locura.

—Despierta —me dije a mí misma—, estás soñando.

—Señorita Robinson, ¿qué hace? —preguntó el duque a la vez que yo bajaba la mano, dejando de tocarle.

Sin hacerle caso, hice aquello que había leído una vez en un articulo sobre cómo despertarte de una pesadilla. Eché a correr en busca de un precipicio por el que tirarme, aunque no llegué tan lejos, ya que me tropecé con una piedra y caí de bruces al suelo. Mientras caía, estaba segura de que me despertaría en mi cama. Con suerte, todo había sido un sueño; incluso la desaparición de Heather.

Capítulo 7

Con los ojos cerrados, estiré mi brazo derecho en busca de mi teléfono móvil, que siempre dejaba sobre la mesilla de noche que se encontraba a la derecha de mi cama. Esa era mi rutina de todas las mañanas.

Sin embargo, solo conseguí que mi mano aterrizara sobre las sábanas. Lo intenté de nuevo unas cuantas veces, logrando todo el rato lo mismo. ¿Desde cuándo mi cama era tan grande? Abrí los ojos, desorientada, para darme cuenta de que no me encontraba en mi dormitorio.

Me incorporé lentamente, percatándome de que me encontraba sobre unas sábanas azules con matices dorados. La cama no estaba deshecha; era como si me hubiese tumbado directamente encima de ella.

Bajé la mirada hasta mi cuerpo y agarré un trozo de tela fina entre mis dedos. ¿Qué narices llevaba puesto?

Una especie de *déjà vu* me invadió. No era la primera vez en las últimas horas que tenía una sensación como esa. Los recuerdos llegaron a mí como un huracán, arrasando con todo.

No había sido una pesadilla. Había echado a correr para terminar tropezando y cayendo al suelo. Me miré las manos y los brazos. En el izquierdo, a la altura del codo, tenía un raspón que alguien había limpiado. Me llevé la mano a la frente para notar una especie de pasta pegajosa encima de la ceja derecha. Bajé la mano para ver que era una especie de ungüento verdoso que olía bastante mal.

Más confundida de lo que había estado en toda mi vida, me levanté de la cama, sintiéndome levemente mareada. Observé a mi alrededor, preguntándome dónde narices estaba. Si no lo había intuido ya por la amplia cama, que era tres veces más grande que la mía, me encontraba en un dormitorio. Uno con decoración antigua, si tenía en cuenta el armario de madera y el tocador, de esos majestuosos que veías cuando visitabas un palacio. Era el tipo de decoración de la que disfrutaría mi hermana Heather. Ella era la que solía arrastrarme a visitar palacios y castillos. Entonces, un pensamiento iluminó mi mente, provocando que una oleada de tranquilidad me invadiese y una carcajada saliera de lo más hondo de mi ser.

Heather me había gastado una broma. Si alguien era capaz de algo así, esa era ella. Siempre había sido la más bromista de las dos. Al igual que la más imaginativa. Aunque, esta vez, se había pasado de rosca. Tampoco me sorprendía, ya que mi hermana mayor era de esas personas que no media las consecuencias de sus actos.

Bajé la mirada para ver que Heather me había quitado el vestido y el incómodo corsé para ponerme un camisón blanco hasta las rodillas. Posiblemente, era la habitación de algún hotel rústico en el que se estaba quedando. Iba a matarla en cuanto la viese, pero primero tenía que cambiarme de ropa. Esperaba encontrar prendas de mi hermana dentro del armario. A pesar de que ella era más alta que yo, más de una vez habíamos compartido ropa.

Iba a caminar hasta el armario cuando la puerta del dormitorio se abrió. Aunque, no fue mi hermana la que apareció tras ella, sino una joven ataviada con ropa de sirvienta. Llevaba puesto un vestido largo negro, un delantal blanco y una cofia blanca en la cabeza. Observé el atuendo de la chica, sorprendida. Pero después, me di cuenta de que, seguramente, me encontraba en uno de esos hoteles antiguos que hacían todo lo posible para transportarte al pasado. Lo que esa chica llevaba tan solo era un disfraz para conseguir que la experiencia fuese más realista.

—Señorita, no tenía que haberse levantado. Ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, debe

descansar —dijo, entrando en la habitación.

La joven llevaba entre sus manos una bandeja de plata y, encima de ella, un juego de té.

—Estoy bien —respondí, esbozando una sonrisa—. Ni siquiera me duele. Pero ¿qué es esto que llevo en la frente? —pregunté, a la vez que me acercaba al tocador y me miraba en el espejo. Tenía la mitad de la frente embadurnada de esa pasta verde.

—Es un ungüento. El señor ha mandado al médico para que la revise. Ha sufrido usted una conmoción, pero no ha sido grave. El doctor nos ha ordenado que hiciésemos…

—¿El señor? —repetí con incredulidad mientras me quitaba la pasta pegajosa de la frente. ¿Qué señor? ¿Y qué doctor era ese que en vez de mandar que me limpiase la herida con agua y Betadine mandaba que me pusiesen ese menjunje?—. ¿Dónde está mi hermana?

—¿Su hermana? —La joven me miró, confundida—. Estaba usted sola. El señor la encontró desmayada en el suelo cuando regresaba a caballo de su paseo matutino. Él teme que usted haya sufrido un atraco, ya que no traía consigo sus pertenencias.

—Bueno, ya está bien —espeté, indignada, limpiándome las manos sucias en el camisón—. Haz el favor de decirle a Heather que termine con este teatrillo.

—Lo siento, señorita, no conozco a ninguna Heather. —La chica dejó la bandeja encima de una pequeña mesa redonda de madera—. ¿Quiere que mande que le suban un barreño para que se dé un baño?

¿Un barreño? Aquello ya estaba pasando de castaño oscuro.

Inspiré lentamente, intentando tranquilizarme para no montar un espectáculo. Aquella pobre chica tan solo era una empleada y no se merecía pagar los platos rotos, pero se me estaba empezando a terminar la paciencia. Ahora que el susto había pasado y sabía que Heather se encontraba bien, estaba muy enfadada con ella.

¿Cómo había sido capaz de fingir su propia desaparición? En esta ocasión se había pasado de la raya.

—Prefiero una ducha —respondí entre dientes.

La joven parpadeó mientras me observaba, confundida.

—No la entiendo.

—Mira, no sé qué tipo de establecimiento es este, pero me lo puedo imaginar. Y he de reconocer que lo tenéis muy bien montado. Los muebles, tu atuendo y la escenificación hacen que te sumerjas en el siglo XIX. Pero no estoy interesada. Si Heather ha pagado un extra para que yo también disfrute de la experiencia, podéis quedaros con el dinero. No es necesario que continúes.

—Señorita, no la comprendo. —La joven hizo una pausa—. Tal vez aún le dure la conmoción. ¿Quiere que llame al doctor?

Cerré los ojos unos instantes. Estaba claro que la joven estaba tan metida en su papel que no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. O, a lo mejor, tenía miedo de que la estuviese poniendo a prueba.

—No, no es necesario que llames al doctor —le dije, siguiéndole la corriente, ya que parecía que era única manera en la que podía salir de la habitación y buscar a Heather—. Tienes razón, he sufrido un atraco y me han robado todas mis pertenencias. ¿Puedes traerme mi vestido?

—Su vestido está ahí. —Señaló una silla, al lado de la ventana—. Iba a llevármelo para remendarlo.

—No es necesario. —Atravesé la habitación y cogí el vestido con intención de cambiarme, pero en cuanto sostuve la prenda entre mis manos me di cuenta de que no iba a poder ponérmelo. Observé la tela rasgada, dándome cuenta de que habría sido consecuencia de la caída—. ¿No

podrás dejarme algo de ropa?

—Por supuesto, señorita. ¿Quiere que le sirva el té?

—No será necesario, ya me lo sirvo yo misma.

La joven asintió y salió de la habitación.

Fui a dejar el maltrecho vestido en la silla cuando unos tampones que había metido en uno de los bolsillos se cayeron. Aún quedaban varios días para mi menstruación, pero siempre los llevaba conmigo para evitar accidentes. Dejé el vestido sobre la silla y los recogí. Fui hasta la mesita y los guardé en uno de los cajones. Lo que menos me apetecía era que alguno de los empleados del extraño hotel los tirase porque no pertenecían la época que estaban representando.

Después, me acerqué a la ventana para mirar hacia el exterior. No pude evitar abrir la boca por la sorpresa. No solo porque el paisaje era precioso y el cielo azul era más claro de lo que nunca lo había visto, como si la contaminación nunca hubiese afectado al medioambiente, sino por el carruaje que se encontraba en el camino de entrada. Tenía que reconocer que se habían encargado de todos los detalles.

—Milady —el sonido de una voz varonil provocó que me girase. Un hombre de altura media, fornido, y con un maletín en la mano, me observaba desde el quicio de la puerta—, ¿se encuentra usted bien?

Suspiré profundo.

Me estaba empezando a poner muy nerviosa la forma en la que se dirigían a mí. Sin embargo, como a esas alturas ya había aprendido que no se podía razonar con ninguna de las personas que trabajaban en ese hotel, decidí guardarme el pensamiento para mí misma.

—No me lo digas —dije, el sarcasmo filtrándose en mis palabras—, tú eres el médico

—Thomas Ferguson, milady. Soy el médico de su excelencia. Me ha hecho llamar para atenderla. Tiene usted mejor color que hace unas horas, pero ha sufrido una fuerte contusión. Será mejor que descanse.

—Te agradezco tus servicios, pero estoy recuperada. Solo ha sido un desmayo.

Thomas cerró la puerta y entró en la habitación.

—Siéntese en la cama para que pueda verificarlo por mí mismo.

Dejó el maletín encima del tocador. Lo abrió y le vi sacar unos instrumentos antiguos que suponía que servían para atender a sus pacientes, o para matarlos. Esperaba que fuera la primera opción.

—¿Eres un médico de verdad? —pregunté sin moverme del lugar en el que me encontraba.

El hombre miró de un lado para otro como si se estuviese asegurando de que no había nadie cerca.

—Has llegado meses antes, ¿qué ha sucedido? —inquirió. La cordialidad de su rostro mudó a ira.

Parpadeé, sintiéndome confundida.

—No sé de qué estás hablando.

Thomas se arremangó la camisa blanca y me enseñó un tatuaje pequeño que manchaba la piel de su antebrazo. Me acerqué para poder verlo con más precisión. Una rosa cuyo tallo estaba atravesado por una daga.

No tardé en reconocer el tatuaje. Era la misma inscripción que había visto en la moneda que portaba Heather.

¿Qué estaba pasando?

—El duque va a terminar sospechando de ti si te quedas. No estás preparada para vivir en esta época.

«Grace, ¿cuántas veces has sentido que no perteneces a la época en la que has nacido?». Las palabras de Margot resonaron en mi cabeza.

—¿En esta época?

—En el siglo XIX —me respondió Thomas, mirándome con extrañeza, como si no entendiera que tuviera que explicarme aquello—. ¿No has viajado durante el eclipse?

¿Cómo que el siglo XIX? ¿Y cómo que viajar?

«La elegida para viajar al pasado».

Margot había hablado sobre viajes en el tiempo, pero lo había achacado todo a una paranoia fruto del cánnabis,

Aunque ahora, dudaba… ¿Realmente había viajado en el tiempo? Eso era completamente ilógico, ya que los viajes en el tiempo solamente existían en las películas y en las novelas.

Los viajes en el tiempo no sucedían en la vida real, y tampoco los muertos que regresaban a la vida para prepararte la cena o advertirte de tu futuro.

—Había un eclipse solar, sí —dije con voz queda. Había algo en el rostro de ese hombre que me perturbaba. No me atreví a llevarle la contraria.

—¿Y usaste la moneda cuándo el día se hizo noche?

Asentí, porque recordaba haber tocado la moneda en ese momento.

—¿Y entonces por qué no has aparecido la noche del 18 de mayo de 1818 durante el eclipse lunar?

—¿La noche en la que el duque de LowCastle y su hijo fallecieron?

El hombre entrecerró los ojos a la vez que volvía a taparse el brazo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy Grace Cook y la verdad es que no estoy entendiendo nada. Desde que he llegado a Sutterland hace unos días mi vida se ha convertido en una especie de broma de YouTube. Estoy esperando a que mi hermana Heather aparezca en cualquier momento con un ramo de flores y grite inocente. Aunque, quizá, ya es demasiado tarde y me estoy volviendo loca porque estoy comenzando a pensar que de verdad he viajado en el tiempo. ¿Cuán loco es eso? —pregunté, mientras una risa histérica se escapaba de mi garganta.

El rostro de Thomas permaneció impasible. Si buscaba consuelo en él, no iba a encontrarlo.

—¿Heather Cook es tu hermana? ¿Ella está viva?

—Eso espero, sí. Por lo menos, hace —fui a mirar el reloj de pulsera que siempre llevaba en mi muñeca izquierda, pero recordé que Adele me había hecho quitármelo para acudir a la reunión—, unas horas o unos días, no sé cuánto tiempo he estado inconsciente. Por lo menos, dime que tú no estás muerto como Margot.

La expresión de Thomas cambió al escuchar ese nombre.

—¿Margot te ha enviado?

—No lo sé. —Me coloqué las manos en la cabeza—. Ella habló conmigo en su posada el día que llegué al pueblo, pero luego descubrí que estaba muerta. Y después, ha aparecido durante el eclipse hablando de viajar en el tiempo. Pensé que era fruto de mi imaginación por el cánnabis que había ingerido, o una broma macabra, pero ya no sé qué pensar.

Thomas golpeó la mesa en la que estaba su maletín con la mano, provocando que este se cayese al suelo con un estruendo. Pegué un pequeño brinco y, por instinto, di un paso hacia atrás, buscando la mayor distancia con el posible.

—La advertimos que no interfiriera —dijo en un tono bajo que provocó que los pelos de mi brazo se erizasen—. El futuro está escrito, no debe ser cambiado. Tú no eres la elegida, tu hermana Heather lo es. —Él estaba usando las mismas palabras que había utilizado Heather—.

Debes regresar a tu época.

—¿Y cómo lo hago? —pregunté, desesperada—. ¿No habrás construido una máquina del tiempo?

El médico se pasó una mano por la cara con cansancio.

—Escúchame, muchacha —comenzó, suavizando su tono de voz. Dio un paso hacia mí y sujetó mi hombro, en un gesto con el que supuse que pretendía ganarse mi confianza—, el futuro del mundo está en juego. No estás preparada para lo que se nos viene encima; no has sido instruida. Ven conmigo. Te mantendré a salvo hasta que el día del eclipse la verdadera elegida cumpla su destino.

A esas alturas, comprendí que la verdadera elegida era Heather, pero desconocía cuál era el destino al que estaba destinada.

—¿Heather debe evitar que el duque mate a su hijo? —pregunté, intentando entender aquella locura en la que había terminado envuelta—. ¿O Adele tenía razón y lo que debe evitar es que alguien los mate a los dos y le culpe a él?

Quizá ya había perdido la cordura del todo, pero, en esos instantes, estaba segura de que Thomas no mentía y de que yo había viajado al siglo XIX. No sabía explicarlo, pero cuando había visto el tatuaje en el brazo del hombre, había sentido en lo más hondo de mi alma que todo era real, y que, a diferencia lo que dijesen, me encontraba donde debía estar.

—No tengo tiempo para explicártelo. Debes venir conmigo —apremió, apretando mi hombro con fuerza.

Todas las alarmas sonaron en mi interior. Me aparté de Thomas, provocando que él tuviese que bajar el brazo.

—No estoy segura de lo que está sucediendo, pero debo encontrar a mi hermana.

—Tu hermana llegará el día del eclipse lunar. El 18 de mayo.

—¿Y a qué día estamos hoy?

—30 de enero de 1818.

El día del eclipse solar había sido el 30 de enero, por la mañana. Miré por la ventana, y aunque era mala averiguando la hora, solo mirando la posición del sol no parecía que fuesen más de las tres de la tarde. Solo había estado desmayada unas pocas horas y dos siglos.

—La esperaré aquí.

Thomas negó con la cabeza.

—El duque ya te ha visto, pero no debes seguir interactuando con él. Hay demasiado en juego.

Fui a hablar, pero no pude hacerlo, porque la joven que me había traído el té apareció. Aunque, en esta ocasión, no iba sola. Detrás de ella se encontraba una mujer de mediana edad. Iba ataviada también con un vestido negro, sin cofia y sin delantal. El vestido parecía más sofisticado que el de la joven.

—¿La señorita Robinson goza de buena salud? —preguntó, mirando al médico.

Thomas se dio la vuelta para mirar a la mujer.

—Ella sigue aturdida y es posible que no se recupere del todo. Será me…

—Estoy perfectamente —recordé la conversación con el duque en la que me había confundido con otra persona. Aquella que yo había pensado que era fruto de una broma o de mi imaginación, ahora podía ser mi salvación—. Estoy preparada para ser la niñera del pequeño Derek.

No iba a irme de allí con ese hombre. No cuando no me fiaba de él y no cuando aún estaba asimilando todo lo que me había ocurrido.

—Ella no puede… —habló el médico, pero esta vez fue interrumpido por la mujer.

—Gracias por sus servicios, señor Ferguson. El mayordomo le pagará sus honorarios. Acompañe al doctor a la puerta, Lydia —le dijo la mujer a la joven sirvienta.

El hombre me lanzó una mirada furibunda cuando una sonrisa apareció en mi rostro. Recogió su maletín del suelo. Cuando se levantó, dio un par de pasos hacia mí, y estiró su mano para despedirse. La apreté y él aprovechó para susurrarme: —No debes interferir en los designios de Dios.

—Es una pena que sea atea —le susurré de regreso.

La mujer carraspeó y el médico soltó mi mano, aunque pude ver en su rostro que no estaba nada feliz con mi respuesta.

Cuando Thomas se marchó y me quedé a solas con la mujer, solté el aire que no sabía que había estado conteniendo. Aún no sabía qué estaba pasando, ni cómo iba a salir de ese lío en el que me había metido sin quererlo, pero no tenía ninguna intención de irme con Thomas a ninguna parte. Mi instinto me decía que no me fuese con él y mi instinto nunca fallaba —o, al menos, en la mayor parte de las ocasiones—.

—Ese hombre es espeluznante.

La mujer me observó con sus ojos castaños. Si me había escuchado, no dio muestras de ello.

—Mi nombre es Ruth, soy el ama de llaves de su excelencia. Sí se encuentra bien, acicálese y vístase. El duque la está esperando en su despacho.

Ruth señaló un vestido, junto a un corpiño y otras prendas que se encontraban encima de la mesa del tocador. La sirvienta debía de haberlas dejado allí mientras conversábamos.

—¿Hay algún baño a que pueda ir para lavarme? —pregunté—. No deseo que me suban un barreño —dije, antes de que la mujer pudiese hablar.

No estaba muy segura de cómo se lavaban en esa época, pero la idea de lavarme en un barreño en mi habitación no me parecía apetecible.

—El baño se encuentra al otro lado del pasillo. ¿No desea vestirse antes?

—Me gustaría lavarme antes de vestirme, pero no deseo ir en un camisón tan fino por toda la casa.

—No se mueva. Las sirvientas le traerán lo necesario para que se bañe en su habitación si lo prefiere.

Asentí, porque mis opciones eran limitadas. Una no es consciente de las comodidades del siglo XXI hasta que viaja en el tiempo. Aunque, por otra parte, no es como si fuese algo que la gente hiciese. Por amor de Dios, posiblemente ni yo misma lo había hecho. Posiblemente, me encontraba en la habitación de un hospital psiquiátrico atada a la cama y todo esto era fruto de una alucinación. Aun así, estaba dispuesta a dejarme llevar, porque alucinación o no, en lo más hondo de mi ser, sentía que tenía una misión que cumplir.

Tal vez no era la elegida, pero, desde luego, había una razón para que me encontrase allí.

Después de darme un baño caliente que las sirvientas me prepararon, me puse un sencillo vestido azul que podría denominarse un vestido camisero, un incómodo corpiño y una enagua para evitar que la tela no se transparentara y se me viese un poco de piel. Si cuando regresase a mi época volvía a quejarme de algo, tenéis todo mi permiso para darme un fuerte bofetón.

Nunca había deseado tanto poder darme una ducha, enfundarme en mis pantalones vaqueros, encender una luz y, sobre todo, volver a tener el control de mi vida.

Muchas veces, cuando había visto una película, una serie o había leído un libro donde a la protagonista le sucedía algo inaudito; como que de repente los zombis existiesen, se convirtiese

en vampiro o que, de un día para otro, tuviese poderes mágicos, no me parecía realista que aceptase su nueva situación con tanta facilidad. Siempre me había parecido un fallo de guion. Pero, ahora que era yo esa protagonista, y que no era ficción, me daba cuenta de que ese escritor o esos guionistas no estaban tan desacertados, porque los seres humanos estábamos preparados para adaptarnos a cualquier situación, aunque se escapase de nuestro raciocinio, y yo estaba dispuesta a llegar hasta el final de la situación en la que me encontraba. Había decidido dejarme llevar hasta que descubriese la manera de regresar a mi época. También cabía la posibilidad de que todo fuese fruto de mi imaginación y me encontrase atada a la cama de un psiquiátrico, pero si esa era la realidad, dejarme llevar hasta que mi cerebro, con ayuda de los médicos, saliese de ese estado de irrealidad en el que se encontraba, era la única solución.

—Señorita, sígame. —La voz de Ruth interrumpió mis pensamientos.

La ama de llaves había aparecido en mi habitación justo cuando había terminado de prepararme. Porque sabía que en esa época aún no se habían inventado las cámaras de vigilancia —entre otras cosas, ya que ni siquiera tenían electricidad en las casas—, sino, hubiese pensado que me estaba vigilando. En cuanto regresase a mi dormitorio iba a inspeccionar que no hubiese algún agujero en la pared desde el que pudiesen verme desde la estancia colindante.

Sin contestarle, porque sabía que no esperaba ninguna respuesta por mi parte, le seguí por el largo pasillo. Bajamos unas escaleras hacia el piso inferior. No pude evitar deleitarme con la belleza del interior de la mansión. Era evidente que el duque era un hombre acaudalado. Los pomos de los pasamanos de las escalinatas estaban bañados en oro y las lámparas que colgaban del techo eran grandes y majestuosas, dando un aire de riqueza al lugar.

Ruth se detuvo frente a una puerta y golpeó la madera con los nudillos. Una voz varonil desde el otro lado nos dio permiso para entrar.

—La señorita Robinson, excelencia —anunció en cuanto abrió la puerta.

Ruth me hizo un gesto para que entrase, pero ella no entró conmigo. Cerró la puerta y me dejó sola ante el peligro.

Lo primero que llamó mi atención fue que era una estancia enorme, con olor a cuero, madera y cera de las velas. Unas estanterías llenas de libros ocupaban una de las paredes. Las cortinas de los enormes ventanales estaban corridas, llenando la estancia de luz. Un escritorio de madera oscura estaba colocado delante de una chimenea, donde crepitaba el fuego, dando calidez al despacho.

Un carraspeo provocó que girase la cabeza para mirar al duque, quien se encontraba de pie cerca de los ventanales. Iba ataviado con una ropa diferente con la que le había visto en nuestro primer encuentro y se había afeitado recientemente.

Su actitud era distante e imponente, y por un instante, estuve a punto de salir corriendo. ¿Pero adónde iba a ir? Mi única opción era regresar con Thomas y eso era algo que no pensaba ni siquiera considerar. Había algo que estaba mal en ese hombre. Aunque no sabía qué, estaba convencida de que no podía fiarme de él.

—Excelencia —le saludé, repitiendo la misma palabra con la que Ruth se había dirigido a él, a la vez que realizaba una reverencia.

No sabía si era lo correcto, ya que mis conocimientos en protocolo del siglo XIX eran limitados, tan limitados que no tenía la menor idea. Sin embargo, recordé que Heather me había contado que el título de duque era de los más importantes en aquella época, y que las personas que lo regentaban esperaban que se les tratase con el respeto que su título les otorgaba.

Vamos, que eran todos unos estirados y presuntuosos. Y por la forma en la que alzó su barbilla y la mirada de suficiencia que me lanzó, como si yo no fuese más que una mota de polvo

que manchaba sus relucientes zapatos, Arthur Spinster no parecía ser una excepción.

—Me alegra comprobar que ha recuperado usted los buenos modales. Temía que no fuese fruto del accidente y fuese algo innato en usted.

¿Me estaba llamando maleducada? Quise decirle que el único grosero que había en esa habitación era él, pero dada mi situación, aplaqué toda la ira que recorría mi cuerpo y esbocé la sonrisa más falsa que había esbozado en toda mi vida.

—Disculpe si le he faltado el respeto en nuestra primera interacción, no era yo misma —decidí tratarlo de usted, de la misma manera que él hacía conmigo. En ese instante, agradecí que Heather me hubiera obligado a ver las dos temporadas de *Los Bridgerton*—. Como bien supuso, he sido víctima de un atraco durante el trayecto en carruaje —dije, narrando la historia que me había inventado mientras me daba un baño. Para mi sorpresa, había disfrutado del baño que las sirvientas me habían preparado. El barreño había resultado ser una bañera antigua, aunque para esa época debía ser de lo más moderno, en la que me había podido estirar cómodamente. Alguna ventaja tenía que tener ser bajita—. He escapado a duras penas, pero me encontraba tan abrumada y asustada, que me he desmayado. Y así es como usted me ha encontrado. —Esperaba que se creyera mi mentira, porque si no, estaba en grandes problemas.

—No me gustan las sorpresas, señorita Robinson. Espero de usted corrección. No permita que algo así vuelva a suceder.

—No se apure, excelencia. No volveré a permitir que me atraquen. La próxima vez, exigiré a los delincuentes que pasen de largo.

El duque entrecerró los ojos, dejándome claro que no le había hecho ninguna gracia mi ocurrencia.

—No sé cómo son las cosas en Nueva York, pero debo advertirla que en Londres no aceptamos ese tipo de actitud. Le recomiendo que lo corrija si no desea que le envíe de regreso con su padre.

—Discúlpeme —respondí, aunque, en realidad, lo que deseaba era mandarlo a freír espárragos.

—Siéntese, tenemos mucho de lo que hablar.

El duque señaló una silla frente al escritorio, a la vez que él lo rodeaba para sentarse al otro lado. Me senté y, durante unos minutos, Arthur se limitó a observarme. Aunque me sentí como un espécimen en el laboratorio a punto de ser diseccionado, no me atreví a moverme, y tampoco hice ademán de estar asustada. Podía encontrarme en otra época diferente a la mía, pero conocía a los hombres como él. Hombres poderosos que se aprovechaban de cualquier debilidad para hundirte.

—Su padre —comenzó, rompiendo el silencio—, me escribió diciéndome que llegaría usted a mediados de enero. See ha retrasado. —Recordé que Thomas me había dicho que estábamos a 30 de enero de 1818—. ¿Aparte de atracarla ha sufrido algún altercado en el barco que la traía a Londres? —Aunque su tono era cordial, estaba interrogándome. Él sospechaba que algo no marchaba bien, o simplemente, era un hombre desconfiado por naturaleza. Tenía que sonar lo más segura posible para que no me echase de su casa a patadas. Mis posibilidades de sobrevivir sola, a la intemperie, eran limitadas.

—El viaje en barco ha sido largo y agotador, pero sin incidencias, no así mi estancia en Londres. Por diversas razones, me ha sido imposible llegar antes —dije de manera escueta. Como mi abuela siempre decía: cuando mientas, da la menor información posible.

—¿Su doncella se ha quedado en Londres?

—¿Mi doncella?

—Con la que usted ha viajado desde Nueva York. Su padre me comunicó en su carta que iba a partir junto a su doncella.

Me mordí el labio inferior y crucé mis piernas, tratando de mantenerme tranquila.

—Cierto. Ella ha sido una de las razones de mi demora. El aire de Londres provocó que enfermase. Pensamos que mejoraría con unos días de descanso, pero no ha sido así. El médico le recomendó que regresase a Nueva York —dije, nombrando la ciudad de la que se suponía que yo provenía—. Le compré el pasaje de regreso y alquilé un carruaje para llegar hasta aquí.

—¿Y por qué no ha enviado a un recadero avisándome de su retraso? —inquirió Arthur, apoyando su espalda en el respaldo de su cómoda butaca, mientras yo me removía incómoda en mi silla.

—No se me ocurrió.

—No se le ocurrió —repitió, colocándose una mano en la barbilla—. ¿Y tampoco se le ocurrió contratar otra doncella en Londres? Una mujer no debería viajar sola.

—No encontré ninguna.

—Su padre es un hombre de negocios acaudalado. Y en su carta me aseguró que usted llegaría con dinero suficiente para cualquier imprevisto que le ocurriese durante el viaje. Puesto que el atraco no lo ha sufrido hasta llegar al campo, ¿debo suponer que ninguna doncella en Londres deseaba ganarse unas buenas monedas por acompañarla durante el corto viaje?

—Por supuesto que muchas estaban dispuestas, pero ninguna se ganó mi confianza.

Esa respuesta pareció agradar al duque, porque sus facciones se relajaron.

—Bien, lo importante es que usted ya se encuentra aquí. —Eso mismo pensaba yo, pero me abstuve mucho a decirlo en alto—. El marqués de Finlay…

—¿El marqués? —pregunté, interrumpiéndole.

—Mi hijo.

—¿No es demasiado pequeño para ser un marqués?

Arthur frunció el ceño y me miró con perplejidad, como si no entendiese mi pregunta.

—Es un título honorífico —respondió, aunque pude percibir una ligera irritación en su voz —. Su padre, en su carta, me dijo…

—Estoy hasta los ovarios de la carta de las narices —mascullé entre dientes. Cuando me di cuenta de las palabras que se habían escapado de mis labios, carraspeé, esperando que Arthur no las hubiera escuchado—. Quiero decir, que cuántas cosas ha escrito mi padre, se le ha debido cansar el brazo.

Arthur me observó fijamente y tuve que tragar saliva. Necesitaba ese trabajo mientras descubría que le había pasado a mi hermana y cómo salir de allí. No podía meter la pata.

—Como bien sabe —posiblemente, no tendría la menor idea, pero tuve el buen juicio de mantenerme en silencio—, su padre y yo somos socios en diversos negocios. Hasta ahora me ha demostrado que puedo confiar en su buen juicio, por eso cuando me propuso que usted fuese la niñera-institutriz de mi hijo, acepté su pedido. ¿He hecho mal?

Posiblemente, sí. Y no solo porque yo no era la hija de su socio, sino porque si esa chica no había llegado ya, dudaba que apareciese. O, por lo menos, así lo esperaba, porque si no me iba a encontrar en un grave problema. Aunque contaba con arreglar mi situación en unos pocos días.

—Por supuesto que no, excelencia. Disculpe mis modales, aún estoy algo aturdida.

—Se disculpa mucho. —Arthur hizo una mueca—. No lo convierta en una costumbre.

—¿Prefiere que no me disculpe?

—Prefiero que no tenga razones para hacerlo —sentenció—. Mi hijo perdió a su madre durante el parto. Necesita los cuidados y consejos de una mujer. —Iba a decirle que yo sería esa

mujer, pero él no me permitió hablar—. En unos meses, contraeré matrimonio y …

—¿Está usted comprometido? —pregunté, interrumpiéndole.

—Su pa…

—Sí, lo sé, se lo dijo en su carta —dije con un suspiro. No sé cómo ese hombre sacaba tiempo para sus negocios si se pasaba el día escribiendo.

—Yo se lo dije a él en mi carta —me corrigió con una sonrisa irónica—. Lo que iba a preguntarle antes de que me interrumpiera —recalcó sus últimas palabras, dejándome claro que no le gustaba que lo hiciera—, es si su padre no se lo había comunicado a usted.

—No, él no me ha dicho nada al respecto.

Arthur se pasó una mano por el rostro.

—Espero que si le hablase sobre el trato al que hemos llegado. —Hizo una pausa, posiblemente, esperando a que yo llenase el vacío, pero, esa vez, me mantuve en silencio—. Usted cuida de mi hijo hasta la boda y yo me aseguro de que usted encuentre un buen marido.

—¿Cómo dice?

—Tiene veintitrés años.

—Veinticuatro —le corregí, dándome cuenta un instante después de que había metido la pata; otra vez. Esa era mi edad, no la de la chica por la que me estaba haciendo pasar.

—Da lo mismo. —Arthur hizo un gesto con su mano y yo reprimí el suspiro de alivio que amenazaba con escapar por mis labios. Afortunadamente, no se había dado cuenta de mi equivocación—. Hace años que debería estar casada. Su padre está preocupado por usted. Ha rechazado a aquellos hombres que le han propuesto matrimonio. —No conocía a esa chica, pero bien podría haber sido yo—. Con la más que beneficiosa dote que su padre está dispuesto a dar, no será difícil que un hombre con título y arruinado la acepte. Cuando empiece la temporada, iremos a Londres. Mi tía será su madrina, le presentará a la reina y, después, acudirá a todos los bailes a los que la inviten.

—¿Y cuándo comienza la temporada? —inquirí—. Y no, antes de que me lo pregunte, si se lo comunicó a mi padre en una de las cartas que le envió, este no me lo dijo a mí.

Menos mal que aún no se había inventado el WhatsApp o esos dos se pasarían el día hablando.

—Señorita, puede que los neoyorquinos acepten que las mujeres sean impertinentes, pero no ocurre lo mismo en Inglaterra. Le aconsejo que recuerde quién soy y me trate con el debido respeto. Aprecio a su padre y soy un hombre de palabra. No me gustaría tener que dar nuestro trato por finalizado y enviarla de regreso a Nueva York. —¿Me estaba amenazando? Pese a que tenía ganas de decirle cuatro cosas, decidí que el silencio me favorecía y no pronuncié ni una sola palabra—. La temporada comienza en marzo. Hasta entonces, nos quedaremos en Rutterland Hall. —Debió de ver en mi rostro que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando, porque entrecerró los ojos—. Mi casa de campo en Sutterland, donde nos encontramos en estos momentos.

Los pijos y sus manías de ponerle nombre a todos. Por lo menos, sabía que seguía en Sutterland.

—¿Una vez lleguemos a Londres ya no regresaremos al campo? —inquirí, recordando que el duque y su hijo fallecerían el 18 de mayo, justo en el lugar en el que me encontraba. Mi garganta se oprimió ante ese pensamiento. A aquel hombre que tenía delante de mí y a su hijo tan solo les quedaban unos pocos meses de vida. Era desgarrador.

—Derek y yo regresaremos a principios de mayo, ya que el enlace de mi boda se celebrará el 24 de mayo en la iglesia del pueblo. —Aquella boda jamás se celebraría—. Con suerte, usted

ya estará comprometida para ese entonces. Se quedará en mi casa de la ciudad junto a mi tía hasta que se celebre su enlace.

Tragué saliva con fuerza, tratando de recomponerme.

—¿Y no desea que yo siga cuidando de Derek aunque esté casado? —La pregunta carecía de sentido, teniendo en cuenta que Arthur nunca llegaría a casarse y, aunque lo hiciese, para ese entonces yo ya habría encontrado la manera de regresar a mi época. Pero no deseaba que durante mi estancia allí intentara buscarme pretendientes.

—No, la razón por la que voy a contraer nupcias es porque mi hijo necesita una madre. Ella se encargará de contratar los servicios de una niñera y de una institutriz. Y hasta que lo haga, ella misma lo cuidará.

—¿No se casa por amor?

Arthur me miró durante unos segundos con incredulidad.

—Si es amor lo que busca, no es de extrañar que sea una solterona —dijo con desdén.

Descrucé mis piernas y apoyé mis manos sobre mis muslos, apretando con fuerza la tela de mi vestido entre mis dedos. Apliqué la misma regla que solía emplear con los clientes del banco en el que trabajaba que se creían que por tener dinero estaban por encima de todo el mundo. Conté mentalmente hasta diez, y esperé unos cinco segundos más, en los que recité mentalmente una serie de calificativos muy apropiados para el cromañón que tenía sentado frente a mí.

—No creo en el amor, pero tampoco en el matrimonio.

—No tiene que creer en él, señorita. Su deber hacia su familia es hacer un buen matrimonio. Como el mío hacia mi hijo es darle una madre.

Él dijo algo más, pero yo no le estaba prestando atención, porque no podía dejar de pensar en las últimas palabras que Arthur acababa de pronunciar. Si la razón por la que se casaba era por su hijo Derek, carecía de sentido que lo asesinara. ¿Era la historia que Adele me había contado cierta y todo había sido una trampa? ¿Pero por qué alguien terminaría con la vida de Derek y después con la de Arthur? Tal vez, su prometida no deseaba cuidar del niño y se lo quitó de en medio y él lo descubrió. O, tal vez, ella quería que el hijo que engendrase con el duque fuese el heredero. En esos momentos, la prometida era quien tenía más papeletas para ser la asesina.

Vaya, era como jugar al Cluedo. Una risa nerviosa se me escapó ante ese pensamiento.

—¿Algo de lo que estoy diciendo le resulta gracioso?

Arthur me observaba con una ceja arqueada.

—En absoluto —dije, recuperando la compostura.

—Entonces, puede retirarse. Descanse y mañana podrá conocer a mi hijo. Espero que el tiempo que pasó usted en el colegio para institutrices antes de escaparse y abochornar a su padre, sirva para educar adecuadamente a mi hijo.

Parecía que la chica a la que yo le había robado la identidad era bastante rebelde. Si tenía alguna duda, se me disipó en ese momento; esa joven no iba a aparecer. Con toda seguridad se había bajado en algún puerto antes de llegar a Londres, que es justo lo que yo hubiese hecho.

—Le aseguro que Derek recibirá cuidados y amor de mi parte.

—Espero que también educación.

Asentí como respuesta y me levanté para marcharme cuando una idea se dibujó en mi mente.

—En esas extensas cartas que mi padre y usted se han escrito, ¿le dijo mi nombre?

Si la pregunta le pareció extraña, se abstuvo de mostrarlo.

—No. —Estaba jodida, porque puede que a Arthur mi nombre le trajese sin cuidado, pero tendría que decírselo al resto de empleadas, incluso al niño. No podía esperar que todos me

llamasen señorita Robinson, que dicho sea de paso, era un apellido horroroso—. Me lo dijo en una de sus visitas a Londres. —Bueno, pues ahora estaba más jodida aún, porque no parecía que él fuese a decirlo.

—¿Y qué nombre le dijo?

—¿Cómo dice? —Los ojos del duque se convirtieron en témpanos de hielo y yo tuve que sujetarme con las dos manos al escritorio para no caerme.

—Mi padre siempre me llama con un apodo cariñoso apropiado para una niña, pero no para una mujer —me inventé sobre la marcha.

—Puede estar tranquila, no usó ese apodo conmigo. —El duque hizo una pausa—. A no ser que Grace no sea su nombre. —A pesar del tono indiferente que utilizó, pude entrever la acusación implícita en sus palabras. Algo que me hubiera preocupado si no fuera porque estaba distraída con otro pensamiento.

El nombre de la joven que debía cuidar a Derek era el mismo que el mío. ¿Era una coincidencia? Lo dudaba mucho. Pero tampoco podía comprender la razón de que compartiésemos nombre. Tenía la intuición de que todo estaba conectado, pero si tenía algún resquicio de duda, se disipó cuando bajé la cabeza para mirar el escritorio y me di cuenta de que era el mismo que había visto en mi habitación del hotel. La misma habitación que tenía un armario desde él que se entraba a un sótano que había desaparecido horas después. Miré en la madera y no había ninguna mancha.

—Señorita Robinson, ¿me está escuchando?

—Sí, debo irme. Estoy cansada y mañana me espera un día difícil.

Salí de la estancia antes de que el duque pudiese abrir la boca. Subí a mi habitación y me tumbé en la cama. La cabeza me daba vueltas. Tenía miles de incógnitas, pero ninguna respuesta certera.

Capítulo 8

Al día siguiente, me levanté con fuerzas renovadas y aceptando que había viajado en el tiempo. Decidí tomármelo como una aventura, de esas que yo renegaba y tanto le gustaban a mi hermana.

Las horas de sueño me habían servido para que la lucidez regresase a mi mente. Durante las dos horas que llevaba despierta, me había vestido y peinado, pero también había sacado algo de tiempo para poner mis ideas en claro. Algo que, aunque puede parecer fácil en el siglo XXI, es una odisea en el XIX, ya que vestirse con esas prendas tan complicadas no es una tarea sencilla. Lydia, una de las doncellas, había aparecido al alba para ayudarme en tal menester. Entorné los ojos ante ese pensamiento. Tan solo llevaba un día y ya se me estaba pegando su manera de hablar, cuando regresase a mi siglo iba a parecer una excéntrica. La había despachado de la manera más educada posible, ya que no estaba dispuesta a que me vistiesen como si fuese una muñeca.

Había llegado a varias conclusiones: la primera, que viajar a Sutterland había sido la peor idea que había tenido en toda mi vida; la segunda, que la única manera de regresar a mi época que se me ocurría era reencontrándome con mi hermana, ya que confiaba en que ella supiera cómo volver a viajar en el tiempo; la tercera, que diseminando las palabras de Thomas deducía que Heather había viajado a la noche del eclipse lunar junto a la moneda, por lo que tendría que esperar hasta ese día, y la cuarta, y la más importante, ¿cómo narices iba a lograr sobrevivir hasta ese día en un siglo que no era el mío?

Yo no era una heroína, ni siquiera una aventurera. Al contrario, era una mujer más bien aburrida a la que le gustaba su vida rutinaria. Todas mis expectativas eran ascender en el trabajo y poder comprarme mi propia casa. Tal vez, ahorrar para poder viajar unos días a alguna isla en la que descansar, y quizá, adoptar un gato cuando la vejez me convirtiese en una mujer solitaria y huraña.

Pero la vida había tenido otros planes para mí y tocaba ponerse las bragas de chica grande y apechugar. Era una mujer fuerte, yo podía con eso y con más.

Madre mía, iba a morir dos siglos antes de haber nacido.

No pude seguir compadeciéndome de mí misma, porque la puerta de mi habitación se abrió. Lydia apareció de nuevo con una sonrisa en la boca. Al contrario de la rigidez que caracterizaba a la ama de llaves, Lydia era una joven risueña que parecía feliz de desempeñar su oficio.

—¿Han sido de su agrado los vestidos? —me preguntó.

Al levantarme por la mañana, me había encontrado con que alguien me había provisto de diferentes vestidos, corpiños, camisones, zapatos, y el resto de ropa necesaria para el día a día.

—Sí, ¿son tuyos?

—No —respondió, alarmada—. Pertenecieron a la anterior niñera. —Cuando arqueé una ceja, aclaró: —Ella se marchó solo una semana después de aceptar el puesto. No se llevó sus pertenencias, tenía prisa en regresar a su hogar. —Sabía que había información en esa historia que estaba omitiendo, pero prefería no preguntar.

—Es una suerte que compartamos talla.

Lydia movió su cabeza en un asentimiento, de acuerdo con mis palabras.

—¿Hay algo más que desee, señorita?

—No, muchas gracias, Lydia —respondí. Lydia fue decir algo, pero cambié de opinión,

hablando antes de que ella pudiera hacerlo—. Bueno, sí. Llámame Grace, por favor.

Pude ver el asombro brillando en los ojos de Lydia.

—El duque no lo permitiría. Él es muy estricto con el protocolo.

—A él no le importará —insistí—. Soy una empleada, como lo eres tú.

Ella negó con la cabeza.

—Usted es una dama, señorita.

Quise reírme ante ese argumento. Yo era muchas cosas, pero una dama no era una de ellas.

—¿No hay ninguna manera en la que podrías llamarme Grace? Acabo de llegar a Inglaterra y no conozco todos los protocolos.

—¿En Nueva York sus empleadas la llaman por su nombre? —preguntó Lydia, sorprendida.

Por mi escaso conocimiento de historia, los ingleses en aquella época eran menos liberales que los americanos; seguían anclados en sus costumbres antiguas. Sin embargo, seguía siendo el siglo XIX. Seguramente, no había tantas diferencias. Y, además, incluso en el siglo XXI había más de uno que obligaba al servicio a llamarlo de usted. Algo que a mí me hacía sentirme increíblemente incómoda.

—Aquellas con las que tengo confianza, sí. —Ella fue a hablar, pero no se lo permití—. Estoy sola en un país que no conozco, me vendría bien una amiga. ¿Podemos ser amigas?

Ella me miró, dubitativa, poco segura de si estaba siendo sincera o le estaba tendiendo una trampa.

—Puedo llamarla Grace en la intimidad si ese es su deseo.

—Lo es.

Sonreí, satisfecha.

—Siga… sígueme, Grace —me dijo, señalándome el largo pasillo decorado por diversos cuadros. La mayor parte de ellos de paisajes que no reconocí. No bajamos al piso inferior, pero sí que giramos a la derecha en uno de los recovecos hasta un corto pasillo en el que solo había una puerta de roble. Lydia se detuvo frente a ella y levantó la mano para colocarla sobre el pomo, pero no llegó a girarlo. En cambio, se giró para mirarme—. Él… —Lydia hizo una pausa, que yo interpreté como una corta vacilación—. Derek no es como los niños que has cuidado —dijo, bajando la voz.

Seguro que no lo era, ya que no había cuidado a ningún otro.

—Cada niño es diferente —respondí, alzando mis hombros—. Eso no es malo.

Lydia se mordió el labio inferior. Parecía nerviosa, como si no estuviese segura de si debería seguir hablando.

—Hay algo extraño en él, no se comporta de una manera normal —susurró—. A veces, pienso que él no…

—¿Va todo bien? —Ruth, la ama de llaves, apareció de repente frente a nosotras, interrumpiendo a Lydia—. Ve a la cocina, Lydia. Agnes, necesita que la ayudes —ordenó antes de que cualquiera de las dos pudiese contestar a su pregunta.

Lydia obedeció con premura, y hasta parecía aliviada de no tener que entrar en la habitación.

—El marqués la está esperando —anunció Ruth a la vez que giraba el pomo.

En cuanto entré detrás del ama de llaves, me sorprendió lo grande que era la habitación. Está segura que era el doble de grande que mi apartamento de Chicago.

—¿No es una habitación demasiado grande para un solo niño?

Ruth ni siquiera se molestó en girarse para mirarme.

—La habitación infantil de la casa de un noble es el lugar donde duermen todos los hijos del

noble y donde se alojan los hijos de los invitados. Está preparada con todas las comodidades para que varios niños puedan ocuparla.

Aunque su tono de voz no cambió y parecía una de esas grabaciones telefónicas que saltan cuando llamas a la compañía eléctrica para avisar de una avería, no se me pasó desapercibido la desaprobación que escondían sus palabras.

Observé a mi alrededor, para ver varias camas y cunas colocadas por la estancia, y un baúl de madera pintado de azul contra una de las paredes. Pero no había rastro del niño hasta que miré hacia el gran ventanal y lo vi.

El pequeño me daba la espalda, ya que se encontraba sentado sobre el alfeizar. Su espalda estaba recta y sus piernas cruzadas. Su cuerpo girado, mirando hacia fuera.

—Lord Derek —le llamó Ruth—, le presento a su nueva niñera, la señorita Grace Robinson.

El niño no se movió ni un ápice. Su mirada seguía fija en lo que fuese que estaba mirando fuera.

Ruth se movió por la estancia hasta llegar a la altura del pequeño. Ella estiró su mano derecha hasta el hombro derecho del pequeño y pensaba que iba a darle un pequeño toquecito con sus dedos en él, pero se detuvo a unos escasos milímetros. Sin embargo, Derek pareció sentir el roce, porque giró su cabeza hacia ella.

Ruth bajó su mano y retrocedió un paso.

—La señorita Grace ha venido desde muy lejos para ser su niñera. Ella está deseando conocerle. —A pesar de la formalidad con la que se dirigía al niño, percibí que el tono de voz de Ruth se había suavizado—. ¿Quiere saludarla?

El pequeño movió la cabeza de arriba abajo, pero después, volvió a mirar por la ventana.

—Os dejo para que os conozcáis —dijo Ruth, y luego, se dio la vuelta para atravesar la estancia—. Que tenga un buen día, señorita Robinson —se despidió cuando pasó por mi lado.

Ruth se marchó, dejándome sola con mi pupilo. Un pupilo que no parecía estar muy interesado en interactuar conmigo.

Tragué saliva, sintiéndome ridículamente nerviosa. Puede que no tuviera experiencia con niños, pero no podía ser tan difícil. ¿Qué les gustaba hacer a los niños pequeños? Lo cierto era que no tenía la menor idea. Por instinto, fui a coger mi móvil para buscarlo en Google, pero no tardé en darme cuenta de que esa no era una posibilidad. Como tampoco lo era ponerle una película de Disney. Así que, tenía que hacerlo a la vieja usanza: conocerlo para saber cuáles eran sus gustos.

Crucé la estancia a pasos lentos, acercándome al niño, que no se había movido. Continuaba mirando por el amplio ventanal. Quizá era un niño introvertido y tímido. Yo misma había sido de esa manera, y aunque no era una adulta de lo más sociable, con los años, la timidez había ido desapareciendo. A Derek le sucedería lo mismo. Sin embargo, al instante en el que ese pensamiento cruzó por mi mente, me di cuenta de que eso no sería posible. Porque Derek jamás crecería, ya que él iba a fallecer en unos meses.

—Derek —pronuncié su nombre con una dulzura genuina que no sabía que poseía. Cuando no me hizo caso, apoyé mi mano en su hombro, y el niño pegó un salto, poniéndose de pie y alejándose de mí, como si mi tacto quemara. Pero conseguí lo que pretendía: que me prestara atención—. Como te ha dicho Ruth soy… —Las palabras murieron en mi garganta cuando lo pude mirar de frente.

El pequeño tenía una mancha en su mejilla izquierda en forma de media luna que cubría parte de la mejilla. Era difícil no verla, aunque no fue eso lo que llamó mi atención, sino que esa

mancha me era familiar. Levanté mi mano derecha y la giré hacia mí, de manera que el pequeño no podía ver mi palma, pero yo sí. Observé la mancha que tenía en medio de la palma. También tenía forma de media luna, solo que a la inversa de la de él.

La del niño parecía una marca de nacimiento; muy roja y llamativa. La mía había sido fruto de una quemadura siendo niña. Un accidente que había ocurrido una de las muchas veces que mi madre nos había dejado solas a mi hermana y a mí para salir con su novio de turno. Se había ido atenuando con los años, actualmente tenías que fijarte mucho para verla. Pero seguía estando ahí.

Al principio me había sentido avergonzada de ella, y cerraba la mano para que nadie pudiese darse cuenta. Hasta que Heather y yo nos fuimos a vivir con mi abuela y ella me convenció de que no debía avergonzarme de nada; que era perfecta tal y como era. Mi abuela me hizo darme cuenta de que esa marca era un recordatorio de lo fuerte y valiente que era. Pero, ahora que observaba la mejilla de Derek, me pregunté si no sería algo más. Ya que, si en algo no creía, era en las casualidades.

Y entonces, una idea loca apareció en mi cabeza. ¿Y si yo podía cambiar su destino? ¿Si tal vez esa era la razón por la que estaba allí? ¿Para salvar a ese pequeño? ¿Existía una posibilidad, por muy remota que fuera, de que yo pudiera salvarlo?

Ajeno a mis pensamientos, Derek me miraba con esos ojos de color azul que había heredado de su padre. Aunque los de él era más grandes, y no tenían ese aire triste que evocaban los de su progenitor. Me di cuenta de que seguía con la mano levantada. La bajé rápidamente, sintiendo cómo mis mejillas enrojecían. Ese niño debería creer que estaba loca.

Pude ver un brillo de curiosidad en los ojos de Derek mientras observaba mis mejillas, pero no dijo nada.

Aclaré mi garganta.

—Mi nombre es Grace —me presenté mientras me agachaba para estar a su altura—, soy tu nueva niñera, aunque ejerceré también de institutriz. —A pesar de que eso era algo que Derek ya sabía, creí que sería más personal de esa manera. Esbocé una sonrisa y estiré mi mano a modo de presentación. Ni siquiera sabía qué era apropiado o cómo comportarme como un niño.

Derek me observó durante unos segundos en silencio. Por un instante, me pregunté si podía hablar. Si eso era de lo que había querido advertirme Lydia.

—Yo soy Derek —dijo, señalándose a sí mismo y sacándome de mi error. Su voz era melodiosa, una voz dulce, incluso para un niño.

—Encantada de conocerte, Derek. —Bajé mi mano al darme cuenta de que no la iba a estrechar. Quizá no había sido apropiado. No sabía cómo tratar a los niños de mi época, como para saber tratar a los de la época en la que me encontraba.

Me levanté y miré a mi alrededor. No tenía ni la menor idea de lo que se esperaba que hiciese durante todo el día con el niño. Observé una mesa redonda de madera con dos sillas. Los tres muebles eran de un tamaño apropiado para un niño y encima de la madera había un libro abierto.

—¿Sabes leer?

—Sí —respondió escuetamente.

Me acerqué a la mesa y estiré la mano para coger el libro, pero Derek me lo impidió con sus palabras.

—No es la hora de la lectura.

—¿No? —pregunté, girándome para mirarle.

El niño negó con la cabeza.

—Es por la mañana. No leo hasta después de almorzar.

Pues si que era un niño de costumbres.

—¿Y qué haces por la mañana?

Derek se encogió de hombros, y después, giró la cabeza para volver a mirar por la ventana. El anhelo que vi en sus ojos me dio una pista de lo que deseaba hacer, aunque él no me lo dijese con palabras. En realidad, se me tenía que haber ocurrido a mí misma. A los niños les gustaba estar al aire libre.

Me acerqué a él y vi cómo sus hombros se tensaban cuando estiré la mano para ponérsela encima del hombro. Me di cuenta de que no quería que lo tocase y decidí no hacerlo. Le daría tiempo a que se acostumbrase a mí. El cielo estaba encapotado, aunque de momento no caía ninguna gota. A Derek le vendría bien dar un paseo al aire libre. Su piel era pálida y no parecía que tomase demasiado el sol. Y, a decir verdad, a mí me vendría bien salir de esas cuatro paredes.

—Derek —le llamé—, ¿te gustaría pasar un rato afuera?

Derek me miró unos segundos antes de responder, y luego, asintió con la cabeza. Sin que yo se lo dijese, cogió una pelliza negra y se la puso encima de su camisa blanca. Los pantalones negros cortos que llevaba le llegaban por debajo de las rodillas y los calcetines le tapaban el resto de la pierna. Una vestimenta cursi hasta para un niño, pero ¿quién era yo para juzgar la moda la época?

Ladeó la cabeza para observarme.

—Hace frío. —Señaló con su dedo índice mi vestido.

—No te preocupes, estoy bien —le respondí para tranquilizarlo, aunque la verdad era que ni se me había ocurrido buscar un abrigo. Tampoco sabía si tenía uno o lo que usasen en esa época las mujeres para abrigarse.

Él se encogió de hombros, algo que empezaba a descubrir que hacía muy a menudo, y salimos juntos de la habitación. Aunque me hubiese gustado sostener su mano, no lo hice. El niño iba andando a mi lado por el largo pasillo. Incluso cuando bajamos las escaleras no se separó de mí.

—Señorita Grace.—Lydia se encontraba en el hall, limpiando—. ¿Adónde van?

—Vamos a dar una vuelta por los jardines de la propiedad.

Lydia me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No creo que sea una buena idea… —dijo, tragando saliva. Miró a Derek, pero cuando este le devolvió la mirada, apartó sus ojos rápidamente de él—. Va a llover y a su excelencia no le gusta que el señorito Derek salga afuera. Se puede resfriar…

Hice un gesto con la mano.

—Si llueve, nos volvemos. A Derek le va a venir bien pasar un poco de tiempo fuera. No creo que al duque le moleste. —Y si lo hacía, me importaba bastante poco—. Los niños necesitan pasar tiempo al aire libre. —¿O acaso pretendían que el pobre niño estuviera todo el día encerrado entre cuatro paredes?

Lydia mordió su labio inferior. Ella vio que no iba a cambiar de opinión.

—¿Por qué no esperamos a que venga Ruth? Ella sabrá…

—No va a pasar nada, Lydia —traté de tranquilizarla—. Y si a su excelencia no le gusta, ya me lo hará saber él mismo. —Yo me hacía responsable de la furia de Arthur. Además, lo más seguro era que ni se diese cuenta.

Aunque no sonrió, pude ver cómo el rostro de Derek se relajaba.

A pesar de que pude percibir la disconformidad y preocupación en las facciones de Lydia, ella hundió los hombros en señal de derrota. Tampoco nos detuvo cuando salimos al exterior,

donde comprendí a la perfección la razón por la que Derek había mirado con insistencia por la ventana. Los jardines que rodeaban la mansión eran como un sueño hecho realidad. Nunca había sido amante de los jardines ni de las flores, pero el jardinero encargado de su cuidado era merecedor de un premio.

En el centro del jardín circular, que estaba plagado de tulipanes y amapolas, se alzaba una fuente imponente de piedra que lanzaba agua a gran distancia. Me quedé observándola, anonadada. La belleza del lugar era impresionante.

—Tendría que ser muy divertido meterse dentro —dije, sacando la niña que habitaba dentro de mí, que no sabía que tenía—. ¿No te parece? —le pregunté al niño.

—No me gusta mojarme —respondió, estirando el cuello para mirarme.

¿A qué niño no le gustaba mojarse? Yo, de pequeña, disfrutaba saltando en charcos y bailando bajo la lluvia. Lo segundo era algo que en mi fuero interno deseaba volver a hacer.

—¿Por qué no jugamos a algo? —le propuse a Derek, aunque era algo que también me apetecía hacer a mí. Era como si haber viajado en el tiempo hubiese roto esa brújula moral con la que se cernía la vida de los adultos. Era como si la vergüenza de hacer algo inapropiado hubiese dejado de importar. Tampoco es que yo fuese una persona vergonzosa. De alguna manera, sentía que la vida me estaba dando la oportunidad por medio de Derek de disfrutar de una infancia que mi madre me había negado.

Derek parpadeó.

—¿Juegos?

—Sí, juegos. —Él era un niño y los niños jugaban, ¿no?—. Ya sabes, la gallinita, el suelo es lava, Marco Polo…

Derek ladeó su cabeza de un lado y otro y me miró en silencio, como si no supiera de qué le estaba hablando. Hizo que me sintiera más loca de lo que ya me sentía. Tampoco estaba diciendo ninguna insensatez. Tal vez él no conocía ninguno de esos juegos porque en aquella época los niños jugaban a otros. Sin embargo, no parecía estar por la labor de decírmelo, así que opté por tomar la iniciativa.

—¿Qué tal si jugamos al escondite? —Era un juego fácil de entender y muy dinámico—. ¿Has jugado alguna vez? —le pregunté. Derek negó con la cabeza—. ¿Conoces el juego? —El niño volvió a negar con la cabeza.

Madre mía, pero ¿qué infancia le estaban dando a ese niño? No tenía ninguna duda que ese juego se jugaba en su época. Si estaba segura de que hasta lo habían jugado los niños vikingos. Quizá, recibía otro nombre. Aunque ¿qué nombre podía recibir un juego en lo que lo único que hay que hacer es esconderse?

—¿El ocultarse, te suena? —El niño arrugó su ceño, perplejo, como si le estuviese hablando en un idioma extranjero; que, posiblemente, así era.

Estaba teniendo suerte de que me confundiesen con una neoyorquina y todos estuviesen dando por hecho que mi manera rara de actuar y hablar fuese fruto de mi desafortunado lugar de nacimiento. Pero tenía que andarme con cuidado.

—No te preocupes, yo te enseño. Es muy fácil. —Le hice un gesto con la mano para que nos acercáramos a uno de los árboles—. Uno se tiene que esconder mientras que el otro le busca. Quien se la queda, se pone de espaldas y cuenta hasta diez. Luego, se da la vuelta y busca a los participantes del juego. —En ese caso, sería más rápido, porque tan solo éramos dos. Esperé a que Derek me hiciera alguna pregunta. Cuando no habló, dije: —Venga, empiezo yo. —Me di la vuelta y me acerqué al tronco del árbol y me coloqué la mano en los ojos—. Uno, dos, tres… —Continué contando lentamente. No escuché ninguna pisada, pero no me pareció preocupante, ya

que Derek no era un niño bullicioso, ni de los que parecía que echaban a correr en la primera ocasión que tenían. Cuando terminé de contar, me di la vuelta para encontrarme con Derek en el mismo lugar en el que estaba antes de haber empezado a jugar, observándome en silencio. Me puse de rodillas para estar a la misma altura que él—. Derek, tenías que esconderte. Venga, empiezo de nuevo. —Me levanté para comenzar a contar de nuevo y cuando terminé, Derek seguía allí, de pie, mirándome como si yo fuese un extraterrestre al que no entendía.

Un suspiro de frustración brotó de mis labios. Quizá Derek no comprendía demasiado bien el juego.

—¿Prefieres quedártela tú? —sugerí.

El niño se encogió de hombros como respuesta.

Le señalé el árbol.

—Tienes que contar hasta diez.

Por un momento, creí que Derek continuaría mirándome en silencio, pero, en esta ocasión, se dio la vuelta y comenzó a contar. Por fin.

Miré hacia mi alrededor en busca de un lugar en el que esconderme. Los jardines eran enormes y no conocía el lugar. Comencé a correr sin un rumbo fijo, casi cayéndome por culpa del vestido. ¿Es que en esa época no conocían las *mallas*? Aquel vestido que llevaba podía ser bonito, pero era de lo más incómodo. Apenas tenía movilidad.

Un rayo resonó en el cielo, sobresaltándome. Me di la vuelta, preocupada de que Derek se asustase. Era demasiado pequeño. No obstante, él seguía contando tan tranquilamente. Volví a girarme.

Continué corriendo sin encontrar ningún lugar en el que poder ocultarme. Me estaba quedando sin tiempo, y si Derek me veía tan fácilmente, el juego se terminaría pronto. Y ni de coña iba a volver a contar yo. Tenía que ponérselo un poco más difícil.

Pero, en aquel jardín, tan solo había estatuas, flores y setos.

Cuando atisbé un pequeño hueco entre uno de los setos, se me ocurrió la idea de ocultarme ahí. Si Derek se acercaba, me vería, pero no era tan sencillo para él. Me agaché e intenté adentrarme, logrando colocarme de manera que no se me viese desde el exterior.

El escondite había sido uno de mis juegos preferidos de pequeña.

Esperé y esperé, escuchando cómo comenzaba a llover, aunque la lluvia era tenue y el seto me protegía de mojarme. Estuve a punto de salir, preocupada por Derek, pero decidí no hacerlo, ya que tan solo eran unas pocas gotas de lluvia.

Sí que tardaba… Pero cuando era pequeña solía llegar a pasar hasta horas escondida porque Heather era incapaz de encontrarme. Siempre ganaba. La verdad, es que no se lo ponía nada fácil a la pobre. Yo era muy competitiva; seguía siéndolo. Una vez, hasta me escondí en el interior del contenedor de la basura. Heather no me encontró, pero mi abuela estuvo horas restregando la suciedad de mi piel. Podía llegar a limites insospechados por ganar.

Pero, en esta ocasión, solo se trataba de diversión. Así todo, no salí de detrás del seto para comprobar que Derek estaba buscándome. Espere un poco más, dándole tiempo.

Escuché unos pasos acercándose y sonreí al ver la punta de unos zapatos.

—¡Me has encontrado! —exclamé, alzando los brazos mientras me levantaba, saliendo del seto.

Unos ojos azules me miraron con intensidad. Pero no eran los de Derek, sino los de su padre, quien me observaba con el ceño fruncido y una expresión de perplejidad en el rostro.

—No puedo negar que la he encontrado. Ahora, ¿puede hacer el favor de explicarme qué diantres está haciendo?

Me alisé el vestido a la vez que tragaba saliva. No pude evitar sentir cómo mis mejillas ardían en sangre.

—Estaba jugando al escondite con su hijo —expliqué, aclarándome la garganta. No había razón para que me sintiera avergonzada. A pesar de que Arthur me observaba como si estuviera teniendo una actitud reprochable, no había hecho nada malo.

—¿Jugando? —cuestionó.

—Sí, estábamos jugando al escondite.

—Dirá que era usted la que estaba jugando —me corrigió con prepotencia—. He visto a mi hijo dirigirse hacia la entrada de mi casa hace unos instantes.

—¿Él se ha marchado sin buscarme, dejándome sola?

—Señorita Robinson, mi hijo no es el encargado de su cuidado, le recuerdo que es al revés.

—Sí, lo sé. —Sentí que una gota de agua caía sobre mi cabello—. Se suponía que él tenía que buscarme. De eso se trata el escondite. Uno de los participantes cuenta hasta diez y el otro…

—Conozco el juego, señorita Robinson.

—Su hijo no lo hacía, así que supuse que usted tampoco.

Arthur fue a responderme, pero fue interrumpido por otra voz masculina.

—Había escuchado que las americanas eran descaradas, pero no que eran tan divertidas —señaló otro hombre, al que no había visto hasta ahora, y que se encontraba unos pasos por detrás de Arthur. Calculaba que tenía la misma edad que él. Su cabello era castaño y tenía unos bonitos ojos verdes—. En otra ocasión, ¿podría participar? —preguntó—. Le prometo que yo si le buscaré —añadió, guiñándome un ojo.

Arthur bufó.

—Harvey, a no ser que desees desposarte, la señorita Robinson no será una de tus conquistas.

Harvey se rio.

—Amigo mío, pero qué mal concepto tienes de mí. Estás asustando a la dama. —Avanzó un par de pasos, acercándose a mí para estirar su mano—. Harvey Sallow —se presentó y yo apreté su mano—. Es un placer conocerla, señorita Robinson.

—El vizconde de Linley —apuntó Arthur.

—Ese es solo el título que heredé de mi padre. Usted puede llamarme Harvey.

—No, no puede —replicó Arthur.

—Es un placer para mí haberle conocido, Harvey —le respondí con una sonrisa, haciendo caso omiso a Arthur. Al fin alguien simpático y que me trataba con cercanía.

Harvey era un hombre de una gran belleza. Su rostro podía rivalizar con el de los actores de Hollywood. Si hubiese nacido en el siglo XXI, podía haber sido modelo de pasarela.

—Está usted mojándose —dijo Harvey—. Qué poco caballeroso por nuestra parte no ofrecerle el paraguas —añadió, a la vez que me daba el paraguas, que acepté con gusto, más por fastidiar a Arthur que por necesidad.

Arthur se pasó dos dedos por el puente de la nariz como si estuviese armándose de paciencia. Lanzó una mirada furibunda a su amigo. No llovía casi, pero al igual que a su hijo, no parecía gustarle mojarse.

—Debería estar usted dentro en la habitación infantil, enseñándole álgebra a mi hijo, no jugando a esos juegos absurdos que le gustan a usted. —Iba a defenderme, pero Arthur no me dio la opción—. Estaba en una reunión importante con el vizconde de Linley en mi despacho cuando he visto a mi hijo solo e incómodo en medio del jardín.

—Él no estaba solo, me estaba buscando. Estábamos jugando.

—Señorita Robinson, mi hijo no pierde el tiempo jugando. Es un niño que posee una alta capacidad cognitiva, al que espero que usted ayude a prepararse para Ethon, donde acudirá en unos años. Pensé que había quedado claro lo que esperaba de usted.

—Estás siendo demasiado duro con la señorita. Ella necesita tiempo para aclimatarse a nuestras costumbres y a mi ahijado —interrumpió Harvey, dándole una palmadita en la espalda a Arthur—. Aunque debo de reconocer que a Derek le vendrá bien jugar al aire libre —añadió Harvey con complicidad, dedicándome una sonrisa coqueta.

Arthur le lanzó una mirada reprobatoria a su acompañante.

—Si no te importa, yo me encargo de la educación de mi hijo —le dijo a Harvey, y este le respondió con una reverencia que provocó que Arthur entrecerrase los ojos. Después, centró su atención en mí—. Esta noche cenará conmigo. —No era una petición, sino una orden—. Durante la cena discutiremos con mayor tranquilidad las normas que espero que respete.

Asentí, porque aunque prefería comer chinchetas que cenar con él, no tenía demasiadas opciones

—Si me disculpa, tenemos negocios que atender. —Aunque no lo expresó en voz alta, pude escuchar: «negocios que usted ha interrumpido». Hizo un gesto con la mano, despidiéndose de mí—. Y haga el favor de pedir a las sirvientas que suban una bañera a la habitación.

—Por supuesto, me encargaré que su hijo se bañe todas las noches.

—No lo decía por mi hijo, no es él quien se ha retozado por la tierra.

Abrí la boca y juro por Dios que sentí cómo mi mandíbula se desencajaba.

Maldito gilipollas.

—Ha sido un placer conocerla, milady. —Harvey sostuvo mi mano y le dio un beso en el dorso—. No haga caso a mi amigo. Huele usted a rosas.

Ese hombre sí que era un verdadero caballero.

Ambos hombres se dirigieron al interior de la mansión y yo esperé unos minutos a que desaparecieran antes de seguir el mismo camino que habían seguido ellos. Cuando subí a la habitación infantil, encontré a Derek sentado en la mesa redonda, comiendo un plato que alguna de las empleadas habían dejado allí para él. Me di cuenta de que el libro que estaba antes en el centro del mueble ya no se encontraba allí.

—¿Por qué te has ido? —le pregunté.

El niño terminó de tragar un trozo de pollo antes de girarse para mirarme. No se podía negar que sus modales eran exquisitos; demasiados exquisitos para un niño.

—Me estaba mojando —respondió, como si fuera algo que era obvio—. No me gusta mojarme la ropa.

Debería haberlo supuesto, ya que él me lo había dicho.

Con pasos lentos me acerqué a él, colocándome a un lado de la silla en la que se encontraba sentado y me puse de cuclillas para quedar a su altura.

—¿Tampoco te gusta jugar al escondite?

Derek negó con la cabeza.

—Pero si te gusta estar al aire libre.

Él asintió.

—¿Quieres que mañana si no hace mucho frío demos la clase en el jardín?

Una media sonrisa apareció en el rostro del niño.

Solo era un niño pequeño, uno solitario. Uno que lo único que necesitaba era atención y amor, como todos los niños. De la misma manera que mi hermana Heather y yo lo habíamos necesitado a su edad.

Derek ladeó la cabeza y centró de nuevo su atención en su plato de comida, dándome una mejor visión de su marca de nacimiento.

Entonces, recordé el retrato que Charles Wending había hecho del él y de su padre. Las facciones de Arthur las había recreado a la perfección, pero en cuanto a Derek, a pesar de que yo no había prestado demasiada atención al retrato del niño, no tenía ninguna duda de que no había ninguna marca dibujada en su mejilla izquierda.

¿Tal vez el pintor había considerado la mancha como una imperfección, y esa era la razón por la que no la había representado en el cuadro? O, tal vez, había sido por petición de Arthur.

No debería extrañarme ninguna de las dos opciones, ya que la búsqueda por la perfección era algo que llevaba atormentando al ser humano desde el comienzo de su creación.

Pero la mancha de Derek no era una imperfección. La mancha le hacía único.

—¿Quiere que le traiga el almuerzo, señorita? —La voz de Lydia provocó que estuviese a punto de caerme al suelo.

Me levanté para dirigirme a Lydia, quien se encontraba en el marco de la puerta. Miraba hacia mí, pero parecía que no se atrevía a entrar. Ya había notado que ella actuaba de manera extraña con Derek.

—Ahora vengo, Derek —le dije al niño, y como de costumbre, este se limitó a asentir.

Salí de la habitación y le hice un gesto a Lydia para que me siguiese. Cerré la puerta detrás de mí.

—Esta mañana, antes de que Ruth nos interrumpiese, ibas a decirme algo sobre Derek —susurré.

Lydia tragó salivo audiblemente.

—No era nada, seño… Grace —se corrigió al darse cuenta de que estábamos solas.

—Puedes hablar con confianza.

Ella miró de un lado para otro del pasillo, asegurándose de que no había nadie.

—Ya te habrás dado cuenta de que Derek es un niño … —Ella hizo una pausa buscando la palabra correcta—, peculiar —dijo al fin—. Él a veces actúa de maneras extrañas. Debo reconocer que él me da miedo.

Abrí los ojos, mirándola con incredulidad. ¿Pero qué sarta de tonterías estaba diciendo? Derek era solo un niño de siete años. Sí, me había dado cuenta de que tenía actitudes que eran atípicas en un niño de esa edad. Tal vez tenía algún trastorno psicológico y en esa época podía asustar a los más ignorantes. O, simplemente, era un niño demasiado tímido. Fuera como fuese, no iba a permitir que lo tratasen como si fuese un apestado.

—Derek es solo un niño. Sus diferencias le hacen especial. Y te pido que cambies ese comportamiento con él. Derek se da cuenta de que lo rehúyes y he visto a otros sirvientes haciendo lo mismo. No lo voy a permitir.

Lydia negó con la cabeza, pero no replicó mis palabras.

—Como desee, señorita.

—No pretendía ser descortés contigo, Lydia. —No podía evitar defender a Derek. Era como si un instinto maternal que no sabía que tenía, y no debería tener, se hubiese apoderado de mí. De alguna manera, me sentía identificada con él, porque yo también había sido diferente cuando tenía su edad—. Solo te pido que dejes esos absurdos pensamientos de lado y recuerdes que solo es un niño pequeño.

Ella esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¿Te traigo el almuerzo? —preguntó, cambiando de tema—. ¿O prefieres almorzar en el comedor?

—Comeré junto a Derek.

Lydia asintió y se marchó a la cocina en busca de mi comida.

Cuando regresé a la habitación Derek, este había terminado de comer. Estaba sentado en el alfeizar acolchado de la ventana con el libro en su regazo.

—¿Quieres que leamos juntos?

Él aceptó con un asentimiento y me senté a su lado. Cuando me pasó el libro para que yo comenzase a leer, me congelé.

—*Los viajes de Gulliver* —leí el título en alto.

Era mi libro favorito. Tenía una copia en mi apartamento. Nos lo habían mandado leer en el colegio, pero cuando empecé a leerlo, sentí como si lo hubiese leído antes. De vez en cuando volvía a releerlo, incluso algunas escenas sería capaz de recitarlas de memoria.

Como vio que yo no leía en alto, Derek abrió el libro y comenzó a leer a la perfección. Su tono de voz era sosegado y claro. Mientras el niño relataba las aventuras de Gulliver, un recuerdo asoló mi memoria.

«*Un hombre joven, leyendo el libro a una niña muy pequeña mientras esta, sujetaba un oso de peluche en sus brazos. La niña se sentía segura y feliz. Esa niña amaba a ese hombre con todo lo que poseía y ese hombre la amaba ella*».

Esa fue la primera vez que recordé a mi padre.

Capítulo 9

Después de acostar a Derek fui a mi habitación para prepararme para la cena. Mis opciones de vestimenta eran muy limitadas, ya que solo poseía cuatro vestidos que tenía que alternar para todas las ocasiones. Ninguno de ellos era lujoso, pero elegí el vestido azul de manga larga y con escote estilo barco. Me pareció el más apropiado para una cena con Arthur.

Lydia me llevó hasta el comedor donde Arthur me esperaba. Se levantó en cuanto me vio llegar y me hizo un gesto para que me sentase en la silla que se encontraba justo al extremo contrario que la que ocupaba él. Me recordó a una de las escenas de la primera temporada de *Los Bridgerton*, donde los protagonistas cenaban cada uno en el lado opuesto de una larga mesa. En la serie ella cogía su plato y se sentaba al lado de él. También terminaban saliendo de la casa para hacer el amor de manera desenfrenada. Ninguna de las dos cosas me iban a suceder a mí esa noche.

—Siento que no haya podido cenar con su hijo —dije, rompiendo el silencio que se había instaurado en el comedor—. Podíamos habernos reunido después de la cena.

—Nunca ceno con Derek —pronunció las palabras con lentitud, como si estuviese explicando algo obvio a una niña—. Derek toma sus comidas en la habitación infantil.

—Solo —mascullé.

—Espero que con su compañía. Es parte de su trabajo.

—Y es un placer para mí ser su niñera, pero es bueno que los niños cenen con los padres. La cena es el momento en el que puede usted aprovechar para hablar con él, para preguntarle cómo le ha ido el día.

Apenas llevaba un día en esa casa y ya me había dado cuenta de que la relación entre padre e hijo era distante. El duque apenas le había prestado atención a Derek. No tenía un solo gesto cariñoso hacia él. Parecían extraños.

¿Por eso Derek rehuía tanto del contacto? ¿Era por culpa de su padre?

—No la he invitado a cenar para que me dé lecciones de cómo debe ser mi relación con mi hijo. —Abrí la boca para interrumpirle, pero él me lo impidió—. Derek es mi heredero, el futuro duque. Su educación debe ser exquisita. Después de lo que he visto esta mañana no soy tan ingenuo para pensar que será usted la que se la proporcione, pero espero que durante los meses que esté bajo su cuidado mi hijo no se convierta en un maleducado como lo es usted.

Ese hombre era un completo gilipollas. Me mordí la mejilla por dentro con tanta fuerza que sentí el inconfundible sabor metálico de la sangre.

—Si me ha invitado a cenar para ofenderme, puede darse por satisfecho, lo ha logrado. —Me levanté de la silla, a la vez que tiraba la servilleta que me había colocado en las piernas encima de la mesa. No creía tolerar que me faltase el respeto de esa manera.

Uno de los sirvientes, que portaba una bandeja con una sopera, se quedó quieto en mitad de la estancia, mirando del duque a mí, temeroso de moverse. Aquel imbécil tenía a todos sus pobres empleados aterrorizados.

—Haga el favor de volver a sentarse y ahórreme la escena —dijo en un tono de voz bajo, pero mortal, a la vez que hacía un gesto con la mano al sirviente para que nos sirviese la sopa. Como no obedecí sus órdenes, volvió a hablar—: Si no es capaz de seguir una simple orden, será mejor que le compre un billete para el próximo barco que salga hacia Nueva York.

Aquellas palabras fueron una dosis de realidad para mí. Lo cierto era que no me podía

permitir que Arthur me despidiese. No tenía adónde ir, ni tampoco sabía cómo regresar a mi tiempo. Además, sentía que estaba abandonando a Derek; sentía que el pequeño me necesitaba. Tragándome mi orgullo, me senté.

Los ojos del duque siguieron mis movimientos. Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su cara y refrené las ganas de borrársela de un guantazo.

Puede que me encontrara en una época diferente a la mía, pero había cosas que seguían siendo igual. Los hombres poderosos como Arthur estaban acostumbrados a mirar a los demás con suficiencia, y a hacer lo que quisieran simplemente porque tenían dinero. Se creía con el derecho de amenazar cuando algo no iba cómo él quería, y siempre se salía con la suya, porque los demás no se podían enfrentar a él.

Durante los siguientes minutos comimos la sopa de pollo en silencio. Arthur apenas me prestó atención. Tenía que reconocer que sus movimientos eran elegantes y sus modales en la mesa eran exquisitos.

—Es muy importante que Derek siga unos horarios —dijo cuando los sirvientes se llevaron los platos sucios para traer el segundo plato—. Debe despertarlo a las siete de la mañana y ayudarle a vestirse. A las ocho toma el desayuno y a las ocho y media deben empezar sus clases. A las…

Él siguió hablando, pero yo había desconectado. Para no interrumpirle y que no volviese a tildarme de irrespetuosa, esperé a que terminase de hablar. Cuando sus labios se unieron y su ceja se alzó, me lo tomé como mi señal.

—¿Y de qué hora a qué hora puede Derek comportarse como el resto de los niños?

—¿Qué quiere decir?

—Su hijo solo tiene siete años y se comporta como un adulto. Me ha parecido extraño, pero ahora lo entiendo. Derek tiene responsabilidades y preocupaciones que no debería tener un niño de tan corta edad. El aprendizaje es importante, pero tiene que disfrutar de su infancia y divertirse. A la edad de su hijo jugar es una de las partes más importantes para su desarrollo.

—¿Está sugiriendo que toda la educación que debe tener mi hijo es jugar al escondite? —cuestionó Arthur—. Le va a ser muy útil cuando ingrese en Ethon —añadió con su soberbia habitual, no molestándose en ocultar el sarcasmo en sus palabras.

—En realidad, sí —insistí, ignorando sus burlas—. ¿O acaso en ese colegio no habrá otros niños de su edad? ¿No les parecerá extraño que Derek no sepa jugar al escondite o a cualquier otro juego?

Arthur entrecerró los ojos, algo que, a pesar de mis escasas interacciones con él, ya era más que capaz de saber que significaba que le estaba tocando las narices. O, como él diría, importunándole.

—En Ethon enseñarán a mi hijo a convertirse en un hombre de bien. Hará amistades que perdurarán toda la vida, pero que también le resultarán beneficiosas en un futuro —dijo con convicción—. ¿Sabe lo que verdaderamente valorarán sus compañeros y profesores, milady? —preguntó—. Que sea capaz de hablar varios idiomas, su destreza en la lectura y sus conocimientos del mundo.

Claro que sí, porque a un niño lo que de verdad le importa es lo versado que esté su amigo. Me guardé el comentario irónico para mí misma, porque sabía que no iba a ser bien recibido por ese hombre.

—¿Fue usted a Ethon? —inquirí.

—Así es —me respondió, el orgullo bañando sus palabras—, y cuando terminé mi educación allí, fui a Cambridge.

—¿Y tiene muchos amigos de aquella época?

Arthur arrugó el ceño.

—No sé adónde pretende llegar con sus preguntas.

—No se ofenda, excelencia, pero me cuesta creer que hiciese amigos si sus únicos intereses eran los estudios. Se lo digo por experiencia. Es importante que Derek se prepare intelectualmente, pero también que se divierta.

—Mi hijo se divierte —respondió a la defensiva—. Él lee libros…

—Sí, pero solo después del almuerzo —le interrumpí—. Su hijo debería poder leer cuando le apeteciese.

—Señorita Robinson, los horarios y las normas son importantes. Al igual que la rutina. No le estoy pidiendo que lo entienda, le estoy ordenando que lo respete. Ruth le entregará un horario con lo que mi hijo debe hacer durante el día. Espero que lo lleve a rajatabla. —Su tono voz era calmado pero exigente, dejándome claro que no había réplica posible.

Aquella debería haber sido mi señal para asentir con la cabeza y dejar el tema. Sin embargo, no pude hacerlo.

—En ese horario, ¿está usted apuntado?

—¿Cómo dice? —preguntó con sorpresa.

—Hoy no ha pasado tiempo con su hijo.

—Soy el duque de LowCastle. Debo administrar mis extensas posesiones, al igual que mis inversiones. Si estuviese ocioso no la necesitaría a usted.

Aunque él intentaba mostrarse indiferente, sus ojos azules se habían congelado como dos témpanos. Había tocado un tema delicado para él. Era obvio que se preocupaba por su hijo, pero no quería pasar tiempo con él. Y podía ver en su mirada que había una razón.

—Su hijo es más importante que sus posesiones o sus negocios. Él le necesita.

—Lo que Derek necesita de mí es que me asegure de que cuando herede el título de duque LowCastle, su patrimonio sea abultado, no tenga ninguna deuda y que sea respetado por el resto de nuestros iguales.

—Derek necesita un padre, no un título —dije con indignación—. Le necesita a usted.

—Es suficiente. —Su tono de voz airado provocó que los pelos del brazo se me pusiesen en punta—. No tengo nada más que hablar con usted y se me ha quitado el apetito. Así que, si me disculpa, regresaré a mi despacho.

A pesar de sus palabras, él no esperó a yo me disculpase. Se marchó del comedor, dejándome sola con los sirvientes.

Sabía que me había extralimitado y que había tensado demasiado la cuerda. Normalmente, sabía dónde estaba el límite, pero aquel era un tema delicado para mí. Yo me había criado sin padre y con una madre ausente. Puede que Derek no lo manifestase, pero él necesitaba el cariño de su progenitor.

Mi misión a cada minuto que pasaba se complicaba. Tenía que empezar a buscar un plan alternativo al de esperar a mi hermana. ¿Cómo iba a quedarme hasta mayor en esa casa si no había pasado ni dos días y Arthur ya me quería despedir? Con suerte, aguantaba hasta finales de semana. Y estaba siendo muy optimista con ese pensamiento.

Capítulo 10

Aunque a principios de febrero era normal que el tiempo no acompañase, tres días enteros de lluvia intensa provocaron que mis nervios estuviesen a flor de piel. Apenas había vuelto a ver al duque esos días a pesar de que me constaba que él no había salido de la propiedad.

Tal como Arthur había predicho, Ruth me entregó las normas y el horario que debía seguir Derek. Había hecho todo lo posible por ceñirme a él, pero me costaba horrores, ya que me parecía de los más absurdos que el día entero del niño estuviese decidido de antemano.

Habíamos terminado de almorzar y, como todos los días, Derek estaba leyendo. En esta ocasión, sentado en el suelo, encima de una alfombra. Mientras el niño estaba ocupado me acerqué a la ventana. La lluvia había cesado y un claro en el cielo permitió que un rayo de sol iluminase los jardines.

La propiedad de Arthur era extensa; miles de hectáreas que abarcaban más de lo que mis ojos podían ver.

—¿Te apetece salir a dar un paseo? —le pregunté a Derek.

El niño se levantó de un salto y se acercó a la ventana.

—No llueve —afirmó y una sonrisa iluminó su rostro.

—No, no llueve —confirmé, sonriendo yo también al ver su alegría. Eran muy pocas las veces que Derek sonreía—. Abrígate bien.

Derek estaba preparado antes de que yo hubiese terminado de hablar. Cogí mi pelliza, que había dejado encima del alfeizar, pero antes de salir por la puerta, me di cuenta de que iba a desobedecer las órdenes de Arthur. Ya que, después de la lectura, tenía que darle una lección de historia al niño. La verdad es que las clases de historia habían consistido en leer la lección del libro mientras Derek me miraba con cara de aburrimiento. El pequeño no se iba a perder nada.

—Vamos a jugar a un juego. Tenemos que salir de la casa en silencio y ocultarnos si vemos a alguien. Si lo logramos, ganamos. ¿Quieres jugar?

Derek estrechó los ojos y abrió la boca. Sin embargo, no llegó a emitir ninguna palabra. Terminó asintiendo con la cabeza, aunque me quedó claro que no había logrado engañarle.

Derek anduvo a mi lado, despacio, mirando hacia todos lados. El pasillo estaba vacío, así como las escaleras, pero la entrada principal de la casa estaba abierta y el mayordomo se encontraba dando órdenes a dos hombres para que metiesen con cuidado un mueble sin dañar la madera de la puerta. Me quedé quieta en mitad de la escalera y suspiré. Era imposible que saliésemos de allí sin que el mayordomo nos viese y este avisará a Ruth.

Lo que menos me apetecía era tener que discutir con Ruth, o lo que era peor, con Arthur.

Leyendo mis pensamientos, Derek estiró el cuello para mirarme a los ojos, y aunque no pronunció ni una sola palabra, entendí perfectamente el mensaje que él quería transmitirme. Comenzó a bajar lo que quedaban de escaleras y le seguí cuando giró hacia la derecha. Abrió una puerta que, como descubrí un instante más tarde, era una despensa. No tenía ventanas. Por lo que apenas pude ver nada cuando cerré la puerta detrás de mí, pero escuché como Derek abría otra puerta, y le seguí por un pasillo iluminado por farolillos de aceite colocados en las paredes.

—¿Es un pasadizo secreto? —pregunté con cautela—. ¿Es seguro?

Derek se encogió de hombros como respuesta.

Le seguí en silencio, y mientras recorríamos el pasillo, una emoción que hasta entonces nunca había sentido se apoderó de mí. Estaba emocionada de vivir aquella aventura con Derek.

No era propio de mí, ya que la antigua Grace hubiese agarrado al niño y obligado a dar media vuelta, pero la Grace del siglo XIX acababa de descubrir que era mucho más aventurera de lo que ella creía.

Tras unos minutos caminando llegamos a otra puerta. Temí que estuviese cerrada, pero Derek giró el pomo y se abrió. Salimos a un patio detrás de la mansión. Estaba vacío, aunque aceleré el paso hacia la verja de entrada. Caminamos en silencio por el largo camino empedrado mientras Derek observaba a su alrededor, maravillado. Suspiré, porque tenía ante mí una gran discusión con *su excelenci*a. No sabía cómo, pero iba a convencer a ese duro de mollera que me permitiese dar las clases al aire libre los días en el que el tiempo lo permitiese.

El jardinero se encontraba cuidando uno de los jardines cerca de la verja, dándonos la espalda. Pasamos detrás de él y vi cómo el cuerpo del pequeño se tensaba a la vez que miraba la espalda del hombre como si estuviese conjurando un conjuro para que no se diese la espalda.

—No pasa nada si nos ve, Derek. Ya hemos ganado el juego —susurré, provocando el niño dejase de observar al hombre para centrar su mirada al frente.

Salimos por la doble puerta de hierro sin ser vistos y un suspiro que no sabía que estaba conteniendo salió de lo más hondo de mi ser. La adrenalina recorrió mis venas y me sentí completamente feliz.

Acababa de cometer mi primera travesura, nada más y nada menos que a la edad de veinticuatro. Como todas las primeras travesuras, estaba abocada al desastre, ya que alguien no tardaría de darse cuenta de nuestra ausencia. También era bastante probable que alguno de los empleados nos hubiera visto por alguno de los enormes ventanales de la casa y le avisará al duque de nuestra pequeña escapada. Así todo, me permití no pensar en las consecuencias y disfrutar del triunfo.

—¡Lo hemos logrado, choca esos cinco! —exclamé, alzando la mano. Derek miró la palma de mi mano como si fuese un material radiactivo—. Ahora tú tienes que levantar tu mano y golpear la mía, o hacer como que la golpeas —me corregí, a sabiendas de su animadversión a tocar a otra persona.

Esos días había descubierto que no era algo personal contra mí. Derek rehuía de cualquier contacto humano.

Lentamente, levantó su mano derecha, imitando mis acciones. Y yo moví la mía hacia la suya sin llegar a tocarle. El niño esbozó una media sonrisa.

—Has chocado los cinco —le dije con alegría.

Los ojos de Derek se iluminaron con algo parecido a la felicidad y sentí como mi corazón se anchaba de dicha.

—¿Conoces las tierras de tu padre? —le pregunté, señalando la vasta extensión de tierras.

No había tenido la ocasión de explorarla y dudaba que tuviese la oportunidad de hacerlo. Por lo menos, en su plenitud, ya que en aquel siglo aún no se había inventado el motor, y jamás había montado a caballo y no tenía mucha intención de hacerlo. Claro que siempre podía ir en carruaje, aunque tampoco era algo que me hiciese demasiada ilusión.

—No muy bien. —Derek me sacó de mi ensoñación—. Apenas salgo de la casa. —Su voz sonaba tan apenada que tuve que usar todo mi autocontrol para no abrazarlo.

—Eso va a cambiar ahora que estoy yo aquí. No podemos arriesgarnos a que se haga de noche —no había farolas y el cielo estaba nublado—, así que no iremos muy lejos. ¿Quieres que juguemos a algo o prefieres pasear?

—Pasear.

La respuesta no me pilló de imprevisto. Como había descubierto, Derek no era muy amante

de los juegos.

Paseamos por el camino solitario. Derek se paraba de vez en cuando para inspeccionar una flor que le llamaba la atención, aunque no las tocaba, y mucho menos las arrancaba, como hubiesen hecho la mayoría de niños. En un momento, visualicé a lo lejos una capilla de piedra. La misma que vi cuando el duque me encontró. La misma capilla que, en el siglo XXI, estaría en ruinas.

La curiosidad provocó que acelerase el paso, dejando a Derek detrás de mí. Quería entrar dentro, inspeccionar la capilla en busca de alguna pista que me ayudase a regresar a mi época, o por lo menos, a entender la verdadera razón por la que había viajado en el tiempo. Pero, a mitad de camino, me di cuenta de que Derek no estaba detrás de mí. Cuando me giré, vi que Derek había dejado de caminar y estaba mirando unos setos.

Le llamé, pero el niño ni siquiera dio muestras de haberme escuchado. Fui hasta donde estaba para ver lo estaba mirando. Pegado a los setos, había una trampa para animales, y un conejo había caído en ella. La pata del animal estaba atrapada, y el pobre se movía, luchando para salir.

Observé la trampa, buscando la manera de liberar al animal sin hacerme daño. Me puse cuclillas y el conejo emitió un fuerte chillido.

—No voy a hacerte daño, solo quiero ayudarte —le dije con tono calmado, a pesar de que el animal no podía entenderme. Tras unos minutos inspeccionando la trampa y maldiciendo que en esa época no hubiese Internet, logré soltar al animal. El conejo no debía llevar demasiado tiempo atrapado, y tampoco su herida debería ser demasiado grave, porque aunque cojeaba, se marchó a bastante velocidad.

Solo cuando me levanté recordé que Derek se encontraba a mi lado. El niño se había mantenido en silencio mientras yo salvaba al animal.

—Gracias a que le has visto he podido salvarle —le dije para animarle, pensando que el niño se encontraba en *shock*.

—¿Por qué le has salvado? —me preguntó, pillándome por sorpresa.

Me puse de cuclillas para ponerme a su nivel.

—¿No querías que lo salvase? —Como era costumbre en él, se encogió de hombros—. Estaba atrapado, no podía dejar que se muriese. Los animales sufren como los humanos, es nuestro deber cuidarlos.

—Ayer comimos conejo —señaló y yo cerré los ojos un instante. Ese niño era demasiado listo para mi propio bien.

—Tienes razón. Los humanos necesitamos carne para alimentarnos, pero acabamos de almorzar, así que no necesitamos cazar al conejo. —Había dicho una idiotez como una casa, pero no tenía ni la menor idea de cómo responder a las preguntas incómodas de los niños. Por suerte, era la primera que Derek me hacía una.

—Los humanos cazan animales para comer —añadió Derek, mordiendo su labio inferior y haciendo una pequeña pausa—. Nadie caza a los humanos.

En realidad, los humanos nos cazábamos entre nosotros. Llevábamos siglos haciéndolo mediante guerras absurdas, pero no era un tema para hablar con un niño de siete años.

—Eso es porque estamos en lo más alto de la cadena alimenticia —dije, a la vez que me levantaba—. Vamos a la capilla. —Comencé a caminar, esperando que Derek me siguiera. Sin embargo, este parecía perdido en sus pensamientos.

—No es justo. Alguien debería cazarnos —susurró tan bajito que tuve dudas de haberlo escuchado correctamente.

Decidiendo no darle más importancia, chasqueé los dedos en busca de la atención de Derek. Cuando la obtuve, empecé a caminar de nuevo hasta la capilla. En cuanto llegamos, Derek se detuvo en seco, su mirada fija en la cruz del techo.

—Vamos dentro —le dije, subiendo un escalón, pero Derek no se movió. Su cuello seguía estirado y los músculos de sus hombros se habían tensado. No podía ser la primera vez que pisaba la capilla. Seguramente, iba a menudo—. Cariño, vamos.

Derek no solo no obedeció, sino que giró la cabeza para mirarme y pude ver el miedo en su rostro.

—Es solo una capilla. No hay nada que temer.

Con mis palabras, cerca de tranquilizar al pequeño, solo conseguí que diera un par de pasos hacia atrás, alejándose aún más. Suspiré y bajé los escalones que había subido para acercarme a él.

—¿Confías en mí? —le pregunté. Derek me miró en silencio durante unos instantes, pero después, asintió lentamente con la cabeza—. No tienes que tener miedo, yo voy a estar contigo. Si hay alguien dentro, estará rezando, y ni siquiera se fijará en nosotros. —A Derek no le gustaba la gente extraña, así que supuse que eso era lo que temía—. Necesito entrar y no puedo dejarte fuera. Venga, vamos.

Tras un segundo de conversación consigo mismo, Derek dio un par de pasos en dirección a la escalinata de entrada de la capilla, pero tanto él como yo nos quedamos quietos cuando un hombre con sotana salió por la puerta. Su mirada estaba fija en el pequeño.

—¡Él no puede entrar a la casa de Dios! —espetó con desprecio, señalando con su dedo índice a Derek.

Él retrocedió un par de pasos, asustado por las palabras enérgicas del hombre.

¿Acaso ese hombre se había vuelto loco? ¿Cómo se le ocurría hablar de esa manera a un pobre niño?

—¡¿Se puede saber qué le pasa?! —me enfrenté a él—. ¡Está asustando al niño!

El hombre, lejos de retractarse por su comportamiento, siguió apuntando hacia Derek como si fuera un ladrón o un asesino.

—Lleva la marca del diablo en la cara —dijo, como si aquella fuera explicación suficiente. A pesar de que estaba hablando conmigo, no apartó la mirada de Derek en ningún momento.

Ese hombre estaba chalado y estaba terminando con mi paciencia.

—¡Deje de decir tonterías! —exclamé, enfadada, provocando que el sacerdote girase la cabeza para mirarme por primera vez—. ¿Sabe usted que está diciendo esas barbaridades del hijo dueño de estas tierras?

El hombre no pareció sorprendido ante mi declaración.

—Él debe alejarse de la casa de Dios. No es bien recibido en ella.

¿Arthur sabía que el sacerdote estaba tratando de esa manera a su hijo? ¿Era esa la razón por la que Derek se había mostrado tan atemorizado de entrar en la capilla? Aquel hombre estaba aterrando y discriminando a un pobre niño.

Negándome a dejarme intimidar por el comportamiento del sacerdote, di un paso al frente.

—Apartase de la puerta. Vamos a entrar.

Como respuesta, el hombre se metió en el interior de la capilla y escuché el sonido de la llave en la cerradura mientras la cerraba.

Había que joderse. Si no hubiese estado en presencia de Derek, habría llamado a la puerta, obligándole a dejarme entrar, pero no quería que el niño presenciase otra escena, ni que ese hombre volviese a insultarlo. Tal y como estaba, era capaz de echarle agua bendita al pequeño.

Me giré para mirar a Derek, pensando que estaría asustado y afectado, pero él observaba la puerta cerrada con una expresión de alivio en su rostro.

Me acerqué a él y me arrodillé para quedarme a su altura.

—No tienes que hacerle caso —suavicé mi voz, no queriendo que pensase que estaba enfadada con él—. Ese señor está enfermo. Todo lo que decía no era verdad. Lo sabes, ¿verdad?

Como hacía usualmente, Derek me observó durante unos segundos en silencio antes de contestarme, y como también era normal en él, no lo hizo con palabras. Sin embargo, en esta ocasión, en vez asentir, movió su cabeza de un lado a otro.

Completamente confundida por su reacción y sin saber exactamente qué quería decirme, contemplé cómo el niño se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente de regreso hacia la casa. Sabiendo por experiencia que presionar era lo peor que podía hacer, me levanté y le seguí.

¿Tan desquiciado estaba ese sacerdote que había logrado meterle ideas absurdas a ese pobre niño? Por mucho que lo intentara, no había nada que yo pudiera hacer para arreglar esa situación. Pero pensaba hablar con Arthur y contarle todo lo sucedido. Ese sacerdote no podía seguir en sus tierras; necesitaba tratamiento, o por lo menos, estar alejado del niño.

Capítulo 11

Estábamos llegando a la entrada la mansión cuando vi unos carruajes.

—Tenemos visita —anunció Derek, deteniéndose en seco.

—¿De quién? —pregunté, esperando que el niño reconociese los carruajes.

Este se encogió de hombros a modo de respuesta y comenzó a andar de nuevo. Aunque a Derek le costaba usar las palabras y no era un niño demasiado expresivo, poco a poco, iba comprendiendo sus gestos. Pese a que podía parecer indiferente, él estaba curioso, y también, incómodo. Era un niño al que no le gustaba nada que alterase su día a día.

No podía negar que yo también tenía cierta curiosidad por los recién llegados. Pese a que llevaba poco tiempo en la mansión, ya había percibido que Arthur Spinster era un hombre bastante solitario. La única persona con la que le había visto —y solamente durante una ocasión —, había sido con Harvey. Y, desde ese día, no había vuelto a ver a aquel hombre por los alrededores de la casa. En realidad, tampoco veía mucho a Arthur. No habíamos vuelto a interactuar desde la cena. Él apenas salía de su despacho, y cuando lo hacía, era para encargarse de algún problema en las tierras de su propiedad, pero nunca para ver a su hijo. Por medio de Ruth había intentado que él participase en las actividades que realizaba con su hijo. Derek tenía una gran destreza para tocar el piano y parecía que el niño disfrutaba haciéndolo. Sin embargo, Arthur había declinado todas mis sugerencias excusándose en que estaba muy ocupado y no había aparecido.

Un rechazo que me había hecho revivir experiencias del pasado. Antes de abandonarnos, mi madre nunca podía acudir a los recitales del colegio que Heather protagonizaba y yo era obligada a participar. Tampoco se había involucrado en ninguna otra actividad. Siempre tenía algo más importante que hacer que pasar tiempo con sus hijas.

Sin embargo, por alguna razón, mi instinto me decía que el caso de Arthur era diferente; había algo más que el desinterés típico de los padres adinerados que dejaban la educación de sus hijos al cuidado de sus empleados. Y estaba empecinada en descubrir qué era. Estaba claro que por mí misma no iba a lograr nada, pero quizá los visitantes podían darme alguna información relevante. Ya no solo me interesaba por el bien de Derek, sino también porque necesitaba saber si podía confiar en el duque. Necesitaba saber si, de alguna manera, Arthur podía convertirse en un apoyo para mí; si él podía ayudarme a volver a mi época, o si, por el contrario, él me tildaría de loca si le contaba la verdad.

Decidida a buscar la manera de conocer a los recién llegados, nos adentramos en la mansión. Atravesamos el *hall* sin encontrar indicios de que los invitados se hallasen cerca. Tampoco vi a ningún empleado a quien poder preguntar. La mansión estaba en silencio. Una parte de mí había esperado que Arthur hubiese salido a nuestro encuentro para, con su fría indiferencia, darme un sermón sobre lo irresponsable que había sido saltándome las normas y el riguroso horario de estudio de su hijo. La otra, estaba segura de que había sido cuidadosa y nadie nos había visto.

No sucedió ni una cosa ni la otra, porque en cuanto subimos por las escaleras, Lydia se acercó a mí con una expresión seria. Me quedé quieta, pero le hice un gesto a Derek para que se dirigiese a la habitación infantil.

—El duque se ha enterado de nuestra salida —le dije en cuanto vi a Derek adentrarse por el pasillo.

—No, y tampoco Ruth. —Un suspiro de alivio brotó de mis labios—. Pero he tenido que mentir al mayordomo, a dos doncellas, y al jardinero, haciéndoles creer que tenías el permiso de su excelencia.

—Y yo que pensaba que había sido discreta.

—En absoluto.

A pesar de la mirada de reproche que me dirigió, Lydia esbozó una sonrisa.

—Gracias, me has salvado la vida. —Lydia no tenía ninguna obligación de haberme encubierto. Y, sin embargo, lo había hecho—. No tenía ninguna gana de aguantar un sermón de su excelencia. —Lydia negó con la cabeza, en un gesto que interpreté como «eres imposible», pero no dijo nada—. ¿Tenemos invitados, verdad?

Ella asintió.

—El marqués de Arwood, su mujer, y su hijo, lord Landon, van a pernoctar un par de noches en la casa.

—¿Es un amigo del duque?

Ella pareció dudosa y tardó unos segundos en contestar.

—No lo creo. Nunca habían estado de visita. Aunque es raro que el duque invite a nadie o sea el anfitrión de fiestas que duran semanas como el resto de sus iguales. Algo que es un alivio, debo reconocer.

También era un alivio para mí.

—Debo ir con Derek y prepararlo para su baño —dije, porque aunque me encantaría seguir hablando con ella, tenía que atender a mi pupilo.

Lydia asintió y yo atravesé el pasillo. Unos ruidos que provenían de la habitación infantil llamaron mi atención. Lo que más me sorprendió, fue el golpe seco de un objeto impactado contra el suelo. Al principio, pensé que a Derek se le había caído algo, pero cuando otro golpe volvió a resonar, no tuve ninguna duda de que alguien estaba tirando objetos al suelo. No podía ser Derek, ya que el niño era excesivamente cuidadoso con sus cosas.

En cuanto abrí la puerta, vi a una chica que no había visto hasta ese momento, unos cuantos años mayor que yo, a mediados de sus treinta. Era bajita y menuda, más o menos de mi altura, y tenía el cabello castaño, recogido en un moño. No conocía a todos los empleados de la casa, pero sabía que no pertenecía al servicio de Arthur porque no llevaba el uniforme. Ella iba ataviada con un vestido gris que le daba un aire aburrido, a pesar de que una sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Hola! —me saludó alegremente, cruzando la habitación para dirigirse a mí—. Yo soy Ashley, la niñera de lord Landon. —Hizo un gesto con la mano, señalando a un niño que debía de tener la misma edad que Derek. Era moreno, de tez pálida, y tenía unos bonitos ojos castaños. El niño estaba frente al baúl, sacando juguetes y tirándolos al suelo con fuerza—. Tú eres… —hizo una pequeña pausa, dándome tiempo para que me presentara, pero cuando Derek, al que no había visto, se colocó a mi lado, dijo: —Tú debes de ser la niñera del hijo del duque. Este pequeñín no ha querido decirme su nombre. —Fue a revolverle el cabello a Derek, pero este, con sus rápidos reflejos, retrocedió un paso.

Sabiendo que Derek no iba a responder, lo hice yo por él.

—Él se llama Derek, y yo soy Grace.

—¿Le llamas por su nombre? —preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—¿Y cómo debería llamarle?

—Lord Derek, por supuesto —respondió, como si fuese obvio—. La marquesa se moriría de un infarto si me tomo esas confianzas con su hijo.

Arthur era muy riguroso, pero no me había corregido al escucharme llamar a su hijo por su

nombre.

—Al duque no parece importarle.

—He escuchado que es un hombre bastante excéntrico —dijo Ashley, bajando la voz para que Derek no pudiese escucharla, aunque tenía que estar sordo para no hacerlo.

—¿Estáis de visita? —la interrumpí, haciéndole una pregunta obvia, ya que no quería que Derek escuchase algo sobre su padre que pudiese molestarle.

—Así es —contestó con un suspiro—. No es como si alguien me informase de las razones de los marqueses para viajar, pero las paredes hablan, ya sabes. —Ashley entornó los ojos y se puso una mano alrededor de la boca, como si estuviese contándome un secreto. Fue a decir algo más, pero pareció pensárselo mejor cuando vio a Derek observándola con atención.

Ashley desvió la mirada de Derek, como si no fuese capaz de mantenerla. Y a pesar de que una sonrisa tiraba de sus labios, vi cómo tragaba saliva y cruzaba las piernas, visiblemente incómoda.

—Cariño, ¿por qué no vas a jugar con Landon? —le propuse a Derek, mirando hacia Landon, quien se había cansado de tirar juguetes a suelo y jugaba con unos soldaditos de plomo.

Derek me miró dubitativo durante unos instantes, y yo sonreí, dándole confianza. Derek atravesó la habitación, y pensaba que se iba a unir a Landon, pero pasó a su lado y se sentó sobre el alfeizar. Aunque, en vez de mirar por la ventana, cómo hacía siempre, su atención estaba centrada en Landon. Me lo tomé como un triunfo.

Hice un gesto a Ashley para sentarnos al otro lado de la habitación, en dos sillas de madera para adultas. En cuanto Ashley estuvo segura de que ninguno de los dos niños nos estaba prestando atención, continuó con su cotilleo.

—Sutterland solo es una parada en el viaje. Nos dirigimos a Bath, donde la marquesa y lord Landon se van a quedar una temporada. Y yo con ellos. —Ashley suspiró, evidenciando que era una decisión con la que no estaba muy conforme—. La marquesa dice que ha sido su decisión, que le duele la espalda, y que las aguas de Bath la ayudarán. —Entornó los ojos e hizo una mueca—. La realidad es que el marqués cada vez pasa más tiempo con su amante. Las malas lenguas dicen que se ha enamorado de ella. La marquesa no quiere regresar a Londres para la temporada y ser el hazmerreír de la sociedad.

Sentí compasión por la marquesa. En esa época, no era fácil ser mujer. No solo no podía divorciarse de su marido, sino que, encima, se tenía que esconder para no sentir vergüenza por los actos de este, cuando nadie le juzgaba a él.

—Ella no debería ser la que se oculte —dictaminé, provocando que Ashley se encogiese de hombros.

—Son las reglas de la clase alta. En eso, no les envidio. ¿Tú no eres inglesa? —Lo hizo sonar como una pregunta, pero era una afirmación.

—No, soy de Ch… Nueva York —me corregí a tiempo.

—Lo he notado por tu acento —dijo con satisfacción, como si hubiese resuelto un *puzzle* complicado—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para el duque?

—Poco menos de una semana.

—Vaya, eso sí que es poco tiempo. ¿Has venido desde Nueva York para trabajar para el duque?

—Se puede decir que sí —respondí, sin darle más información. No me caía mal, pero era una cotilla. Cualquier cosa que le dijese terminaría sabiéndose por todo Reino Unido.

—No me importaría trabajar para él. Aún no he podido verle en persona, pero he escuchado que es un hombre muy apuesto. —Ashley esbozó una sonrisa pícara—. Ha robado decenas de

corazones. Más de una se disgustó cuando se enteró de que se había comprometido.

Vaya, así que Arthur tenía una gran cantidad de admiradoras. Tenía que reconocer que era un hombre atractivo. Alto, fuerte y muy elegante. Sin embargo, con una soberbia y un mal humor que opacaban todo su atractivo.

—¿Quién es su prometida? —inquirí. Si alguien podía darme todas las respuestas, esa era ella. Ashley no tenía ningún filtro en su boca. Y tampoco sabía cuándo era mejor callarse. Esa mujer hablaba por los codos.

—Eve Bedford. Su padre es un conde. Tiene veinte años, y esta va a ser su primera temporada. Debía de haberse presentado antes en sociedad, pero su madre estaba muy enferma y ella la cuidó hasta su muerte. Dicen que la condesa le pidió al conde en su lecho de muerte que su hija disfrutase de una temporada en el mercado matrimonial. Por eso, aunque su padre la comprometió al duque de LowCastle hace meses, no se casarán hasta mayo.

—¿Ella no quiere casarse con el duque?

—No se conocen, o eso he escuchado. Su padre y el duque lo han negociado sin contar con ella. Pero seguro que está feliz. LowCastle es uno de los hombres más adinerados de Inglaterra.

Ashley lo dijo como si la riqueza que poseía el duque fuese lo único que a su prometida debería importarle. Arthur ya me había dejado claro que aquel era un matrimonio de conveniencia, algo normal en la época en la que me encontraba.

Landon se acercó a nosotras con una espada de madera en la mano.

—Qué espada más bonita —le dije al niño, tratando de entablar una conversación con él.

Este fijó su mirada en mí y arrugó la nariz.

—No, no lo es —respondió con soberbia, tirando la espada al suelo—. Estos juguetes son antiguos y ordinarios —se quejó —. Quiero mis juguetes —exigió, mirando a Ashley.

—Lord Landon, ya sabe que se nos han olvidado en la posada en la que hemos pasado la noche. Su padre ha prometido comprarle más cuando lleguemos a Bath.

—¡Quiero mis juguetes! —exclamó, golpeando el suelo con el pie.

—Lord Landon, discúlpeme, pero eso no va a poder ser.

—Vete a por ellos.

El niño era como un pequeño dictador, y Ashley comenzó a ponerse nerviosa al darse cuenta de que iba a montar una rabieta.

—¿Sabes cómo es más divertido jugar? —le pregunté, interviniendo y provocando que Landon girase la cabeza para mirarme—. Jugando con otro niño —me respondí a mí misma, señalando a Derek.

—¿Con él? —El niño casi gritó, horrorizado por mi sugerencia—. No —respondió con desprecio a la vez que pateaba la espada que estaba en el suelo frente a él.

—¿Por qué no? —insistí, mirando de reojo a Derek, quien nos estaba mirando.

—Es raro y huele mal.

¿Cómo que Derek olía mal? Si olía a rosas.

No me gustó la forma en la que estaba tratando a Derek. Ese niño era un repelente, un mentiroso y me caía mal. Sin embargo, me corregí a mí misma en el instante en el que tuve esos pensamientos de Landon. Este tan solo era un niño, y los niños podían llegar a ser un poco crueles.

Así que, me armé de paciencia y traté de dialogar con él.

—No puedes juzgar a una persona sin conocerla. Estoy segura de que tenéis muchas cosas en común y podéis haceros grandes amigos.

El niño no parecía estar por la labor de cambiar de opinión.

—No quiero que sea mi amigo —sentenció, a la vez que se giraba para regresar al baúl. Sacó unos bloques de madera que apiló en el suelo. Luego, los puso unos encima de otros, y los pateó, riéndose.

—¿No deberías decirle algo? —le pregunté a Ashley, aunque ya había visto lo suficiente como para darme cuenta de que no tenía ninguna autoridad con el repelente niño.

Ella suspiró.

—Por lo menos, ha encontrado algo que le divierte. Estoy agotada de intentar controlarlo. No sabes lo que ha sido el viaje hasta aquí. —Hizo una mueca—. Tres días encerrada con él en un carruaje, saliendo solo para dormir y comer. El purgatorio es mejor castigo.

Me reí.

—No ha podido ser tan horrible —dije, dejando de prestar atención al pequeño para mirarla —. Solo es un niño. Algunos son más rebeldes que otros.

—Lo sé, pero, a veces, me planteo dejarlo. Solo que, ¿adónde voy a ir? La marquesa no me va a dar referencias y… —Ella siguió hablando, cada vez más rápido que, hasta me costaba entender todo lo que decía. Ni siquiera se detenía para respirar y, por un momento, tuve miedo de que se ahogara.

—¿Qué es esto? —La voz de Landon hizo que me girara hacia él y Ashley enmudeciera. El niño estaba frente a Derek, señalando el libro que se encontraba en el alfeizar, al lado de Derek.

Este miró a Landon. Después, el objeto que señalaba.

—Es un libro. *Los viajes de Gulliver*.

—Ya sé lo que es. —El niño se acercó al libro y lo abrió—. Los libros apestan —dijo, arrugando la nariz.

—A mí me gustan.

—Pues a mí no —respondió Landon.

—Es mi libro preferido.

—¿Tienes un libro preferido? —preguntó Landon con burla y deseé intervenir y poner a ese niño en su sitio, pero me mantuve al margen. Landon dio un paso hacia delante y abrió el libro —. Eres muy raro. —Landon pasó una página tras otra del libro, ojeándolo con desinterés. Con una sonrisa traviesa y antes de que ninguno de nosotros pudiese evitarlo, agarró una hoja y tiró de ella con fuerza, arrancándola.

Derek lo miró en silencio, sin emitir ninguna palabra, ni hacer ademán alguno de impedirlo. Landon fue a romper otra hoja, pero yo me levanté y me dirigí hacia ellos. Con un rápido movimiento, cogí el libro, que se encontraba sobre el alfeizar, impidiendo que Landon continuara estropeándolo.

—Eso no está bien, Landon —le reprendí, tratando de no sonar demasiado dura. Sabía que tan solo era un niño, pero estaba empezando a cansarme—. Pídele perdón a Derek —le dije, cerrado el libro y colocándomelo debajo del brazo.

—Tú no eres quién para decirme lo que hacer —me contestó Landon con altivez, rompiendo la hoja que sostenía en su mano a la mitad y tirándola al suelo. Después, se dio la vuelta y se dirigió hacia Ashley.

Me agaché para coger los dos trozos, pensando la manera de arreglarlos, pero no había ninguna posibilidad. Pude leer las palabras «Peplom Salam». Landon había roto la página donde se relataba como Gulliver, atrapado por los liliputienses, había aprovechado que soltaran un poco sus ligaduras para orinar, provocando que los hombrecillos tuviesen que moverse con rapidez para no morir ahogados.

Era una de mis partes preferidas. Nunca había sabido la razón por la que me resultaba tan

excesivamente divertida, pero, en ese momento, como ya me había pasado la primera vez que cogí ese libro, otro recuerdo se apoderó de mí.

«Yo no debía de tener más de dos o tres años. Estaba sentada encima de mi cama. Un hombre joven me miraba con lágrimas en los ojos y un libro en su regazo. El libro que me leía todas las noches.

Él me entrego el libro a la vez que me daba un beso en la frente.

—Ojalá pudiese quedarme y verte crecer. —Él cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, estaban llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras, papá? —le pregunté.

—Porque te quiero. Os quiero a Heather y a ti más que a mi propia vida. Por eso no puedo quedarme.

Él me abrazó y me besó la mejilla, y después, desapareció de mi vida para siempre».

—Quiero la merienda —le exigió Landon a su niñera, sacándome de mi ensoñación. No era el momento de perderme en recuerdos de un padre que me había abandonado. Un padre que, por lo que acababa de recordar, había puesto como excusa el amor que sentía por nosotras para abandonarnos. Un cobarde.

Me levanté y miré hacia Ashley. Esta me observaba con una expresión de resignación en su rostro. Negó con la cabeza, y luego, centró su atención en Landon, el cual había comenzado a golpear el suelo con su zapato, enfadado porque su niñera no le estaba haciendo el caso que él deseaba.

—Está bien. Voy a buscar a una sirvienta para que te suba algo de merienda —dijo Ashley con un suspiro.

—Pan con miel —exigió

—Por supuesto —respondió Ashley, dirigiéndose hacia la puerta.

Le entregué el libro a Derek, quien lo cogió y lo apoyó en su regazo. Derek no parecía afectado por lo que Landon había hecho, pero eso tan solo podía ser una fachada. No pensaba dejarlo pasar. Educar a Landon no era mi labor, y estaba claro que Ashley tampoco estaba dispuesta a hacerlo. La sujeté del brazo antes de que pudiese girar el pomo.

—Ya me encargo yo de la merienda. Quédate cuidando a los niños —le dije. Ella asintió—. ¿Dónde está la madre de Landon?

—¿La marquesa?

—¿Tiene otra madre? —pregunté con ironía, aunque no esperé a que respondiese—. El comportamiento de Landon está siendo inaceptable —bajé el tono de voz para que los niños no pudieran escucharme—. Quiero hablar con ella.

Ashley me miró como si me hubiese vuelto loca.

—No sé dónde se encuentra la señora. No es buena idea, Grace. Solo somos parte del servicio, no podemos…

—Voy a buscarla —la interrumpí. Podía ser mucha marquesa, pero era madre. Ella no podía estar de acuerdo con el comportamiento de su hijo. Si no se enderezaba ese niño, de mayor, se iba a convertir en un abusador.

Fui hasta la cocina, y tras asegurarme de que subiesen la merienda a los niños, pregunté a una de las sirvientas por el lugar en el que se encontraba la marquesa. Esta me llevó hasta la sala azul. No había estado allí antes; había muchas estancias de la mansión en las que no había tenido la oportunidad de estar. Antes de entrar, me acordé de Heather; ella no hubiera perdido la oportunidad de recorrer la casa de arriba abajo. Tal vez, tendríamos la ocasión de hacerlo juntas, pero, en ese momento, tenía algo que resolver.

En cuanto puse un pie dentro, entendí por qué la llamaban la salita azul. Las paredes de la estancia estaban decoradas con papel azul, y hasta las cortinas eran del mismo color. La estancia no era demasiado grande, pero sí lo suficiente para que un grupo de personas pudiesen estar allí cómodamente. Aunque, en ese instante, solo había dentro una mujer de mediana edad, ataviada con un vestido elegante, y joyas decorando su cuello. Ella se encontraba sentada en una silla, frente a una mesita, encima de la cual había una tetera y una taza. La mujer miró hacia la puerta cuando me escuchó entrar.

—Buenos tardes —la saludé—. ¿Es usted la marquesa de Arwood?

Los ojos castaños de la mujer, idénticos a los de su hijo, me recorrieron de arriba abajo.

—¿Quién es usted?

—Soy Grace —tuve que hacer una pausa para recordar cuál era el falso apellido que estaba utilizando allí—, Robinson. La niñera de Derek.

—Debe ser la neoyorquina —dijo, levantándose, pero no se acercó a mí.

—La misma.

—Su padre es muy apreciado por el señor Spinster —señaló, y yo sonreí, sin saber si tomarme aquello como un cumplido o no—. He escuchado que está buscando esposo. —Vaya, sí que corrían los rumores en los siglos pasados y eso que no tenían WhatsApp—. El duque va a presentarte en sociedad —dijo —. No le costará encontrar marido. Hay muchos hombres con título necesitados de dinero. No me malinterprete —se justificó, antes de que yo pudiese decir nada—, es una mujer agraciada, pero un noble inglés nunca se casaría con una americana si no fuese por necesidad. Algo que, últimamente, sucede con mucha frecuencia.

No estaba segura de si me estaba faltando el respeto o no. Posiblemente, sí, pero decidí no hacerle caso. A fin de cuenta, la mujer tenía bastante con lo suyo.

—No la he buscado para hablar de mí —ella enarcó una ceja —, sino de su hijo Landon.

—Lord Landon —me corrigió—. ¿Y por qué quiere hablar conmigo sobre él? —me preguntó con confusión.

—Lord Landon —traté de decir aquellas palabras sin retintín, algo que no conseguí—, ha sido bastante antipático con Derek. De hecho, ha roto una página de su libro preferido. Le he pedido que se disculpe y se ha negado. He pensado que le gustaría saberlo.

—Lo que me gustaría saber es quién es usted para pedirle a mi hijo que se disculpe. —La mujer volvió a mirarme de arriba abajo como si me hubiera vuelto loca—. Y además, son cosas de niños. Háblelo con su niñera.

—Pero usted es su madre —insistí—. Es usted quien debería hablar con él. Tiene razón, son niños, pero lo que ha hecho lord Landon ha estado mal. Él debería disculparse con Derek. Creo que usted puede convencerle de que lo haga y de que juegue con él. Ellos podrían…

La mujer hizo un ademán con la mano, interrumpiéndome. Pude ver en su cara que no me estaba haciendo el menor caso.

—Si me disculpa, estoy tomando el té. —La mujer se sentó de nuevo—. Comprenderá, señorita Robinson, lo importante que es la hora del té para nosotros, los ingleses —habló con desprecio—. Así que, si no es molestia, le pediría que se retire. —Cogió la taza y le dio un sorbo, ignorándome por completo. Su mirada fija al frente.

—¿Es más importante el té que la educación de su hijo?

Ella me miró con la misma altivez y suficiencia que me había mirado su hijo minutos antes.

—Me está faltando el respeto y no voy a permitírselo. —Dejó la taza sobre el platillo y alzó una de sus manos, levantando su dedo índice, enfatizando sus palabras—. Soy una marquesa, mientras usted es solo una niñera, y así será hasta que el dinero de su padre le compre un marido.

Entonces, tal vez tenga un título, aunque, en el fondo, seguirá siendo una mujer sin modales a la que las mujeres de la alta sociedad tolerarán, pero no respetarán. Ahora —hizo una pausa para inclinarse hacia delante y sostener la taza de té—, si no le importa, retírese.

Suspiré hondo para no arrancarle todos los pelos que llevaba sujetos en un sofisticado moño. Si había sentido algún tipo de compasión por ella, en ese momento, dejé de sentirlo. Por el que sentí compasión fue por Landon. Bastante bien se portaba con esa madre que le había tocado en suerte.

Capítulo 12

Sabía que lo mejor era dejar las cosas como estaban. La marquesa y su hijo se marcharían en un par de días. Pero no pude hacerlo. Había notado como todos dejaban de lado a Derek: el sacerdote, Landon, las empleadas del hogar… No me gustaba que lo trataran de esa manera.

No todos los niños eran iguales y a Derek le costaba un poco más sociabilizar con los demás. Era más introvertido y eso no era malo, ni era motivo para excluirle, tal y como había hecho Landon.

Y ya no lo hacía solo por Derek, sino también por Landon. Ambos niños necesitaban a un adulto responsable al que ellos respetasen hablase con ellos.

Landon tenía que aprender a comportarse, y Derek necesitaba que alguien saliese en su ayuda. Y nadie mejor que Arthur Spinster para ser ese alguien.

Busqué a Lydia, aunque no tardé mucho en encontrarla. Ella se encontraba en el comedor junto a otros sirvientes, preparando la estancia para la cena. Arthur solía cenar en su despacho, por lo que supuse que esa noche iba a ser especial, ya que tenía invitados. No pude evitar sentirme decepcionada porque él no me hubiese invitado a cenar con ellos.

Me recordé a mí misma que no era una invitada, que tan solo era la niñera de su hijo. Aunque, en realidad, era más que eso, ya que para Arthur era la hija de su socio. Él apreciaba mucho a *mi padre*. Tal vez, él me veía de la misma manera que la odiosa marquesa. Quizá, para él, nunca sería uno de sus iguales. Aquel pensamiento me entristeció, pero rápidamente fui consciente de lo absurda que estaba siendo.

Yo no era Grace Robinson, ni pensaba casarme con ningún hombre con título. Y lo más importante: no pertenecía a esa época. Por Dios, como no regresase pronto a mi tiempo, iba a terminar creyéndome mis propias mentiras.

Lo que tenía que hacer era dejar de involucrarme personalmente y limitarme a buscar la manera de regresar a mi tiempo. Aun con esa idea en mente, le hice un gesto a Lydia para que se acercase a mí.

Lydia dejó lo que estaba haciendo y se aproximó hacia mí.

—¿Desea algo, señorita Robinson? —preguntó, mirando de reojo al resto de sirvientes, que aunque no habían dejado sus quehaceres, estaban atentos a nosotras.

—¿Dónde está el duque?

—Su excelencia se encuentra en su despacho junto al marqués de Arwood.

Asentí, ya que era lo que me había imaginado.

—Tengo que hablar con él.

—No es buena idea, ha pedido que nadie le moleste.

Debería haber hecho caso a su advertencia, y esperar el momento idóneo, pero no lo iba a hacer. Aunque no lo dijese en voz alta, Derek necesitaba a su padre en esos momentos. Yo había sido como Derek de niña. Aguantaba estoicamente los desprecios de mis compañeros y disimulaba para que nadie supiese cómo me sentía. Pero, en el fondo de mi corazón, esperaba que mi madre me apoyase. Nunca pude contar con ella. No permitiría que a Derek le sucediese lo mismo.

—¿Puedes echar un vistazo a Derek? —A pesar de que se encontraba con Ashley, no confiaba plenamente en sus capacidades de detener a Landon si a este se le ocurría volver a meterse con Derek.

Lydia mordió su labio inferior.

—Tengo que terminar mi labor.

—Solo serán unos minutos —insistí, recordando la absurda costumbre de Lydia de evitar a Derek lo máximo posible—. Derek se encuentra en compañía de Ashley, la niñera de Landon. Ese niño está siendo cruel con Derek. —Lydia hizo una mueca, como si dudara de mis palabras —. Por favor, Lydia. —Agarré sus manos.

Lydia me observó en silencio durante unos segundos, y aunque pude ver la duda reflejada en sus ojos, dijo: —Está bien, pero tan solo cinco minutos.

—¡Gracias! —le agradecí, y salí de la estancia, dirigiéndome hacia el despacho de Arthur.

Toqué la puerta y esperé a que Arthur me respondiese. Cuando no lo hizo, me tomé la libertad de abrir la puerta, pero no entré en el despacho, limitándome a quedarme en el umbral. Arthur se encontraba sentado detrás de su escritorio y un hombre que me daba la espalda frente a él.

—¿No sabe llamar antes de entrar? —La voz del duque sonaba molesta y conjuntaba con la expresión de su rostro.

En realidad, sí que había llamado, pero mantuve el comentario para mí misma.

—Disculpe, su excelencia, no quería interrumpirlo, pero necesito hablar con usted con urgencia. Si fuese tan amable de salir un momento…

Arthur frunció el ceño.

—Estoy ocupado, señorita Robinson. Cualquier problema que tenga, hágaselo saber a Ruth.

—Ha habido un problema en la habitación infantil y es necesario que usted se haga cargo.

—¿Se encuentra bien mi hijo?

—Sí, él está perfectamente. —A pesar de que la expresión del rostro de Arthur continuaba siendo seria, pude ver el alivio reflejado en sus ojos—. Pero es necesaria su presencia.

—Señorita Robinson, estoy seguro de que es suficientemente competente para solucionar el problema usted misma. —El tono de condescendencia no me pasó desapercibido.

No iba a sacar nada de él, así que miré al marqués, que había girado la cabeza para mirarme. Debía de estar a mitad de sus cuarenta y era prácticamente calvo. Un bigote decoraba su cara y, aunque no podía ver su vestimenta con toda claridad, pude atisbar que iba vestido elegantemente.

—Usted debe ser el padre de lord Landon —dije, aunque no esperé a que él me respondiese —. Su hijo ha tenido una mala actitud con Derek. Le ha insultado y ha arrancado la hoja de su libro preferido. Si usted fuese tan amable de subir a la habitación infantil para hablar con su hijo, se lo agradecería.

El hombre me miró en silencio durante unos segundos, y después, miró al duque.

—Debo suponer que es la hija de Richard Robinson. —Arthur asintió y él se levantó de la silla—. Es un placer conocerla, señorita Robinson. Conocí a su padre en su última visita a Londres. Un hombre admirable.

—Gracias, milord. Yo también he tenido el placer de conocer a su mujer y no puedo decir que sea una mujer admirable. Ella se ha negado a regañar a su hijo.

Los ojos del hombre se abrieron ligeramente y escuché un carraspeo que provenía de Arthur, que también se había levantado, aunque no se había movido.

—Disculpe a la señorita Robinson. —Podía sentir la mirada furiosa del duque sobre mí, pero decidí ignorarlo.

—No hay nada que disculpar —respondió el marqués, haciendo un gesto con su mano. Él no parecía enfadado con mis palabras—. Mi mujer no acepta que nadie critique a nuestro hijo y puede ser bastante tozuda al respeto. Yo, en cambio, soy consciente de que mi hijo necesita salir

de las faldas de su madre. Por eso, el próximo otoño, comenzará sus estudios en Ethon. Pero, hasta entonces, es su niñera con quien debe tratar estos temas.

—Ya he hablado con Ashley. Ella… —Me detuve durante un instante, tratando de buscar las palabras correctas para no meter en ningún problema a Ashley que pudiese causar su despido. Sin embargo, antes de que pudiese decir algo más, unos gritos interrumpieron nuestra conversación.

—¿Qué es semejante escándalo? —preguntó Arthur, molesto, rodeando el escritorio.

Los tres nos dirigimos hacia donde provenían los gritos. Prácticamente, corrí, preocupada de que Landon le hubiera hecho algo a Derek. ¿Y si le había pegado?

Cuando llegamos, Landon estaba al pie de las escaleras, tirado en el suelo, llorando. Su madre corría hacia él. No había rastro de Derek, pero sí de Ashley, a quien pude ver bajando las escaleras a toda prisa para socorrer al niño.

Ashley levantó a Landon junto con la madre. Juntas, lo llevaron hasta un sofá. El pobre niño no dejaba de llorar.

—Lo siento mucho, señora. Ha sido un accidente —se disculpó Ashley.

La mujer ni siquiera la miró.

—Landon es un niño fuerte. Eso no es nada para él —dijo el marqués.

—Ruth —Arthur llamó al ama de llaves, que apareció de inmediato—, enviá a un lacayo que vaya en busca del médico.

—No es necesario —habló el marqués—. Landon tan solo tiene unos pequeños rasguños —añadió en tono despreocupado, aunque no se molestó en acercarse a su hijo para comprobar si esto era cierto.

El niño gritaba como si estuviesen clavándole un cuchillo. La marquesa se sentó en el sofá junto a su hijo, intentando consolarlo. No me atreví a acercarme demasiado, pero, desde donde estaba, pude ver que tenía un rasguño en su rodilla derecha, aunque no parecía tener más heridas visibles.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Arthur a Ashley. Esta se encogió ante la frialdad de sus palabras.

—Lord Landon ha salido de la habitación sin mi permiso. Para cuando he llegado a las escaleras, él ya estaba en el suelo.

—No se ha debido caer desde arriba o se habría hecho más daño —señalé, ganándome una mirada asesina de la marquesa.

—Tú —la marquesa apuntó a Ashley con su dedo índice, mientras que con la otra mano acunaba a su hijo en su regazo—, estás despedida.

Ashley bajó la cabeza, aunque antes de que lo hiciese, pude ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Aquello era tan injusto… Iba a salir en su defensa, pero el marqués se me adelantó.

—Estás exagerando, Margaret. Ha sido un accidente.

—Un accidente que no hubiese sucedido si su niñera hubiese estado más atenta a él.

—O si su hijo estaría mejor educado —repliqué, siendo incapaz de morderme la lengua.

—Señorita Robinson, no le consiento que insulte a mis invitados. —El tono de voz de Arthur era suave pero firme. Cada palabra fue como si me clavaran un puñal en la espalda. Sentimiento que se incrementó cuando la marquesa me lanzó una mirada de suficiencia.

¿Qué esperaba, que saliese en mi defensa? A veces, era tan crédula…

Tuve que contener las lágrimas de rabia que amenazaban con salir al exterior. ¿Cómo se atrevía a dejarme en evidencia? A mí, que lo único que deseaba era el bien de su hijo.

—No ha pasado nada —intervino el marqués, en un intento de rebajar la tensión —. Landon

se ha tropezado por las escaleras y está bien.

—No me he tropezado, Derek me ha tirado —dijo Landon entre lágrimas.

—¿Cómo te va a tirar si ni siquiera está aquí? —pregunté.

Derek no estaba cuando habíamos llegado tras escuchar los gritos. No había rastro del pequeño por ningún lado, por lo que lo que estaba contando Landon era un disparate. ¿Por qué se inventaría algo así?

—Él me ha dicho que me iba a caer por las escaleras y me he caído —insistió el niño, que ladeó su cabeza para mirar a su madre.

Esta asintió con su cabeza, aceptando las palabras de Landon.

—Esto es su culpa —dijo la marquesa con furia, centrando su atención en mí.

—¿Mi culpa? —repetí, atónita—. ¿De verdad cree que Derek le ha empujado a Landon con el poder de su mente?

—Por supuesto que no —respondió, indignada—. Pero ha sido usted la que ha creado una enemistad entre los niños. Ha sido su propósito desde el primer momento. Estoy convencida de que lo que me ha contado sobre mi hijo no eran más que falacias para conseguir su propósito. Conozco bien a mi hijo, y él jamás haría algo como lo que me ha contado.

—Todo lo que está diciendo es una locura. ¿Por qué querría yo crear una enemistad?

Aquello era tan ridículo, que si no estuviera tan indignada, me hubiera echado a reír.

—Eso deberá responderlo usted —apostilló con altanería—. Excelencia —dijo, mirando al duque —, esta mujer es una mala influencia para su hijo.

Esa mujer no solo había despedido a Ashley, sino que ahora estaba intentando que yo también perdiese mi trabajo. Desde un primer momento había notado su rechazo hacia mí. Me había tratado con desprecio y se sentía superior a mí, aunque lo más probable era que no fuese algo personal y que la marquesa tratase de esa manera a todos los que no consideraba que fuesen de su mismo estatus social.

Teniendo en cuenta la amistad que la pareja tenía con Arthur, y el poco respeto que este me profesaba, la marquesa iba a conseguir su propósito fácilmente.

El duque observaba la escena en silencio, con una expresión pétrea. El marqués fue a hablar; seguramente, para intentar restarle importancia a las palabras de su esposa, pero Arthur hizo un gesto con su mano, deteniéndolo.

—Señora Arwood, es usted mi invitada, pero no le consiento que cuestione mis decisiones.

Aquella no era la reacción que me esperaba. Y por el desconcierto que se dibujó en las facciones de la marquesa, ella tampoco lo hacía.

—No era esa mi intención, excelencia. Pero esta mujer…

—Es suficiente, Margaret —le interrumpió su marido, quien miraba a Arthur con nerviosismo—. Ashley, lleva a mi hijo a la habitación infantil.

—¡Nooo! —gritó Landon, aterrorizado, escondiendo la cabeza en el cuello de su madre—. ¡No dejes que me lleven con Derek!

Madre mía, a ese niño deberían darle un óscar. Una lástima que todavía no existieran, porque esa actuación se merecía un premio.

La marquesa abrazó al niño con fuerza y el marqués se pasó una mano por la cara con cansancio.

—Landon, ve con tu niñera —ordenó el marqués con voz firme, pero el niño afianzó su abrazo.

—Esto es absurdo —espeté, lanzando un bufido de frustración—. Landon —llamé al niño con voz dulce, o todo lo que fui capaz —, Derek no va a hacerte daño. —No comprendía por qué

Landon había llegado tan lejos, y estaba acusándole a Derek de algo que sabía que no había hecho, pero traté de ser lo más comprensiva que pude, recordándome a mí misma que tan solo era un niño—. Vamos, ven conmigo.

—¡Él no va a ir contigo a ningún lado! —gritó la marquesa, afianzando tanto el agarre en su hijo que, por un instante, tuve miedo de que le cortara la respiración.

El marqués no sabía dónde meterse, Ashley miraba el suelo, y yo estaba que rabiaba de la ira.

—Creo que lo mejor es que se vayan en cuanto Arwood y yo terminemos con la reunión de negocios.

Todos miramos a Arthur al escuchar aquellas palabras.

—¿Nos está echando? —preguntó la marquesa, incrédula.

—Les estoy invitando formalmente a irse.

—Creo que se están sacando las cosas de quicio. —El marqués miró a Arthur, estirando los labios en una sonrisa nerviosa que no fue correspondida por el duque—. LowCastle, le pido que disculpe a Margaret. Mi mujer está muy nerviosa por el accidente que nuestro hijo ha sufrido. Además, no podemos regresar a casa, tenemos días de viaje.

—Por eso les invito a pasar la noche en la casa del vizconde de Linley. —Arthur no parecía estar dispuesto a cambiar de opinión—. Él vive a tan solo unas horas de aquí y estará gustoso de recibirles.

—¿Está eligiendo a esa mujerzuela por encima de nosotros? —preguntó la marquesa con indignación, sus palabras temblando por la ira.

¿Me acababa de llamar mujerzuela? Aquella mujer podía ser mucha marquesa, pero era una maleducada.

Noté como una vena en la sien de Arthur palpitaba.

—Señora, la señorita Robinson es una mujer respetable y una invitada en mi casa. —Arthur habló antes de que yo pudiera hacerlo—. Le recomiendo que se abstenga a faltarla el respeto mientras se encuentre bajo mi techo. No me gustaría tener que tomar una decisión de la que no me arrepentiría, pero sería poco digna del aristócrata respetable que soy.

La marquesa enmudeció y su marido negó con la cabeza.

—Margaret, ve preparar el equipaje —le dijo el marqués, aunque dudaba que esa mujer tuviese ninguna intención de preparar nada ella personalmente. Con resignación y la furia brillando en sus ojos, la marquesa se marchó junto a su hijo.

—¿Por qué no va yendo al despacho? —le pidió Arthur al marqués. Este asintió y se marchó.

Los sirvientes, incluida Ruth, que se encontraban cerca, también desaparecieron, dejándonos solos. El duque no tenía ni que darles una orden directa para que le obedecieran.

Iba a agradecerle a Arthur que me hubiera defendido. Pero él habló antes de que yo pudiera hacerlo.

—Señorita Robinson, vaya a cuidar de mi hijo cómo debería estar haciendo. Y recuerde que su única competencia es encargarse de la educación y cuidado de mi hijo, no del de los hijos de mis invitados, y mucho menos, de la educación de sus padres. —La soberbia en su voz hizo que entrecerrara los ojos.

—Si me permite el apunte, a la marquesa no le vendría mal que le dé clases de educación. —Arthur negó con la cabeza, pero no replicó ninguna de mis palabras. Fue a despedirse de mí cuando le detuve, ya que había otro tema que quería hablar con él y había aprendido en el poco tiempo en el que llevaba allí, que no era un hombre muy disponible—. Hay otro tema que me

gustaría discutir con usted, excelencia. —No esperé que respondiera, ya que, seguramente, me iba a decir que tenía asuntos más importantes que atender—. Landon no es el único que ha tenido un comportamiento fuera de lugar con su hijo. El sacerdote de la capilla que se encuentra en sus tierras está cha… —me corregí al instante, dándome cuenta de que no era un vocabulario adecuado—. Quiero decir, él ha sido muy desagradable con Derek.

Arthur me escuchó con atención, frunciendo ligeramente el ceño.

—El padre Murray nunca viene a la mansión —dijo, pronunciando las palabras con lentitud —.¿Cómo ha podido conocerlo? Espero que no haya sacado a mi hijo de la mansión sin mi permiso.

Tragué saliva, porque había metido la pasta hasta el fondo. El rostro de Arthur era igual que un cielo antes de una tormenta de dimensiones estratosféricas. Hasta yo misma era capaz de darme cuenta de que no era el momento para hablar con él de ese tema. Tenía que urgir un plan rápido. No tenía un teléfono móvil para fingir que me llamaban, así que solo me quedaba una opción.

—¿Oye eso? —pregunté, señalando a un punto imaginario al aire—. Si me disculpa, su excelencia. —dije haciendo una pequeña reverencia—. ¡Ya voy, Lydia! —grité, a la vez que me giraba para marcharme.

Escuché una carcajada de fondo mientras me dirigía hacia las escaleras. Por un instante, estuve tentada a regresar para averiguar si había sido Arthur quien la había emitido, pero no lo hice. Era imposible que hubiese sido él. Ese hombre carecía de sentido del humor.

Cuando llegué a la habitación infantil, la puerta estaba abierta. Lydia se encontraba en el umbral, mirando hacia el interior. Apoyé una mano en su hombro, provocando que esta se sobresaltara.

—Gracias por cuidar de Derek. Espero no haberte causado problemas con Ruth.

Lydia estiró sus labios en una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No, no lo has hecho. A Ruth no le va a importar que me haya ausentado de mis labores por cuidar a Derek.

No tenía duda de ello. Ya que, aunque Ruth se había mantenido en silencio mientras Landon acusaba a Derek y su madre le daba la razón, había visto cómo el ama de llaves tensaba la mandíbula en desacuerdo.

Miré hacia el interior de la habitación. Derek, como era costumbre, estaba sentado en el alfeizar, mirando hacia el exterior.

—Derek —me acerqué a él—, ¿estás bien?

El niño me observó durante unos segundos, y asintió con la cabeza, para después, volver a centrar su atención en la ventana.

El pobre niño estaba siendo excluido por todos y me preocupaba que esto le afectara. Puede que Derek se mostrase apático e indiferente ante todo lo que ocurría a su alrededor, pero eso no quería decir que por dentro fuese así. Yo misma sabía que ese era un mecanismo de defensa que ibas construyendo a lo largo de los años.

Hubo un momento en el que decidí no mendigar el amor de mi madre y aceptar que estaba bien, que no la necesitaba. En cambio, Heather fingía negar la mayor. Ella prefería poner excusas que aceptar que nuestra madre no nos quería.

Cada una, a nuestra manera, habíamos luchado contra el abandono de nuestra madre.

—Derek, ¿quieres merendar? —le pregunté, y este asintió.

Con todo el alboroto, nadie le había subido la merienda.

—Voy a buscarla —dijo Lydia.

—Mejor vamos a la cocina. A Derek le vendrá bien salir de la habitación.

Sin que tuviese que pedírselo, el niño salió por la puerta, pero cuando avanzábamos por el pasillo, escuchamos un murmullo que provenía desde el exterior. Derek se dirigió a uno de los ventanales cuya ventana estaba abierta. Me acerqué con él por miedo a que se pudiese caer.

Fuera, la marquesa se dirigía hacia uno de los carruajes. Detrás de ella, Ashley llevaba a Landon en brazos, que aunque ya no lloraba, se agarraba de brazos y pies a su niñera.

No podía negar que me alegraba que se marchasen.

En un momento, Landon ladeó la cabeza hacia nuestra dirección. Su rostro se desfiguró y a pesar de la distancia pude ver el auténtico terror en sus ojos, que comenzaron a humedecerse. No pude evitar preguntarme si era por mí, lo que era absurdo, lo más seguro era que ni siquiera nos hubiera visto.

Dispuesta a continuar con nuestro camino, me giré hacia Derek y no pude evitar sorprenderme al darme cuenta de que una gran sonrisa iluminaba su rostro. Le había visto sonreír antes, pero nunca de esa manera. Había algo inquietante en su sonrisa, algo que no sabía identificar,

Entonces, me di cuenta de que Landon no me estaba mirando a mí, él estaba mirando a Derek.

Parpadeé, confusa, creyendo que estaba empezando a perder la cordura. Cuando volví a fijar la vista en la ventana, Landon ya había entrado en el carruaje, y cuando observé a Derek, este tenía una expresión seria. Derek se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo.

Pensé que lo había imaginado, realmente lo creí, hasta que escuché a Lydia.

—Tiene el mal dentro —susurró, sacando un collar de cruz que tenía colgado en el cuello y besándolo.

—¿Qué sandeces estás diciendo? —Agarré sus manos, consiguiendo que soltara el collar—. Te va a escuchar, Lydia.

—¿Es qué acaso no lo has visto? —Lydia sonaba aterrorizada—. Él tiene el mal dentro, Grace. Pensaba que eran cosas mías, pero no lo son.

Iba a responder, pero la voz de Derek me lo impidió. Él se encontraba a unos pasos de nosotras, en medio del pasillo. Se había girado para mirarme.

—¿Vienes conmigo? —me preguntó.

Me obligué a mí misma a esbozar una sonrisa suave. Lo último que necesitaba Derek era que yo también actuase de manera extraña a su alrededor.

—Claro, cariño —dije, acercándome a él.

Cuando llegamos a la cocina, iba a decirle a Lydia lo que pensaba de sus pensamientos absurdos, pero ella no nos había seguido.

Capítulo 13

Un dolor punzante en el estómago me despertó de un sueño tranquilo. El sudor impregnaba mi piel hasta tal punto que el camisón que llevaba puesto estaba pegado a mi cuerpo como si fuese una segunda piel.

Me senté en la cama; el fuego de la chimenea iluminaba la estancia. No me acostumbraba a la falta de electricidad, y más de una vez me descubría a mí misma buscando un interruptor. El dolor aumentaba a cada segundo que pasaba, y según iba saliendo de la neblina de somnolencia en la que me encontraba, fui consciente de que se trataba de un dolor familiar.

Con todo lo sucedido en los últimos días, me había olvidado de que mi menstruación estaba a punto de llegar. Me levanté con rapidez; por suerte, no había comenzado a sangrar y tenía los tampones guardados en la mesita. Me puse uno. Me apetecía una ducha pero eso no era posible. Me seque el sudor como pude y me cambie al camisón sudado por otro. Me volví a tumbar en la cama, pero el dolor no disminuía. Generalmente, lo solucionaba con un ibuprofeno, pero en esa época no era una opción.

Me levanté y di vueltas alrededor de la habitación, pero el dolor no menguaba. Fuera, la noche había caído con fuerza, inundado de negrura el paisaje. Al día siguiente, tenía que levantarme pronto para cuidar de Derek y necesitaba dormir, pero no iba a poder mientras sintiese como si un ser diminuto estuviese taladrando mi abdomen.

Salí al pasillo y cogí uno de los farolillos de aceite colgados en las paredes. A pesar de que la casa estaba iluminada por las lámparas de velas, las chimeneas y los farolillos en las paredes, preferí ir sobre seguro. Me dirigí hacia la cocina con la intención de servirme un vaso caliente de leche esperando que me ayudase con el dolor, pero cuando llegué a la amplia estancia, descubrí que no tenía la menor idea de cómo encender el fuego.

—¿Se encuentra bien?

Me giré de un salto hacia la voz, llevándome mi mano izquierda al corazón, sobresaltada. Arthur se hallaba a unos pasos de mí, observándome fijamente. Si había alguien a quien no esperaba encontrarme, ese era él. Cuando quería, el duque podía ser sigiloso. Menudo susto me había metido.

Sin embargo, cuando la mirada de Arthur descendió de mi rostro hacia mi cuerpo, sentí que mis pulsaciones comenzaban a ralentizarse. Tan solo fue un instante, pero sus ojos sobre mi camisón hizo que la tela se sintiera más pesada contra mi piel. Tenía tanto dolor y sudores que no se me había pasado por la cabeza ponerme una bata.

—¿Qué hace aquí? —pregunté, tragando saliva para aliviar la sequedad de mi garganta.

—¿Que qué hago en mi casa?

No pude evitar entornar los ojos ante su respuesta. Aquel hombre era exasperante.

Observé que él también llevaba un farolillo en su mano. Dejé el mío encima de la mesa, aunque la chimenea estaba apagada. Los farolillos iluminaban lo suficiente como para que pudiese verle con claridad.

—Que hace en la cocina. Este es el último lugar en el que esperaba encontrármelo.

Si me contestó, no fui capaz de escucharle, ya que un fuerte pinchazo provocó que me agarrase el estómago con las manos, a la vez que me inclinaba hacia delante.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Estoy disfrutando del placer de ser mujer —respondí, mis palabras

bañadas de sarcasmo.

Arthur enarcó una ceja.

—Siéntese —dijo, a la vez que cogía una silla y la colocaba detrás de mí.

Me senté y cerré los ojos, intentando controlar el dolor. Sabía por experiencia que después de un fuerte pinchazo el dolor solía menguar un poco; lo suficiente para poder mantener una conversación. Tal vez, fue debido al estrés de los últimos días, pero esta vez no fue así. Noté cómo mi tripa se hinchaba por segundos mientras los calambres me invadían. Por un instante, estuve segura de que iba a explotar, de que mi vida terminaría en ese momento. Ya podía leer los titulares: «Viajera en el tiempo fallece por un dolor menstrual». ¿Cómo de patético era eso? Estaba divagando, pero el dolor unido a las hormonas, estaban provocando que delirase.

De fondo, escuchaba el ruido de cazuelas mientras el dolor se extendía por la espalda y las piernas. Porque estaba sentada, si no, no hubiera estado segura de que las piernas me hubieran mantenido de pie. Apoyé la frente en mi mano. Quería morirme, terminar con aquel sufrimiento. Era injusto que las mujeres tuviésemos que sufrir ese tormento todos los meses, y encima, la única manera de no sufrirlo durante unos meses era quedándote embarazada. Pero claro, luego, durante el parto, sentías de golpe todo el dolor que no habías sufrido durante nueve meses. Definitivamente, ser mujer era duro, muy duro. Y también, injusto. Las mujeres menstruábamos como un recordatorio de la naturaleza de que solo nosotras podíamos dar continuidad a la especie. Qué injusticia.

—Deberían ser los hombres los que se quedasen embarazados. —Las palabras salieron de mis labios antes de que me diera cuenta. Fui consciente de que había dicho esto último en alto cuando Arthur carraspeó.

—Es una reflexión interesante, señorita Robinson. Pero no creo que sean horas para debatirla.

Abrí los ojos y vi cómo una media sonrisa se dibujaba en su rostro. El muy idiota se estaba riendo de mí. La estancia estaba más iluminada, ya que la cocina estaba encendida. Una tetera se encontraba encima de la mesa. El duque vertió líquido en una taza que después me ofreció.

—¿Ha llamado a alguna sirvienta? —inquirí, a pesar de que no vi a nadie más.

Arthur arqueó una ceja, casi como si le ofendiera mi pregunta.

—Para mi madre era importante que su hijo fuese capaz de calentarse su propia comida. Ella no quería que me convirtiese en un aristócrata inútil.

Eso fue algo que me sorprendió. Como también lo hizo el hecho de que se hubiera molestado en prepararme un té. Por las pocas interacciones que habíamos mantenido, tenía al duque como una persona clasista, que jamás realizaría tareas que él consideraba que estaban por debajo de su posición. ¿Por qué molestarse en ayudar a una empleada?

—Gracias —le agradecí mientras sostenía la taza. Le di un pequeño, sorbo pero en cuanto el líquido fue bajando por mi garganta y llegó a mi estómago, sentí cómo me relajaba y el dolor disminuía.

—¿Siempre te duele tanto? —Arthur me miraba con preocupación.

—¿Si me duele qué? —pregunté, haciéndome la tonta. No me gustaba hablar de mis dolores menstruales, y menos con un hombre que había nacido en el siglo XIX. Quién sabía, a lo mejor me desterraba a una cueva hasta que dejase de sangrar.

—No debe sentir vergüenza. Sé lo que les sucede a las mujeres todos los meses. No es nada malo —dijo, demostrándome que no era tan bárbaro como había pensado.

—Tanto no —contesté, mientras soplaba la bebida para después darle otro sorbo—. Han sido unos días agotadores, debe ser esa la razón.

—¿Cómo suele solucionarlo aparte de con una bebida caliente?

«Con un ibuprofeno». Pero, por supuesto, que no lo dije en alto. Arthur se creería que estaba loca; ni siquiera me entendería. Así que, hice lo que hacía Derek cuando no quería darme una respuesta directa: me encogí de hombros.

Arthur me miró en silencio durante unos instantes, insatisfecho ante mi respuesta.

—Siéntese de lado.

Hice una mueca al escuchar su tono de voz, tan exigente como siempre. Incluso cuando no lo era, sonaba como una orden. Sin embargo, no me quejé y accedí a su petición, ya que había sido amable conmigo y me había preparado un té no teniendo ninguna obligación de hacerlo. Aunque cuando se puso detrás de mí y colocó sus manos en mi espalda, fui consciente de que había sido una mala idea. Quise moverme, pero él me lo impidió.

—Relájese. —Inspiré hondo, siguiendo su consejo y, cometiendo, sin saberlo, otro gran error. Porque, al hacerlo, el aroma a jazmín combinado con un ligero olor a madera mojada y cigarrillos, me invadió; de la misma manera que lo había hecho el día en el que había llegado a la casa—. Mi madre sufría fuertes dolores. Un masaje la aliviará.

Sus fuertes manos comenzaron a masajear la parte baja de mi espalda y sentí cómo el dolor iba desapareciendo poco a poco. A pesar de que el camisón blanco largo de una tela gruesa que llevaba puesto evitaba que tocase mi piel, podía sentir el calor de sus dedos frotando mis riñones y una sensación extraña me recorrió todo el cuerpo.

En una situación normal, habría jurado que lo que sentía era deseo. Deseo por ese aristócrata intimidante y soberbio. Pero también deseo por el hombre amable que estaba haciendo todo lo posible porque me sintiese mejor. Por ese hombre que, mi instinto, me decía que escondía un buen corazón debajo de capas de frialdad e indiferencia. Capas que había ido adquiriendo a lo largo de su vida. Bien sabía yo que las experiencias sufridas a lo largo de nuestra existencia provocaba que te escondieses dentro de tu caparazón.

Quizá la mayor parte de las personas a su alrededor no se daban cuenta, opacadas por toda la riqueza que poseía, pero yo podía verlo reflejado en sus ojos: Arthur no lo había tenido fácil. Ese hombre vivía atormentado.

¿Era la muerte de su primera esposa lo que le torturaba? ¿Derek le recordaba a ella y por ese motivo era incapaz de establecer un vínculo afectivo con su hijo?

—¿La amaba?

—¿A mi madre? Por supuesto. ¿Qué hijo no ama a su madre?

A pesar de que su tono de voz trataba de sonar indiferente, pude notar cierta incomodidad en sus palabras. A Arthur no le agradaba hablar de su vida personal y, mucho menos, de sus sentimientos. No hacía falta conocerlo demasiado para darse cuenta de ello. Sin embargo, eso no me detuvo para sacarlo de su error.

Porque aquella no era la respuesta que esperaba. Y, seguramente, no la obtendría, pero necesitaba saberlo. Necesitaba cualquier información que él me pudiera dar para poder entenderlo, para poder averiguar qué sucedió, o mejor dicho, lo que se suponía que iba a suceder realmente aquella fatídica noche en el cumpleaños de Derek.

Esa podía ser mi llave para regresar a mi época. No obstante, mi curiosidad hacia él estaba comenzando a convertirse en algo más personal al descubrir que Arthur Spinster era un hombre más interesante de lo que había pensado en un primer momento.

—Su mujer.

El duque se congeló, pude sentir sus movimientos deteniéndose, y después, apartó sus manos de mi espalda.

—Como le dije en una ocasión, el amor no debe ir unido al matrimonio.

—Pero ella fue la madre de su hijo. ¿No la echa de menos?

Arthur no respondió de inmediato. Respeté su silencio y, mientras lo hacía, no pude evitar echar de menos su cercanía. Sacudí la cabeza, como si así pudiera sacar ese pensamiento estúpido de mi mente.

—Lo que hecho de menos es que Derek no tenga una madre que lo cuide y lo ame por eso voy a ponerle remedio en unos meses.

Me levanté de la silla, dejando la taza de té que aún sostenía en la mano sobre la mesa. Me sentía mucho mejor. Me di la vuelta para centrar mi atención en Arthur. Este tenía su mirada perdida, y parecía sumido en sus propios pensamientos.

—Es un buen padre —dije con convicción.

—¿Lo soy? —cuestionó, mirándome—. ¿Lo soy cuando evito cualquier contacto con mi hijo?

En aquel momento, todas las barreras que Arthur había construido a lo largo de su vida se derribaron y pude sentir que veía su verdadero ser. Un hombre que tan solo deseaba lo mejor para su hijo.

Uno no nacía con un manual de instrucciones bajo el brazo para ser padre. Puede que Arthur hubiera cometido errores, eso era algo humano. En aquel momento me pregunté cómo era posible que alguien hubiera podido pensar que ese hombre sería capaz de terminar con la vida de su hijo.

—Eso es algo que tiene fácil arreglo —dije, porque ojalá todo hubiera sido igual de sencillo con mi madre—. Podemos organizar actividades los tres. Quiero decir, que puedo ayudarle a organizarlas —me corregí, a la vez que sentía cómo el calor se apoderaba de mis mejillas.

Arthur no respondió a mi propuesta, pero tampoco se negó, lo que me tomé como un logro.

—Antes no se lo he dicho, pero quería agradecerle por defender a Derek.

—Lo haré todas las veces que crea necesarias.

Puede que tan solo lo conociera de unas pocas semanas, pero amaba a ese niño con todo mi corazón.

—Mi hijo está más feliz desde que usted ha llegado a su vida. No me gustan sus métodos, pero reconozco que funcionan. Así todo, le pediría que la próxima vez que quiera sacar a mi hijo de la mansión, no se escabulla con él como si fuese a raptarlo.

Suspiré ante sus últimas palabras.

—No lo hubiese hecho si usted no fuese tan rígido con sus normas.

—Las normas son necesarias. —Yo fruncí el ceño, demostrando que no estaba de acuerdo con él. Arthur suspiró—. Organice las salidas dentro del horario y solo por los jardines. Envíele el horario a Ruth para que me lo entregue y le dé el visto bueno. Quiero estar enterado de todo lo que hace mi hijo y cuando lo hace. Le aconsejo que no vuelva a improvisar.

—Está bien. —No pude evitar esbozar una sonrisa al darme cuenta de que, de alguna manera, había conseguido que Arthur cediera un poco. Solo un poco, pero era un principio—. Aunque, a veces, es mejor dejarse llevar. —Era increíble que fuese yo la que estaba diciendo eso —. Puede que no se lo crea, pero antes de llegar a su casa, yo era parecida a usted. No vivía con tantas normas ni nada de eso, pero no me gustaba que nada se escapase de mi control. Aquí, me he dado cuenta de que dejarse llevar no tiene por qué ser malo.

—No cuando se tienen responsabilidades —rebatió—. Cientos de personas depende de mí; de que mis inversiones y negocios funcionen. Señorita Robinson, yo no puedo permitirme el lujo de dejarme llevar —añadió con altivez.

Hice una mueca.

—Porque descanse un día no va a derrumbarse el mundo. Tómese mañana el día libre.

Él me miró como si me hubiese vuelto completamente loca.

—Haga un plan con su hijo. Pueden ir a pescar o hacer un pícnic.

—¿A principios de febrero? —preguntó, alzando una ceja.

—¿Y un paseo bien abrigados? —insistí, negándome a darme por vencida—. A Derek le gusta pasear. De hecho, hoy hemos ido hasta la capilla —dije, aunque Arthur ya lo sabía. Lo que me permitió retomar la conversación que antes no había podido tener con él—. ¿Por qué deja que un sacerdote que no está en su sano juicio se pasee por sus tierras?

Arthur suspiró.

—Expulsé al padre Murray hace mucho tiempo, pero él sigue yendo a la capilla. Mi mujer lo apreciaba. Ella era muy católica. Mandé construir la capilla porque ese era su deseo. Ella apreciaba al padre Murray, por su recuerdo no le denuncio y hago que le detengan, pero no le permito acercarse a la mansión, ni permito que Derek se acerque a la capilla.

—No lo sabía.

—No, y no la culpo. Pero por eso debe informarme antes de tomar decisiones sobre mi hijo.

Él tenía razón en eso.

—Lo siento.

—Ya le he dicho más veces que no se disculpe.

Arthur se había acercado a mí. Podía sentir su aliento mentolado y su aroma invadiéndome de nuevo. Era varonil y agradable, pero adictivo. Tuve que reprimir el instinto de dar un paso más hacia él.

—Lo que me dijo es que no tuviese más razones para disculparme, pero parece que no dejo de cagarla.

Arrugó la nariz, posiblemente confundido por mi vocabulario. Debió pensar que era parte del vocabulario de los americanos, porque no hizo ninguna pregunta.

—Tiene buenas intenciones. Pero las buenas intenciones no siempre son suficientes.

—Pero son un inicio.

Tenían que serlo, porque no iba a permitir que ni Derek ni él muriesen. Aunque no sabía cómo iba a hacerlo, lograría que ambos permaneciesen con vida.

—Si usted lo dice… —dijo, negando con la cabeza. Sin embargo, un instante después, añadió: —Si no llueve, mañana podemos dar un paseo en caballo.

Una sonrisa iluminó mi rostro. Porque Arthur había seguido mi consejo.

—Estoy segura de que se divertirán. —Derek necesitaba a su padre.

—Los tres.

—¿Cómo dice?

—Que mañana daremos un paseo los tres.

Mi expresión cambió al darme cuenta de sus intenciones. Nunca había montado a caballo. De hecho, siempre les había tenido cierto respeto.

No podía reconocerle la verdad, porque había grandes probabilidades de que sospechara de mí. A él le sorprendería que no supiera montar a caballo. No podía arriesgarme.

—No creo que sea buena idea. Me duele la tripa. —Para hacer más creíble mi excusa, me coloqué las manos en la tripa.

—Entonces, cuando se encuentre mejor.

—Creo que deberían ir solos. Ya sabe, padre e hijo. —Ni loca me iba a subir a un caballo.

Sin embargo, nada de lo que pudiera decir iba a hacer que Arthur cambiase de opinión.

—Intente dormir. Mi hijo se despierta pronto —dijo a modo de despedida mientras se acercaba a la puerta.

—¿A qué hora quiere que su hijo esté preparado mañana para ir a cabalgar? —inquirí con resignación.

—¿En América no les gusta montar a caballo solo por diversión? —preguntó, girándose para mirarme a la cara.

—Sí, claro que nos gusta.

—Pero a usted no —dedujo—. O, quizá, no es una buena jinete. No pasa nada porque lo reconozca.

—Por supuesto que soy una buena jinete. Y me encanta cabalgar —mentí descaradamente.

—En ese caso, no puedo privarle de que disfrute de su gran pasión. —Arthur estiró sus labios en una sonrisa maliciosa—. Hasta mañana. —Antes de que pudiera responderle, desapareció por la puerta.

Hundí mi rostro sobre mis palmas. O tenía una capacidad innata para conectar con los caballos que no había descubierto en mis veinticuatro años de edad, o estaba muy jodida.

Por el bien de Arthur y de Derek, esperaba que fuera lo primero. Desgraciadamente, había altas probabilidades de que fuera lo segundo. Y la estadística nunca se equivoca.

Capítulo 14

Durante los siguientes seis días había estado segura de que Arthur se había olvidado del paseo en caballo. No lo había vuelto a ver, y Derek tampoco lo había hecho. Parecía que nada había cambiado. Arthur seguía refugiándose en su despacho, y yo no pude evitar sentirme decepcionada. Porque había llegado a creer que mis palabras habían tenido un efecto en él, que había conseguido traspasar esos muros de hielo que Arthur había construido a su alrededor y derretirlos un poco. No podía haber sido más crédula.

Incluso había llegado a pensar que había soñado nuestro encuentro en la cocina si no fuese porque, al día siguiente, se había presentado una doncella en mi habitación dispuesta a ayudarme con mi sangrado menstrual. Algo que, por un lado, había agradecido, y por otro, me había resultado muy incómodo.

Había aceptado la ayuda, ya que los tampones no me iban a durar infinitamente, y era bueno que me acostumbrase a la incomodidad que suponía en esa época tener la menstruación. El dolor pasó a segundo plano cuando tuve que limpiar mis propios paños manchados. Siempre cabía la posibilidad de entregárselos a la sirvienta, pero eso era algo que me daba tanta vergüenza que ni si siquiera lo barajé.

Por suerte, como era costumbre en mí, solo fueron tres días; al cuarto me encontraba perfectamente. Y en el sexto, Derek me observaba con la ceja alzada mientras le ayudaba a mejorar su caligrafía.

—Hoy no te mueves incómoda en la silla —me dijo justo cuando me senté en una de las sillas.

Abrí los ojos por la sorpresa. Ni siquiera había sido consciente de que mi pupilo se había dado cuenta de me había resultado prácticamente imposible encontrar una postura cómoda con el paño puesto.

—Estos días me dolía el muslo. Hoy ya no.

Derek me observó como si no se hubiese creído mi mentira, pero pronto volvió a su tarea. Era un niño inteligente, y para mi sorpresa, yo estaba resultando ser una buena maestra, pero no tanto como para explicarle el ciclo menstrual de las mujeres sin morirme de la vergüenza.

—Señorita Robinson —Claire, una de las sirvientas, entró en la habitación infantil—, su excelencia les está esperando en los establos.

—¿A mí? —pregunté, señalándome a mí misma como una tonta.

—A los dos.

—¿Vamos a montar a caballo? —inquirió Derek, con su atención fija en Claire. Normalmente, cuando alguno de los empleados entraba, apenas desviaba su mirada de lo que estaba haciendo, y mucho menos, interactuaba con ellos por propia voluntad.

—Sí, lord Derek, su padre le está esperando. —Aunque Claire estaba contestando a Derek, tenía sus ojos fijos en mí.

Suspiré y me levanté despacio de la silla. Di un par de pasos lentos y calculados, como si estuviese a punto de enfrentarme a mi ejecución. Miré por la ventana. Hacía un día precioso, algo poco común. Me tomé unos segundos para pensar en una excusa para escabullirme del plan cuando ladeé la cabeza hacia Derek y vi un destello de felicidad en sus ojos azules. Uno que no había visto hasta ese momento.

No podía montar a caballo, ya que era algo que nunca había hecho y había grandes

posibilidades de que me rompiese una pierna. Además, tampoco quería alimentar las sospechas de Arthur. Sin embargo, si me negaba a participar en el plan, cabía la posibilidad de que Arthur cambiase de opinión y lo cancelase.

No podía arriesgarme a eso. No soportaría ver la decepción reflejada en el rostro de Derek.

—¿Quiere que le ayude a cambiarse, lord Derek? —La voz de Claire interrumpió mis pensamientos. Pude percibir un deje de preocupación en sus palabras, el mismo que utilizaban todos los empleados con él. Todos menos Ruth.

—Puedo solo —respondió Derek y Claire exhaló un suspiro de alivio.

Entorné los ojos y negué con la cabeza, pero preferí mantenerme al margen. Al menos, por esta vez.

Claire me miró.

—¿No va a cambiarse, señorita Robinson?

—¿Cambiarme?

—Con una ropa más adecuada para montar a caballo.

Aunque no tenía ni la menor idea lo que consideraban una ropa adecuada para dicho menester, me dirigí a mi habitación. En cuanto entré por la puerta, encontré allí a Lydia, esperándome. Encima de la cama, reposaba una chaqueta azul ajustada, un pantalón a juego del mismo color, y una camisa blanca.

—Su excelencia ha mandado confeccionarla para ti.

La llama de esperanza que había nacido hace seis días y que creía que se había apagado, reavivó en mí. Quizá, la humanidad y vulnerabilidad que Arthur me había dejado entrever esa noche no había sido un espejismo tal y como había pensado. Quizá, Arthur merecía la pena.

Él estaba dispuesto a hacer un esfuerzo para cambiar la relación con su hijo. No era demasiado tarde; nunca lo era.

Me encontré a mí misma sintiéndome halagada por el hecho de que se hubiera tomado la molestia de comprarme ropa. Él estaba siendo amable, sería descortés por mi parte negarme. Además, a una pequeña —muy pequeña parte de mí—, le apetecía verle de nuevo. Para convencerlo de que pase tiempo con Derek. Quería verlo por el bien de su hijo, por supuesto.

Tampoco podía ser tan difícil montar a caballo, incluso en mi época había muchas personas que montaban. Ya sé lo que estáis pensando: la mayoría de ellas lo llevan haciendo desde niños. Pero no iba a competir en los juegos olímpicos, tan solo iba a ser un sencillo paseo por el campo. No podía ser tan difícil.

Animada, me vestí con la ropa que incluía unas botas de cuero que me llegaban hasta las rodillas, unos guantes también de cuero, y una gorra de montar. Agradecí volver a ponerme unos pantalones, aunque fuesen unos que se adherían a mí como si fuesen una segunda piel.

—¿Cómo ha sabido el duque mis medidas? —le pregunté a Lydia mientras me miraba en el espejo. Todas las prendas se ajustaban a mi cuerpo a la perfección.

—Su excelencia le dio la orden a Ruth de que te comprase ropa de montar y ella se encargó de enviar a Claire al pueblo en busca de la modista. Creo que Ruth hizo que le llevase el único vestido que no te robaron.

Noté cómo una ráfaga de decepción se apoderaba de mí. Negué con la cabeza en un intento de quitarme esa mala vibración. ¿Qué había esperado, que Arthur supiese mis medidas? ¿O que él mismo se hubiese dirigido hasta el pueblo para hablar con la modista? ¿Qué él mismo hubiera elegido las telas? Era una idea tonta. Por supuesto que él no había hecho ninguna de esas cosas. Ni que fuera una protagonista de esas películas románticas que tanto le gustaban a Heather.

Tras despedirme de Lydia, salí de la habitación y me dirigí hacia el hall. Derek estaba allí,

esperándome junto al mayordomo.

—¿Sabes montar un poni? —le pregunté mientras seguíamos al mayordomo a los establos.

Derek ladeó la cabeza para mirarme, pero no respondió.

—Si tienes miedo, no tienes por qué montar. Podemos hacer un pícnic en el jardín —propuse.

Él se encogió de hombros. Era un niño valiente, aunque tuviese miedo, no lo reconocería. Me recordaba a mí de niña, incluso de adulta. Me costaba pedir ayuda y reconocer que no era capaz de hacer algo. Eso era lo que me había metido en ese lío en primer lugar. Con lo fácil que hubiese sido dejar el orgullo atrás y reconocer que cabalgar no era lo mío. Pero si de algo pecaba, era de ser orgullosa, y ahora ya era tarde para echarse atrás.

Aunque cuando llegamos a las inmediaciones del establo y vi al mozo de cuadra sacando los caballos, ya no estaba tan segura de ser capaz. Quizá era el momento de ser sincera.

—Derek es muy pequeño para montar en poni. Igual es mejor que demos un paseo a pie —le dije al mozo de cuadra. Este me miró, arrugando el rostro.

—Mi hijo no va a montar en un poni. —Una voz familiar y varonil me sobresaltó. Arthur salía del establo junto al semental negro con el que le vi el día en el que le conocí, ataviado con la misma ropa que ese día. Lo que me hizo darme cuenta de que, probablemente, mi viaje en el tiempo le pilló dando un paseo un caballo.

—Estoy de acuerdo. Vaya usted a cabalgar, Derek y yo le esperamos al aire libre.

Los labios de Arthur se estiraron en una sonrisa lenta.

—Derek va a montar a Silver —dijo, señalando al semental grisáceo que pastaba a unos pasos de nosotros, ajeno a nuestra charla.

—Es una locura. Derek solo tiene siete años.

—Y medio —intervino Derek, mirando al caballo.

Derek se acercó a él. Como si este sintiese su presencia, levantó la cabeza para observarle. Durante unos segundos, niño y animal se miraron con intensidad. Era como si ambos estuviesen sumidos en un duelo de miradas, que al final ganó Derek, porque Silver bajó la cabeza. Satisfecho con el resultado, Derek dio un paso más hacia el animal y le acarició el lomo.

—Es un caballo grande y fuerte —le dije al niño, intentando convencerle—. Puedes caerte y hacerte daño.

Derek ni siquiera se molestó en encoger los hombros, ya que toda su atención se encontraba en el mozo de cuadras, que estaba colocando una banqueta para que pudiese subirse al caballo.

—¿Lo vas a permitir? —le pregunté a Arthur, que ya se había montado en su bestia negra.

—Derek es un jinete experimentado. Hace casi un año que pasó del poni al caballo. Y dejó de usar el arnés de seguridad hace tres meses —me contó, el orgullo bañando sus palabras.

Para apenas pasar tiempo con su hijo, estaba muy bien informado de los avances de este.

—¿Y lo permite? —insistí, con voz de alarma, mientras veía cómo el mozo de cuadra le ayudaba a Derek a montar.

Arthur arqueó una ceja.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Puede que sea experimentado, pero es solo un niño, y el caballo es un animal. Los animales son impredecibles. Se puede asustar, o agobiar, o cualquier otra razón y descontrolarse. Derek no es suficientemente fuerte para mantenerse encima.

Arthur hizo un gesto con su mano derecha.

—Está exagerando. Vamos a dar un paseo por un camino seguro. Uno que Silver conoce de sobra. Un paseo que me gustaría realizar antes de que el sol desaparezca. —Entrecerré los ojos

ante su reproche—. Súbase a su caballo. —Arthur señaló a un hermoso corcel blanco de crin dorada que parecía impaciente, esperando que lo montase.

—¿Quiere que suba encima? —pregunté con horror, mirando al enorme animal.

—Es difícil cabalgarlo si no lo monta.

—Lo que quiero decir es que no le conozco de nada.

—Señorita Robinson, le presento a Rien. —Arthur señaló al animal y, después, a mí—. Rien, le presento a la señorita Robinson. —Hizo una breve pausa, como si estuviera esperando a que hubiera algún tipo de interacción entre nosotros, aunque yo bien sabía que se estaba riendo de mí—. Ya os conocéis —los labios de Arthur se estiraron en una sonrisa burlona—, ya puedes montar.

Miré a Rien, cuyos ojos castaños me observaban con intensidad e intenté la misma técnica que había usado Derek con su caballo, pero en cuanto el semental relinchó, aparté la mirada, asustada. Dios mío, ¿cómo iba a subirme en ese pedazo animal?

Noté cómo todo mi cuerpo temblaba. Estaba a punto de tener un ataque de pánico. No era propensa a ellos; pero parecía que desde que había viajado en el tiempo, eran una constante. Algo, por otra parte, razonable.

—Señorita Robinson, permítame que la ayude.

Mientras yo dialogaba conmigo misma, Arthur se había bajado de su caballo y tenía su brazo estirado, ofreciéndome su mano. El taburete que había utilizado Derek ahora estaba frente a Rien, que ladeaba la cabeza para mirarme. Evité cualquier contacto visual con el animal.

—Gracias, excelencia, pero puedo sola.

Arthur suspiró.

—No sea tozuda, déjeme ayudarla.

No le hice el menor caso. Me subí al taburete, recé lo poco que sabía y con una confianza que, en realidad, no sentía, coloqué mi pie en el estribo y me impulsé hacia arriba. Quizá fue la suerte del principiante, pero parecía que todo iba a salir bien. Sujeté las riendas con fuerza segura de mí misma y, entonces, fue cuando perdí el equilibrio y antes de darme cuenta, me encontraba en el suelo, sentada de culo.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó el duque, acercándose a mi lado.

Tardé unos segundos en responder a su pregunta, evaluando mi situación. Me encontraba bien. Podía haberme roto la crisma, pero lo único herido había resultado mi orgullo.

—Estoy bien —respondí, aceptando su mano estirada.

—Debería aceptar ayuda de vez en cuando.

Note cómo mis mejillas ardían por la vergüenza.

—Nunca se me ha dado bien aceptar ayuda —reconocí—. Y ya que estoy reconociendo cosas, he de reconocer que los caballos me da miedo.

Evité decir que nunca había montado en uno, puesto que dada la época en la que me encontraba, podía parecerle extraño.

—Ve, no ha sido tan difícil —dijo en un tono amable, sin reproches.

—Será mejor que les espere aquí.

Arthur negó con la cabeza. Él siguió manteniendo mi mano agarrada y yo no intenté soltarme.

—No debe dejar que el miedo la domine. Rien es un caballo tranquilo. No corre ningún peligro. Le prometo que estaré a su lado.

Suspiré, porque aunque me daba terror la idea de cabalgar junto a Arthur, no me desagradaba. Además, no sabía cuánto tiempo iba a quedarme atrapada en esa época. Aprender a

montar era una necesidad.

Acepté. Con su ayuda fui capaz de montar sin más incidentes. Derek, subido a su caballo, se encontraba a mi lado. Él parecía más mayor, agarrando las riendas y con la seguridad iluminando sus facciones.

Arthur encabezó la marcha seguido de Derek, que dominaba a su caballo con facilidad. Rien siguió a sus dos compañeros sin necesidad de que yo hiciese prácticamente nada. Salimos por la verja de entrada adentrándonos en las tierras del duque. Las cosas se veían desde otra perspectiva encima del lomo de Rien.

Era consciente de la belleza del lugar, pero hasta ese momento, no lo había disfrutado de verdad. Me dejé embriagar por el olor, el suave viento acariciando mi rostro y la compañía silenciosa.

Padre e hijo cabalgaban juntos. A pesar de su corta edad, Derek manejaba a su caballo con soltura, y en un par de ocasiones, vi al duque mirar a su pequeño con dulzura. Aunque no lo demostrase, amaba al niño con todo lo que tenía. Cuando el caballo de Derek se topó con una piedra y se tambaleó, Arthur soltó sus riendas para coger las de su hijo a pesar de que no era necesario. Pero aquel gesto fue suficiente para que me diese cuenta de que el duque protegía a su hijo, pese a que con ello pusiese su vida en peligro, tal y como cualquier padre de verdad haría.

La escena era tan bella que yo, la mujer que casi nunca lloraba, la mujer que se había fortalecido a base de golpes, se tuvo que limpiar una lágrima del ojo.

En esos momentos una idea escalofriantes se pasó por mi cabeza. ¿Y si mi misión no era evitar la muerte de padre e hijo? ¿Y si la única razón por la que estaba allí era para que yo evolucionara como persona, para que fuese capaz de superar mi pasado, capaz de romper mis barreras, capaz de amar?

Negué con la cabeza. Por Dios, claro que no, ¿desde cuándo me había vuelto tan yoista?

Desde que había viajado en el tiempo, algo que, hasta donde sabía, no les pasaba a muchas personas.

Arthur le dijo algo a su hijo y este se rio, provocando que saliese de mis pensamientos y les mirase. No había escuchado la risa de Derek hasta ese momento. Era una risa infantil, despreocupada, una risa que era evidente que a Arthur le había pillado por sorpresa.

Este giró la cabeza para mirarme y me sonrío. Era una sonrisa de agradecimiento. Agradecimiento por obligarlo a pasar tiempo con su hijo.

Y entonces, supe que, fuese cual fuese la razón por la que había viajado, merecía la pena.

Capítulo 15

Observé a Arthur mientras le explicaba a su hijo cómo lanzar un guijarro al agua para que rebotase tres veces. Derek le miraba con curiosidad, completamente obnubilado con la presencia de su padre.

Estaban disfrutando de un precioso día y me sentía orgullosa de haber propiciado ese encuentro. Los dos parecían tener una conexión innata, una de esas que no puede romper nada ni nadie, ni siquiera la distancia.

Nunca había visto a Derek tan entusiasmado por algo. A pesar de que no era tan expresivo como otros niños de su edad, ya que se mantenía prácticamente en silencio y cuando hablaba lo hacía en tono bajo, podía percibir su felicidad.

—Bien hecho —alabó Arthur a su hijo cuando este lanzó la piedra, aunque tan solo rebotó dos veces.

Derek dijo algo, pero lo dijo tan bajito que, a la distancia en la que me encontraba, no pude escucharle. Como respuesta, Arthur le revolvió el pelo, y Derek no solo lo aceptó, sino que ni siquiera se tensó. Aquello me pareció muy significativo.

Derek confiaba en su padre tanto como para permitirle tocarlo, algo que, como había comprobado, no permitía a nadie más.

De repente, me sentí como una espía que estaba observando un momento personal entre padre e hijo; un momento que tan solo les pertenecía a ellos. Así que, quité la mirada y contemplé mi alrededor, disfrutando del paisaje.

Nos encontrábamos en la parte oeste de la propiedad de Arthur, exactamente en un enorme lago bordeado de árboles con una isla en el centro. Una barca de madera con remos descansaba en la orilla, amarrada con una cuerda. Si no fuese por la escasez de ruido, la falta de contaminación lumínica, y que no se escuchaba el ruido de aviones en el cielo, pensaría que estaba en mi siglo, perdida en la naturaleza.

Aunque, pensándolo bien, no tenía nada que ver y, posiblemente, la razón era la compañía.

Allí, sentada, encima de un mantel, con la cesta de pícnic que Arthur había traído y alguna sirvienta había preparado, viendo a padre e hijo disfrutar de un momento juntos, me sentí como parte de una familia, y lo que era peor, me di cuenta de que en contra de todas mis creencias, lo anhelaba. Anhelaba una familia propia. Había dado por hecho que ser madre no estaba hecho para mí, lo mismo que el matrimonio, sin embargo, en ese momento, podía verme a mí misma como esposa y madre.

Pero ¿esposa y madre de dos personas que aún no estaban en mi vida? ¿O madre y esposa de esos dos seres que se encontraban en la orilla del lago?

Aquello era absurdo. Yo no pertenecía a esa época; como tampoco Derek era mi hijo, ni Arthur sería mi marido.

No obstante, la idea de un matrimonio con Arthur Spinster no me resultó tan disparatada como debería. Porque tan alocado como podía parecer, podía imaginarme a Arthur como marido. Él ser aseguraría de que tanto a mí como a Derek no nos faltase de nada. No habría amor, pero habría compromiso y respeto, que era mucho más de lo que mi madre había tenido y lo que nos había transmitido a mi hermana y a mí.

Negué con la cabeza, sin saber por qué estaba pensando en ello. Si todo salía bien, yo regresaría a mi época y padre e hijo vivirían para reescribir su historia, una en la que Derek se

haría adulto y Arthur se casaría con su prometida. Y si no salía bien… No, eso no sucedería, ellos tendrían una vida plena.

—Está pensativa —dijo Arthur, sacándome de mi ensoñación, y sentándose a mi lado—. ¿Podría hacerme partícipe de sus pensamientos?

—No son interesantes, excelencia.

—Dudo que haya algo en usted que no sea interesante.

Un atisbo de sonrisa cruzó los labios de Arthur. Él parecía relajado y era la primera vez que comenzaba una conversación genuina conmigo. Habitualmente, tan solo se dirigía a mí para echarme la bronca por alguno de mis comportamientos hacia Derek.

—Créame, soy una mujer sencilla.

—Confíe en mí, señorita Robinson. Es muchas cosas, pero sencilla no es una de ella.

No supe si tomármelo como una crítica o un halago. Si tenía en cuenta la mayor parte de las interacciones que habíamos mantenido, seguramente, era un reproche. Aunque por su tono de voz afable y el brillo juguetón en sus ojos, parecía más bien un cumplido. De hecho, si no lo conociera, habría tenido la sensación de que estaba flirteando conmigo.

—Es curioso —comencé, sintiendo la necesidad de cambiar de tema. Ladeé la cabeza para fijar mi vista en Derek, quien en esos momentos observaba su reflejo en el agua cristalina—, que para ser un niño que apenas sale de casa, cabalgue tan bien.

La postura de Arthur se volvió más rígida en cuanto escuchó mis palabras. Él desvió la mirada de mí, pero en vez de centrarla en su hijo, como yo había hecho, la fijó en el horizonte.

—Derek es mi heredero y, como tal, debe saber montar a caballo con soltura. Me he asegurado de que recibe clases de equitación desde que tiene uso de razón.

—¿Y cuándo recibe esas clases? —inquirí, ya que no se encontraban dentro del horario que él me había dado.

—El puesto de instructor de equitación quedo vacante hace un año y no he encontrado a otro adecuado. —A pesar de que su tono de voz era calmado, pude percibir que algo perturbaba su tranquilidad. Quizá era más intuitiva de lo que creía o había aprendido a leer mejor a Arthur, pero había más en esa historia de lo que me estaba contando—. En cuanto lo encuentre, será usted informada de ello.

—¿Y durante esas clases él cabalga por toda su propiedad? —pregunté, aunque sabía la respuesta. El mismo Derek me la había respondido al asegurarme de que no conocía bien las tierras de su padre.

—Da las clases dentro de la verja o por los alrededores. No permito que se aleje —respondió en un tono duro, demostrando que no le estaban gustando mis preguntas.

Al duque se le estaba terminando la paciencia. Una persona cauta hubiera dejado el interrogatorio en ese momento. Sin embargo, yo no estaba dispuesta a hacerlo. Porque necesitaba cualquier información que Arthur me pudiera dar. No sabía cuál era mi función allí, pero lo que sí sabía era que iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para cambiar el destino y salvarle a él y a su hijo. Y si para eso tenía que enfrentarme a su ira, lo haría.

—No lo entiendo. Quiero decir, ¿qué tiene de malo que Derek conozca la propiedad si lo hace junto a un adulto responsable?

—Lo estoy protegiendo.

—¿Del padre Murray? ¿Cree que podría hacerle daño? —presioné, mirando a Derek. Este seguía de pie, pero ahora perseguía con su mirada el vuelo de un pájaro que sobrevolaba el lago.

—No, no lo pienso —contestó con un suspiro—. Lo protejo del mundo.

Aunque no era madre, entendía que un padre quisiese proteger a su hijo de cualquier peligro

o dolor futuro que pudiese sufrir, pero eso era algo imposible de conseguir.

—No puedes protegerle del mundo. Lo único que puedes hacer es estar ahí para él. Aconsejarle, consolarle, animarle a volver a intentarlo cuando falle y perdonarle cuando cometa un error. En definitiva, ser su padre.

Giré la cabeza para mirarle. Sus ojos azules me observaban con una intensidad arrolladora, como si pudiese leer en lo más hondo de mi alma.

—Su padre no ha hecho esas cosas. —Aunque podía sonar como una pregunta, era una afirmación.

—No, no lo ha hecho.

Entre otras cosas, porque se marchó cuando yo era pequeña y no había vuelto a verle. Ni siquiera había tenido recuerdos de él hasta que había viajado en el tiempo. Y, entonces, fue cuando me di cuenta de lo mucho que lo había necesitado.

—Siento oír eso. —Arthur estiró el brazo, como si fuese a acariciarme la mejilla, pero a mitad de camino se congeló y bajó el brazo.

Y aquel gesto de consuelo que nunca llegó provocó que mi estómago se hundiera un poco. Porque, en ese instante, anhelé su cercanía y el sentir el contacto de las yemas de sus dedos sobre mi piel.

—No lo sienta, yo no lo hago. —Era una mentira flagrante, y por la manera en la que su ceño se frunció, él lo sabía—. Le aseguro que Derek no corre ningún peligro conmigo. Tiene una propiedad preciosa, el niño debería poder disfrutarla.

—Ya le he permitido que incluya en el horario tiempo de juegos al aire libre. Dos horas al día y la tarde entera sábados y domingos.

—Debo reconocer que me extrañó que aceptase después de su negativa a que jugase a juegos con Derek.

—Señorita Robinson —dijo, en fingido tono autoritario—, en el poco tiempo que la conozco, puedo decir sin error a duda, que es una mujer muy testaruda. Si alguien puede conseguir que mi hijo, que nunca ha jugado con un juguete, disfrute del escondite, esa es usted.

—¿Nunca ha jugado con un juguete?

Yo no le había visto hacerlo, pero había pensado que, tal vez, se sentía mayor para jugar con sus viejos juguetes, o que no le apetecía hacerlo solo.

Antes de responder, Arthur miró hacia su hijo. Durante unos instantes, el silencio se apoderó de la atmósfera. Esperé a que él lo rompiese.

—Como ya se habrá dado cuenta, Derek no es como los demás niños de su edad.

—Eso no es malo —añadí a la defensiva, a pesar de que Arthur no lo estaba atacando.

—Por supuesto que no —respondió con contundencia—. Pero usted es de las pocas personas que lo ven así. Mi hijo será un duque cuando yo fallezca. Solo por eso, muchas personas esperan ciertos comportamientos intachables de su parte y evaluarán cada uno de sus movimientos. La alta sociedad puede ser muy cruel con los que son diferentes. Por eso, mi hijo necesita una educación en la que aprenda a ser capaz de no sentirse afectado por las opiniones del resto.

—O de mandarlos al cuerno.

Arthur me miró con desaprobación a la vez que chasqueaba la lengua.

—Preferiría que no tenga que llegar a esos extremos. Los buenos modales en un aristócrata…

—A veces, es mejor ser contundente —le interrumpí—, pero le entiendo —aclaré antes de que me contestase—. Hay ocasiones en las que la mejor defensa no es un buen ataque, sino la indiferencia. No se preocupe, yo le enseñaré a Derek a responder a los ataques con contundencia

y educación.

—No tengo ninguna duda de ello. —La sonrisa que se había formado en mis labios desapareció en el instante en el que continuó hablando: —Es una pena que le prometiese a su padre que le encontraría marido esta temporada. Derek la va a echar de menos.

Moví mi cabeza en un asentimiento, sin saber qué contestar. Pude ver en la expresión de Arthur que notó el cambio de mi estado de ánimo, pero afortunadamente, antes de que pudiera hacerme alguna pregunta más que tampoco iba a saber responder, Derek se acercó a nosotros.

—Papá.

—¿Sí, Derek? —preguntó Arthur.

—¿Puedo ir entre los árboles a hacer pis?

—Claro.

Se levantó para seguir a Derek cuando este fue con paso tranquilo pero seguro hacia dos robles. Esperó a distancia prudencial para respetar su intimidad, aunque lo suficientemente cerca para ayudarle si le sucedía algo.

—Adora a su hijo. —Las palabras se escaparon de mis labios cuando Arthur regresó—. ¿Por qué no pasa tiempo con él?

Arthur se tensó al escuchar mi pregunta, pero en vez de alejarse de mí, se sentó a mi lado sobre el mantel.

—No se puede decir que no sea una mujer directa —respondió, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Después de terminar mis estudios, antes de que mi padre falleciese, pasé un año en América y conozco algo de sus costumbres. —Estaba bien que uno de los dos las conociese, porque yo no tenía la menor idea—. Sé que en algunas cosas para usted debo ser un hombre anticuado. —No sabía bien el cuánto. Más de 200 años, para ser exactos—. Soy un hombre que venera y respeta las costumbres. En Inglaterra, los aristócratas no comen con sus hijos, ni juegan a juegos con ellos.

—No creo que sea así en todos los casos —repliqué, a pesar de que lo cierto era que no tenía la menor idea.

—Tal vez no, pero sí en mi familia.

—¿Y cree que está defraudando a sus antepasados por jugar con su hijo? Los tiempos cambian. Derek será aún mejor duque si su infancia es buena. Y para tener una buena infancia, un niño tiene que jugar, pasar tiempo con sus padres, y pasear al aire libre fuera de la verja con su niñera.

Él soltó una carcajada ante mi última frase. ¿Arthur Spinster se acababa de reír y por algo que yo había dicho?

—Es menos sutil de lo que piensa, señorita Robinson.

—Ser sutil nunca ha sido uno de mis muchos atributos. Aunque el paseo a caballo hasta aquí ha sido agradable, prefiero montar lo menos posible, así que le prometo que no pasearemos muy lejos y evitaremos la capilla.

Él suspiró y miró hacia Derek, que había regresado a la orilla. Su rostro se cruzó en una expresión dura y, entonces, pude ver todo su dolor. Un dolor que había llegado a atisbar, pero no había podido ver en su plenitud hasta ese momento.

—Como le he contado antes, Derek es un jinete muy hábil. —Arthur bajó el tono de voz y, aun así, mantuvo la mirada fija en su hijo, como si se quisiera asegurar de que este no podía escucharnos. Cuando Derek se agachó para coger una pequeña piedra y lanzarla al lago, Arthur ladeó su cabeza hacia mí—. Una de las grandes aficiones de Derek es salir a cabalgar. Él estaba muy unido a su profesor de equitación, que también era el mío cuando era niño. Un hombre

mayor, pero que tenía verdadera pasión por los caballos e insistía en seguir trabajando porque decía que Derek tenía un don. —Una sonrisa triste asomó en sus labios—. Una tarde, como solían hacer diariamente, ambos salieron a cabalgar. A Robert le dio un ataque al corazón. Imagino que comenzó a sentirse mal y pararon para descansar, porque ellos se encontraban fuera del camino. Durante más de seis horas, mi hijo estuvo a solas con el cuerpo muerto de Robert al lado.—Me llevé la mano a la boca, pero no le interrumpí—. El padre Murray fue el primero en encontrarlos. Él aseguró que Derek estaba de pie, tranquilo e impasible. Que cuando él le preguntó qué había sucedido, le dijo con total tranquilidad que Robert había fallecido. Desde ese día, el padre Murray empezó a tener un comportamiento extraño con Derek. Él contó la historia al resto de empleados y, algunos, se marcharon, temerosos.

—¿Temerosos de Derek? —pregunté, asombrada—. Ese hombre está enfermo y si no había dado muestras de ello antes, es porque, tal vez, el encontrarse ese escenario le perturbó lo suficiente para que su enfermedad avanzase —exploté, furiosa—. Derek estaba en *shock*, si no sabemos cómo vamos a actuar los adultos ante la muerte, aún menos un niño.

—Tiene razón, pero los rumores maliciosos son como una plaga: cuando comienzan, son difíciles de erradicar. Tampoco quiero que vuelva a pasar por una situación igual. Por eso, mantengo a mi hijo protegido.

Quise gritar a ese hombre por todo el daño que había hecho. ¿Cómo podía infundir ese tipo de rumores sobre un pobre niño? Controlé el impulso de levantarme e ir hasta la capilla, porque sabía que no conseguiría hacerle entrar en razón. También estaba enfurecida con Lydia y todos los empleados que se habían creído las mentiras del sacerdote.

—¿Y los caballos? ¿Qué paso con ellos?

—Nunca aparecieron.

Tragué saliva al escuchar aquella respuesta. Por un momento, pensé que el sacerdote, en un arrebato de locura, se había deshecho de ellos. Tampoco era una idea tan disparatada, porque que los animales desaparecieran daban argumentos para que el resto se creyese las alucinaciones del sacerdote.

—¿Era esa la razón por la que decidió posponer el paseo a caballo?

Arthur no había ignorado nuestra conversación aquella noche en la cocina porque no quisiese pasar tiempo con su hijo, él lo había hecho porque temía hacerle daño.

—Es la primera vez que sale a cabalgar desde que ocurrió ese incidente —dijo, sin responder directamente a la pregunta, pero haciéndolo de todos modos. Arthur centró su mirada en Derek, quien seguía disfrutando de un bonito día en el lago, ajeno a nuestra conversación—. Derek y Robert estaban muy unidos, ¿sabe? Mi hijo lo adoraba.

El sufrimiento que percibí en su tono de voz encogió mi corazón. Estiré mi brazo y apoyé mi mano en su hombro, logrando que Arthur ladease la cabeza hacia mí.

—Estoy segura de que lo hacía. —La expresión de Arthur se suavizó al escuchar mis palabras y pude ver el agradecimiento en sus ojos—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me eligió a mí para que los acompañara?

Sus labios se estiraron en una sonrisa lenta y, en un movimiento que no me esperaba, alzó su mano y la estiró para tocar mi mejilla con el dorso. Esta vez, él no retrocedió.

—Porque usted siempre defendió a mi hijo y siempre confió en él. —Hizo una pausa para inspirar profundamente, como si estuviese armándose de valor para pronunciar las siguientes palabras: —Como también confió en mí como padre cuando ni siquiera yo mismo lo hacía.

Inconscientemente, acuné mi mejilla en su mano y cerré los ojos. Me permití a mí misma disfrutar del momento.

—Tengo hambre. —La voz de Derek hizo que aterrizara en la realidad y abriese los ojos de golpe. Me aparté rápidamente de Arthur, quien lucía genuinamente confundido. Derek se acercaba a nosotros con pasos lentos.

—Claro, cariño. —Sentí que mis mejillas ardían en sangre, y aunque pude ver ese brillo de curiosidad brillando en los ojos de Derek, este no hizo ninguna pregunta al respecto—. Iros a lavar las manos mientras yo saco la comida de la cesta.

—¿Me está dando órdenes, señorita Robinson? —preguntó Arthur. A pesar de sus palabras, su tono juguetón le delató. Él no estaba enfadado, más bien, parecía divertido. Y, en ese instante, casi que prefería la primera opción.

—Os las estoy dando a los dos —dije, tratando de encubrir la vergüenza que sentía por lo que acababa de ocurrir—. Nadie come en mi presencia con las manos sucias. Usted quiere que eduque a su hijo con buenos modales, y eso hago. Y quién mejor que su padre para darle ejemplo.

Negando con la cabeza, pero con un atisbo de sonrisa, se levantó para ir junto a su hijo a la orilla para lavarse las manos.

No fue hasta que no se había alejado lo suficiente de mí que el aire que no sabía que había estado conteniendo brotó de mis labios. Como si la cercanía entre nosotros me estuviera asfixiando. No sabía lo que acababa de ocurrir entre nosotros, pero prefería no pensar demasiado en ello, ya que lo único que lograría era empeorar la situación.

Me dispuse a sacar la comida y colocarla encima del mantel. Lo que me permitió mantenerme ocupada y poner a mi cerebro en pausa.

Capítulo 16

Aquel estaba siendo el mejor día de mi vida. Aunque tampoco estaba haciendo nada en especial, simplemente estar sentada en una manta frente a un lago junto a Arthur y Derek.

Mi abuela solía decir que la felicidad se obtenía de las cosas más sencillas. En ese momento, me di cuenta de la razón que tenía.

Arthur cortó un trozo de queso con una navaja que sacó de su bolsillo y me lo entregó.

—Es muy amable de su parte —le agradecí y le di un pequeño mordisco.

Nunca había probado un queso tan rico. La verdad era que la comida estaba siendo algo muy positivo. Tal vez no podía ir al súper para elegir entre una gran variedad de productos, pero el sabor de la comida era un millón de veces más sabrosa. Sin aditivos ni conservantes.

—Se está haciendo tarde —dijo Arthur, mirando al cielo. Aunque, en realidad, aún no era ni media tarde—. Deberíamos regresar. —A pesar de sus palabras, pude notar que no tenía ganas de hacerlo.

Yo tampoco, y por la manera que Derek arrugó la nariz, él también prefería quedarse.

—¿Y si antes damos un paseo en barca? —pregunté, señalando con mi dedo índice la barca de madera que se encontraba en la orilla.

—No creo que sea una buena idea. —Arthur negó con la cabeza y yo entorné los ojos. Podía haberme demostrado que no era ese ogro que yo pensaba, pero era un corta rollos de cuidado.

—No hace falta que venga, podemos ir Derek y yo solos —dije, levantándome con decisión y haciéndole un gesto al niño para que me acompañase. Derek se quedó quieto, mirando de su padre a mí—. ¿No te apetece ir hasta la isla para investigar?

Derek se encogió de hombros y supe que había ganado. Se levantó y me siguió hasta la barca. Arthur se quedó sentado, y a pesar de la mirada de reproche que me lanzó, esperaba que nos acompañase, pero no lo hizo. Aun así, no estaba dispuesta a que nos estropease el plan.

Ayudé a Derek a montarse en la barca, y después, me subí con él. Hacía años que no montaba en una barca. Pero las veces que lo había hecho, yo había manejado los remos, ya que mi hermana era la encargada hacer las fotografías y mi abuela había estado aquejada de reuma.

Esperaba que fuese como andar en bicicleta y no se olvidase nunca. Derek se sentó frente a mí y yo coloqué los remos. Empecé a remar, pero la barca no se movía.

—¿Por qué no se mueve? —Traté de empujar los remos con más fuerza, sin éxito alguno—. ¿Estoy haciendo algo mal? —le pregunté al niño. Este negó con la cabeza—. No entiendo, si tampoco tiene ningún misterio.

—Señorita Robinson, ¿necesita que la ayude? —Escuché la voz de Arthur a lo lejos. A pesar de que su tono de voz era calmado y su propuesta podía parecer genuina, la suficiencia que se escondía detrás de sus palabras me hizo rechazar su ayuda.

—No, eso solo que hace tiempo que no monto en una barca. —Intercambié los remos entre ellos. Hasta dónde sabía, los remos se podían usar indistintamente en cualquier brazo, pero igual en esa época era diferente. Derek agachó la cabeza cuando uno de los remos paso por encima de él. Por fortuna, el niño tenía unos buenos reflejos.

—Si puede evitar golpear a mi hijo, se lo agradecería.

Entrecerré los ojos.

—No le ha pasado ni cerca —dije obstinadamente.

Derek frunció el ceño, en desacuerdo con mis palabras. Al final, ese niño iba a resultar ser igual de exagerado que su padre.

Una vez colocados los remos de nuevo, volví a intentarlo, obteniendo el mismo éxito: la barca no se movió ni un solo ápice.

—No me lo puedo creer.

—¿Está segura de que no necesita mi ayuda?

Suspiré, hundiendo los hombros y dándome por vencida.

—Se lo agradecería —dije, finalmente, comiéndome el orgullo por segunda vez ese día—. Aunque creo que le sucede algo a los remos.

Ladeé la cabeza hacia Arthur. Este se había levantado de la manta y caminaba hacia la orilla con una sonrisa de suficiencia que tuve ganas de borrarle de un guantazo.

—Los remos están perfectamente.

—Ya le digo yo que no —insistí—. Monte en la barca y pruebe, ya verá cómo no me equivoco.

Sin embargo, vez de montar, Arthur se dirigió al poste de madera y desató la cuerda.

Mierda, se me había olvidado desatarla. En mi defensa debo decir que siempre que había usado una barca me la había entregado el encargado de las barcas y lo único que había tenido que hacer era remar.

—¿Sigue pensando que están estropeados los remos? —preguntó en tono de burla.

El muy imbécil se estaba riendo de mí. Aunque tenía que reconocer que estaba en su derecho de hacerlo. Acababa de hacer, una vez más, el ridículo.

—¿Se cree muy gracioso, verdad?

—Nunca me habían tildado de serlo. —Hice una mueca y Arthur sonrió—. Vamos, siéntese al lado de Derek.

Le hice caso, moviéndome con cuidado para no caerme al lago. Arthur se subió a la barca con destreza, adueñándose de los remos.

—Soy capaz de remar.

—Sé que lo es. ¿Pero qué clase de anfitrión sería si permitiría que una dama se ocupase de una tarea tan cansada?

—No voy a negarle que es más divertido tener que preocuparme solo de disfrutar del paisaje —dije mientras el duque remaba por el lago.

Arthur llevó la barca hasta la pequeña isla en el centro. Derek bajó antes de que le diésemos permiso, pero no tuve corazón para reñirle al ver el entusiasmo en sus facciones. Su padre tampoco debía tenerlo, porque tampoco se lo recriminó.

Bajé de la barca y me quedé en la orilla mientras Arthur la amarraba. La isla solo era un pequeño terreno con un par de árboles y piedras. Derek cogió una de las pequeñas y la lanzó al río, tal y como su padre le había enseñado.

—Hacía años que no pisaba esta isla —dijo Arthur; su voz sonaba nostálgica.

—¿Venía aquí de joven? —inquirí—. No es que no sea joven —aclaré cuando él arqueó una ceja—. ¿Qué edad tiene?

—31 —hizo una pausa—. 32 en diez días.

—Ah.

—¿Le parezco muy mayor? —A pesar de la pregunta, por su tono de voz, supe que no estaba enfadado, tan solo bromeaba. Una faceta del duque a la que no me acababa de acostumbrar, pero que tenía que reconocer que ese lado cercano y desenfadado de él me gustaba.

—En absoluto. Solo que no sabía que su cumpleaños era dentro de poco.

—No se preocupe, no tenía por qué saberlo. Y respondiendo a su pregunta, venía de niño. Dejó de parecerme divertido cuando crecí. No regresé hasta unos días después de heredar el título.

—¿Y a qué vino?

—A sentarme en esa piedra —respondió, señalando una piedra grande y aplanada que no parecía muy cómoda—. Me senté durante horas.

—¿Por qué? ¿Por qué eligió este lugar al que no venía desde niño teniendo una propiedad tan extensa y mil lugares a los que ir?

—Cuando heredé el título, heredé esta propiedad y varias mansiones más. Tenía 22 años y no estaba seguro de ser capaz de honrar la memoria de mi padre y ser el duque que él esperaba que fuese. Vine a esta pequeña isla para recordar el niño que fui y, sobre todo, para recordarme que no debía perderme en la inmensidad. Me había convertido en el duque de LowCastle, un aristócrata muy acaudalado e influyente, pero también seguía siendo Arthur Spinster. Sigo viniendo cuando me olvido que también soy un hombre aparte de un duque. Vengo para recordar que soy más que mi título y mis posesiones. Algo que, a cada año que pasa, me cuesta más recordar. —Arthur hizo una pausa para inspirar profundamente—. Temo que un día ni siquiera venir aquí sirva.

Escuché su discurso con atención, incluso me emocioné. Ese hombre tenía muchas más capas de las que yo había creído. Y todas esas capas se las estaba quitando para abrirse a mí. Yo no podía hacer lo mismo con él. Lo deseaba, pero no podía ser sincera con él. Aunque sí podía darle algo: uno de mis secretos más preciados, uno que nunca había reconocido en voz alta, ni siquiera a Heather.

—De niña, una mujer se acercó a mí mientras estaba en el parque. Me convenció para que la acompañase a su casa. Me dijo que tenía un precioso cachorro y yo la seguí. Me llevó a su casa, no había ningún perro, pero me trató con cariño. Me bañó, me cambió de ropa y me dio de comer. —Arthur giró la cabeza para mirarme—. Era muy pequeña, pero no tanto como para no darme cuenta de que esa mujer me estaba reteniendo. Así todo, no quería irme de allí. Porque ella me daba el cariño que no me daban en casa. Me llamaba Emma. —Mi voz se quebró y, por un instante, pensé que no iba a poder seguir hablando, pero la confianza y tranquilidad que los ojos de Arthur me transmitieron me hicieron continuar—. Años después, descubrí que ese era el nombre de la hija que había perdido. La pobre estaba trastornada. Me retuvo durante casi un día, pero, en un momento de lucidez, volvió a dejarme en el parque. Durante años, soñé con que volvía a por mí, con que mi nombre en realidad era Emma. Sin embargo, al crecer, comprendí que nunca podría haber sido feliz viviendo una vida que no era la mía, por muy difícil o complicada que pueda ser. Porque nunca sería Emma, soy Grace y estoy orgullosa de la mujer en la que me he convertido. —Arthur estiró la mano para limpiarme una lágrima que no me había dado cuenta de que había derramado. Fue un toque sutil y rápido, aunque suficiente para que un pequeño temblor agitase mi cuerpo—. No tema, nunca olvidará quién es. Puede que a veces se comporte como un aristócrata estirado, pero no es el duque el hombre que se preocupa por el bienestar de Derek, ni el que me ha contado sus preocupaciones. Ese hombre es Arthur Spinster.

Durante unos segundos, nos quedamos en silencio. Yo había agotado todas mis palabras y mis fuerzas. Nunca había contado esa historia a nadie. Mi madre ni siquiera se había dado cuenta de que había desaparecido. Ella nos había dejado solas a Heather y a mí mientras se iba con uno de sus novios. Mi hermana me había buscado desesperada, pero cuando volví a casa, le dije que me había perdido. Ella solo era una niña, demasiado pequeña como para poner en duda mi versión.

Arthur carraspeó y ladeé la cabeza mirarle.

—Gracias.

—No tiene que darlas, solo he dicho la verdad —dije, bajando la cabeza debido a la intensidad con la que me miraba.

Me puso un dedo debajo de la barbilla y la alzó con suavidad, obligándome a mirarlo a la cara.

—Gracias por escucharme, por entenderme y gracias por confiar en mí como para contarme algo tan íntimo de su pasado.

—Es la primera persona a la que se lo cuento —susurré.

Arthur estiró sus labios en una sonrisa suave.

—Más agradecido estoy entonces.

Bajé mi mirada hasta el dedo de Arthur, que estaba sosteniendo mi barbilla. Mi pulso se aceleró y mi respiración comenzó a agitarse. Aquella era la segunda vez en el día que teníamos un acercamiento físico. No sabía cómo sentirme al respecto, solo sabía que no quería que se alejara. Aquel sentimiento fue el que debí de transmitir a Arthur, porque cuando alcé la mirada, este dio un paso más hacia mí, acercando su rostro al mío. Tan cerca que su aliento mentolado acariciaba mi piel.

Entonces, me di cuenta de que quería que me besase. Y por la forma en la que el deseo brilló en los ojos de Arthur, supe que mis sentimientos eran recíprocos. Él acercó más sus labios a los míos y entendí que estaba jugando con fuego.

Porque, por más que deseaba dejarme llevar, tuve la certeza de aquel beso no sería como ningún otro que había experimentado, que aquel beso lo cambiaría todo. Porque nunca había sentido esa conexión, esa tensión magnética.

Y esa era la razón por la que me tenía que alejar de él. Derek estornudó y esa fue mi tabla de salvación. Di un par de pasos hacia atrás y Arthur abrió los ojos en su máxima extensión, como si acabase de darse cuenta de que había estado a punto de besarme delante de su hijo.

Ambos miramos al niño, que nos daba la espalda, aparentemente ajeno a nosotros. Arthur fue a decir algo, pero yo no se lo permití, dándome la vuelta para ir hacia donde Derek.

—Cariño —dije, colocándome al lado del niño—, ya es hora de que regresemos.

Derek ladeó la cabeza hacia mí. Movió su cabeza en un asentimiento vago, como si no quisiera marcharse de allí. Sin embargo, como era habitual en él, no lo expresó.

Montamos en la barca y Arthur nos siguió. Volvió a hacerse cargo de los remos y, esta vez, no puse ninguna resistencia. No lo hice, aunque debería haberlo hecho, ya que estar centrada en remar hubiese evitado que mi cabeza corriese a toda velocidad con absurdas ideas.

Tan absurdas como la posibilidad de tener un romance con el duque. Por un momento no me pareció tan mala idea. Tenía su parte buena: nadie de mi círculo sabría de mi estupidez, y una vez regresase a mi época, no correría ningún peligro de volver a encontrarlo.

Sin poder evitarlo, dejé de mirar el agua para mirarle a él. Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa. Sus fuertes brazos trabajaban con ferocidad para dar velocidad a la barca. Su rostro parecía concentrado en la labor que estaba realizando, hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Incapaz de mantenerle la mirada, la bajé hacia el suelo de la barca, y no debía haberlo hecho, porque lo que vi provocó que emitiese un grito de terror que debió ser escuchado por toda Inglaterra.

—¿Qué sucede? —preguntó el duque alarmado mientras yo subía mis piernas.

—Una… una… araña —dije con voz entrecortada, mirando al enorme bicho. Por el rabillo del ojo vi como Derek agachaba su cuerpo para mirar a la araña.

Arthur entornó los ojos.

—Señorita Robinson, es solo una araña.

—¡Solo una araña! —grité—. Mírela, es negra y enorme. Si hasta podría ponerle… —me interrumpí al darme cuenta de que esas mismas palabras las había dicho antes, el día en el que descubrí el pasadizo secreto en la posada. Esa araña era idéntica a la otra.

Por el amor de Dios, me perseguían las arañas a través del tiempo.

El duque había dejado de remar y me miraba con resignación. Como si fuese incapaz de entender a las mujeres o, simplemente, de entenderme a mí.

Derek levantó su mano y, entonces, vi que ocupando toda su pequeña palma se encontraba la araña inmóvil. El niño la miraba de la misma manera que había mirado a su caballo.

—Derek, tírala al agua —ordené a la vez que me movía en el asiento, alejándome lo máximo posible de él.

No me hizo el menor caso.

—Derek —ordené con más fuerza.

—No —se negó, observándome con el ceño fruncido.

—¿No? —pregunté sorprendida—. ¿Por qué no?

—No quiero que muera.

—No va a morir. Las arañas saben nadar —mentí, o más bien, estaba segura de que estaba haciéndolo, ya que lo único que sabía sobre las arañas era que eran asquerosas.

La araña se movió un poco en la palma de Derek, me pareció que se giraba para mirarme. ¿Me estaba mirando una araña? ¿Las arañas podían ver?

Ni lo sabía ni quería saberlo, lo único en lo que podía pensar era en deshacerme de ella. Golpeé la mano del niño con suavidad, provocando que la araña saliese por los aires, pero no cayó al agua, cayó en mi regazo.

Con la fuerza de un tsunami, me levanté a la vez que me sacudía el pantalón.

—Señorita Robinson, siéntese —ordenó el duque, pero yo estaba inmersa en mi tarea de sacudirme todo el cuerpo—. Estese quieta. Está desestabilizando la barca, va a tirarnos.

Él tenía razón, tenía que tranquilizarme. Además, seguramente, la araña había salido volando cuando me había levantado. Respiré hondo y fui a sentarme cuando sentí algo subiéndome por el cuello. Con miedo, levanté la mano para tocar con el dedo ese algo y sentí una pata. Con un grito, golpeé a la araña a la vez que saltaba sobre mí misma y terminaba en las frías aguas del lago.

—Podía haber hecho gala de su caballerosidad y lanzarse al agua a por mí —le recriminé enfurruñada a Arthur desde la orilla del lago mientras él y su hijo bajaban de la barca.

—Estábamos casi en la orilla y el agua le cubría por la cintura —dijo con una media sonrisa.

—Puede ser, pero no invalida mi argumento —me quejé a la vez que me colocaba detrás de la oreja un mechón que se había soltado de mi coleta medio deshecha.

Por el rabillo del ojo vi como Derek dejaba la araña en la hierba, la cual sorprendentemente no había caído al agua y, al contrario de mí, estaba seca. El arácnido me había ganado la batalla. ¡Qué injusticia más grande!

—Las arañas no son mascotas, Derek —le dije al niño, poniendo mis brazos en jarras, aunque este no me hizo el menor caso, tan interesado como estaba en observar como su amigo arácnido escapaba entre la hierba.

Con un suspiro, me limpié una gota que bajaba por mi mejilla y me volví a hacer la coleta lo mejor que pude. No era una persona presumida, pero hasta para mí aquello era demasiado.

Aunque no tenía un espejo, debía tener unas pintas horrorosas. Con el pelo revuelto, la ropa mojada y las botas de montar empapadas pesándome toneladas.

—Estoy hecha un desastre.

Resignada, me senté sobre la hierba para quitarme las botas.

—Está perfecta —replicó Arthur con un deje de burla en su tono de voz.

—No quiero volver a ver una araña en mi vida.

—Está en el campo, señorita Robinson, va a ser difícil. Y más, si insiste en pasear al aire libre. Pero estoy dispuesto a concederle su deseo.

Ladeé la cabeza para mirarle. En esos momentos, estaba ayudando a Derek a subir a su caballo.

—Buen intento, excelencia, pero ha errado. Ninguna araña me impedirá lograr mi cometido.

Ni él tampoco. Eso último no lo dije en voz alta, pero quedaba entredicho.

—Es una luchadora. Respeto eso —musitó—. Aunque soy un rival pesado, no le será fácil derribarme.

Pese a que sabía que no se refería a eso, no pude evitar que mi mente se llenara de imágenes mías derribándole y no metafóricamente. Moví la cabeza frenéticamente sacando esos pensamientos de mi mente, sobre todo cuando las imágenes empezaron a dejar de ser aptas para todos los públicos. Qué puedo decir, el romanticismo nunca ha sido lo mío.

—Señorita Robinson, ¿le ha entrado agua en los oídos? —me preguntó Arthur, colocándose a mi lado.

—No, creo que es el único lugar en el que no me ha entrado agua.

—Entonces, ¿por qué mueve la cabeza de esa forma? —inquirió, provocando que parase de hacerlo. En realidad, ni siquiera había sido consciente de que seguía haciéndolo.

—No es de su incumbencia.

—Alguien está de mal humor.

Entorné los ojos.

—¿Usted cree?

—Dios nos salve de una mujer enfadada —dijo con humor, a la vez que se agachaba y me levantaba en brazos.

—¿Qué se cree que está haciendo? —pregunté, sorprendida, aunque rodeé mis brazos a su cuello para agarrarme con fuerza.

—Haciendo gala de mi caballerosidad —contestó él, como si fuera una respuesta obvia. Con pasos decididos y rápidos me llevó hasta su semental. Con una habilidad que yo no poseía, me ayudó a sentarme encima de la silla de montar.

La bestia negra me miró durante un segundo, pero debí parecerle poco importante, porque agachó la cabeza y se puso a pastar.

—¿Quiere que lleve su caballo?

—Eso sería poco galante por mi parte. Y no puedo permitir que se sienta en la necesidad de recriminarme eso también. —El muy idiota se estaba riendo—. Montará conmigo.

—No será necesario. —Traté de bajarme del caballo, pero Arthur me lo impidió.

—Lo es. No voy a permitir que cabalgue sola en estas condiciones. Enviaré a alguien en busca de Rien —dijo, nombrando al caballo que me había traído.

—No creo…

—Confíe en mí, esta batalla la tiene pérdida. Ahorre fuerzas para la siguiente —me interrumpió y por la firmeza en la que pronunció aquellas palabras, supe que no mentía.

Y como sabía cuándo darme por vencida —bueno, algunas veces—, pasé mi pierna derecha

por el lomo del caballo, sentándome bien en la silla. En un rápido movimiento, Arthur se subió, sentándose detrás de mí. Él se hizo cargo de las riendas.

—Está tiritando —dijo al cabo de un rato, pasando su brazo por mi cintura y acercándome más a su cuerpo.

Me acomodé, apoyando mi espalda en su pecho. Él no se quejó porque le mojase con mis ropas. Sentí como mi cuerpo se relajaba, y antes de darme cuenta, estallé en carcajadas.

—¿He hecho el ridículo más horroroso, verdad? —Él ni asintió ni desmintió. Simplemente, afianzo su agarre, manteniéndome sujeta—. Menos mal que no llevaba puesto un vestido, hubiese sido peor.

Hubiese sido aún mucho más vergonzoso. Por lo menos, ese día llevaba pantalones. Era lo único bueno de montar a caballo, que parecía estar bien visto que las mujeres llevasen pantalón.

—En absoluto. —A pesar de sus palabras parecían seguras, estaba convencida de que un atisbo de sonrisa se asomaba en sus labios.

—Aunque no lo crea, este tipo de cosas no suelen sucederme. Por lo general, soy una mujer muy aburrida y discreta.

—Aburrida no sería uno de los adjetivos con lo que yo la describiría.

—Créame, lo soy. Me gusta pasar desapercibida y evito cualquier situación embarazosa.

—Entonces, puede estar orgullosa de sí misma, porque está disimulándolo muy bien.

Al principio, pensé que lo decía como una crítica, pero giré la cabeza para mirarlo y un brillo travieso resplandecía en sus ojos.

—Es incorregible —suspiré.

Como respuesta, él me apretó más hacia su cuerpo. Cuando llegamos a la puerta de la mansión, el mozo de cuadra, que nos había visto aparecer, corrió a colocar un taburete para que Derek pudiese desmontar.

Arthur desmontó de un salto y antes de que yo pudiese hacer ni siquiera el intento de bajarme del caballo, él me había cogido en brazos.

—Puedo bajar sola.

Él me había ayudado a bajar cuando llegamos al lago, pero ofreciéndome su mano, no llevándome como si fuese una niña pequeña.

—Va descalza, no voy a permitir que se dañe los pies.

Bajé la mirada para mirar mis pies y, efectivamente, me había olvidado las botas en el lago. Ni siquiera había pensado en ellas.

El camino hasta la mansión no estaba lo que se dice asfaltado y no tenía ganas de clavarme piedrecitas, con mi suerte me haría una herida que se me infectaría y moriría por la falta de antibióticos. O, lo que es peor, me tendrían que amputar la pierna.

Solo por motivos de salud asentí, a la vez que le rodeaba el cuello con mis brazos y colocaba mi cabeza en su cuello aspirando su olor. Sí, esto último también era necesario. Había posibilidades de que terminase constipada y la aromaterapia ayudaba a prevenir enfermedades. Nadie puede juzgarme, la salud es lo más importante.

De esa guisa cruzamos la puerta bajo la impertérrita mirada del mayordomo. Note cómo se me encendían las mejillas, si seguía así, iba a necesitar a los bomberos para apagarla. ¿Había bomberos que aquella época?

El duque bajó la mirada para mirarme con una chispa de deseo que encendió una llama en mi interior. Dejó de importarme si había bomberos o no, porque quemarme no me parecía tan mala idea.

Le permití que me subiese por las escaleras. Cuando me dejó en el suelo frente a mi puerta,

echaba tanto de menos su contacto que estiré el brazo para acariciarle la mejilla.

—Está frío y mojado por mi culpa.

Él levantó su mano para agarrar la mía.

—Discúlpeme, no debí tocarlo.

—No me ha molestado, al contrario.

—¿Y entonces por qué me ha parado? —pregunté, a la vez que él soltaba mi mano con delicadeza.

Arthur no respondió, solo me observaba con el deseo inundando todo su rostro. Estaba mojada y hecha un desastre, pero, así todo, él me miraba como si no pudiese resistirse a mí.

Él se inclinó hacia mí y rompió la distancia que nos separa, estrellando su boca contra la mía. Me pilló tan por sorpresa que tuve que agarrarme a sus hombros para no caerme. Sus labios eran suaves y cálidos. En cuanto abrí la boca, él metió su lengua. Una lengua experimentada que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Acaricio la mía, jugo con ella, incitándola, provocándola, para después unirse en un baile con un ritmo al principio pausado, pero después apremiante. Me dejé llevar, disfrutando de su sabor, sintiendo como esos muros que siempre había puesto a mi alrededor para no sentir más de lo debido, esos muros que me resguardaban de un futuro dolor, se rompieron. Yo no era mi madre, yo no permitiría que un hombre controlase mi vida. El comportamiento de mi madre no tenía nada que ver con el amor. Mientras Arthur me besaba, lo entendí. Lo de mi madre no era amor, era egoísmo y dependencia. Dependencia de tener un hombre en su vida. Yo no era así. Por primera vez en mi vida, me permití sentir. Permití que, con solo un beso, Arthur se filtrase en mi piel.

Arthur se separó de mí lentamente, su respiración tan agitada como la mía.

—Será mejor que me marche —dijo, con la voz ronca y con su mirada contradiciendo sus palabras—. Tiene que cambiarse, va a resfriarse.

—Si…

Eso fue lo único que fui capaz de decir. Por primera vez en mi vida, me había quedado sin palabras. Me habían besado muchas veces antes, pero sentía como si fuese la primera vez que era besada.

—No quiero irme —dijo Arthur, estirando su brazo para agarrar mi mano.

—Entonces, no lo haga —respondí, anhelante.

—Debo hacerlo.

Asentí, porque él estaba en lo cierto. Si entrabamos juntos en la habitación, todo se complicaría, más de lo que ya estaba. Era mejor frenar las cosas en ese mismo instante. Aunque no era lo que deseaba.

Arthur me dio un suave beso en el dorso de la mano.

—Tenga una buena tarde, señorita Robinson.

—Gracias, excelencia.

Arthur siguió sujetando mi mano más tiempo del necesario, como si se resistiese a soltarme. Fui yo quien me deshice de su agarre y él me lo agradeció con una sonrisa triste.

Entré en la habitación y me tumbé encima de la cama, importándome muy poco mojar las sabanas.

Cerré los ojos y el beso se reprodujo una y otra vez en mi mente. Siguió reproduciéndose lo que quedaba de día. El duque de LowCastle se había adueñado de mis pensamientos. Incluso, esa noche, mis sueños le pertenecieron.

Capítulo 17

Durante los siguientes cuatro días, Arthur se esforzó por pasar tiempo con Derek. Cenaron juntos, pasearon por el jardín e, incluso, escuchó al pequeño tocar el piano. Y pese a que en todas las ocasiones estaba yo presente e intercambiamos varias palabras, ninguno de los dos hizo ninguna mención al beso.

Y, seguramente, era mejor así. Solo había sido un beso. O eso era de lo que yo me quería autoconvencer a mí misma.

Había atracción física entre ambos. Lo había notado en el lago y lo notaba cuando estábamos en la misma estancia, pero actuar sobre ella era un error, uno que no podía volver a cometer.

—Grace —me llamó Derek.

Sin darme cuenta, me había quedado quieta, inmersa en mis pensamientos. Habíamos salido a dar un paseo. Hacía una mañana agradable, aunque ambos salimos con los abrigos puestos.

Arthur no me había dado permiso para llevar a Derek fuera de la verja y, una vez que me había dado sus motivos, decidí respetarlos. Para mi sorpresa, descubrí que los jardines eran mucho más grandes de lo que parecían a simple vista.

Rodeando la mansión había un laberinto. Los setos alcanzaban más de dos metros y estaban podados cuidadosamente para dar aspecto de muros verdes. No parecía muy grande, aunque sí impresionante.

Nos encontrábamos cerca de la entrada. No recordaba haber entrado nunca en un laberinto, pero me pareció que podía ser una actividad divertida para el niño, puesto que seguía negándose a jugar a ningún juego. El día anterior había intentado jugar con él a la gallinita ciega y, tras varios minutos buscándolo, me había quitado la venda para encontrármelo justo donde lo había dejado, mirándome con cara aburrida.

Tal vez un laberinto podía sacar de él esa parte juguetona y traviesa que todos los niños tenían.

—¿Has entrado alguna vez? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y sabes cómo llegar hasta el centro?

No era mala orientándome, pero no era como si pudiese echar mano del Google Maps si me perdía.

—Sí, lo descubrí la primera vez que entré —me respondió sin un rastro de orgullo en su voz.

Derek no era un niño orgulloso, ni competitivo, ni alardeaba de sus triunfos. Era inteligente y hacía gala de ello, pero nunca para presumir. Simplemente, él se presentaba tal y como era. No entendía como alguien podía tenerle miedo o repudiarlo. Era el niño más noble y adorable que había visto nunca.

—Vamos dentro, entonces. Tú me guías —le dije, señalando la estrecha apertura.

Durante unos segundos, él se quedó con la vista clavada en la entrada como si estuviese decidiendo qué hacer. Esperé en silencio sin presionarle. Si algo había aprendido desde que era su institutriz y niñera a tiempo completo, era a no obligarlo a hacer nada que no quisiera. Al final, terminó encogiéndose de hombros y adentrándose por el camino empedrado.

Giramos hacia la izquierda y me alegré de que Derek supiese por donde ir. Los setos eran

altos y frondosos, de tal forma que era prácticamente imposible atisbar el centro o el camino que había que seguir. En uno de los giros que hicimos hacia la derecha, entramos en un camino sin salida. El pequeño frunció el ceño.

—No pasa nada. Retrocedamos y seguro que recuerdas el camino correcto —le animé.

Una ardilla salió de entre los setos. El precioso animalillo marrón parecía asustado, como si nuestra presencia le hubiese sorprendido. Algo que, posiblemente, así era. Derek la miró de la misma manera que miraba a los insectos y a los animales; con intensidad. Pero, a diferencia de los otros, la ardilla no se quedó paralizada, se giró para volver a meterse entre los setos.

Derek arrugo la nariz y se mordió el labio inferior con los dientes mientras observaba el seto. En ese momento, me hubiese encantado estar dentro de esa cabecita para saber qué estaba pensando.

Sin mediar palabra, retrocedió el camino andado y, esta vez, giró hacia la izquierda. Debería haberme ido fijando en el camino que seguíamos o, por lo menos, haber intentando averiguar cuál era el diseño. No obstante, no fui capaz de hacerlo, ya que había algo en la actitud de Derek que había cambiado. No era algo perceptible a simple vista, pero sí era fácil de ver si te fijabas bien. Había metido sus manos en sus bolsillos, algo que nunca hacía, y sus hombros estaban rígidos.

Nuestro encuentro con la ardilla lo había perturbado.

Debatí conmigo misma la opción de preguntarle qué le sucedía, pero para cuando llegamos al centro, ya la había desechado. Si quería contármelo, lo haría cuando estuviese preparado.

Aunque no sabía qué esperaba encontrarme en el centro, no lo que vi. Un árbol alto y frondoso reinaba el lugar, pero lo que llamó mi atención fue la estatua colocada en una de las esquinas.

Un hombre ataviado con una capa sin la capucha puesta, con el pecho descubierto y unos pantalones, sentado en un trono de piedra. Pero no era un hombre humano del todo. En su cabeza, sobresalían dos cuernos. Sus manos eran garras y, en una de ellas, llevaba un tridente. En el tridente estaba clavado un animal pequeño muerto. Cuando me acerqué para mirarlo con más intensidad, me di cuenta de que se trataba de una ardilla.

Quizá esa era la razón por la cual Derek se había afectado al ver a la ardilla. Aquella no era una estatua que debería ser vista por ningún niño. Era macabra y tétrica. Además, los ojos abiertos, que a pesar de estar tallados en piedra, como toda la estatua, parecía que te estaban mirando fijamente y le daban un aire aún más terrorífico.

Me preocupé de que, aunque Derek había visto más veces esa figura, se asustase, pero él ni siquiera le estaba prestando ninguna atención. Es más, cuando ladeé la cabeza para buscarlo, me di cuenta de que ya no estaba a mi lado. Hacía un instante estaba allí y, de repente, había desaparecido. ¿Dónde se había metido?

Antes de comenzar a buscarlo, un sonido de correteo proveniente del tronco del árbol llamó mi atención. La ardilla que habíamos visto unos minutos antes se hallaba allí, subiendo por el tronco hasta una de las ramas. Posiblemente, el árbol era su hogar.

Era curioso que una ardilla viviese cerca de una estatua donde un medio humano mataba a una de su especie. No pude dedicarle demasiado tiempo a ese pensamiento porque tenía que buscar al niño.

¿Dónde narices se había metido?

—Derek, ¿dónde estás? —le llamé, pero no obtuve ninguna respuesta.

No me quedó más remedio que volver a adentrarme en el laberinto. Grité su nombre una y otra vez mientras iba de un lado a otro como un pollo sin cabeza, recorriendo el mismo camino

varias veces, sin ser consciente de ello. Era incapaz de encontrar la salida para pedir ayuda.

El pánico se apoderó de mí cuando la posibilidad de que alguien nos hubiese seguido para raptarle se apoderó de mi mente. Mientras yo estaba allí perdida, el niño podía estar sufriendo a manos de un desalmado.

Tras un tiempo indefinido, me detuve con la intención de coger fuerzas y calmarme. En el estado en el que estaba no iba a ser de ninguna ayuda. Lo único que podía ayudar a Derek era que mantuviese la mente fría.

Se me ocurrió una idea: regresar al centro y trepar por el árbol. Si el niño se encontraba en el laberinto, lo vería, ya que el árbol era bastante más alto que los setos. Y si no estaba, podría averiguar cuál era el camino que debía seguir para salir.

Miré al cielo para rezarle a un dios en el que no creía y jurarle que si Derek estaba en buenas manos, iría a confesarme. Algo que no había hecho nunca.

Estaba a punto de ponerme en marcha cuando una mano se posó en mi hombro. Mi primer pensamiento fue completamente irracional, pero, en ese momento, me pareció la única opción: el secuestrador de Derek había venido a por mí.

Me giré con la mano derecha cerrada en un puño y golpeé el mentón del atacante.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Arthur, con una de sus manos tocando la zona donde le había golpeado.

—Lo siento, pensé que era un secuestrador —dije, mis palabras saliendo atropelladas—. Han secuestrado a Derek.

—Cálmese, nadie ha secuestrado a mi hijo. Derek está sano y salvo en la habitación infantil.

Un sonoro suspiro salió de mi interior.

—¿Quién le ha llevado hasta la casa?

—Ha ido él solo. Me encontraba en los jardines de la entrada principal dando instrucciones al jardinero cuando le he visto llegar.

—No lo entiendo. —Me pasé una mano por el rostro, confundida—. Estábamos en el centro. Me he despistado un segundo mientras observaba la estatua, y cuando he ido a hablar con él, ya no estaba. ¿Le ha dicho que venga a buscarme?

—No, pero un lacayo le ha visto salir del laberinto. Me he imaginado que usted estaría dentro. He pensado que, tal vez, se le había ocurrido jugar a otro de esos juegos que solo le gustan a usted, y he venido a avisarla de que, de nuevo, estaba jugando sola.

Entrecerré los ojos e inspiré lentamente, tratando de serenarme. Ese niño me había vuelto a dejar sola… Y yo, preocupada de que alguien lo hubiera raptado cuando, además, estábamos en una propiedad privada.

—No estábamos jugando a nada. No entiendo por qué se ha marchado.

—Tiene que estar más atenta a él —me recriminó, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Mi hijo es un niño muy tranquilo, pero cuando no quiere estar en un lugar o se siente incómodo, tiende a irse sin dar ninguna explicación.

—Lo sé. —Me lo había hecho el primer día que le conocí y, hacía unos días, mientras estábamos en la biblioteca, se levantó de repente de su asiento sin darme ninguna explicación y se fue a la habitación infantil. Cuando le pregunté la razón, me dijo que era la hora del almuerzo. Pero, en esta ocasión, ni llovía ni podía tener hambre, porque acababa de tomar un tentempié—. Lo si… —Arthur arqueó una ceja y yo detuve mis disculpas. Suspiré, porque, en esta ocasión, Arthur tenía razón—. No es excusa, pero la estatua que se encuentra en el centro del laberinto me ha sorprendido tanto que, por un instante, ha ocupado toda mi atención.

—Procure que no vuelva a pasar. —Aunque él estaba regañándome, su tono era mucho más

relajado y conciliador de lo que había sido los días anteriores.

—Créame, lo seré. Ha estado a punto de darme un ataque al corazón. Pensé que le había pasado algo malo.

Ahora que la adrenalina ya no corría por mis venas, sentí un cansancio repentino que provocó que mis piernas temblasen.

—¿Está bien? —preguntó Arthur cuando me vio colocar una de mis manos sobre su hombro para estabilizarme.

—Sí, solo es cansancio. He corrido por todo el laberinto en busca de Derek.

—Déjeme ayudarla. —Arthur me ofreció el brazo y yo entrelacé el mío.

Pensé que iba a guiarme hasta a la salida, pero, en cambio, me llevó al centro. Hasta un banco de hierro forjado. Desde allí no veía la tenebrosa escultura. Apoyé mi espalda en el respaldo y respiré, disfrutando del aire fresco. La paz en aquel lugar era absoluta, al igual que la intimidad. Estábamos solo Arthur y yo, nadie más. Allí, sentada, sentí como si solo existiéramos él y yo. Una sensación que se vio incrementada cuando ocupó el lugar a mi lado. El banco no era muy largo, por lo que sentí su brazo rozando el mío.

—A pesar de la estatua, en este lugar se respira paz —dije, rompiendo el silencio que se había instaurado entre nosotros.

—¿No le gusta la estatua? —preguntó, pareciendo sorprendido.

—¿La mandó colocar usted?

—No, lleva aquí desde que se construyó el laberinto en la época en la que mi bisabuelo era duque.

Hice una mueca.

—Su bisabuelo tenía un gusto extraño.

Arthur se encogió de hombros, tal y como su hijo hacía frecuentemente.

—No llegué a conocerlo. Tampoco a mi abuelo.

—¿Qué representa? —inquirí con curiosidad.

—A Satanás en su trono, demostrando que ha logrado la manera de regresar a la tierra.

—¿Matando a una ardilla? —pregunté entre risas.

—Una curiosa manera de interpretarlo. Nunca lo había visto así, pero no le falta razón —respondió, ladeando la cabeza para mirarme.

La piel del mentón, que era el lugar en el que le había golpeado, lucía ligeramente enrojecida. Estiré mi mano para tocar su mentón con mis dedos. Arthur frunció sus labios en una mueca de dolor que cubrió rápidamente con una expresión de indiferencia.

—No era mi intención golpearlo.

—Sí, si la era —respondió, enarcando una ceja, pero sin hacer ademán de quitarme la mano con la que seguía acariciando su piel herida con suavidad—. No estoy enfadado con usted.

—¿No lo está?

—No, no puedo estarlo cuando sus intenciones eran nobles. Se comporta como una leona cuando se trata de mi hijo y se lo agradezco.

Sonreí.

—¿Es consciente de que se está ablandando? Hay todo un sentimental en su interior.

Él echó su cabeza hacia atrás, y emitió una carcajada que resonó por todo el laberinto.

—Nunca había conocido una mujer como usted.

—No sé si tomármelo como algo bueno o algo malo.

—Es algo bueno —Arthur se incorporó—, muy bueno —estiró su mano para enredar entre sus dedos uno de los mechones que se habían escapado del recogido que me había hecho esa

mañana—. Extremadamente bueno —añadió, con una sonrisa pícara en sus labios.

—Yo tampoco había conocido un hombre como usted. —Hice una pausa mientras le miraba a los ojos—. Y también es algo muy bueno —dije, soltando una risita.

Su lengua lamió su labio inferior y yo deseé que lamiese los míos. Él parecía estar teniendo una idea parecida a la mía, ya que acercó lentamente su cabeza a la mía. Sus labios estaban a escasos milímetros de los míos. Me iba a besar de nuevo. Iba a volver a sentir aquella sensación arrolladora. No, iba a ser una sensación mil veces mejor, una sensación que duraría horas, una que provocaría que mi corazón latiese más deprisa. Un beso más que se quedaría retenido en mi memoria. Movió sus labios un milímetro más. Suspiré, preparada para el beso que estaba a punto de llegar y, entonces, le hice una cobra.

Arthur había sido el primer hombre en la faz de la tierra al que, cuando una mujer le rechazaba un beso, esta lo denominaba hacer una cobra.

Aunque, en realidad, yo sí deseaba el beso y también lo esperaba, pero no podía aceptarlo. No cuando el anterior había sido mucho mejor de lo que mi imaginación pensaba. No sabía qué me sucedía con ese hombre, pero lo que sí sabía, era que tenía que detener las cosas en ese mismo momento.

Me levanté sin ser capaz de mirarle a la cara. Dándole la espalda, me dirigí hacia la estatua. Olvidando el miedo que daba, intenté verla desde un punto de vista artístico. Busqué el nombre del escultor, pero no lo encontré. Lo que sí vi fue el dibujo de un pentágrama tallado en la parte superior del trono, justo por encima de la cabeza de Satanás. Unas palabras talladas en la piedra rodeaban el pentágrama por fuera. Ladeé la cabeza para leerlas, estaban en latín, y aunque me las arreglaba bastante bien con la lengua muerta, estaba lejos, y no eran fáciles de leer.

—Si se acerca un poco más, podrá leer las letras. —La voz del duque resonó detrás de mí. Si estaba enfadado, su tono de voz no lo evidenciaba.

A pesar de sus palabras, él no se esperó a que yo me acercase. Él mismo me las tradujo.

—El día se hará noche y el diablo reinará.

Me quedé petrificada. El día se hará noche. Un eclipse solar. Yo había viajado en uno. ¿Estaría relacionado? ¿Tendría esa estatua la respuesta a todas mis preguntas?

La rodeé sin dejar de mirarla. Buscando una pista, algo que pudiese ayudarme. Toqué la piedra buscando algo. No tenía la menor idea de lo que buscaba, pero esperaba que cuando lo encontrase lo supiese. Pero no había nada o, por lo menos, nada que yo pudiese identificar.

Me puse de cuclillas para mirar entre las piernas separadas del diablo. Las palpé, ladeé la cabeza en busca de alguna inscripción entre sus piernas, pero nada. Apoyé la cabeza en la estatua, desesperada.

El duque carraspeó, provocando que recordase que se encontraba allí. Levanté la cabeza y fui consciente de que había apoyado mi cabeza en donde estarían las partes masculinas de la estatua si fuese de carne y hueso, y que mis manos sujetaban sus piernas.

Por el amor de Dios, parecía que quería hacerle algo sexual a la estatua.

Me levanté de un brinco notando cómo mis mejillas ardían. En realidad, tal era la vergüenza, que me ardían hasta las orejas.

—No deja de sorprenderme lo roja que se pone cuando se ruboriza —apreció Arthur con una sonrisa asomándose en sus labios.

—Es lo que tiene tener una piel sensible y no haberme traído mis cremas —dije, sin pensar en lo que estaba diciendo.

Pero si el duque se sorprendió ante mis palabras, no dio muestras de ello, aunque suspiró.

—Mi tía se está encargando de su vestuario para su presentación a la reina y para las fiestas

a las que debe acudir. Supongo que ella también se encargará de proporcionarle bálsamos para la piel. No había pensado en ello. —Bajó su mirada a mi vestido verde, que era el que me ponía con más frecuencia—. Como tampoco en proporcionarle más vestidos mientras estemos en el campo. Va a tener que disculparme, pero no soy ducho en las necesidades de las mujeres.

Tenía la certeza de que sí que lo era. Tal vez, no tenía la menor idea de moda o de cuidados de la piel, pero, desde luego, era un hombre experimentado en las necesidades más básicas de las mujeres. Aunque solo había visto una parte mínima de esa habilidad, ya me había servido para imaginarme el conjunto.

—No debe preocuparse. Me las arreglo con la ropa que me ha proporcionado. No me importa repetir vestido. Es más, cuando una prenda de ropa me gusta, me la pongo todo el rato.

Arthur arrugó el ceño.

—Eso no es algo propio de las mujeres. Incluso mi primera mujer, que vivió parte de su vida en un convento, disfrutaba eligiendo telas.

—¿Cómo se llamaba la madre de Derek?

—Rebeca.

—¿Cómo era ella?

—¿Por qué quiere saberlo? —contestó con fingida indiferencia, aunque no me dejé engañar, mi pregunta le había molestado.

—Derek no la conoció y creo que le vendría bien saber sobre ella. He pensado que, si me da algún dato sobre ella, yo puedo decírselo a él. Puedo ayudarle a que conozca a su madre, pese a que no la recuerde. Claro, que es algo que, seguramente, debería hacer usted, no yo.

Como respuesta, Arthur regresó al banco y yo me senté a su lado.

—No hay mucho que pueda decirle de ella. Conocí a Rebeca el mismo día de nuestra boda. Se quedó embarazada en nuestra noche de bodas y falleció en el parto. Apenas pasábamos tiempo juntos.

Aquello era algo extraño para mí, ya que la mayor parte de las personas se casaban por amor. Sin embargo, en la época en la que me encontraba ahora, los matrimonios por conveniencia eran algo habitual. También lo era que aunque estuviesen casados a penas se conociesen.

—¿Y la familia materna? ¿Derek la conoce?

—La madre de Rebeca falleció cuando ella era pequeña. Su padre, un par de meses antes de que Derek naciera. Era hija única. Un primo suyo ha heredado el título de la familia. Pero el nuevo marqués de Bambury no tiene ninguna intención de conocer a su primo. Sus únicos intereses son el juego y la bebida.

Arthur no parecía molesto por este hecho, es más, lucía casi aliviado de que ese hombre no tuviera ningún contacto con su hijo.

—¿A usted tampoco le queda familia directa aparte de Derek?

—Soy hijo único y mis padres fallecieron. Mi padre también era hijo único, pero tengo tíos y decenas de primos por parte materna—respondió, estirando sus piernas—. Créame, tengo más familia de la que deseo. —Hizo una mueca.

—¿No tiene un retrato de Rebeca o algo para que Derek la recuerde?

—Tenía uno, pero lo quemé. Ella no se merece que él la recuerde —espetó con rabia, pero con sus ojos brillando por el dolor—. Rebeca fue enviada por su padre a un convento tras la muerte de su madre —dijo tras un tenso silencio—. La intención de su padre era alejarla de las habladurías y evitarle la vergüenza.

—¿Qué vergüenza?

Arthur inspiró profundamente y, durante unos segundos, fijó la mirada al frente, sin pronunciar una sola palabra, como si estuviera meditando si responder a mi pregunta o no. Afortunadamente, decidió hacerlo.

—La madre de Rebeca estaba enferma. Se suicidó cuando esta tenía diez años. Se lanzó por una ventana durante una fiesta a la que estaba asistiendo. Toda la alta sociedad fue testigo de ello. Rebeca, durante sus años en el convento, se volvió una mujer muy devota y decidió tomar los hábitos. Pero eso nunca estuvo en los planes de su padre. Él y el mío habían firmado un contrato de matrimonio. Rebeca y yo nos casaríamos cuando ella cumpliese los dieciocho. Me negué, a pesar de que mi padre amenazó con desheredarme. No me importaba, porque, por aquel entonces, era un estúpido que pensaba que podía hacer aquello que desease. —Una risa amarga brotó de sus labios—. Pero un mes después, mi padre falleció. Descubrí que si me negaba a cumplir el contrato, tenía que pagar al padre de Rebeca una cantidad de dinero que me arruinaría. La hubiese pagado, créame. Sin embargo, ya no era solo yo. Todos los trabajadores de mi padre se quedarían sin trabajo, los arrendatarios perderían sus tierras. Se verían abocados vivir en la miseria, y muchos de ellos fallecerían de hambre. Y no solo ellos, sino también sus hijos pequeños.

—Fue a la isla del lago y llegó a la conclusión de que debía hacer lo correcto, aunque no fuese lo que deseaba hacer —terminé por él.

—Así es, señorita Robinson. Muchas veces, lo correcto contraviene nuestros deseos. —Arthur ladeó la cabeza para mirarme, con una sonrisa triste curvando sus labios—. Rebeca y yo nos casamos. Durante todo el embarazo estuvo triste. Lloraba todo el día y, por las noches, lloraba aún más. El médico me aseguró que les pasaba a algunas mujeres durante el embarazo. Pero, cuando dio a luz, empeoró.

—¿Ella no murió durante el parto?

Arthur suspiró profundamente.

—Eso dije a todo el mundo, incluso a los empleados. Nadie puso en duda mi palabra, porque Rebeca falleció el mismo día en el que nació Derek y no llegó a salir de la habitación. Ella se cortó las venas con uno de los instrumentos afilados que el médico había dejado encima de una mesa. Antes de quitarse la vida, intento terminar con la de Derek. —Un chillido ahogado se escapó de mis labios. ¿Rebeca había intentado matar a su hijo recién nacido?—. Por suerte, yo acababa de entrar para conocer a mi hijo y pude quitárselo de las manos antes de que ella lograse su cometido. —Arthur hizo una pausa—. Pero no fui capaz de salvarla a ella —susurró, tan bajo que, si no llego a estar a su lado, no lo hubiera escuchado.

—No fue su culpa —dije, estirando mi mano para apoyarla sobre su muslo a modo de consuelo—. Ella estaba enferma.

A pesar de que Arthur movió su cabeza en un asentimiento vago como respuesta a mis palabras, pude ver la culpabilidad en la expresión de su rostro.

—¿Por qué lo oculto?

—Porque la madre de Rebeca se quitó la vida. Rebeca hizo lo mismo y no quería que mi hijo fuese juzgado, por ello —respondió—. Aunque, así todo, lo ha sido.

—¿Qué quiere decir?

—El padre Murray era el confesor de Rebeca. Mientras se desangraba, me pidió que lo trajese. Él estaba en la mansión, esperando el nacimiento de Derek para bendecirlo. Rebeca le susurró unas palabras al oído antes de morir.

—¿Y desde entonces se comporta tan raro con él?

—No, como le dije en la isla, el comportamiento del padre Murray cambió cuando se lo

encontró junto al cadáver del instructor. Pero él debió difundir el rumor de que Derek tiene la misma enfermedad mental que su madre y abuela. Y algunas personas lo tratan con temor.

No había oído nada al respecto, pero tampoco me había acercado al pueblo, ni tenía el suficiente trato con los demás empleados para que me lo contaran. Aparte de Lydia, no hablaba con ninguno más. Y esta no debía saberlo, porque me lo habría contado, ya que ella aprovechaba cualquier ocasión para justificar esa absurda obsesión que tenía con que Derek era peligroso.

—Él no está enfermo. Es solo un niño tímido.

—Estoy completamente de acuerdo. Se lo he contado para que comprenda que es mejor que Derek no sepa nada de su madre. Y porque no quería que alguien la envenenasen con rumores exagerados o maliciosos.

—Nada que me digan puede hacer que quiera menos a Derek de lo que lo hago. En poco tiempo ese niño se ha ganado mi corazón. Lo defenderé con mi vida. —Apreté con más fuerza su rodilla, enfatizando así mis palabras—. Se lo juro.

—Espero que no sea necesario. No me gustaría vivir en un mundo en el que usted no existe —dijo, a la vez que colocaba uno de mis mechones detrás de mi oreja.

Nunca antes un hombre me había dicho algo tan hermoso. No sé si fue porque después de lo que había contado estaba sentimental, porque ya no pude resistirme más a la atracción que había entre los dos o porque sus ojos seguían teniendo un brillo de tristeza en ellos que quise quitar. Fuera lo que fuese, acorté la distancia que nos separaba y lo besé.

Por suerte, para mí, Arthur no se apartó; al contrario, se sumergió en el momento sin equipo ni botella de oxígeno. Me besó como si solo existiéramos los dos en el mundo. O como si le importase un pimiento las consecuencias. Me besó como si yo fuese su oasis en medio del desierto. Bebió de mi boca y yo bebí de la suya.

Cuando el beso se rompió tenía muy claro que necesitaba más, que necesitaba terminar con ese anhelo que se había instalado en mi interior. Por suerte, la hierba cubría el centro del laberinto. Tiré mi abrigo prestado sobre ella.

—¿Qué hace? —preguntó, abriendo sus ojos en su máxima extensión—. ¿Ha perdido la cordura? —se respondió a sí mismo con otras pregunta cuando me senté encima del abrigo. Intenté tirar de él para que se tumbara encima de mí, pero Arthur no se movió ni un ápice.

—Es posible —respondí, esbozando una sonrisa pícara—. ¿Va a quedarse mirando o se une a mi locura?

Tiré de él de nuevo, y, esta vez, Arthur se levantó del banco, cayendo sobre mi abrigo. Unió sus labios a los míos en un beso desordenado y frenético. Un quejido brotó de mi garganta cuando rompió el beso. Arthur me respondió con una sonrisa pícara e introdujo su mano bajo mi vestido. Sus manos ascendieron por mis muslos hasta llegar a mi ropa interior. Me la quitó, deslizándola por mis piernas.

El aire golpeó mi piel desnuda y la vergüenza me invadió. Nunca había sido vergonzosa en ese sentido, pero con él, todo era diferente. No era porque me sintiera incómoda, al contrario, nunca me había sentido más cómoda y segura. Más bien, era una especie de miedo a no ser perfecta para él. Miedo a que me rechazase. En un impulso, cerré las piernas, pero Arthur me lo impidió, sujetando mis muslos con sus manos.

—No se oculte de mí, es preciosa. Permítame disfrutar de la vista.

Cerré los ojos, mortificada, aunque también alagada. Todos mis miedos habían sido infundados. Él me miraba como si fuese una obra de arte que había que adorar. Volví a abrir los ojos cuando sentí las caricias de Arthur entre mis piernas.

—Tan dulce.

Siempre era yo la que tomaba la iniciativa. Nunca permitía que mi pareja tomara el control, ya que no me gustaba sentirme indefensa. Pero, en esta ocasión, quería disfrutar de sus atenciones.

Confiaba en él. Confiaba en Arthur Spinster.

Cuando su lengua acarició mi clítoris tuve que morderme el labio inferior para impedir que un gemido saliese por mi boca. Aunque no pude evitar jadear unos minutos después cuando aumentó sus movimientos. Lo hizo con ferocidad, como si estuviese hambriento. Sus manos sostuvieron mis caderas para devorarme sin reparos y con dureza. No había nada dulce en la manera en la que me estaba dando placer y, así todo, me pareció el momento más romántico que había tenido nunca.

Arthur introdujo un dedo en mi interior mientras su lengua me hacía perder el control, provocando que estallara de placer.

Tardé varios minutos en conseguir que mi respiración se acompasara. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso, tan arrollador. Un orgasmo que lo cambiaba todo, ya que nunca más me conformaría con menos.

Cuando sentí que dejaba de flotar y regresaba a la tierra, le miré. Él seguía de rodillas frente a mí, mirándome con deseo y lujuria. Tiré de la tela, colocándome bien el vestido. Después, me senté y estiré mis brazos hasta su cinturón. No llegue a desabrocharlo porque él me lo impidió.

—Debemos regresar —dijo, levantándose.

—Arthur —le llamé por su nombre. Me negaba a llamarle de usted en un momento de intimidad como ese—. Me has dado placer, quiero devolverte el favor.

—Debe disculparme, señorita Robinson —respondió, negándose a tutearme. Quizá en esa época era lo normal no tutearse ni después del momento que acabábamos de compartir, lo que me parecía bastante irónico—. Me he sobrepasado.

—No recuerdo haberte dicho que no —dije, impulsándome con mis manos para levantarme.

—No, pero debió hacerlo.

—Quería esto, Arthur. Me has dado más placer del que podía esperar.

—No sabe lo que quiere, señorita Robinson. Una mujer con usted ha sido criada para que solo su marido le dé placer. Su padre confió en mí y yo no he estado a la altura. Asumo toda la culpa.

Mis ojos se abrieron como platos. Por un instante, no entendí bien el significado de sus palabras, pero, entonces, lo comprendí. En aquella época las mujeres de buena familia, aquellas que no querían que su reputación se viese comprometida, tenían que llegar vírgenes al matrimonio y con cero experiencia sexual o, por lo menos, que nadie les pillase en un renuncio.

—Arthur —le llamé, dando un par de pasos hacia él—. Soy mayor de edad. Soy más que capaz de asumir mis acciones. Sé lo que quiero.

Esta vez, cuando solté su cinturón y le bajé los pantalones y la ropa interior, me lo permitió. Tiré del abrigo para ponerme de rodillas frente a él. Cuando introducí su longitud en mi boca, él gimió. Lamí el tronco a la vez que acariciaba sus testículos con mis manos.

Él colocó sus manos en mis hombros para sostenerse. Note cómo todo su cuerpo se relajaba mientras yo le daba placer. Me aparté de él durante un instante para poder observarlo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sus ojos cerrados. Estaba más atractivo que nunca.

Abrió los ojos para mirarme.

—¿Por qué ha parado?

—¿Por qué no debería hacerlo? —pregunté, juguetona, lamiéndome el labio inferior con la lengua.

Arthur sonrió.

—Señorita Robinson, es usted malvada.

—Grace, llámeme Grace.

En ese momento, no pude soportar que utilizara un apellido que no era el mío. Porque me hacía sentir como una impostora, como una traidora.

—Grace, por favor —pidió cuando toque la punta húmeda de su pene con un dedo.

Como en ese momento y solo en ese, sus deseos eran órdenes para mí, introduje su miembro de nuevo en mi boca. Una especie de bramido salió de sus cuerdas vocales cuando moví la cabeza de arriba abajo.

Una oleada de placer y satisfacción me invadió al verlo rendido a mí. Me sentí poderosa, estaba logrando que Arthur Spinster se rindiese a mis caricias. Él me colocó una mano detrás de la cabeza y me la empujó son suavidad, dándome una orden silenciosa de que aumentara la velocidad. Obedecí y él no tardó en llegar al clímax.

Acabábamos de cruzar una línea de la que no había vuelta atrás. Sabía que debía mantenerme alejada de Arthur y era consciente de que acababa de cometer un error que pagaría más tarde. Sin embargo, cuando minutos más tarde, él me dio una sonrisa genuina y perezosa mientras pasaba una mano por mi cabello, me di cuenta de que no me importaba. Que, por primera vez en mi vida, quería dejarme llevar sin pensar en las consecuencias.

—¿Puedo salir mañana con Derek fuera de la verja? —pregunté, mientras recorríamos el laberinto de regreso a la mansión.

Arthur negó con la cabeza a la vez que suspiró.

—Es usted increíble. Aprovechando mi estado de felicidad, intenta manipularme.

Me reí.

—Si llego a querer manipularle, le habría hecho la petición unos minutos antes.

Arthur bufó como respuesta. Anduvimos en silencio hasta llegar a la puerta de entrada de la mansión. Él se paró en el umbral y yo me detuve a su lado.

—Estoy de acuerdo con que pasee con mi hijo por mi propiedad siempre que no se alejen de la mansión y me informe por adelantado. —Levanté mi mano en señal de triunfo—. No lo celebre todavía —me advirtió con una media sonrisa—. En una hora salgo hacia una de mis otras propiedades. Tengo asuntos que atender allí. Estaré fuera varios días.

Mi labio inferior formó un mohín.

—¿No puede esperar ni unos días? —preguntó, confundiendo mi expresión.

—Sí, claro que puedo. Sé que está poniendo mucha confianza en mí al permitirme sacar a su hijo de la seguridad de la verja. —Se me hacía raro hablarle con tanta formalidad después de lo que acabábamos de hacer, pero era como él se estaba dirigiendo a mí. Quién entendía esa época…—. Solo que, en unos días, es su cumpleaños. Derek está preparándole un regalo, le hace ilusión dárselo en su día. —Era yo la que había convencido a Derek para que le hiciese un dibujo a su padre, pero él no tenía por qué saberlo.

—Para mi cumpleaños estaré aquí.

—Me alegro. Derek quiere pasar ese día con usted.

—¿Solo Derek? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Seguro que tiene usted amigos que también lo desean. Y su tía y esos primos de los que me habló.

Como respuesta, me acarició la mejilla con la palma de la mano.

Abrió la boca para decir algo, pero un golpe como de algo cayéndose al suelo nos

interrumpió. Los dos dimos varios pasos, alejándonos del otro. Escudriñé a mi alrededor y no había nadie en el recibidor. Pero no podíamos seguir allí si no queríamos que un empleado nos descubriese.

El duque estaba comprometido. No es como si hubiese amor entre ellos. Más que nada, porque no se conocían, pero, así todo, no estaba bien. En ese momento, sentí el peso de la culpa. Lo que habíamos hecho estaba mal.

¿Aunque, que había de malo en que dos personas se mostrasen afecto? Él estaba soltero y yo también. Él se iba a casar con una mujer a la que no conocía, por lo que no la había engañado, y yo no había dejado ningún novio en mi época.

Él se iba a casar y yo iba a regresar a mi época. No habría una relación a largo plazo entre nosotros. Pero podíamos disfrutar de nuestros cuerpos mientras tanto.

—Será mejor que regrese a mi despacho, tengo asuntos que terminar antes de emprender mi viaje —me informó a la vez que cogía mi mano para darla un beso—. Pase una buena tarde, señorita Robinson.

—Le deseo un buen viaje, excelencia.

Cuanta formalidad entre ambos. Estaba orgullosa de mí misma por ser tan madura y ser capaz de mantener mis sentimientos a raya.

Fui en busca de Derek con la seguridad de que la vieja Grace había vuelto en parte a mí. Estaba siendo completamente madura, siendo capaz de ver las cosas tal y como eran y sin esperar nada más.

Ese sentimiento me duró aproximadamente una hora. Justo cuando Arthur entró en la habitación para despedirse de Derek, algo que no había hecho unos días antes. Algo a lo que podía atribuirme el mérito.

Cuando vi cómo padre e hijo se abrazaban y Arthur le aseguraba que pensaría en él todo el tiempo que estuviese fuera, una sensación cálida y agradable me invadió. Y cuando él agarró el dorso de mi mano para besarla mientras se despedía de mí, me di cuenta de que la vieja Grace había desaparecido para siempre.

Capítulo 18

Arthur cumplió su promesa y llegó el día de su cumpleaños. Llegó al alba y fue a visitar a Derek. Este le había preparado un dibujo en el que estaban los dos juntos en el lago, tirando piedras al agua. El niño había resultado ser un dibujante bastante decente.

Aunque, a mi parecer, la enorme araña que había trazado sobre la hierba, sobraba. Por mucho que había intentado que la eliminase del dibujo, Derek se había negado con un sonoro *no*. Con el paso de los días, Derek se mostraba mucho más confiado a mi lado. Había logrado que se expresara más, a pesar de que seguía siendo muchísimos menos de lo que lo harían otros niños. Así todo, cuando hablaba, era muy contundente e igual de tozudo que su padre.

Al final, había cedido. Tampoco es que tuviese más opciones, y siendo sincera, la araña había formado parte de ese día. Por lo menos, no me había dibujado a mí cayéndome de la barca.

Estaba feliz de que Arthur hubiese estado con su hijo, lo que me entristecía, más bien me enfurecía, era que lo hubiese hecho cuando yo aún no me había levantado. Ni siquiera había aparecido a lo largo del día por la habitación infantil para saludarme. Y yo no podía ir a buscarle con la excusa de felicitarle por su cumpleaños porque algunos de los invitados a la fiesta que se iba a celebrar esa noche pernoctaban en la mansión y habían ido llegando a lo largo del día anterior y esa mañana.

En realidad, estaba siendo bastante irracional. No era como si yo fuese su esposa. Habíamos compartido un encuentro sexual precioso. Los labios y la lengua de ese hombre deberían ser patrimonio de la humanidad. Aunque, mejor no, ya que lo quería solo para mí. Quería ser la única que disfrutase de sus atenciones.

Moví mi cabeza de un lado a otro, quitándome esa idea absurda de mi cabeza. Arthur y yo no éramos exclusivos, ni lo seríamos nunca. De hecho, él tenía una prometida y yo acabaría regresando a mi época. Nuestra historia estaba destinada a terminar antes de haber comenzado.

Sin embargo, ninguno de esos pensamientos hizo que me sintiera mejor, ni tampoco alivió el nudo que se formó en mi garganta al recordar que Arthur se casaría en unos pocos meses.

—¿Te encuentras bien, Grace? —me preguntó Lydia, provocando que saliese de mi ensoñación.

Derek se encontraba leyendo en la habitación infantil y yo había ido a la mía a cambiarme los zapatos, ya que me habían hecho daño en el pie. Lydia había apareció unos minutos después.

Me aclaré la garganta.

—Sí, discúlpame, ¿qué me decías?

Lydia me lanzó una mirada extraña, pero no dijo nada.

—Si necesitas ayuda para vestirte para la fiesta.

—No voy a acudir, Lydia. Nadie me ha invitado y no tengo un vestido acorde.

—Te ha invitado su excelencia. —No pude evitar esbozar una sonrisa ante sus palabras. Aunque me lo había negado a mí misma, ya que las fiestas no me gustaban y dudaba que cambiase esa opinión por mucho que fuese una fiesta del siglo en el siglo XIX, estaba dolida porque no había sido invitada. Sabía que no tenía ningún derecho a reclamar nada, pero pensaba que Arthur y yo manteníamos la suficiente relación como para que él quisiese que fuera a su cumpleaños—. Y por el vestido no te preocupes, su excelencia se ha encargado de todo.

—Debería habérmelo pedido él mismo —dije, a pesar de que un rayo de emoción se había instaurado en mi interior.

—Estoy segura de que le hubiese gustado invitarte él mismo —la voz de Lydia sonó más aguda de lo habitual y sus palabras salieron estranguladas—, pero los invitados no le están dando tregua. Ni a él, ni a nosotros. —Esbozó una sonrisa nerviosa—. No he visto a personas más exigentes nunca. Nada está a su gusto.

Por lo poco que había conocido del entorno de Arthur, no me sorprendía.

Los niños no estaban invitados, por lo que nadie nos había molestado a Derek y a mí, pero, así todo, me había encontrado a una mujer de mediana edad en el pasillo que me miró por encima de su nariz aristocrática y me pidió, no, me exigió, que le llevase un té con pastas a su habitación. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle que no era una de las sirvientas, ya que, cuando abrí la boca, me la cerró con un ademán de su mano mientras me daba indicaciones muy precisas de cómo deseaba el té.

Dándome cuenta de que con esa mujer no iba a poder razonar, asentí con la cabeza para poder marcharme hacia mi habitación. No quería imaginar su ira cuando esperó y esperó y su té nunca llegó.

—No estoy segura, Lydia. —Mordí mi labio inferior, dubitativa —. No soy muy buena socializando. Y nunca he acudido a una fiesta… —me detuve cuando me di cuenta de que estaba hablando más de la cuenta—, en Inglaterra —me corregí a tiempo.

—No creo que sea muy diferente a los bailes a los que has acudido en tu país —insistió—. Además, vas a ser presentada en sociedad en unas semanas. —Yo no se lo había contado, pero no me extrañaba que lo supiese—. Esta fiesta puede servirte de aprendizaje para la temporada.

Suspiré. Arthur se había tomado las molestias de conseguirme un vestido. Y me había invitado, aunque no fuese en persona. Y además, para qué negarlo, ardía de deseos de verle. Le había echado mucho de menos.

Lydia tenía razón, iba a tener que acostumbrarme a las fiestas. A no ser que lograse regresar a mi época antes de viajar a Londres, cosa que dudaba. A esas alturas ya estaba segura de que tendría que esperar al eclipse lunar.

—Está bien —cedí—. Si su excelencia se ha tomado tantas molestias por mí, debo ir. —Mi tono de voz no salió tan indiferente como me hubiera gustado.

Lydia, que me miraba con ojos expectantes, curvó sus labios en una sonrisa de alivio cuando acepté.

El resto del día no pasó lo suficientemente rápido. Para a la hora de la cena de Derek, ya estaba histérica. Por un lado, estaba aterrorizada de hacer el máximo de los ridículos y, por otra, emocionada de celebrar con Arthur su cumpleaños. Lydia, demostrando que era una buena amiga, a pesar de que seguía sintiendo una animadversión que jamás comprendería hacia Derek, se ofreció a vigilarlo hasta que se durmiese para que yo pudiese prepararme.

El vestido que Arthur había mandado que me entregasen era perfecto. Un vestido de noche de color borgoña, de talle alto y media manga. El escote recatado, aunque posiblemente fuese atrevido para la época. Un doncella se había ofrecido a ayudarme y, esta vez, no me había negado, ya que quería lucir perfecta. Por eso tampoco había puesto ninguna pega cuando esta me había colocado unas plumas del mismo color que el atuendo que llevaba puesto en el pelo.

Me sentí como una princesa. Nunca había querido sentirme como una, ese solía ser más el deseo de Heather. Pero, desde que había viajado en el tiempo, muchas de mis ideas y pensamientos habían cambiado o, más bien, me estaba permitiendo a mí misma dejarme llevar y disfrutar del momento sin darle demasiadas vueltas a todo.

No sé bien cómo esperaba que iba a ser el baile en honor a Arthur, pero, desde luego, si me

hubiese detenido a imaginármelo, no se habría acercado a la verdad. Y eso que me había visto las dos temporadas de *Los Bridgerton*.

El salón de baile estaba decorado de una manera exquisita. Con flores por todas las esquinas y grandes cuadros decorando las paredes, dándole un aire majestuoso. Observé al pianista, que interpretaba con destreza una pieza que me resultaba vagamente familia.

Las parejas bailaban en el centro. Algunos invitados conversaban animadamente en una esquina del salón, mientras que otros, deambulaban de un lado para otro.

Escudriñé el salón, pero no vi a Arthur por ningún lado. A quien vi fue a Harvey, el vizconde de Linley. Una gran sonrisa iluminó su rostro cuando sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Se despidió cortésmente de la mujer con la que estaba hablando y se dirigió hacia mí. Con delicadeza, sostuvo mi mano y depositó un suave beso en el dorso.

—Señorita Robinson, está más bella que de costumbre, algo que pensé que sería imposible.

Negué con la cabeza a la vez que hacía una mueca.

—Y usted igual de halagador —señalé con diversión.

Harvey me guiñó un ojo.

—Solo con usted.

—Mi instinto me dice que eso se lo dice a todas.

—Las mujeres con buen instinto son mis preferidas.

Una carcajada se apoderó de mí, provocando que todas las miradas se centrasen en mí. Reírse no debía ser algo digno, porque las mujeres que se encontraban a nuestro alrededor me observaron con la desaprobación dibujada en sus rostros. Los hombres me contemplaban con curiosidad

—¿Dónde se encuentra su excelencia? —le pregunté, tratando de parecer indiferente.

Sin embargo, por la sonrisa que asomó en los labios de Harvey, supe que no lo había logrado.

—Ocupado con unos invitados especiales.

Una oleada de desazón me golpeó con la fuerza de seis tsunamis. Me imaginaba quiénes eran esos invitados. Ni siquiera lo había pensado hasta ese momento, pero tenía todo el sentido del mundo. ¡Qué tonta había sido! Por supuesto que el duque estaba ocupado con su prometida y el padre de esta.

—¿Algo que he dicho le ha entristecido?

—Nada —respondí, tratando de esbozar una sonrisa sin lograrlo—, solo que no debería haber bajado. No pertenezco aquí —dije, señalando con la barbilla a las mujeres que me miraban con desprecio mal disimulado—. Será mejor que regrese a mi habitación.

No podían importarme menos esas mujeres, pero ahora que sabía que Arthur pronto aparecería con su prometida de su brazo, prefería regresar a mi habitación y esconderme debajo de las sábanas.

Antes de que pudiera dar un solo paso y sin tan siquiera avisarme, Harvey sostuvo mi mano y me llevó hasta la pista de baile. No me había dado cuenta de que un baile había terminado y estaba comenzando otro.

—No sé bailar —me quejé, intentando soltarme de su agarre, pero él no me lo permitió. Colocó una de sus manos en mi cintura y me sujetó la otra con la suya.

—Por suerte, para usted, soy un magnífico bailarín. Déjese llevar por mí.

La música había comenzado de nuevo, así que si no quería montar una escena, no me quedaba más remedio. Aunque, lo cierto era que, un minuto después, me estaba divirtiendo. Debía parecer un pato mareado, pero Harvey no mentía en cuanto a su destreza bailando y con

sus indicaciones, era todo mucho más fácil.

—¿Siempre logra salirse con la suya? —pregunté con fingida irritación.

Ahora entendía por qué Arthur y él eran tan amigos. Al parecer, ambos eran igual de tozudos.

—No siempre —reconoció, mientras me hacía girar—, pero nadie puede decir que no haga mi mejor esfuerzo para lograrlo en todas las ocasiones.

Me reí. El vizconde era un hombre divertido. Un galán y, a la vez, un golfo. Vamos, un picaflor de toda la vida. Era algo que no había pasado de moda con los años. Aunque tenía que reconocer que la clase, elegancia, educación y buenos modales con los que Harvey coqueteaba no tenía nada que ver con el aquí te pillo aquí te mato de los de mi época. Al parecer, el currárselo se había perdido con los años.

No me extrañaba que una joven que bailaba con un hombre que, por la edad y parecido físico pensé que era su padre, me echases dagas con los ojos.

—Creo que esa joven no está feliz de que baile conmigo —le dije, apuntando con la barbilla a la chica.

Harvey ladeó la cabeza en la dirección que yo le señalaba, pero al instante volvió a centrar toda su atención en mí. Él me miraba como si fuese la única mujer en el salón. No obstante, le había visto hacer lo mismo con la joven con la que hablaba cuando llegué.

—Las mujeres más jóvenes tienden a ser posesivas y celosas. Y yo soy un verso libre, un pájaro que vuela en libertad. En cambio, usted me comprende a la perfección.

Fruncí el ceño.

—¿Me está llamando vieja?

—En absoluto —confirmó a la vez que giraba de nuevo conmigo—. Pero con usted puedo ser sincero, ya que no tiene el menor interés en mi persona.

Me reí mientras me dejaba llevar por la música. No le había pisado ni una sola vez, por lo que no debía estar haciéndolo tan mal.

—¿Y cómo lo sabe? —cuestioné—. A lo mejor estoy completamente enamorada de usted.

A pesar de que tenía que reconocer que Harvey era un hombre muy apuesto, además de encantador, jamás podría haberme fijado en él. No solo porque no era mi prototipo, sino porque, desde que me había besado con Arthur, ni siquiera podía pensar en otro hombre que no fuera él.

—Señorita Robinson, mi madre dice que soy un díscolo y un sinvergüenza sin solución. Ella no estaría en lo cierto si yo no fuese capaz de saber cuándo una mujer está interesada en mí. Y puedo asegurarle que mi madre es una mujer muy sabía, sobre todo en lo que respecta a su único hijo varón.

—Tengo la sensación de que su madre y yo podríamos ser grandes amigas.

—Posiblemente, pero se unirían contra mí. Así que, discúlpeme, pero no puedo permitir que se conozcan.

—Es una verdadera lástima.

Seguimos bromeando mientras nos movíamos al ritmo de la música. Cuando finalizó el segundo baile, pese a estar divirtiéndome, decidí que ya había tenido bastante. Además, estaban comenzando a dolerme los pies.

—Déjeme acompañarla a tomar un refrigerio, debe estar sedienta y hambrienta —ofreció Harvey con una sonrisa cortés.

—Hambrienta no, pero sedienta bastante a decir verdad.

Harvey me llevó hasta donde un recipiente grande con un líquido oscuro que identifiqué como ponche. Pero prefería asegurarme.

—¿Qué es? —inquirí, a la vez que Harvey rellenaba un vaso con el líquido.

—Ponche. ¿Nunca ha bebido?

—Por supuesto. No obstante, quería asegurarme. ¿Lleva alcohol?

—No sería un buen ponche si no llevase un poco de vino —añadió él y yo hice un ademán con la mano cuando me ofreció el vaso. Cero alcohol para mí. Me estaba costando mantener encerradas mis emociones, si me emborrachaba era posible que me dejase a mí misma en evidencia y fuese en busca de Arthur—. Pero este no es un buen ponche, lleva zumo de manzana. Aunque aprecio a mi gran amigo Arthur, esa manía suya de no servir alcohol en sus fiestas no es de mi agrado. —Harvey chasqueó la lengua, mostrando su descontento.

Esta vez, cuando me volvió a ofrecer el vaso, sí lo acepte. Le di un sorbo. Estaba fresco y dulce.

—No será su deseo que la fiesta se le escape de las manos. La gente borracha pierdes sus inhibiciones —dije.

—¿Y eso es malo? Uno conoce mejor a otra persona cuando está ebria.

—Debo diferir.

—No acepto réplicas, señorita Robinson. —Harvey hizo un gesto con sus manos—. Le podría argumentar más de cien razones por las que una fiesta con alcohol es mucho más entretenida que una sin ella. De hecho, he de añadir…

Él continuó hablando, pero fui incapaz de continuar escuchándole cuando la cabeza comenzó a darme vueltas. Sentí que se me oprimía la garganta y con la mano que no sostenía el vaso, tuve que agarrarme al borde de la mesa, impidiendo así caerme al suelo.

—¿Está bien?

Harvey me miraba con preocupación. Con suavidad, me quitó el vaso para dejarlo sobre la mesa y, después, agarró mi brazo para ayudar a estabilizarme.

—Sí —respondí con la voz entrecortada—, creo que el aire está cargado. —No había mucha ventilación y el corpiño me apretaba más de lo normal. Pero la doncella me había asegurado que era la única manera de que el vestido quedase perfecto.

—Salgamos al porche —me dijo, ofreciéndome su brazo.

En cuanto salimos fuera, el aire fresco me golpeó y comencé a sentirme mejor. No había nadie fuera y una luna nos iluminaba. La música se escuchaba a lo lejos, al igual que el murmullo de los invitados.

—Nunca me acostumbraré a la belleza de este lugar —reconocí, observando los inmensos jardines y la fuente—. Tampoco de la sensación de libertad que se respira aquí.

—Uno acaba acostumbrándose a la belleza. Incluso, acaba cansándose de ella. De lo que uno se cansa, es de la libertad. Pero la libertad es un bien muy preciado, muy difícil de conseguir y muy fácil de perder.

—¿Por eso usted no desea casarse? —pregunté, recordando la conversación entre Arthur y él el día que nos conocimos—. Para no perder su libertad.

—Necesito un heredero. Algún día, me casaré —dijo con resignación—. Lo que no haré será enamorarme. Solo los hombres que desean que corten sus alas se enamoran. —Había convicción en sus palabras, como si fuera una promesa que se había hecho a sí mismo y que nunca rompería.

—¿Y con las mujeres no sucede lo mismo?

Él negó con la cabeza y esbozó una sonrisa con la que me enseñó una hilera de dientes perfectamente alineados. Una sonrisa ensayada para lograr que las mujeres cayeran rendidas a sus encantos y que los hombres quedaran fascinados con su carisma.

—No, señorita Robinson. Las mujeres logran su libertad cuando logran enamorar a un hombre. Entonces, ellas lo manipulan para lograr de él todo lo que quieren.

Di un paso hacia atrás, soltándome de su agarre.

—Eso no es cierto —repliqué con ferocidad—. Pensé que tenía un mejor concepto de las mujeres.

—Y lo tengo. En nuestra sociedad, las mujeres no gozan de los mismos privilegios que un hombre. Las admiro por no conformarse y buscar la manera de sacar provecho a su situación. Soy un hombre que admira a las mujeres, señorita Robinson. Por eso no puedo enamorarme solo de una, vivo enamorado de todas.

—No puede estar más equivocado. Usted está diciendo toda esta sarta de estupideces porque tiene miedo.

Harvey arqueó una ceja y me miró con una mueca burlona adornando sus labios.

—¿Miedo?

—Sí, usted está aterrado de enamorarse. El amor verdadero es desconsiderado y puro. Créame cuando le digo que a mí me ha costado darme cuenta de ello. Algún día, conocerá a una mujer que se enamore de usted y, entonces, se dará cuenta de lo errado que estaba. Nadie le entregará su corazón y lo amará con tanta fiereza como ella.

Pude ver en los ojos de Harvey la incredulidad ante mis palabras, pero él también pudo percibir en los míos que no estaba dispuesta a ningún debate absurdo, así que decidió cambiar de tema.

—¿Tiene frío? —preguntó cuando me vio colocarme las manos por los brazos y acariciármelos. La tela fina no me protegía del frío.

—Un poco.

Se quitó la chaqueta y me la colocó por encima de los hombros. Iba a agradecérselo, pero no llegué a hacerlo, ya que una voz me lo impidió.

—Linley —nombró Arthur al vizconde, llamándolo por su título—, deberías regresar al salón de baile. La señora Marcus te está buscando.

Harvey suspiró. Si le molestó el tono frío con el que su amigo se dirigía a él, no dio señales de ello.

—Esa mujer no sabe lo que es la sutileza. Juro por Dios que ha empujado a su hija en edad casadera encima de mí en dos ocasiones. Me vas a permitir, amigo mío, que no regrese al interior. No es mi deseo verme envuelto en alguna artimaña para obligarme a contraer matrimonio.

—Linley, ahora —exigió Arthur en un tono más duro de lo que le había escuchado hasta ese momento.

Harvey miró a su amigo y después me miró a mí. Yo estaba inmóvil, sin saber cómo actuar. La ira relampagueaba en los ojos del duque y tenía la certeza de que estaba dirigida a mí. Incliné la barbilla hacia el vizconde dándole permiso para irse.

Este dudó durante unos segundos, pero terminó claudicando.

—Entraré dentro. La vida es más emocionante cuando hay retos en ella.

A pesar de bromear, vi un toque de preocupación en sus ojos. Preocupación por mí.

Podía estar tranquilo, tal vez Arthur estaba enfadado conmigo, pero yo lo estaba más con él.

Capítulo 19

—¿Qué se cree que está haciendo? —me preguntó Arthur en cuanto el vizconde volvió al interior de la casa.

—¿Que qué estoy haciendo yo? La pregunta correcta aquí es quién se cree usted que es para interrumpir mi conversación con Harvey.

—El duque de LowCastle, el dueño de la propiedad en la que se encuentra —dijo sin vacilación, dando un paso hacia mí.

—Ser el anfitrión de la fiesta le da el derecho de interrumpir mi conversación, pero no de invitarme personalmente a la fiesta —dije con sarcasmo.

—No me lo puedo creer —murmuró, pasándose una mano por la cara con cansancio—. Así que todo esto se trata de un truco vil. —Me señaló con su dedo de arriba abajo.

—¿Un truco vil? —repetí con confusión, sin entender de qué estaba hablando.

—No se haga la necia. —Arthur soltó una pequeña carcajada carente de humor—. La tenía por una mujer decente, señorita Robinson. No creí que sería capaz de semejante vileza.

¿Encima me insultaba? Una oleada de ira se apoderó de mi cuerpo. En esos momentos, sentí como si pudiese arder de furia. Estaba enfadada, no, corrijo, furiosa. Más de lo que había estado nunca.

—No sé de qué está hablando. Tal vez se le ha subido el ponche a la cabeza, pero no voy a permitirle que me hable de esa manera. Pensé que habíamos forjado una amistad, aunque ya veo lo equivocada que estaba.

Fui a girarme para marcharme cuando él me sujetó del brazo, impidiéndomelo.

—Marcharse fingiendo enfado no le va a servir para nada. He descubierto su juego.

Me solté de su agarre. Sin embargo, en vez de irme, me enfrenté a él.

—¿Mi juego? ¿Y qué juego es ese? Ilumíneme, excelencia.

—Ponerse el vestido de mi difunta mujer es de muy poca clase, milady. —De todas las cosas que había pensado que Arthur podría decirme, jamás esperaba esa acusación. Me congelé, procesando la información—. Cómo no la he invitado al baile, se ha autoinvitado y, no contenta con eso, se ha puesto un vestido que no le pertenece. ¿Qué quería conseguir? —Arthur no esperó a que yo respondiese—. Si su padre no fuese mi socio, la enviaría de regreso a su casa por un acto tan despreciable como ese.

Note cómo las piernas se me aflojaban y mi mundo giraba. Por el rabillo del ojo vi cómo Arthur se acercaba a mí para agarrarme. Si Arthur no me había invitado a la fiesta, entonces, Lydia me había mentido. Pero aquello no tenía ningún sentido, ¿por qué Lydia me engañaría? Mi mente corría tan deprisa con tantos pensamientos que, por un solo instante, mi mundo se oscureció.

Unos pocos minutos después, volví en mí. Ya no estaba en medio del porche de pie, sino sentada en uno de los bancos de piedra de los jardines. Uno que se encontraba alejado de las ventanas, pero iluminados por los farolillos del camino. Estaba sentada en el banco, con Arthur sujetándome para que no me desestabilizase.

—Estoy bien, puede soltarme.

Él no obedeció de inmediato, sino que esperó a que me estabilizara. Tardé unos minutos en recobrar del todo la conciencia. Sentí una pesada tela encima de mis brazos. La tela era de un color diferente a la chaqueta que Harvey me había prestado. Cuando alcé la mirada y me fijé en

Arthur, me di cuenta de que él no llevaba la suya puesta.

—¿Dónde está la chaqueta de Harvey? —No era mi prioridad en esos momentos, pero me servía de excusa para poner mis ideas en orden.

—Se le ha caído —respondió en un tono de voz carente de emoción. Su expresión era inescrutable y, a pesar de que sus facciones eran duras, pude ver que su mirada se había suavizado.

—¿Y por eso me ha puesto la suya?

Arthur no contestó a mi pregunta. No obstante, decidí no insistir, ya que aquello era una minucia en comparación con lo que verdaderamente me preocupaba. Inspiré profundamente antes de que mis siguientes palabras salieran de mis labios, tratando de relajarme, porque sabía que lo que iba a averiguar no me iba a gustar.

—Excelencia, ¿no me invitó usted a su fiesta de cumpleaños?

—No. —La voz de Arthur era firme y no había ningún atisbo de duda en ella.

—¿Y tampoco pidió que me preparasen el vestido que llevo puesto?

—Por supuesto que no —dijo, espantado. Después, sus ojos se estrecharon ligeramente—. ¿Alguien le ha hecho creer lo contrario?

Observé a Arthur durante unos instantes, tratando de buscar un indicio de que mentía en su rostro, pero no lo encontré. Él decía la verdad.

Una punzada de decepción se instaló en mi pecho al aceptar que él no deseaba mi presencia en su fiesta de cumpleaños. No comprendía por qué Lydia se había inventado una invitación que no había recibido. Quería creer que había sido todo un malentendido; sin embargo, el hecho de que me hubiera dado el vestido de la difunta esposa de Arthur no podía ser una casualidad.

—Señorita Robinson.

Arthur me observaba, expectante.

—Ha sido todo un malentendido —respondí, tragando saliva. Aunque podía haber sido honesta y haber delatado a Lydia, ella se había comportado muy bien conmigo hasta ese momento y prefería aclarar las cosas con ella. Necesitaba escuchar sus razones para hacerme algo así de su propia boca—. Le aseguro que no habría acudido a su fiesta sin su permiso y menos me hubiese puesto un vestido que no era para mí.

¿Pero cómo iba a saberlo cuando el vestido me quedaba a la perfección? La mujer fallecida de Arthur y yo teníamos medidas parecías, lo cual era bastante perturbador. O, tal vez, Lydia lo había mandado arreglar para mí. Ya no sabía qué pensar.

—¿No me cree? —le pregunté cuando él se mantuvo en silencio.

—Lo hago. Sé que no es capaz de algo así.

El aire que no sabía que había estado conteniendo se escapó de mis labios cuando escuché su respuesta. No debería importarme lo que él pensara de mí, no después de que ni siquiera me quería en la fiesta de su cumpleaños, pero, desgraciadamente, lo hacía.

—Hace unos minutos parecía creerlo.

—Hace unos minutos estaba muy enfadado.

—¿Ya no lo está?

Arthur suspiró.

—Sigo estándolo, pero no con usted. Alguien la ha engañado y me gustaría saber quién ha sido.

—Como le he dicho, ha sido un malentendido que yo me ocuparé de solucionar.

—Señorita Robinson —comenzó y yo me levanté del banco.

No quería seguir hablando de ese tema. En realidad, no quería seguir conversando con él.

Estaba dolida con su comportamiento conmigo, porque después de todo lo que había pasado entre nosotros, después de todas nuestras conversaciones, pensaba que había una conexión especial. Él se había abierto a mí, contándome partes de su vida, que estaba segura de que pocas personas conocían. Había creído que eso significaba algo. Sin embargo, acababa de darme cuenta de lo equivocada que estaba. Porque, si hubiera sido así, no me hubiera ignorado desde su regreso a la casa.

Podía poner todas las excusas que quisiera, pero Arthur estaba evitándome. Y, a pesar de todo, había una parte de mí que lo había echado tanto de menos que quería lanzarse a sus brazos y besarlo. ¿Cuán patético era eso? ¿Cómo de patética era yo?

—Tengo que encontrar la chaqueta de Harvey y devolvérsela —dije, a pesar de que él no se merecía ni que me molestase en inventarme una excusa.

—¿Le llama por su nombre? —me preguntó Arthur, levantándose como impulsado por un resorte—. ¿Tanto ha intimado con él en un solo baile?

Su tono de voz acusatorio y sus palabras cargadas de reproche hicieron que me diera la vuelta para mirarle.

—Han sido dos bailes —le corregí con sarcasmo—. Además, ¿eso a usted eso que le importa?

Arthur no se achantó ante mi réplica. Cruzó sus labios por delante de su pecho y apretó sus dientes con fuerza. Me mantuvo la mirada; sus ojos ardiendo en furia.

—Usted no sabe lo que me importa o me deja de importar —espetó, enfadado.

—¿Está celoso? —pregunté, haciendo eco de mis pensamientos. Una pregunta absurda, pero cuando vi que no respondió inmediatamente, obtuve una respuesta que no esperaba—. No me lo puedo creer —dije, haciendo aspavientos con las manos—. Cuando nos despedimos, me aseguró que me iba a echar de menos. Ha regresado y no ha venido a saludarme. Tampoco quería verme en su fiesta de cumpleaños, ¿y ahora está celoso? —Aquello era absurdo—. Discúlpame, pero no le entiendo.

—Yo tampoco me entiendo, señorita Robinson —reconoció él, descruzando sus brazos y pasándose una mano por el rostro—. Había decidido alejarme de usted, pero cuando la he visto salir junto a Harvey al porche, he estado a punto de salir detrás y darle un puñetazo a mi mejor amigo. Aunque me he controlado y he intentado no ir en su busca, no he podido evitarlo.

Aquella confesión hizo que mi pulso se acelerara y la llama de esperanza que se había apagado cuando había descubierto que él no me había invitado a su fiesta, se encendiera de nuevo.

—¿Y por qué ha decidido alejarse de mí?

—Porque es lo correcto —me respondió con voz estrangulada. Arthur no mentía, porque, en ese instante, pude ver en sus ojos la batalla que se estaba librando dentro de él.

—¿Y ahora está haciendo lo correcto? ¿No se estará preguntando su prometida donde se encuentra? No es muy caballeroso dejarla en el salón de bailes sola, mientras pasa tiempo con otra mujer.

Sí, la que estaba celosa ahora era yo.

Arthur me dio una mirada extraña.

—Como ya le dije, no conozco en persona a mi prometida. Ella no se encuentra aquí. No hay ninguna razón para que lo esté.

—Le pregunté al vizconde por usted y me dijo que estaba ocupado con dos personas muy importantes. Pensé que eran su prometida y su padre. ¿Él me mintió?

—No lo hizo. Estaba reunido con dos socios comerciales. Harvey está molesto porque

estaba trabajando en una fiesta que él se ha encargado de organizarme.

—Entiendo. —Sentí que mis mejillas enrojecían, porque había sacado conclusiones sin tan siquiera preguntar. Aunque lo cierto era que tampoco eran tan disparatadas—. ¿Y si ella no estaba aquí, por qué le molesta que yo esté en la fiesta?

—Porque si la tengo cerca, no sé si voy a ser capaz de controlarme. —Él venció la distancia que nos separaba y me acarició la mejilla con la mano. Y cualquier resquicio de enfado que me quedase se evaporó.

—No tiene por qué controlarse.

—Debo hacerlo. En el laberinto estuve a punto de poner en juego su reputación. Pude controlarme a duras penas, no creo que pueda volver a hacerlo. No puedo robarle su virtud.

¿Robarme mi qué? Por suerte, no hice la pregunta en alto, ya que hubiese sonado bastante extraño.

Me separé de su toque a pesar de que mi cuerpo gritaba en protesta.

—Confíe en mí, excelencia. No se puede robar algo que no se tiene.

Él parpadeó varias veces, asimilando la información que le había dado.

—¿Su padre lo sabe?

—¿Debería? —respondí con otra pregunta—. ¿Es un problema para usted mi falta de virtud?

—No importa si lo es para mí o no. Pero puede serlo para encontrarle un marido.

Aquello me enfureció.

—Bueno, como usted me ha dicho mil veces, tengo una buena dote. Estoy completamente segura que un hombre con título y poco dinero puede pasar ese hecho por alto. Solo tendrá que encontrar uno muy endeudado. No podrá tener los mismos remilgos que usted. Y ahora, si me disculpa, debo irme.

Me giré, pero de nuevo volvió a sujetarme del brazo. Aunque intenté soltarme, él no me lo permitió.

—No me importa si es virgen o no —dijo a mi espalda, provocando que dejase de luchar y me girase. Él soltó mi brazo.

—Pero si le importaría si fuese su prometida.

—No, señorita Robinson. No podría importarme menos. No soy virgen, me parece lo justo que mi prometida no lo sea.

—Entiendo —respondí, aunque no entendía nada—. Si mi padre buscaba un marido con título para mí, ¿por qué no se propuso usted mismo? ¿Ya estaba comprometido?

Llevaba días haciéndome esa pregunta. ¿Por qué el padre de la verdadera señorita Robinson no la había prometido con Arthur?

—No, no lo estaba.

—¿Y mi padre no se lo propuso?

—Lo hizo.

—¿Consideraba que al ser americana no sería la esposa perfecta que necesitaba? —pregunté, ya que era a la única conclusión que había llegado. Tragó saliva como respuesta, así que lo tome como un sí—. No me quiere como esposa, pero no ha tenido reparos en que le dé placer.

—No quería a su padre como mi suegro. Nunca tuvo nada que ver con usted.

—¿Y ahora? —¿Le estaba preguntando al duque si quería ser mi esposo? Sí, eso era justo lo que estaba haciendo. Pero solo como fines informativos, no porque me importase la respuesta.

Él suspiró y se pasó las manos por la cara.

—Derek la adora, algo muy raro en él.

—No estoy segura, no quiere jugar a mis juegos —dije en un intento de aligerar la tensión.

—Confíe en mí, es un triunfo para usted que solo la deje sola en esos momentos. A su antecesora le robó la llave de la habitación infantil y la dejó fuera en varias ocasiones. Y si se veía obligado a estar atrapado con ella dentro, era él quien se marchaba. A todas las niñeras les hizo algo parecido. Todas acabaron renunciando.

—¿Por eso Ruth no me ha dado una llave de la habitación?

—Sí, esa es una de las razones. Lo que quiero decir es que Derek ha actuado de esa manera con el resto de niñeras. Pero con usted él no es así.

—Conmigo no es tan travieso —reconocí.

—Porque la aprecia.

—La verdad es que no me importaría que fuese más travieso conmigo. Los niños tienen que hacer travesuras. Creo que el resto de niñeras no fueron conscientes de lo especial que es Derek y no tuvieron la paciencia suficiente. Me alegro de que se marchasen, ya que no eran dignas de él.

Arthur sonrió.

—Eso es una de las muchas cosas que admiro de usted: la defensa a ultranza de las personas a las que quiere. Mi hijo es muy afortunado de ser una de ellas. Y yo también soy afortunado de que esté en mi vida. Es una mujer espléndida, una que cualquier hombre estaría dispuesto a casarse aunque no tuviese dote.

—¿Y usted lo estaría? —La pregunta se escapó de mis labios antes de poder detenerla.

Como respuesta, Arthur pasó una de sus manos por mi cintura para acercarme más a él. Sabía lo que iba a pasar a continuación, y aunque sabía que no era el mejor momento, me dio exactamente igual. Uní mis labios a los suyos. Le besé con pasión, anhelo e incluso ira. Ira porque ese hombre no podía ser para mí.

—¿Podemos ir a un sitio más tranquilo? —pregunté, mordiéndome el labio inferior. Necesitaba más de él, Más que un solo beso. Necesitaba sentirlo en mi interior.

Él volvió a besarme, pero esta vez fue un beso que era el preludio de algo más. Un beso que prometía un placer sin precedentes. Armándome de valor, me separé de él y me levanté, comenzando a andar hacia el laberinto. Él me siguió, pero permití que fuese yo la que marcase el ritmo. Cuando llegamos a la puerta del laberinto, giré hacia la izquierda, hasta el pequeño riachuelo donde el día anterior habíamos estado Derek y yo mirando a los peces.

Toda mi valentía desapareció cuando llegamos allí. Me quedé de pie, mirando la luna llena, reflejada en el agua. Arthur me quitó su chaqueta y temblé levemente.

—Tranquila, preciosa mía. Pronto entrará en calor.

Sus dulces palabras calentaron mi corazón.

Dejó la chaqueta en le hierba y él me ayudo a tumbarme encima. Todo mi cuerpo temblaba, pero no por el frío, sino por la anticipación.

—Bañada bajo la luz de la luna pareces un ser de gran belleza inalcanzable para un simple humano como yo.

—No soy más que una mujer.

—Eres mucho más que eso, preciosa mía. Lo eres todo.

Ese hombre podía ser muy romántico cuando lo pretendía. Quizá Harvey le había enseñado algo sobre el arte del amor, pero no lo creía. Mientras Harvey sabía bien lo que decía a cada instante y a quién se lo decía y con qué fines, Arthur estaba siendo sincero, dejándose llevar por su deseo hacia mí.

Me levantó las faldas y se deshizo de mi ropa interior de la misma manera que había hecho

en el laberinto. Pero, esta vez, íbamos a llegar hasta el final. Se llevó las manos al cinturón, cuando, de repente, se detuvo.

—No pares ahora, Arthur.

—Deberíamos estar en una cama, no a la intemperie, con los invitados preguntándose dónde estoy.

—He sido yo la que te he traído hasta aquí —le dije, incorporándome y quitándole las manos para soltarle yo misma el cinturón—. Es el lugar perfecto. Pero en la segunda parte tienes razón. No debes hacer esperar a tus invitados, así que, apresúrate.

Con una carcajada se puso en acción. Volví a tumbarme mientras él se encargaba de quitarse los pantalones y la ropa interior. Volvió a subir mis faldas, que se habían bajado al sentarme.

Él se instaló entre mis muslos. La penetración fue un acto de suave posesión. Se tomó su tiempo, penetrándome poco a poco. Nunca antes en mi vida había sentido esa conexión tan fuerte con nadie, nunca me había sentido tan unida a otra persona. Hasta entonces, el sexo solo había sido un acto en el que satisfacía mis necesidades físicas. Pero, esa vez, estaba siendo diferente. Esa vez, era algo más, mucho más. Sentía como si Arthur y yo estuviésemos unidos por un hilo, uno incompresible. Como si dejásemos de ser dos para convertirnos en uno.

Les había escuchado a mis amigas hablar de esa sensación, también a mi hermana Heather. Lo había visto durante cientos de veces en las películas. Pero, pensé que nunca me pasaría a mí. Porque yo no estaba hecha para ello, ya que siendo demasiado joven había perdido la esperanza.

Arthur Spinster se había metido bajo mi piel. Me había enamorado completamente de ese hombre.

Un par de lágrimas se deslizaron por mis ojos. Inmediatamente, Arthur se detuvo para mirarme con preocupación.

—Son lágrimas de felicidad.

Él asintió y bajó la cabeza para besar mis pómulos, mi nariz e incluso, mis ojos. No dejó ninguna parte de mi cara por besar. Él estaba siendo dulce y gentil.

El acto sexual puede ser todas esas cosas, pero también salvaje. Arqueé mis caderas provocando que su miembro me penetrase más hondo y me agarré a sus hombros, dándole permiso para que me penetrase con más fuerza.

Él no tardó en seguir mis instrucciones. Me penetró con fuerza, pero mi cuerpo estaba húmedo y preparado. No sentí ningún dolor, solo placer. Un placer que amenazaba como explotar con la fuerza de una bomba atómica.

Metió un dedo entre nosotros y me acarició el clítoris llevándome al borde del precipicio. Quería saltar porque sabía que lo que me esperaba abajo era maravilloso, lo más maravilloso que iba a sentir nunca. Me aferré a su trasero, instándole a que aumentase la velocidad. Lo hizo y el precipicio se derrumbó a mis pies. Caí durante varios segundos, entre gemidos y alaridos. Nunca había sentido algo tan abrumador y placentero.

Le escuché gruñir y jadear. Él también estaba a punto de alcanzar el clímax, pero cuando lo hizo, en vez de terminar sobre mi interior, se apartó.

Cerré mis ojos mientras trataba de recuperar la respiración. Sentí que Arthur pasaba un brazo debajo de mi cuello para atraerme a él y yo apoyé mi cabeza en su pecho.

—Podías haber terminado en mi interior —dije, abriendo los ojos.

—Ni la lujuria puede provocar que sea tan descuidado. No voy a dejarte embarazada. No te deshonraría de esa manera.

Ni siquiera había pensado en eso. Tomaba la píldora, pero no desde que había viajado, así

que podía haber sucedido.

—¿Y eso sería tan grave? Podríamos criarlo juntos. —No sabía de donde habían salido esas palabras. Antes de viajar en el tiempo ni siquiera me había planteado ser madre. Durante toda mi vida había huido de cualquier compromiso posible con una pareja. Sin embargo, en ese mismo instante, me di cuenta de que con Arthur era diferente. No me asustaba pensar en nosotros a largo plazo, tampoco me asustaba imaginarme embarazada de su bebé. Porque yo no sería como mi madre. Yo cuidaría a ese bebé por encima de todo. Nunca abandonaría a mi hijo.

Aunque algo dentro de mí me decía que Arthur tampoco me dejaría sola. Porque él tampoco era como mi padre. Por primera vez en mi vida, me imaginé formando una familia. Me imaginé formando una familia con Arthur.

—Señorita Robinson —Arthur se separó de mí, apartándome con suavidad. Se incorporó, sentándose sobre su chaqueta—, usted y yo —hizo una pausa, aunque yo ya sabía lo que iba a decir—, nunca funcionaría.

A pesar de que sus palabras eran ciertas, no pude evitar que cada una de ellas se sintiera como un puñal en mi corazón. Nuestra historia nunca podría ser posible, pero por razones muy diferentes a las que él creía.

—No pensaba igual hace un minuto —dije, levantándome para ponerme la ropa interior con rapidez y colocar bien mi vestido.

Él imitó mis acciones y se vistió.

—Es una mujer inteligente. No insulte mi inteligencia haciéndome ver que no me ha entendido.

—Le he entendido perfectamente. No me quiere como la madre de su hijo, pero sí como su amante esporádica.

Él suspiró pesadamente.

—No va a volver a suceder. En unos días, viajaremos a Londres. Espero encontrarle un prometido que sea de su agradado. Un hombre que la cuide y pueda darle lo que yo nunca podré darle.

—¿Y qué es eso que él podrá darme?

—Amor —dijo con un susurro.

Entonces, como si el cielo se hubiese abierto en dos, lo entendí.

—No quiere estar conmigo porque tiene miedo a enamorarse de mí. Y no quiere amar. ¿Se da cuenta de que puede sucederle lo mismo con su prometida? ¿Qué la puede conocer y caer rendido a sus pies? ¿Qué hará entonces? ¿Cancelar la boda?

En el instante en el que vi la expresión inescrutable que se formó en su rostro, supe que no iba a responder a ninguna de mis preguntas. Sus ojos eran como dos témpanos de hielo.

—A partir de este momento, seremos jefe y empleada. Cuando lleguemos a Londres, será mi tía quien se encargará de usted. —Hizo una pausa, esperando a que yo dijese algo, pero como no lo hice, me ofreció su brazo—. Permítame que le acompañe al interior.

—No será necesario —dije, rechazando su ayuda—. Dios no quiera que se vea obligado a pasar más tiempo conmigo.

Di unos pasos para dirigirme al camino, pero aún había algo que me había quedado por decir. Ladeé la cabeza para mirarle.

Él seguía quieto.

—Para ser un hombre con tanto poder, es usted un cobarde.

Me di la vuelta y continué mi camino sin volver a girarme. No iba a permitir que viese mis lágrimas.

Regresé al salón del baile con la ira dominando todo mi cuerpo, aunque a medida que me acercaba a la estancia, la furia no disminuyó, pero sí cambió de receptor: del duque a mí.

¿Qué demonios se había apoderado de mí para plantearme tener hijos con Arthur? ¿Qué pretendía? ¿Quedarme embarazada de él, casarme por la iglesia, ser una madre para Derek y cuando regresase a mi época dejarlos abandonados?

Porque, en algún momento, tenía que volver. No sabía cómo ni cuándo, pero regresaría a mi época, adonde yo pertenecía. No iba a quedarme allí eternamente.

Así todo, estaba enfadada con Arthur. Enfadada porque puede que fuera una lucha perdida, pero había tirado la espada al suelo antes siquiera de intentarlo. Y todo porque le atemorizaba llegar a sentir algo por mí. En cuanto se había dado cuenta de que estaba penetrando esos bloques de hielo que había construido a su alrededor para protegerse a sí mismo, me había echado de su vida. Como si eso fuera posible, como si fuera tan sencillo.

Inspiré con fuerza y limpié las lágrimas que caían por mis ojos con mis manos, recomponiéndome. Intentando dejar de lado lo que acababa de ocurrir en el riachuelo, busqué a Harvey por la estancia. Por el camino, había recogido su chaqueta e iba a devolvérsela, aunque eso solo era una excusa para hablar con él. Necesitaba que me hiciese un gran favor.

Pronto visualicé a Harvey entre todos los invitados: él estaba bailando en la pista de baile. Tuve que esperar cuatro bailes hasta que finalmente salió de la pista. Lo hizo junto a una joven, ataviada con un bonito vestido amarillo claro. La chica llevaba su cabello negro azabache recogido en un sofisticado peinado.

—¿Puedo hablar con usted? —le pregunté, a la vez que le entregaba la chaqueta.

—Señorita Robinson, es un placer volver a encontrarme con usted —dijo, esbozando una sonrisa cortés, aunque pude atisbar un brillo de preocupación en sus ojos oscuros—. Por supuesto. —Cogió la prenda que le tendía—. Sí me disculpa, señorita Liverwood. —Se giró hacia su acompañante para despedirse de ella con un beso en el dorso de la mano.

La joven asintió con una sonrisa, aunque cuando Harvey se dio la vuelta para fijar su atención en mí, me lanzó una mirada asesina. Me dirigí junto al vizconde a una esquina del salón junto a dos maceteros con flores altas. No había nadie más allí y los maceteros nos daban algo de intimidad.

Por el rabillo del ojo vi cómo Arthur había regresado al salón y hablaba con un hombre ataviado con un sombrero alto. Él no parecía haberme visto. Una parte de mí quería pedirle al vizconde salir al exterior para poner celoso a Arthur, pero lo rechacé con rapidez. La decisión que Arthur había tomado por los dos era lo mejor para mí, por mucho que no estuviese de acuerdo. Tenía que centrarme en encontrar la manera de regresar a casa. Aunque dolía, tenía que alejarme de él; dejarle hacer su vida sin mí. Era lo mejor. Lo mejor para los dos.

Por mucho que me intentase engañar a mí misma, no quería dejarle ir.

—¿LowCastle ha hecho o dicho algo que la haya perturbado? —me preguntó Harvey, provocando que dejase de prestarle atención al duque.

Harvey era demasiado perceptivo para mi propio bien.

—No, solo quería hablar conmigo sobre Derek.

—Es agradable que haya sido así, no desearía tener que retar a un duelo a mi mejor amigo para defender su honor.

Me reí. Harvey siempre lograba sacarme una sonrisa.

—No es necesario que pongas en peligro tu vida por mí, pero sí que necesito un favor.

—Vivo para servirla, señorita Robinson —bromeó, haciendo una reverencia. Aunque, cuando se incorporó, pude ver que sus facciones se habían endurecido.

Por suerte para mí, Harvey pudo ayudarme. Sin embargo, aún me quedaba un fleco pendiente.

Al día siguiente, en cuanto me encontré a Lydia por los pasillos, le pedí que viniese conmigo a mi habitación. Había dejado a Derek ocupado con unos ejercicios de álgebra. Y tampoco era como si fuese a demorarme mucho.

En cuanto entramos en la habitación, Lydia se puso tensa, la pierna le temblaba y movía el pie convulsivamente. Parecía asustada. Si me había quedado alguna duda de su mala intención, en ese momento, se disolvió.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, yendo al grano.

—No entiendo a que te refieres, Grace. —A pesar de su intención de negar lo evidente, su leve tartamudeo y la forma atropellada en la que salieron sus palabras, la delataron.

—Llámame señorita Robinson —la corregí—. Solo soy Grace para mis amigas y tú has demostrado ser una traidora.

Palideció y sus ojos brillaron con lágrimas. Por un instante, estuve a punto de consolarla, pero no lo hice. No cuando ella me la había jugado de una manera tan rastrera.

—Lo hice por su bien, aunque no lo crea.

—¿Por mí bien? —Una risa ahogada se escapó de mis labios—. Vas a tener que ser más explícita.

—Quería que su excelencia la mandase de regreso a su hogar. Pero fallé. Sigue siendo la niñera de Derek.

—Sí, fallaste —repetí con furia. A pesar de que nos conocíamos de muy poquito tiempo, siempre había visto a Lydia como una aliada, uno de mis mayores apoyos allí. ¿Cómo había sido capaz de hacerme algo así?—. Pensaba que éramos amigas. ¿Tanto me odias como para querer que desaparezca?

—Somos amigas, por eso lo hice. —Sacó el crucifijo que llevaba escondido debajo de la camisa y lo besó—. Usted tiene un gran corazón y no se da cuenta de que Derek es peligroso. Él no es de este mundo. Su vida corre peligro, él…

¿Ese era el motivo por el que Lydia me había engañado para hacerme creer que Arthur me había invitado a su fiesta de cumpleaños? ¿Por eso me había entregado el vestido de su mujer fallecida? Ella no deseaba que yo me marchara, tan solo quería que me alejara de Derek porque seguía empeñada en que ese pobre niño era maléfico.

Y darme cuenta de que aquello me rompió el corazón. Porque prefería mil veces que la única motivación de Lydia hubiera sido una enemistad hacia mí. Bastante mal lo había pasado Derek a su corta edad como para tener que continuar sufriendo el hostigamiento de los de su alrededor.

—Suficiente —la interrumpí. No iba a permitir que siguiese diciendo esa sarta de tonterías tan dañinas—. El duque me contó lo que sucedió con el profesor de equitación. Fue un ataque al corazón. Y tú y el resto sois unos ignorantes al creer las mentiras de un hombre trastornado como el sacerdote Murray.

Sin embargo, mis palabras no hicieron que Lydia entrara en razón. Nada de lo que yo le dijera iba a hacer que cambiara de opinión y, por esa razón, la decisión que había tomado era lo mejor para todos.

— Él aterrorizó a Landon. —Bufé cuando nombró el incidente con el hijo mimado de la marquesa. Aquello había sido un malentendido propiciado por el histerismo de aquella mujer insoportable—. Tú… usted —se corrigió—, vio como…

—No digas una palabra más —la detuve, no queriendo seguir escuchándola—. No te lo mereces, pero voy a hacerte un favor. Mañana mismo vas a irte de esta casa y no tendrás que volver a ver a Derek. Es más, espero que no te vuelvas a acercar ni a él ni a mí.

—Señorita Robinson, necesito el dinero. Mi…

—¿Acaso tú te paraste a pensar las consecuencias para mí si su excelencia me expulsaba de su casa?

Lydia tragó saliva.

—Solo quería ayudarla —sollozó.

Lo peor era que, posiblemente, ella creía que me ayudaba alejándome de Derek. Si en el siglo XXI aún había personas susceptibles a tragarse cualquier tontería conspiracionista que un iluminado soltase por las redes sociales, no quería imaginarme en esa época, donde una criada como Lydia, probablemente no tenía apenas estudios.

—Lo sé —dije al fin, dándole un poco de paz—. Sé que a pesar de tus acciones tus intenciones eran buenas, pero no puedes seguir trabajando aquí. No por mi, por Derek. Él no tiene la culpa de tu ignorancia. —Lydia arrugó el ceño en desacuerdo, pero no replicó—. Puedes estar tranquila, he hablado con el vizconde de Linley y da la casualidad de que un matrimonio invitado a la fiesta que ha pernoctado en su casa necesitan una sirvienta. Ellos te están esperando.

—¿Un matrimonio?

—El conde y la condesa de… —intenté recordar sin éxito sus nombres—. No lo recuerdo, pero el vizconde me ha asegurado de que no te faltará trabajo y que te tratarán bien.

—No creo que…

—No te estoy ofreciendo una opción, Lydia. Si no aceptas, le contaré a su excelencia toda la verdad y él no va a ser tan bondadoso como yo. Puedes estar tranquila, el vizconde piensa que necesitas un cambio de aires y que yo te he echado una mano. Le diremos lo mismo a su excelencia. Nadie sabrá que me engañaste.

Lydia se mantuvo en silencio, sopesando sus opciones. Esperaba que aceptase, porque no sabía si iba a ser capaz de llevar mi amenaza a cabo. Si se lo contaba a Arthur, él tomaría represalias, y a pesar de lo que había hecho, no me perdonaría a mí misma dejando a Lydia sin empleo o sin asegurarme de que fuese a una casa en la que tendría unas buenas condiciones.

—Gracias —dijo, al cabo de unos segundos—. Recogeré mis pertenencias. —Se dio la vuelta para dirigirse a la puerta. Giró el pomo de la puerta, pero antes de abrirlo, me miró por encima del hombro—. Rezaré por usted y por su alma.

Capítulo 20

Acabábamos de comenzar el viaje y ya quería tirarme del carruaje en marcha. Derek iba tranquilo, sentado en el asiento frente a mí. Denisse, la doncella que nos acompañaba, iba sentada junto a mí, contemplando por la ventana para evitar mirar al pequeño. Estaba segura de que prefería comer sapos antes de estar allí atrapada, durante, según me habían dicho, tres días, con Derek.

Tenía la sensación de que yo tampoco era de su agrado, ya que, en todo el tiempo que llevaba allí, apenas me la había cruzado. Algo que no era extraño, debido a que había visto palacios más pequeños que esa mansión. Pero, desde que nos habíamos montado en el carruaje, se había limitado a responder a mis preguntas con un asentimiento de cabeza, y si intentaba comenzar una conversación, me quitaba la mirada.

Tampoco ayudaba el traqueteo incómodo de las ruedas contra el suelo empedrado, ni que Arthur se hubiese marchado dos días antes sin ni siquiera despedirse.

Él había sido fiel a su palabra y me había evitado desde su fiesta de cumpleaños. Aunque no habíamos vuelto a hablar, y las pocas veces que lo había visto había sido a lo lejos, el saber que se encontraba en la misma casa me agradaba. Y esa era la única razón por la que viajar a Londres no me resultaba tan desquiciante.

A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, saber que íbamos a estar bajo el mismo techo me tranquilizaba. Derek y él eran la única razón por la que no perdía los nervios. Mantenerlos a ellos con vida y cambiar la historia se había convertido en mi única razón de vivir. Esa e intentar regresar a mi época. Aunque esto segundo cada vez me resultaba menos atrayente, tan loco como pudiese sonar. Yo pertenecía al siglo XXI, pero me sentía más viva, más real, en el siglo XIX.

Llevábamos poco más de dos horas de viaje cuando entramos en un pequeño pueblo y nos detuvimos frente a una posada. Era pronto por la mañana, el día estaba oscuro y el cielo amenazaba tormenta, por lo que desde la ventana del carruaje no podía verse con mucha claridad. Así todo, sentía que ese pueblo tenía algo especial, y esa posada me resultaba familiar, a pesar de que nunca había estado allí. Pensé que el cochero nos abriría la puerta para que pudiésemos descender del carruaje, sin embargo, no solo no lo hizo, sino que ni él mismo se bajó. Una mujer con un paquete en su mano salió de la posada. Había algo en ella que llamó mi atención de inmediato, por lo que pegué mi cara al cristal.

La mujer iba ataviada con una falda gris y una camisa blanca. Llevaba su cabello recogido en un moño y su constitución fornida le daba un aire de fortaleza muy necesario para las mujeres trabajadoras de su época. Al principio, me pareció una mujer de mediana edad, pero mientras hablaba con el cochero, su voz se filtró por las rendijas de las puertas y sonaba juvenil. Aunque no fue hasta que ella se despidió del cochero y giró la cabeza para mirar por el cristal hacia el interior del carruaje cuando fui consciente de que era una mujer joven, a principio de sus treinta. No obstante, eso no fue lo que provocó que emitiese un pequeño grito, sino el hecho de que la reconocí: yo la había visto en un retrato.

Cómo no me había dado cuenta antes. El pueblo en el que me encontraba era Sutterland y esa mujer era un antepasado de Margot. La posada, con los años, se había transformado en un hotelito rústico, pero la esencia seguía allí. Intenté acordarme del nombre de la mujer. Margot me lo había dicho, pero no lograba recordarlo.

Los ojos de la joven se fijaron en los míos. Su ceño se arrugó y ella me observó fijamente, como si fuera familiar para ella. Las dos nos miramos a través del cristal. Ella no dijo nada, ni tampoco hizo ningún amago de acercarse a mí, y yo, me mantuve inmóvil, sin saber cómo actuar.

Una niña con dos coletas y de una edad parecida a la de Derek, salió de la posada. Junto a ella, iba un hombre.

—Audrey. —El hombre se acercó a la mujer a la vez que la niña gritaba mamá.

Audrey Borson, esa era el nombre que Margot me había dicho.

La mujer apartó la mirada de mí al tiempo que el carruaje comenzó su marcha. Entonces, recuperé la habilidad de pensar y de hablar. Grité al cochero para que se detuviese, pero este no me escuchó, ni me hizo caso.

Así todo, no me di por vencida. Quité el pestillo e intenté abrir la puerta del carruaje, pero estaba cerrada por fuera, posiblemente por si algún niño o alguien con poco sentido de supervivencia como yo intentaba abrirlo.

Tenía que bajar y hablar con Audrey. ¡Qué estúpida había sido! ¿Cómo no se me había pasado por la cabeza ir al pueblo en busca de Audrey? Ni siquiera me había vuelto a acordar de ese cuadro, ni de que Margot me había dicho que la posada pertenecía a su familia desde tiempos inmemorables.

Llevaba semanas buscando pistas y la más importante ya me la había traído de casa. ¿Cómo no lo había pensado antes? Aunque la respuesta era sencilla y tenía un nombre y apellido: Arthur Spinster. El duque de LowCastle había consumido todos mis pensamientos.

Volví a pedirle al cochero que se detuviese, pero lo único que logré fue que Denisse arrugase la nariz y me mirase como si me hubiera vuelto loca. Derek se inclinó hacia delante y colocó una mano en mi rodilla. Era la primera vez que me tocaba y eso provocó que me congelase y cesase en mis intentos de salir del vehículo.

Un sentimiento que identifiqué como temor centelleó en sus preciosos ojos azules que había heredado de su padre. No lo entendí hasta que escuché su pregunta.

—¿Quieres irte? —me preguntó, a la vez que se enderezaba y dejaba de tocarme.

—Claro que no, cariño —me apresuré a aclararle, sintiéndome mal porque hubiera malinterpretado mis acciones. Instintivamente, llevé mi mano hasta la rodilla, justo donde había estado la suya un segundo antes—. Solo quería hablar con la posadera un momento. No iba a permitir que te fueses a Londres sin mí.

Él asintió y noté cómo su pequeño cuerpo se relajaba. Inmediatamente después, dejó de mirarme para centrar su atención de nuevo al exterior.

Entonces, me di cuenta de que ya nos habíamos alejado de la posada. Denisse había cerrado los ojos y fingía que dormía. Iba a ser un viaje muy largo hasta Londres.

Suspiré pesadamente. Había desperdiciado una oportunidad importante de encontrar la manera de regresar. Aunque una parte de mí se alegraba de que el cochero no hubiese parado. Aún no estaba preparada para regresar a mi tiempo.

Una parte de mí quería saber que me esperaba en Londres. Esa parte aventurera que nunca había conocido su existencia quería disfrutar de la temporada en Londres. A fin de cuentas, ¿cuántas veces en la vida se viaja en el tiempo?

En mi época no había estado en Londres más que en el aeropuerto y en la estación de tren. Bueno, y en el trayecto en el taxi. Pero no habíamos entrado al centro. Y la preocupación por mi hermana tampoco me había permitido que me deleitase con los paisajes. Sí que había visto imágenes de la ciudad en Internet, en películas y libros. Evidentemente, no tenía nada que ver con lo que estaba viendo en ese momento. No había coches, ni autobuses, ni metro. Tampoco

edificios altos, aunque lo cierto era que el encanto y alboroto de una gran ciudad era algo que ya estaba presente en ese siglo.

—¿Te gusta Londres? —le pregunté a Derek.

Como de costumbre, este encogió de hombros mientras seguía mirando por la ventana del carruaje.

—¿Cuál es tu lugar favorito de la ciudad?

Él giró la cabeza para mirarme.

—Es la primera vez que vengo.

No me esperaba esa respuesta. Por alguna razón, había dado por hecho que Derek venía con su padre a menudo. Aunque tampoco sabía el tiempo que pasaba Arthur en la ciudad. Me di cuenta de que conocía parte de los sentimientos más profundos del duque, pero poco de su día a día. Ni siquiera sabía cuáles eran sus negocios, ni qué era lo que hacía cuando venía a Londres.

Así todo, sentía que lo conocía de toda la vida. Lo sentía de esa forma porque Arthur se había abierto a mí, me había enseñado esa parte de su alma, esa que solo reservas para las personas más importantes en tu vida. En ese momento, me di cuenta de que no me había rendido, de que la parte más irracional de mi cerebro seguía buscando la manera de que entre Arthur y yo surgiese algo. Porque esa parte irracional, esa que se dejaba llevar solo por el corazón, pensaba que, tal vez, yo sí estaba destinada a amar y a que me amasen.

—Yo también —le dije—. Es algo bueno, porque así podemos conocer la ciudad juntos. Nos lo vamos a pasar muy bien.

Derek asintió. Aunque no sonrió, sus ojos brillaban con emoción.

Denisse no emitió ninguna palabra, tal como había hecho la mayor parte del viaje. Ni siquiera había querido compartir habitación con nosotros en las posadas que habíamos pernoctado, prefiriendo dormir en los establos.

Por lo menos, ella no discriminaba a Derek, nos discriminaba a los dos. Aunque tampoco era como si hubiese mantenido alguna conversación con el cochero durante la multitud de paradas. Así que, igual, ella era así de desagradable con todo el mundo.

—Estamos llegando a Mayfair —anunció el cochero.

No tardé en reconocer ese nombre. Si no recordaba mal, Mayfair era el barrio donde los Bridgerton tenían su casa. No debería haberme extrañado que fuese el lugar de Londres donde estuviese situada la casa del duque.

Las majestuosas mansiones comenzaron a aparecer en mi zona de visión. A cada una más grande y sofisticada. Las personas que paseaban por la calle estaban elegantemente vestidas. Se notaba que era un barrio adinerado, donde posiblemente tenían casas las personas de la alta sociedad.

No me sorprendió que la vivienda de Arthur fuese una de las más grandes y elegantes. Después de haber pasado varias semanas en su mansión en Sutterland, me había quedado claro de que el duque nadaba en dinero. No solo por las edificaciones, que posiblemente había heredado junto al ducado, sino a la cantidad de muebles lujosos y a la cantidad de empleados.

La mansión no era tan grande como su casa de campo, pero ocupaba gran parte de una de las calles de Mayfair. El carruaje se adentró en el camino de entrada y yo me moví, incómoda, en el asiento. A pesar de que era bastante confortable, no estaba acostumbrada a tantas horas seguidas de viaje. Ya estaban tardando en inventar el avión.

Derek debía encontrarse en la misma situación que yo, porque en cuanto el cochero le abrió la puerta, saltó del carruaje sin esperar a que le diese permiso. El pequeño observaba a su alrededor con interés, pero no a la edificación de piedra, sino al jardín, cuidadosamente cuidado.

—Seguro que en la parte trasera hay un jardín privado más grande en el que podemos pasar el rato.

Derek se encogió de hombros. El aire de la ciudad no le había vuelto más hablador.

—Debemos ir por la puerta de servicio —dijo Denisse.

—Por supuesto que no —me negué—. Derek es el hijo del duque, entraremos por la principal.

—Lord Derek es solo un niño, debe entrar por la puerta de servicio junto a su niñera —insistió Denisse, pero yo volví a negarme.

Le hice un gesto a Derek para que me siguiese y nos dirigimos hacia la puerta principal, que estaba franqueada por dos columnas jónicas. Denisse no nos siguió, pero no podía importarme menos.

Me daba igual si era una costumbre de esa época. Derek y yo entraríamos por la puerta principal. Levanté la mirada hacia arriba antes de comenzar a subir las escaleras mirando las ventanas alargadas, preguntándome si detrás de alguna de ellas se encontraría Arthur.

Subí las escaleras de piedra, aunque antes de poder tocar la puerta de madera maciza, un mayordomo la abrió.

—Lord Derek —el hombre pasó su mirada de Derek a mí—, lady Robinson —me sorprendió que supiera quién era, aunque imaginaba que todos los empleados habían sido avisados de nuestra llegada—, bienvenidos.

—Gracias —agradecí con una sonrisa cortés a la vez que cruzaba el umbral.

Derek me siguió y ambos nos quedamos quietos en el *hall* de la entrada. Los techos altos daban una sensación de amplitud y elegancia. La luz natural iluminaba la estancia a través de un impresionante tragaluz sobre la escalera central por la que bajaba una mujer de mediana edad, ataviada con un sencillo vestido gris hasta los tobillos de manga larga. Era unos pocos centímetros más alta que yo y tenía unos bonitos ojos verdes. Unas pocas pecas espolvoreaban su tez pálida, dándole un aire más juvenil.

—Usted debe ser la señorita Robinson —me saludó con una sonrisa—. Soy Rachel, la nueva niñera de lord Derek. —A pesar de hablar sobre Derek, no lo saludó, ni tampoco se molestó en dirigirle una sola mirada. Me pregunté si las habladurías del padre Murray habrían llegado hasta Londres.

—La niñera de Derek soy yo —la corregí, ya que debía tratarse de un error.

Ella frunció el ceño, confundida.

—Discúlpeme, señorita Robinson, pero me han ordenado llevar a lord Derek a la habitación infantil mientras usted…

—¿Quién le ha ordenado tal cosa?

—Yo —respondió una voz masculina que conocía muy bien. Arthur iba ataviado con una camisa de lino blanco con mangas largas y puños abotonados. Sobre la camisa, llevaba un chaleco de seda en un tono verde oscuro. Los pantalones de corte recto caían con elegancia sobre sus botas de cuero negro de caña baja. Vamos, su atuendo de estar por casa.

Un hombre de mi época, a mediodía, en su hogar, iría en chándal; como mucho, en vaqueros. Siempre había pensado que los hombres que vestían de manera informal me gustaban más; ¡qué equivocada había estado! Puede que el duque fuese muy emperifollado, y su vestimenta, aunque fuese lo último en su época, para mí era anticuada, pero ¡válgame Dios! Estaba guapísimo.

Había descubierto que los hombres elegantes y con porte aristocrático eran los que me atraían de verdad. O, tal vez, era solo ese aristócrata en particular.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—Porque su labor como niñera ha terminado —me contestó con su soberbia habitual—. Ahora, debe prepararse para la temporada. Mi tía está esperándola en el salón. —Su tono de voz gélido e indiferente, como si apenas nos conociésemos. De hecho, su mirada ni siquiera se detuvo en mí más de un segundo.

—Puedo prepararme para la temporada y seguir cuidando de Derek.

—Confíe en mí, no puede —replicó Arthur con una medio sonrisa irónica.

Por supuesto que podía. Porque no tenía ninguna intención de encontrar esposo, así que podía compaginarlo a la perfección con el cuidado de Derek. Sin embargo, decidí guardarme ese pensamiento para mí misma, ya que expresarlo en voz alta solo me traería problemas con Arthur.

—Explíqueme las razones —exigí, poniendo mis brazos en jarras, en actitud combativa.

Rachel nos miraba a los dos como si estuviese asistiendo a un partido de tenis. ¿Ya se jugaba a tenis en esa época? Derek observaba a su padre, con su cuello estirado.

Arthur se dio cuenta y estiró el brazo para revolverle el pelo a modo de saludo. Como siempre que su padre le tocaba, Derek se lo permitió, pero, esta vez, a diferencia de las otras, por la forma en la que su ceño se arrugó levemente, no parecía feliz.

—No quiero ser grosero con usted, pero no está preparada para presentarse en sociedad. No sabe cómo comportarse, necesita un vestuario nuevo, aprender a bailar…

—Sé bailar —me quejé, más para que dejase de enumerar todas mis carencias que porque no tuviese razón.

Arthur me dio una sonrisa arrogante.

—La vi bailar con el Harvey en la fiesta de mi cumpleaños.

—¿Cree que bailo mal? ¿No le parece poco caballeroso criticar la forma de bailar de una dama?

—Está malinterpretando mis palabras adrede —dijo, con un tono de exasperación que no se me pasó desapercibido.

Ciertamente, lo estaba haciendo. Aunque bailar no era lo mío, podía arreglármelas en una discoteca sin llamar la atención o, por lo menos, a las dos de la mañana, cuando el resto de personas que se encontraban allí ya se han bebido hasta el agua de los floreros. Sin embargo, en bailes de salón era nula.

—Tal vez es usted el que no se está explicando adecuadamente.

—¿Sabe bailar un vals, la cuadrilla, la polka? —preguntó Arthur. No, no tenía la menor idea, pero mi orgullo no me permitió reconocerlo—. ¿El galope, la galota? —continuó.

—Esos últimos se los ha inventado —Hice un mohín, como si fuese una niña pequeña enfurruñada.

—Por supuesto que no lo he hecho —me aseguró, entornando sus ojos—. Y eso demuestra mi teoría —añadió con suficiencia—. Necesita clases de baile, entre otras muchas cosas. Rachel cuidará de Derek mientras usted se prepara adecuadamente para presentarse en sociedad.

Asentí a regañadientes. Si quería continuar con mi papel allí mientras averiguaba cómo regresar a mi época y encontrar a mi hermana, necesitaba fingir que iba a ser presentada en sociedad. Eso era lo que iba a hacer la verdadera Grace Robinson.

Miré a Derek con tristeza. Este seguía teniendo sus ojos fijos en su padre. No me gustaba tener que separarme de Derek. Sabía que lo conocía desde hace poco tiempo, pero ya lo quería como si fuese mi hijo. En realidad, lo quería como si lo hubiese conocido toda la vida, como si Derek hubiese estado destinado a ser mi hijo. Aunque no podía explicar la conexión que sentía con él, tenía la sensación que era parecida a la de una madre cuando da a luz después de llevar a

su bebé nueve meses dentro.

—Rachel, lleva a mi hijo a la habitación infantil y asegúrate de que le suben el almuerzo, debe estar hambriento —dijo Arthur, dando nuestra conversación por terminada.

—Ya he comido —respondió Derek.

Arthur giró la cabeza para mirar a su hijo.

—Hemos parado en una posada para realizar un almuerzo temprano —confirmé.

—Está bien. Sube a descansar, los viajes son agotadores —le dijo a su hijo, pero este negó con la cabeza.

No me molesté en recordarle a Arthur que Derek no dormía la siesta por muy cansado que estuviese. Ese niño seguía sus rutinas a rajatabla.

—¿Por qué no subes con Rachel a leer? —propuse.

—No he traído mis libros.

—Estoy segura de que Rachel te puede conseguir otros.

—Vamos a la biblioteca a que elijas uno —intervino Rachel con un tono de voz alegre, mientras le ofrecía la mano.

Derek miró la mano de la nueva niñera como si se tratase de un artefacto radiactivo. Ya se daría cuenta de que el niño no aceptaba el contacto físico. Rachel bajó la mano con una sonrisa amable en sus labios. Parecía paciente, muy diferente a los empleados de Arthur en la casa de campo.

—Derek, ve con Rachel —ordenó Arthur al ver que su hijo no se movía.

—No, quiero quedarme con Grace.

—La tía Meredith está esperando a Grace en la sala rosa. Tú debes ir con Rachel.

—He dicho que no —replicó, poniendo cruzando sus brazos delante de su pecho.

Parpadeé fruto de la sorpresa, incluso Arthur enarcó una ceja. Derek nunca expresaba con tanta claridad sus pensamientos y, desde luego, no se enfrentaba a su padre. No sabía si reñirle o sentirme orgullosa de él. Qué diablos, me sentía orgullosa y feliz porque con sus palabras él estaba demostrando su aprecio hacia mí.

O, tal vez, yo le había convertido en un caprichoso que se enfadaba cuando no se realizaban sus deseos. Si eso era así, lo había logrado en tiempo récord. Aunque no me avergonzaba, al contrario, Derek era un niño y una rabieta de vez en cuando era normal.

Pero, como yo era la adulta tenía que portarme como tal y chocarle los cinco como deseaba, no era lo adecuado. Sobre todo, porque el rostro de Arthur era como el cielo antes de la tormenta, pero su enfado no estaba dirigido a su hijo, sino a mí.

Intentando mediar, me puse de cuclillas delante de Derek para estar a su altura.

—Cariño, ¿si te prometo que a la noche iré a leerte un cuento irás con Rachel?

—No hemos traído *Los viajes de Gulliver* —respondió con un gesto inexpresivo.

Ese era el libro que siempre leíamos juntos. Nuestro favorito.

—Hay otra copia en la biblioteca —dijo Arthur, dando un paso hacia nosotros.

—Tiene que ser la mía.

—Derek, es suficiente. —El tono de voz de Arthur era severo y no daba lugar a discusión —. Ve con Grace, no lo voy a volver a repetir —ordenó, perdiendo la paciencia.

Entrecerré los ojos. Ese hombre perdía la paciencia con nada.

—Entonces, leeremos otro libro —propuse con voz suave, llamando la atención del niño. Derek arrugó la nariz y fue a abrir la boca para replicar, pero yo se lo impedí con mis palabras—: En la casa de campo leemos *Los viajas de Gulliver*, mientras que en la casa de la ciudad, leeremos otro libro.

Aquel argumento debió de convencer a Derek, porque tras unos segundos de reflexión, asintió con la cabeza.

Sin despedirse, se giró y comenzó a andar, subiendo las escaleras. Rachel subió detrás de él. La escuché decirle palabras de ánimo que cayeron en saco roto, porque Derek no la estaba haciendo caso, pero me alegraron. El niño estaba en buenas manos, aunque pasaría a verlo en cuanto pudiese.

Me levanté de un salto y Arthur carraspeó.

—Mi tía está esperando —me recordó.

—Espere—le dije cuando él dio un paso provocando que se detuviese—. No le felicité por su cumpleaños.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—Estuvo en mi fiesta.

—Sí, pero no le felicité ni le hice un regalo.

Arthur tragó saliva.

—Sí, sí que me lo hizo —dijo y la que tragué saliva fui yo.

—Arthur, sé que cree que está haciendo lo mejor alejándose de mí, y tal vez tenga razón, pero…

—Señorita Robinson, olvidemos el pasado. —A pesar de sus palabras, sus ojos brillaban con una emoción que no pude reconocer, y sus labios se fruncieron demostrando que no quería olvidarlo o no podía—. Céntrese en encontrar un marido que haga feliz a su padre.

—¿Y no uno que me haga feliz a mí?

Él no respondió. Comenzó a andar por el pasillo y yo le seguí.

Capítulo 21

Arthur se detuvo frente a una puerta doble batiente y la abrió, apartándose para que yo entrase delante de él. Lo primero que me llamó la atención de la estancia fue que las paredes estaban forradas con una suave tela rosa pálido que daban nombre al salón. Por las largas ventanas estrechas decoradas con cortinas de seda de color marfil entraba la luz que se complementaba con la de la chimenea de mármol blanco que estaba encendida y desprendía un calor reconfortarle.

La tía del duque se encontraba sentada en un canapé de madera con tonos dorados y el respaldo tapizado con terciopelo rojo que resaltaba la belleza del mueble. A su lado, una pequeña mesita de mármol blanco donde descansaba una tetera y una taza de té.

—Señorita Robinson, le presento a mi tía, la marquesa de Mondeley —nos presentó Arthur, al tiempo que hacía una reverencia.

La mujer se levantó. Iba ataviada con un vestido de seda de color marfil. El vestido estaba decorado con encaje de bolillos y un delicado patrón de hojas y flores que se extendía por todo el corpiño y las mangas largas que caían con gracia sobre sus muñecas.

Tanto su vestido como su porte regio eran sinónimos de elegancia y poder. Su cuello descubierto estaba decorado con un collar de perlas que centelleaba con cada paso que daba, evidenciando que era muy caro.

En su mano derecha sujetaba una especie de gafas, pero con mango en vez de con patillas. Aunque era la primera vez que veía esas gafas raras en persona, las había visto en alguna película.

—Señorita Robinson, mi sobrino ya me ha advertido que es usted americana —lo dijo como si serlo fuese un delito o una desgracia—. Solo tenemos dos semanas para prepararla adecuadamente. Siempre me han gustado los retos, aunque he de decir que este es el reto más complicado al que me he enfrentado nunca. ¿De dónde ha sacado ese vestido tan horrendo? —Se puso sus gafas raras para poder mirarme de arriba abajo—. LowCastle, ¿no me has dicho que el padre de la señorita era un hombre muy rico? ¿Por qué razón permitiría que su hija vistiese como una pordiosera?

Abrí los ojos, sorprendida por los insultos de aquella mujer.

—Tía, se me olvidó mencionarle que la señorita Robinson fue atracada y le robaron todo su equipaje. Por suerte, la ropa de la anterior niñera de Derek le servía.

—¿Suerte? —preguntó ella con indignación—. Ha debido ser degradante para usted verse obligada a vestir con estos harapos. —Iba a contestarle que estaba equivocada, pero ella no me lo permitió, ya que siguió hablando—. No se preocupe, podemos conseguirle todo lo que necesita. Mi modista estará encantada de hacerle todos los vestidos que quiera.

—Con un vestido será suficiente —dije, tratando de controlar mi temperamento, porque sabía que no lograría nada enfrentándome a ella—. Dos a lo sumo si tengo que acudir a varias fiestas —añadí al ver la cara de horror de la mujer. Hasta su cabello blanco, recogido en un perfecto moño, se erizó. Incluso se le cayeron al suelo las gafas por el susto que mis palabras le había provocado.

Arthur se las recogió velozmente.

—Tía, sus impertinentes —le dijo, entregándoselos.

Eso, impertinentes. Ya sabía yo que tenían un nombre.

—Necesita de todo —continuó—. Un traje de mañana, uno de tarde, otro de noche. Ropa para ir a cabalgar, vestidos de gala, vestidos de tarde, vestidos para estar en casa, vestidos para estar en casa cuando recibe a sus pretendientes… —Ella siguió hablando, pero yo desconecté.

—No hay posibilidad de que asista a ninguna fiesta. Me voy a pasar el resto de semanas en la modista —murmuré en un tono tan bajo, que apenas yo misma oí mis propias palabras. Sin embargo, por la forma en la que los labios de Arthur se curvaron en una disimulada sonrisa, supe que él también me había escuchado.

—Niña, ¿me está prestando atención? —me preguntó la marquesa de Mondeley, arrugando su ceño.

—Sí —mentí, aclarando mi garganta—. Discúlpeme, marquesa.

La mujer negó con la cabeza.

—Estaba diciéndole que lo más importante es el vestido que llevará para la presentación en la corte. La reina Charlotte es muy estricta sobre el tipo de vestimenta que se debe llevar en su sala de recibo. Debe llevar un vestido con falda ancha, con miriñaque y un peto; de encaje y seda. Y una cola de mínimo un metro y medio. A no ser que se comprometa antes con un miembro de la aristocracia, que entonces, depende de su posición social, la cola sería más larga.

—Ella no se va a comprometer antes, tía —le aclaró Arthur con una expresión seria. A pesar de que se mostraba aparentemente tranquilo, pude notar que apretaba ligeramente la mandíbula y los músculos de sus hombros se tensaban.

—Eso espero —la marquesa exhaló un suspiro y se llevó una mano a la frente, en un gesto teatral—, porque sería una vergüenza si la cola no es acorde con su posición social en ese momento. No quiero ni pensar el escándalo que supondría.

Sí. Todo un drama. Que Dios nos pillase confesados si la cola de mi vestido tenía un centímetro más de lo debido. Esa mujer se preocupaba por gilipolleces. O, por lo menos, esperaba que lo fuesen.

—¿Hay alguien midiendo la cola de las invitadas una a una? —pregunté.

La marquesa se colocó sus impertinentes en los ojos y me miró como si acabase de decir algo escandaloso.

—No sea descarada —me recriminó—. Guárdese sus comentarios para usted. No serán bien recibidos en la corte ni en los actos sociales a los que acudan, ni serán bien recibidos por mí.

Al parecer, la marquesa no tenía sentido del humor. Tenía dos opciones: o pelear con ella o aguantarme. Por el bien de mi estancia allí y de mi salud mental, opté por la segunda opción.

—Discúlpeme, marquesa.

—Está bien —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Pongámonos a ello. LowCastle —miró a Arthur, quien se había mantenido al margen—, necesitamos uno de tus carruajes.

—Por supuesto, tía. Mandaré que os preparen el carruaje.

Esa noche, cuando subí a la habitación infantil, estaba agotada. Cuando regresase a mi época no volvería a quejarme de que ir de compras era cansado y aburrido. Era una delicia comparado con lo que había sido hacerlo en el siglo XIX.

No es que la marquesa me hubiese dejado tener mucha opinión sobre el color, la tela o cualquier otro detalle, pero había tenido que estar quieta mientras me tomaban medidas y fingiendo atención mientras la marquesa y la modista hablaban y hablaban sobre mí como si fuese una figura inanimada.

No se me permitió seleccionar ningún tejido ni ningún complemento. Cada vez que lo intentaba, la marquesa lo desechaba con un ademán de la mano. Cansada de que cada detalle

terminase en una larga discusión que siempre perdía, terminé aceptando todo lo que la tía de Arthur elegía.

No me costó mucho tiempo darme cuenta de que la marquesa era de esas personas que estaban acostumbradas a salirse con la suya. No me extrañaba que su marido se hubiese quedado en su casa de campo y su hijo y su nuera embarazada junto a él.

En cuanto entré a la estancia, me di cuenta de que era completamente diferente a la habitación infantil de la casa de campo. Era más pequeña, pero también más personal. Era como si la de la casa de campo hubiese sido decorada para que durmiese cualquier niño que se encontrase allí, incluidos los hijos de los invitados, y la de la ciudad, para los hijos del duque. En este caso, Derek.

Las paredes estaban revestidas con un papel de tonos azul y blanco, decoradas con detalles en relieve que representaban animales y escenas de cuentos de hadas. En una esquina se encontraba una estantería de madera maciza que albergaba juguetes y varios cuentos de hadas ilustrados que sabía que Derek no leería. Sus gustos eran más adultos. El suelo estaba cubierto de una mullida alfombra de lana en tonos azules encima de la que descansaba un libro abierto que, posiblemente, Derek había estado leyendo.

El niño se encontraba en su cama tapado por sabanas de lino blanco. Sus ojos estaban cerrados y descansaba, aparentemente, tranquilo.

—Se ha quedado dormido hace más de una hora. No ha dormido la siesta y estaba agotado por el viaje —me susurró Rachel, que se encontraba sentada en una silla de madera cerca de la cama.

—¿No te vas a tu habitación? —le pregunté a la vez que me acercaba hasta la cama de Derek.

Como todas las noches, hice acopio de todo mi autocontrol para no darle un beso en la mejilla. Sin embargo, no lo hice, porque sabía que despierto no me lo permitiría y quería respetar sus deseos.

—Estaba asegurándome de que no se despierta. Aunque dejaré la puerta abierta por si me necesita. —Rachel señaló una puerta al lado de la estantería que estaba abierta.

Desde donde me encontraba, podía ver que se trataba de un pequeño cuarto con una pequeña cama.

—Derek no se despierta en toda la noche —aseguré.

Rachel movió su cabeza en un asentimiento como respuesta a mis palabras. Se levantó y ladeó la cabeza para mirar a Derek durante un instante. Una sonrisa genuina se dibujó en sus labios, muy diferente a la manera en la que todos los empleados le trataban en la casa de campo.

—Es un niño encantador —susurró.

—Lo es.

Tras despedirme de Rachel, me fui hacia mi dormitorio, que se encontraba al otro lado del pasillo. En la casa del campo mi habitación no estaba en la misma estancia que la del niño, pero sí enfrente. No me gustaba dormir tan alejada de Derek, pero Rachel parecía preocuparse por él, por lo que me permití a mí misma relajarme.

Abrí la puerta con la única intención de quitarme la ropa y acostarme. Estaba tan cansada que era la primera vez en días que ningún pensamiento sobre Arthur se paseaba por mi cabeza.

—Buenas noches, señorita Robinson. —Una voz masculina muy conocida para mí provocó que pegase un salto sobre mí misma.

—¡Por el amor de Dios, me ha pegado un susto de muerte! —me quejé, con la voz entrecortada y con una mano en el corazón que me latía con fuerza—. ¿Qué hace aquí?

El duque se encontraba apoyado contra la ventana, que a pesar de que las cortinas estaban descorridas, lo único que entraba era la oscuridad de la noche. Aunque la estancia estaba iluminada, gracias a la luz tenue de las velas que parpadeaban en los candelabros dorados que adornaban las paredes.

—¿Ha cenado? —inquirió, sin responder a mi pregunta. Señaló la pequeña mesa encima de la cual descansaba un plato con aperitivos.

—No. —La verdad era que estaba tan cansada que no me había apetecido pedirle la cena a una de las sirvientas, por lo que pensaba irme a la cama sin cenar. La boca se me hizo agua al ver los aperitivos, sobre todo los trozos cortados en triángulos de queso chédar, mi preferido—. Le agradezco que se haya tomado las molestias.

Arthur me hizo un gesto para que me sentase en la silla al lado de la mesa. No iba a hacerlo, pero mi estómago gruñó en protesta, así que me acerque para degustar la comida. Él se mantuvo en silencio mientras yo cenaba.

Después de beberme una copa de vino, el coraje líquido me impulsó a levantarme de la silla y enfrentarme a Arthur. Él seguía allí, quieto, sin decir ninguna palabra, solo observándome.

—¿Ha venido a mi habitación para verme cenar?

—Quería asegurarme de que se encuentra bien. Soy muy consciente de lo difícil que puede ser mi tía.

—Y así todo, me lanzó hacia ella —apostillé, cruzando mis brazos.

—Mi tía es una mujer implacable, pero también la mejor madrina que podría tener. No solo ha presentado a sus dos hijas, sino también a varias de las sobrinas de su marido. Todas ellas han hecho un matrimonio beneficioso.

Mi rostro se frunció en una mueca de dolor al escucharle. Parecía que estaba hablando del tiempo o de lo que íbamos a comer hoy, no sobre el ayudarme a conseguir un esposo. Con esa impasibilidad, esa frialdad, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si no le importara que me casara con otro hombre.

Aunque, tal vez, no lo hacía.

—¿Ah, sí? ¡Qué suerte la mía, entonces! —Sabía que lo mejor que podía hacer era pagarle con la misma indiferencia que él estaba teniendo conmigo, pero era imposible para mí, ya que yo, al contrario que él, tenía sangre en las venas—. ¿Quiere que aplauda con las orejas? O, mejor aún, ¿desea que se lo agradezca? Gracias, excelencia —ironicé, haciendo una reverencia.

Arthur entrecerró los ojos.

—No es necesario que se comporte de esa manera tan infantil, señorita Robinson.

—Discrepo, excelencia. Yo consideró que sí lo es —repliqué—. Y ahora, si es tan amable… —Le señalé la puerta de salida.

Sin embargo, Arthur no se movió ni un solo ápice. Él se limitó a observarme en silencio con una expresión en su rostro que no supe interpretar.

—Está enfadada conmigo.

—Es usted muy perspicaz, excelencia.

—No debo serlo tanto cuando no entiendo la razón. No tiene motivos, señorita Robinson.

—¡¿Que no tengo motivos?! —exploté, haciendo aspavientos con mis manos—. ¡¿De verdad lo cree o se está riendo de mí?! Si es una broma, le diré que es muy mal gusto, excelencia.

Arthur no se inmutó ante mi estallido de ira. Se pasó una mano por el cabello con cansancio y exhaló un largo suspiro, como si estuviese ante una niña pequeña que estaba teniendo una rabieta. Lo que hizo que mi furia aumentara.

—Le ruego baje el tono. Acabaremos llamando la atención de los sirvientes.

—Entiendo —dije con burla—. No quiere arriesgarse de que interrumpan en mi habitación y lo encuentren aquí. No vaya a ser que piensen que estamos acostándonos. Aunque, no estarían tan errados. Márchese antes de que su reputación se vea ensuciada. —Me di la vuelta para acercarme hasta la puerta y abrirla yo misma, pero cuando estaba a punto de girar el pomo, él apoyó su mano sobre la mía, impidiéndomelo.

—No es mi reputación la que me importa.

—Cierto, es la mía la que le importa.

—Debería, pero está visto que no lo hace —Tiró de mi mano hacia arriba con la suya, apartándola del pomo—. No puedo quitármela de la cabeza, señorita Robinson —reconoció en un susurro—. Llevo todo el día preocupado por usted.

Mordí mi labio inferior, furiosa. Porque ahora tenía la desfachatez de declararse. Después de haberme echado de su vida y de tratarme como una extraña durante días. Aparté mi mano de la suya y me di la vuelta, dispuesta a enfrentarme a él. Sin embargo, cuando vi el anhelo en sus ojos y la expresión de su rostro, mi ira se desvaneció. Él parecía devastado.

—Soy más que capaz de lidiar con su tía —dije con un suspiro—. Le agradezco la preocupación, pero no es necesaria.

Sintiéndose más confiado, Arthur dio un paso hacia mí y estiró su mano para acariciar con uno de sus dedos mi mejilla. Debería haberlo alejado, pero era tan débil, que no lo hice. ¿Qué tenía ese hombre?

—Tenía razón en lo que me dijo en la fiesta de mi cumpleaños. Tengo sentimientos hacia usted que no sé definir. Es la primera vez que me pasa, pero no soy un cobarde, señorita Robinson, soy el duque de LowCastle. Y, en estos momentos, debo dar prioridad al título antes que la persona.

Aquellas palabras fueron como un balde agua fría. Fueron el golpe de realidad que necesitaba. Retrocedí un paso, deshaciéndome de su contacto.

—Y yo no soy la persona idónea para el puesto de duquesa.

Arthur negó con la cabeza.

—Sería la duquesa perfecta. Pero ser la duquesa de LowCastle implica sacrificios. Debo ser duque por encima de hombre en muchas ocasiones. Debe ser así si quiero que Derek tenga un futuro prometedor. Si quiero que todas las personas que trabajan para mí conserven su trabajo. No quiero que usted se vea en la misma tesitura. No quiero que tenga que elegir entre ser Grace o duquesa.

—Pero no le importa que su prometida se vea en esa tesitura.

En esta ocasión, Arthur no replicó mis palabras.

—Mi prometida es una mujer educada para ello. Por eso la elegí. En cambio, usted es una mujer con un espíritu libre. El ducado rompería su esencia.

Aquello tan solo eran excusas. Arthur no me creía lo suficientemente sofisticada, no consideraba que era lo suficientemente buena como para ser su esposa; la duquesa de LowCastle. No debería importarme, porque aquello no era ni siquiera una opción para mí. Sin embargo, el darme cuenta de ello, hizo que algo se rompiera dentro de mí. Fue como si me clavara un puñal en el corazón y lo retorciera una y otra vez sin piedad.

Mis ojos se humedecieron, pero retuve las lágrimas que amenazaban con derramarse de ellos, porque no pensaba darle el placer de verme llorar por él.

—Déjame que lo entienda —dije con la voz estrangulada—, va a ayudar a mi padre a casarme con un hombre con título que romperá mi esencia, pero ¿eso si es de su agrado?

—Un hombre con título y pobre. El dinero de la dote os dará ambos una buena vida y a usted una posición de respeto en la sociedad. Nadie esperará nada de usted. Puede comportarse tal y como es.

¿Qué narices significaba eso? No entendía las normas de la alta sociedad de mi época como para entender las del siglo XIX.

—Comprendo. —No, no comprendía nada—. Imagino que estará ansioso de deshacerme de mí para no tener que preocuparse por mí. Puede estar tranquilo, pronto desapareceré de su vista. Y ahora, si me disculpa, me gustaría acostarme.

Como respuesta, él rodeó mi cintura con su fuerte brazo, acercándome a él.

—No tiene la menor idea lo atrayente que es cuando se enfada. Es una mujer malvada, milady. Muy malvada.

Y a pesar de que tenía que haberlo apartado de mí, de un empujón, no lo hice.

—¿Soy malvada? —pregunté en su lugar.

Arthur sonrió.

—Una víbora, milady. Sé que su mordisco es letal, y, aun así, no puedo evitar acercarme a usted.

—No correré ningún riesgo, excelencia. Me he dejado el veneno en casa.

—No lo creo. Así todo, me arriesgaré.

Antes de que pudiera responderle, unió su boca a la mía. Incapaz de rechazarlo, entreabrí los labios junto a los dientes y él aprovechó para meter su lengua explorando la superficie con su lengua, con una mano me sujeto por la nuca y mientras seguía agarrando mi cintura. Estaba atrapada entre sus brazos.

No quería romper el beso, aunque sabía que era lo correcto. Dejé que la pasión me arrastrase, alargando un momento que no volvería a repetirse. Como siempre que nos besábamos, el mundo desaparecía a nuestro alrededor. Era como estar flotando en el aire.

Aunque, esta vez, mientras nuestras lenguas danzaban una canción que estaba comenzando a ser conocida para los dos, entendí que lo que estaba haciendo estaba mal. Aquel era un beso prohibido, al igual que todos los encuentros que habíamos tenido. No estaba bien.

Estaba interfiriendo en la vida del duque, una vida en la que no me quedaría. Sus palabras habían sido dolorosas, pero lo cierto era que yo jamás podría ser la duquesa de LowCastle, porque acabaría regresando a mi época, donde yo verdaderamente pertenecía.

Rompí el beso y me moví entre los brazos Arthur, provocando que él me soltase. Él escrutó mi rostro y abrió la boca para decir algo, pero no se lo permití.

—Tiene razón, excelencia, yo nunca podría ser su duquesa. Será mejor que no vuelva a entrar en mi habitación sin permiso. Ni me bese.

—Grace —me llamó por mi nombre, algo que en muy pocas veces hacía, estirando la mano hacia mi mejilla, pero yo me alejé para que no pudiese tocarme. Si lo hacía, volvería a derretirme en sus brazos—. Pocas veces me equivoco, pero al alejarte de mí lo estoy haciendo.

—Tal vez nos estemos equivocando los dos, excelencia —dije con un lenguaje formal para mantener unas distancias que me costaban toda mi fuerza—. Es lo correcto. Y como usted me dijo, a veces lo correcto es lo más difícil de hacer, pero debe hacerse.

Arthur inspiró con fuerza y me dio una sonrisa triste.

—Usted hace que quiera ser Arthur Spinster todo el tiempo.

Cerré los ojos un segundo. Los volví a abrir cuando tuve las fuerzas suficientes para responder lo correcto, no lo que mi corazón anhelaba.

—Y por eso es mejor que nos alejemos el uno del otro. Debe ser el duque de LowCastle,

mucha gente depende de ello.

Si lo que en esas semanas había aprendido del amor me servía para algo, había sido para saber que juntos podríamos solucionarlo. Juntos encontraríamos una manera de que Arthur pudiese ser duque y persona y de que no me consumiera como duquesa, porque el amor tiene ese poder.

Pero no había nacido en ese siglo, esa no era mi época, y Arthur no estaba destinado para mí. Mi única función era evitar su muerte y la de Derek. Y después, permitirles que tuviesen su propia vida.

Era algo que había sabido desde el principio. Algo que provocaba que viviese en un estado de confusión. A pesar de ello, me había dejado llevar por mis sentimientos. Porque el amor no se puede controlar. Sin embargo, yo tenía que hacerlo.

Amaba a Arthur, y por eso mantendría las distancias con él.

—Nunca he aspirado a entender a las mujeres, pero he cometido el error de creer que la conocía a usted, porque hubiese jurado que la idea de ser mi duquesa no le parecía aterradora.

—Y no me lo parece, pero no soy la mujer idónea para el puesto.

La expresión de Arthur cambió; sus facciones se endurecieron. Él parecía herido.

—¿Por qué no?

—Esta conversación es absurda —farfullé—. Hace unos minutos era usted él que no veía como su duquesa y cuando acepto sus palabras, me lo discute.

—Tiene usted la habilidad de hacer que contesta a una pregunta sin hacerlo, pero conmigo no le va a servir.

Suspiré.

—Porque me he enamorado de usted. —Las palabras salieron de mi boca antes de poder controlarlas. Lejos de sentirme mal por ello, sentí que el alivio se extendía por mi pecho, lo que me hizo continuar—. Y tal vez usted también se está enamorando de mí. —Él no lo negó, pero tampoco lo confirmó—. Y lo más importante, amo con todo mi corazón a Derek. Nada más me gustaría más que quedarme y criarlo, pero no estoy segura de poder aguantar la presión, y no quiero que el amor me obligue a quedarme en un lugar en el que no siento que pertenezca. No quiero sentirme atrapada, sentir que el amor hacia usted es lo único que me retiene. —Aunque pudiese quedarme en ese siglo XIX, no podía hacerlo por amor. Yo no sería como mi madre, no abandonaría quién soy por un hombre—. Y, quizá, aunque quiera, no pueda quedarme. —Deseaba ser sincera con él, pero no podía contarle toda la verdad. De todas maneras, tampoco me creería si lo hiciera—. Derek sufriría y nunca haría daño a ese niño. Jamás.

Arthur me miró. Durante unos instantes que me parecieron eternos, el silencio reinó entre nosotros.

—Tiene razón, señorita Robinson. Por un instante, me he dejado llevar por mi egoísmo. Soy duque y padre por encima de todo. Gracias a usted, no volveré a olvidarlo. —Antes de que pudiera responderle, se dio la vuelta y se marchó de la habitación. El sonido de la puerta golpeando el marco con fuerza hizo que pegara un pequeño brinco.

Todos los huesos de mi piel me exigían que fuese detrás de él, que arreglase las cosas. Pero no podía hacerlo, no cuando las palabras que habían salido de mi boca habían dado voz a mis pensamientos más ocultos.

Mi historia con Arthur Spinster era imposible. Tenía que renunciar a él, por mucho que desease hacer lo contrario.

Capítulo 22

La puerta de mi habitación se abrió de golpe. Derek entró, y sin mediar palabra, se sentó encima de la cama. La doncella que estaba ayudándome a vestirme para estar perfecta para presentarme ante la reina, miró al niño de reojo, pero no hizo ningún comentario.

En la semana que llevábamos en Londres, Derek se escapaba continuamente de su niñera. Para no querer jugar al escondite ni al pilla-pilla, era increíblemente bueno en ambos juegos. Aunque no podía enfadarme con él cuando la mayoría de las veces venía en mi busca.

La pobre Rachel tenía toda mi simpatía. La mujer había comenzado el trabajo con la mayor de las disposiciones y con una sonrisa. Sonrisa que había ido perdiendo mientras corría desesperada por la mansión en busca del pequeño.

—Derek, ¿dónde está Rachel? —le pregunté, provocando que el niño se encogiese de hombros—. Cariño, no puedes huir de tu niñera. Si no quieres estar en un lugar y prefieres estar en otro, díselo —le dije por enésima vez esa semana.

Como respuesta, volvió a encogerse de hombros.

Suspiré, resignada.

—No se mueva, milady —me riñó la doncella—. Se le van a soltar las plumas.

Entre ella y otra doncella me habían recogido el pelo en un elegante moño adornado por flores frescas y plumas.

La tía de Arthur había resultado tener un buen gusto y su modista ser una artista, ya que el vestido que llevaba puesto era una obra de arte, al igual que incómodo. El tono azul cielo resaltaba mi tez pálida, y el corpiño ajustado realzaba mi figura. El escote cuadrado estaba decorado con encaje que se extendía por las mangas largas. Unas pequeñas flores de encaje adornaban el escote y los puños. La falda del vestido caía en cascada desde la cintura en pliegues suaves y fluidos, llegando al suelo con elegancia.

Era de ese tipo de vestidos que en mi época veías en los museos. Prendas cuyo precio era incalculable. Tal vez, podía regresar con este vestido puesto a mi época. Me solucionaría la vida.

Aun bromeando, la tristeza me embargó ante el pensamiento de irme. Y no solo por separarme de Arthur y Derek, sino porque, poco a poco, iba sintiéndome más a gusto en un siglo que no era el mío. Incluso, contra todo pronóstico, estaba emocionada por presentarme ante la reina. Era una de esas experiencias que estaba segura, que recordaría toda la vida.

Aunque lo que no me había gustado tanto habían sido las horas aprendiendo el protocolo. No solo para la presentación, sino para las fiestas a las que debía acudir después. Un profesor de baile me había enseñado los pasos básicos para no hacer el más tremendo ridículo. Y la marquesa me había obligado a aprenderme el apellido y nombre de los aristócratas más influyentes y respetados. Al igual que la etiqueta de los bailes de gala o de los bailes de caridad o cualquier otra fiesta. También a que caballero debería aceptarle un baile y a quién no.

No me acordaba de la mitad de los nombres, por no decir ni de un cuarto. En honor a la verdad, tampoco le había puesto mucho interés. Lo que sí había intentado aprender eran los diferentes tipos de reverencias. Porque, al parecer, no eran todas iguales. Depende el rango, la edad y el sexo de la persona saludada. Incluso había una reverencia que era exclusiva para la reina y otra diferente para el rey. Era una completa locura.

La puerta se abrió y un sirviente apareció en el umbral.

—Señorita Robinson, la están esperando.

—¿Te importa acompañar a Derek a la habitación infantil? —le pregunté a la doncella.

Esta asintió a la vez que le ofrecía una sonrisa al niño. Allí, en la ciudad, los sirvientes eran amables con Derek y ninguno se ocultaba de él o le tenían miedo. Aunque sí que había notado que todos guardaban las distancias con él, pero, seguramente, solo lo hacían por respetar su espacio personal. Había temido que Denisse contase alguno de los ridículos rumores que corrían por la casa de campo. Afortunadamente, no había sido así. Ella se había marchado de regreso a Sutterland, ya que su única función había sido acompañarnos en el viaje.

—Me quedo contigo, Grace —dijo Derek con rotundidad.

La determinación del pequeño me hizo sonreír. Sin embargo, por mucho que me resultase gracioso, no podía permitírselo si no quería que se convirtiese en un caprichoso.

—No puedes, Derek. Debes regresar a la habitación infantil. Yo tengo un evento importante al que acudir. Voy a ser presentada en sociedad.

Él me miro y asintió como si hubiese entendido a la perfección a lo que me refería. Como era costumbre en él, sin esperar a la doncella y sin mediar palabra, se levantó de un salto de la cama y salió por la puerta.

No recordaba haber estado más nerviosa en toda mi vida. Mientras esperaba detrás de las puertas de madera tallada en el palacio real, sentía como si el corazón fuese a salirme del pecho. La marquesa hablaba con las otras madrinas animadamente. Ella estaba tranquila, como si solo se tratase un trámite más que había hecho miles de veces antes. Seguramente, así era para ella.

En cambio, las debutantes estábamos histerias. En las demás jóvenes se podía entender, ya que posiblemente era el momento más importante de su vida. El momento por el que llevaban años preparándose y el que ansiaban desde que tenían uso de razón. Sin embargo, en mí no tenía ningún tipo de sentido.

Poco a poco, las jóvenes iban siendo llamadas a la sala de recibo de la reina. Cada vez éramos menos.

—Creo que se me ha olvidado todo lo que he aprendido en los últimos años —me dijo una chica rubia, varios años más joven que yo. Iba ataviada con un sofisticado vestido rosa claro y una cola infinita—. Voy a hacer el mayor de los ridículos.

—Si es así, espero que la llamen antes que a mí. Así mi torpeza pasará desapercibida.

Ella soltó una carcajada. Cuando su madrina le lanzó una mirada furibunda, se mordió el labio inferior para contener la risa.

—Ya he cometido un fallo. Una dama no debe reírse de manera sonora —me susurró

—¿Y cómo debe reírse? ¿Para dentro? —pregunté, en un tono de voz bajo, sin querer llamar la atención.

La joven me miró con diversión.

—Con los ojos.

—¿Y cómo se ríe una con los ojos?

Ella batió las pestañas repetidamente. Y después, abrió mucho los ojos, provocando que yo me riese a carcajadas, logrando que la marquesa me reprendiese.

—Compórtate —le dijo su madrina a la joven, una mujer fornida con el cabello negro.

—Discúlpame, tía —le respondió ella con voz cándida.

Observé más detenidamente a la joven que se encontraba a mi lado. Con sus rasgos finos, sus pómulos altos y sus labios carnosos, era una mujer muy atractiva. Era unos cuantos centímetros más alta que yo. Si no fuese porque en esa época no era viable, podría ser modelo.

—Soy Eve Bedford —se presentó, curvando sus labios en una gran sonrisa.

Aquel nombre era familiar para mí. No tarde ni un segundo en darme cuenta dónde lo había escuchado antes.

—Es la prometida del duque de LowCastle. —Aunque lo hice sonar como una pregunta, era una afirmación. —Ella asintió. No parecía especialmente emocionada. ¿Cuántas posibilidades había que de todas las chicas debutantes, la prometida de Arthur debutase el mismo día que yo, y encima fuese la única amable?—. Soy Grace Robinson, la tía de tu prometido es mi madrina y me hospedo en su casa.

—Es la americana. He oído hablar de usted.

—¿Hablan de mí?

—Es nueva en Londres y americana. Por supuesto que las mujeres chismosas hablan de usted. Pero no se aflija, pronto alguna dama o caballero hará algo indecoroso y usted dejará de ser tema de conversación. Es posible que ya hayas dejado de serlo. —Se acercó a mi oreja como si fuese a contarme un secreto—. Esta mañana, lady Darwenn paseaba a su perro y este ha visto un gato callejero. Ha echado a correr, llevándose a lady Darwenn con él. La pobre mujer se ha caído encima de un charco.

Tuve que ponerme la mano delante de la boca para no echarme a reír.

—¿Y el perro ha cogido al gato? —bromeé.

—No, el gato ha logrado escapar, pero el perro también. Los sirvientes de lady Darwenn lo están buscando. Pero se rumorea que, en realidad, ha sido todo una estratagema del perro para escapar al dominio de mujer. El gato le ha ayudado. Posiblemente, ahora estén juntos, celebrando su libertad.

—¿Y alguien se ha creído eso?

Ella hizo una mueca.

—Esas son las historias que más se escuchan en las salas de recibo de Londres. Las historias que tienen una base de realidad, pero son aumentadas hasta el extremo por las mentes aburridas y fantasiosas de los miembros de la nobleza.

Esa joven no era en nada parecido a lo que me habría imaginado. Había pensado que sería una joven aburrida que aceptaba su destino, incluso lo abrazaba. Pero Eve era una joven llena de vida, risueña y encantadora que, entre broma y broma, dejaba clara su repulsa a la sociedad a la que pertenecía. Además de hermosa. Y eso hizo que sintiera una pequeña punzada de celos en mi estómago.

—Entonces, procuraré no hacer nada escandaloso.

—O, por lo menos, que nadie sea testigo de ello —me dijo, con una mirada cómplice—. ¿Cómo es él?

—¿Cómo es quién? —pregunté, confundida.

—Mi prometido. No me lo han presentado aún.

No pude responderle, porque un sirviente la llamó y Eve se despidió de mí para después entrar en la sala.

Fui la última en ser llamada. Un sirviente con una peluca empolvada nos llevó a la tía de Arthur y a mí hacia la majestuosa sala de recepción de la reina. La sala estaba decorada con lujosos tapices, candelabros brillantes y una alfombra que parecía infinita. Al final de la sala, en un trono dorado, estaba la figura imponente de la reina Charlotte. Lo primero que me llamó la atención era que no era negra.

Aunque pronto caí en la cuenta de que tenía esa imagen de ella en la cabeza debido a la serie de *Los Bridgerton*. Por supuesto que la verdadera Charlotte era de tez blanca. Tenía que empezar a dejar de comparar todo lo que veía a mi alrededor con la bendita serie.

Había algunas cosas en la que sí se parecían. Como que a ambos lados del pasillo se concentrasen un grupo de personas. Ellos vestidos con frac y ellas con lujosos vestidos. Uno de los hombres llamó mi atención.

Arthur se encontraba allí. Él no había venido con nosotras en el carruaje, ni había salido a despedirse de mí. Pero estaba allí, en la sala de recibo, viendo a las debutantes. Una sonrisa se iluminó en mi cara hasta que fui consciente de que él no estaba allí por mí, sino por su prometida. La cual, por lo que había escuchado, le había dado una buena impresión a la reina.

Era con Eve con quien Arthur estaba destinado a estar, no conmigo. Así era como debía ser.

Uno de los sirvientes carraspeó cuando me quedé quieta a mitad del pasillo. Continué andando hasta detenerme en el lugar en el que me indicó el sirviente.

—Majestad —dijo la tía de Arthur, que estaba a mi lado, haciendole una reverencia a la reina que imite—. Le presento a la señorita Robinson.

—Acércate —me pidió la reina.

Tragué saliva para controlar mis nervios. ¿Si hacía algo que la molestase me mandaría a la guillotina? Estaba exagerando, pero nunca había estado en presencia de una reina.

La sala se enmudeció mientras yo avanzaba hacia el trono. La marquesa se quedó detrás de mí.

La reina me observaba sin perder detalle de mis movimientos. Estiré la espalda, tal y como la marquesa me había enseñado. Di pasos cortos pero decididos. La reina parecía complacida. Ella iba vestida con un vestido de satén azul adornado con diamantes y perlas. Su corona centelleaba bajo la luz de las velas y sus ojos expresaban el inmenso poder que poseía.

—Bienvenida a mi palacio, señorita Robinson. —Su voz era segura, pero su tono bajo—. Aunque no es una jovencita —dijo como si fuese una anciana con 24 años, aunque comparada con el resto de debutantes podía parecerlo—. Cualquiera de mis súbditos estará encantado de desposarte. No he podido evitar darme cuenta de que eres americana.

—Así es, majestad.

—Espero que tu estancia en Londres sea larga. Te doy la bienvenida a nuestra corte.

La conversación fue corta, pero la tía de Arthur ya me había advertido que lo más probable era que no me dirigiera ninguna palabra, y si lo hacía, que me limitase a contestar a sus preguntas.

Con otra reverencia, me despedí. Me di la vuelta, pero la boca abierta y los ojos como platos de mi madrina y los murmullos de los presentes, me hicieron recordar que no podía irme dándole la espalda a la reina. Volví a girarme y comencé a andar hacia atrás, tal y como había ensayado varias veces, rezando mentalmente para no enredarme con el vestido y caerme de culo al suelo.

Cuando ya me encontraba fuera de la vista de la reina, me giré y salí por las puertas.

Al final, lo había hecho bastante bien.

—Ha sido un completo y absoluto desastre —me riñó la marquesa en cuanto subimos al carruaje.

—Yo creo que no ha estado tan mal. Me he despistado y me he girado, pero lo he remendado con rapidez. Por lo demás, no he cometido más errores.

Ella lanzó un sonoro bufido.

—La reina le ha ofrecido su mano para despedirse y no se la ha besado.

¿En serio? Ni me había fijado.

—¿Está segura? —pregunté—. Quizá no ha visto bien.

—¿Me está poniendo en duda? —La marquesa parecía ofendida—. ¿También va a poner en

duda que durante la reverencia, en vez de mantener la mirada en el suelo, ha mirado a los ojos a la reina?

—No, eso no lo niego —reconocí, alzando mis hombros—, pero solo en la reverencia de despedida. Ella me estaba mirando, me ha parecido de mala educación quitar la mirada.

Una carcajada rebotó en el interior del carruaje.

—¡Mocoso insolente! ¡Ten respeto!

—Le pido mil disculpas, tía. —La voz de Arthur hizo que centrara mi atención en él. Este se encontraba sentado frente a mí, y a pesar de la expresión inescrutable de su rostro, lo conocía lo suficiente para saber que no lo sentía en absoluto.

Arthur había montado en el carruaje junto a nosotras en cuanto habíamos salido del palacio, sin dar ninguna explicación. No era como si tuviese que hacerlo, ya que el carruaje era suyo.

—Mirar al suelo es un signo de sumisión y respeto —me dijo la marquesa, empeñada en continuar sermoneándome—. Al no hacerlo, te has mostrado irrespetuosa.

—Tía —intervino Arthur antes de que yo hablase—, su majestad no parecía molesta. Ella mejor que nadie es conocedora de lo difícil que es nuestro protocolo para los extranjeros.

—No es excusa.

—La señorita Robinson ha tenido solo una semana para prepararse y lo ha hecho mejor que otras de las debutantes que se han preparado durante años —me defendió Arthur.

A pesar de que continuaba con la barbilla alzada y los labios apretados en una fina línea, los ojos de la marquesa brillaron con orgullo.

—Eso ha sido porque he tenido a la mejor madrina —dije—. Me ha preparado en solo una semana. Todo el mérito es de usted.

La marquesa miró de su sobrino a mí, poco segura de si agradecernos él halago o de si reñirnos por unirnos para intentar manipularla. Al final, optó por no hacer ni lo uno ni lo otro. Giró la cabeza y miró por el cristal de la ventana.

Arthur me guiñó un ojo en complicidad y yo negué con la cabeza. Él ya no parecía estar enfadado conmigo.

—Su prometida es una mujer muy bella y agradable. —Las palabras salieron de manera inesperada de mis labios. No supe por qué saqué el tema. Quizá porque era una forma de devolverme a la realidad y recordar que ese hombre con el que estaba compartiendo miradas cómplices no era para mí. O, tal vez, solamente era masoquista y disfrutaba torturándome a mí misma—. ¿Ha tenido el placer de hablar con ella?

Todo atisbo de humor se esfumó del rostro de Arthur en cuanto me escuchó. Sin embargo, se mantuvo impasible, manteniendo la compostura.

—Su padre me la ha presentado tras su presentación con la reina —comentó—. Tiene razón, es una dama educada y agradable. —A pesar de que su tono de voz era calmado, detrás de él, se escondía un desafío y una provocación que pude entrever.

—Será una buena esposa para usted. Y una buena madre para Derek. —Pronunciar aquellas palabras me quemó por dentro. Lo hizo porque eran ciertas.

Apenas había conocido a Eve, pero no podía pensar en una mejor esposa para Arthur. Ella parecía noble y tenía la personalidad suficiente como para no dejarse llevar por lo que los demás dijeran y para defender a Derek ante todos aquellos que intentasen tratarle mal. A Eve, al igual que a mí, no le gustaban las injusticias.

—Lady Bedford es una joven educada y elegante —intervino la marquesa, de quien me había olvidado por completo—. LowCastle, deberías pedir una licencia especial y casarte con ella cuanto antes.

Arthur carraspeó y cruzó sus piernas.

—Tía —a pesar de que se estaba dirigiendo a la marquesa, su mirada estaba fija en mí—, su padre le prometió a su difunta esposa que Eve disfrutaría de una temporada en Londres o por lo menos parte, soltera.

—Lo cual es un sinsentido cuando ya está prometida. Está arriesgando mucho, LowCastle. A pesar de su compromiso, todos los solteros de Londres intentarán cortejarla.

—No estoy preocupado, tía.

—Debería —insistió la marquesa—. Es el mejor partido para esa joven, pero todo Londres sabe que su padre siente debilidad por ella. Puede convencerlo para que rompa el compromiso a favor de otro joven con título.

—Si es el deseo de lady Bedford casarse con otro hombre, no le obligaré a cumplir el contrato que su padre firmó por ella.

Durante toda la conversación, la mirada de Arthur no se desvió de la mía ni durante un instante. Como si aquellas palabras, en vez de ir para su tía, fueran para mí.

La marquesa se colocó los impertinentes en los ojos.

—¿Qué le ha sucedido, LowCastle? No le tenía por un sentimental.

Esta vez, Arthur miró a su tía.

—Y no lo soy —respondió en voz neutra—. Soy un hombre práctico. No deseo a mi lado a una mujer que quiera estar con otro hombre. Y, sobre todo, no quiero como madre de Derek a una mujer que pueda llegar a odiarlo por sentirse atrapada.

Inspiré profundamente al escuchar su ataque. Porque puede que hubiese ladeado la cabeza hacia su tía, pero ese reproche iba hacia mí. No era necesario que me nombrase para saberlo.

—Yo nunca odiaría a Derek —musité, tan bajito que apenas me oí a mí misma.

La marquesa dirigió su mirada y sus impertinentes hacia mí. Me evaluó durante un interminable minuto. No dijo nada con la boca, pero sus ojos lo decían todo. Giró la cabeza para mirar a su sobrino y suspiró.

—Los jóvenes sois impredecibles y alocados. LowCastle, siempre ha sido inteligente, espero que siga siéndolo. No me gustaría que nuestro apellido sea el origen de cotilleos malintencionados ni que las salas de recibo bullan de indignación ante un escándalo en el que mi sobrino sea el protagonista.

—No hemos compartido nunca apellido, tía. Mi padre era hijo único —respondió Arthur sin inmutarse.

—No sea impertinente, mocoso. Mi pobre hermana debe estar retorciéndose en su tumba viendo cómo me falta el respeto.

—Discúlpeme, tía, no era mi intención —se disculpó, aunque era más que evidente que sí lo había sido.

Su tía emitió un sonoro bufido. Después, dando la conversación por terminada, centró su atención en la ventana.

Yo imité sus acciones, ya que no me apetecía que Arthur se diese cuenta de que sus palabras me habían afectado. Él estaba sentado frente a mí y podía sentir su mirada fija en mí.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión, la marquesa se apresuró a salir con la ayuda de un sirviente.

—Ha sido de mal gusto que insinúe que odiaría a Derek. Jamás lo haría —dije cuando nos quedamos a solas en el carruaje.

—Lo sé —respondió, demostrando que solo quería provocarme—. Respeto y comparto su decisión. Es lo mejor para todos.

Lo era. Ambos estábamos de acuerdo, aunque fruto del deseo ambos, habíamos dudado. Y ambos necesitamos saber que el otro, aunque hacía lo correcto, no era lo que deseaba. Por eso él me había provocado.

El sirviente se encontraba con la puerta abierta esperando a que saliese y yo no podía demorarlo más, pero no deseaba bajarme. Atesoraba cualquier instante que pasaba a solas con Arthur.

Me moví con dificultad en el asiento, ya que el vestido no era fácil de mover. Comencé a bajar las escaleras con ayuda del sirviente y de un mozo que se había acercado a ayudar.

—Está preciosa —susurro Arthur detrás de mí—. Aunque no es un gran mérito, ya que usted lo está hasta con harapos.

Giré la cabeza para mirarle a los ojos.

—Hace que sea difícil hacer lo correcto.

—Lo correcto no es siempre lo que uno desea hacer.

—Pero es lo que se debe hacer.

Él asintió. Aunque yo hubiese deseado que no lo hiciese.

Bajé del carruaje sintiendo su mirada quemando mi piel. Nunca había odiado tanto no ser un poco más egoísta y no preocuparme por las consecuencias como en ese momento.

Capítulo 23

Tres días después acudí a mi primer baile como invitada. Se celebraba en la casa de la duquesa de Ermory y, por lo visto, era uno de los eventos más importantes de la temporada.

La gran sala de baile estaba adornada con luces parpadeantes de candelabros dorados que colgaban del techo alto y decorado con elaborados moldes de yeso. La luz tintineante de las velas creaba un ambiente cálido y acogedor.

Los invitados, elegantemente vestidos, conversaban en grupos. Algunos caballeros se acercaban a las damas para pedirles un baile. A la entrada me habían entregado una tarjeta de baile decorada con adornos elegantes. La tarjeta contenía una lista de los bailes programados para esa noche y una cuadrícula vacía al lado para que el caballero al que le aceptabas su petición de bailar contigo apuntase su nombre.

El minué, que era el primer baile con el que se había abierto la fiesta, se lo había concedido a un joven; un tercer hijo varón de un vizconde. La tía de Arthur había entrecerrado los ojos y farfullado que no debía bailar con él, pero no le había hecho el menor caso.

Para ser americana y ser mi primera temporada, los caballeros habían sido amables conmigo, llenando prácticamente mi tarjeta de baile. La mayor parte de ellos no cumplían los estándares de mi madrina, pero como no pensaba casarme, me traía sin cuidado.

El segundo baile, la polka, lo estaba bailando con el hijo mayor de los anfitriones. Lord Alfred Raymond, el marqués de Ristood y futuro duque de Ermory.

Mi madrina me había advertido que me excusase con él si me pedía un baile, algo que ella consideraba imposible, ya que era un rico heredero y las posibilidades de que se casase con una americana eran imposibles.

Evidentemente, no lo había hecho y había resultado ser una decisión acertada, puesto que había resultado ser un hombre encantador. Iba ataviado con un frac y era un bailarín espléndido.

—¿Quiere que la acompañe a por un aperitivo? —me preguntó cuando el baile terminó.

—Si fuese tan amable.

Alfred me ofreció su brazo para que enhebrase el mío. Me llevó hasta la mesa de banquetes, que estaba repleta de una abundante cantidad de manjares exquisitos: pasteles de carne, frutas exóticas, pasteles de crema, y una variedad de vinos finos y caros.

—Sus padres son muy buenos anfitriones —le alagué mientras le daba un pequeño mordisco a un pastel de crema.

Estaba hambrienta, un efecto secundario de la menstruación. La ley de Murphy había provocado que mi amiga mensual apareciese justo el día anterior.

—Mi madre respira solo para este día. Su fiesta es una de las más aclamadas de la temporada. Incluso, hace dos años, la reina acudió.

—Estará orgulloso de su madre.

Él sonrió. Era unos años mayor que yo; posiblemente, se encontraba a mediados de sus treinta. No especialmente guapo, pero muy atractivo.

—Por lo general, sí. Pero esta temporada he decidido que ya va siendo hora de sentar la cabeza y cumplir con mi deber generacional. Ella se lo ha tomado al pie de la letra y ha invitado a todas las jovencitas de buena cuna casaderas.

—Supongo que su madre quiere ofrecerle posibilidades.

—El problema es que las exigencias de mi madre no son las mías. Ella quiere que mi futura

esposa sea muy joven y de buena familia. Tengo treinta y cuatro años, no deseo casarme con una joven de dieciocho, que podría ser mi hija, y cuyo único tema de conversación sea lo feliz que está con su vestido nuevo.

—La verdad es que es un tema de conversación bastante escaso. Y más, si tiene que bailar con ellas. Cada baile es eterno. Tengo los pies destrozados.

Me quité uno de los zapatos con ayuda del otro pie y lo levanté para masajeármelo. Os juro que a la señora que estaba a mi lado casi se le salen los ojos de sus órbitas.

Volví a colocarme el zapato al darme cuenta de que, en una época donde mostrar el tobillo ya era escandaloso, imagínate masajearte el pie en medio de un salón de baile, donde están reunidos miembros de la aristocracia.

—Discúlpeme, lord Alfred —me disculpé, aunque el hombre no parecía ni horrorizado ni enfadado, más bien, sorprendido.

—No se disculpe, milady. Las damas deberían ser más como usted —cuando arrugué el ceño, sin entender si aquellas palabras eran un alago o una crítica, añadió: —espontáneas.

Sonreí con simpatía.

—Eso no se lo discuto, pero prometí a mi madrina pasar desapercibida y he fallado estrepitosamente de nuevo —dije, señalando hacia un pequeño grupo de mujeres que me observaban con la desaprobación dibujada en sus rostros.

—Su madrina no debería hacerle prometer algo imposible. Usted solo, con su presencia, ya no pasa desapercibida.

¿Él estaba coqueteando conmigo? No estaba segura, ya que vivía en una época en la que los hombres no eran tan sutiles como en el siglo XIX. Quizá tan solo estaba siendo amable.

—Si no quiero que a mi madrina le dé un ataque al corazón, voy a tener que esforzarme más.

Por el rabillo del ojo vi cómo la anfitriona se dirigía hacia nosotros. Probablemente, para alejar a su hijo de mí. Él también la vio. Suspiró a la vez que agarraba mi mano y me daba un beso en el dorso.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Robinson.

—El placer ha sido mío, milord.

Alfred se alejó, interceptando a su madre a mitad de camino. Le estaba agradecida porque me había evitado una situación incómoda con su progenitora.

Como no quería montar otro escándalo, aproveché que me encontraba sola para dirigirme al baño para cambiarme. Estaba agradecida conmigo misma por haber tomado la decisión de guardar unos cuantos tampones para momentos comprometidos. Una fiesta de la alta sociedad era uno de ellos.

Salí de la sala y me dirigí hacia el pasillo, que se encontraba prácticamente vacío. Estaba tan sumida en mis pensamientos que me choqué contra alguien. El ridículo se me cayó al suelo, provocando que todo el contenido de su interior se desparramase por la alfombra.

—Tenga cuidado por donde va —se quejó un hombre mayor, con una barriga prominente.

—Discúlpeme.

El hombre farfulló unas palabras ininteligible en las que probablemente se acordaba de todos mis ancestros. Y después, se marchó sin despedirse, el muy mal educado.

Me agaché y recogí el tampón del suelo junto a un pañuelo de lino blanco y mi cartilla de baile. Lo guardé con rapidez en el retículo y entré en el baño.

Cuando regresé al salón, la música se había detenido y la pista improvisada de baile estaba vacía. Me encontraba en medio del primer descanso. Algunos de los caballeros habían

aprovechado para dirigirse a otra sala, donde por lo que me había contado mi madrina, realizaban ocupaciones de hombres. Posiblemente, fumar o jugar a algún juego de cartas.

—¿Todos los bailes de la temporada son así de aburridos? —me preguntó una voz que me resultaba vagamente familiar.

Levanté la cabeza para encontrarme a Eve Bedford, la prometida del duque, mirándome con una sonrisa. Iba ataviada con un bonito vestido de noche azul.

—No lo sé, es la primera vez que acudo —respondí con honestidad—. ¿No ha bailado?

—Sí —dijo—, hasta he bailado uno junto a mi prometido —añadió con apatía, no pareciendo muy entusiasmada.

La mención de Arthur hizo que mi estómago se revolviera. Con disimulo, miré a mi alrededor, pero no lo vi por ninguna parte.

—¿Él se encuentra en el baile? —pregunté con fingido desinterés.

Él no había acudido junto a su tía y junto a mí. La marquesa me había asegurado que su sobrino evitaba los bailes a toda costa.

—Ha bailado conmigo y se ha marchado. —Eve hizo una mueca—. Él me ha mostrado su frialdad habitual. Pero, parecía enfadado por algo.

El cual era el estado natural del duque. Aunque Arthur me había demostrado que, detrás de esa imagen de aristócrata frío, se escondía un hombre pasional. Un hombre gentil y bondadoso, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de proteger a los suyos.

—No es nada personal contra usted, él…

—Llámeme Eve —me pidió, interrumpiéndome.

—Si tú me llamas Grace a mí.

Ella me sonrió a la vez que asentí.

—No me lo he tomado como algo personal. Mi padre también es un aristócrata frío, incluso mi hermano lo es. Solo que…

Eve se quedó en silencio, poco segura de si debía ser sincera conmigo.

—Puedes decirme lo que quieras. Te prometo que no se lo contaré a nadie —le dije a la vez que movía los dedos a mis labios y dibujaba una cremallera.

—Apenas te conozco, pero ya siento que puedo confiar en ti. —Sus palabras parecían genuinas—. Eres diferente al resto de debutantes. Todas demasiado ocupadas en lograr un buen matrimonio. Compitiendo unas con otras.

A pesar de que al principio no había podido evitar sentir un poco de resentimiento hacia ella por tener aquello que yo no podía, ese había sido un sentimiento que se había desvanecido rápidamente. Porque, ciertamente, Eve me caía bien. Ella parecía una buena chica.

—Tú ya estás prometida y yo no albergo ningún interés en casarme. —Eve abrió los ojos, ligeramente sorprendida ante mi confesión—. Así que, supongo que por eso hemos conectado tan bien.

Eve me observó durante unos segundos, como si estuviese tomando la decisión de compartir conmigo lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos, o, quizá, estaba ordenando sus ideas.

—Vas a pensar que soy una fantasiosa —dijo al fin.

—Confía en mí, soy muy abierta de mente. —Como para no serlo, había viajado en el tiempo.

Eve miró hacia los lados, asegurándose que nadie nos estaba prestando atención.

—Desde niña he soñado con casarme con un hombre al que amase y él me amara a mí —bajó el tono de voz, tanto que tuve que dar un paso hacia ella para poder escucharla—. Un

hombre que me mirase como si fuese la única mujer que existe. Como si yo fuese lo más importante de su vida.

—No creo que seas fantasiosa —dije con sinceridad. Hacía unos meses mi respuesta hubiese sido diferente, pero, en ese momento, lo creía de verdad—. En realidad, ninguna mujer debería conformarse con menos.

—No es tan sencillo. Puede que ese hombre no sea el adecuado.

Giré la cabeza para mirarla a la cara. Ella se mordió el labio inferior, como si estuviese preocupada de haberme dicho más de la cuenta.

—Si un hombre te trata como si fueses un diamante precioso, si te ama y está dispuesto a luchar por ti, te aseguro que es el adecuado. No lo dejes escapar cuando lo encuentres.

Como me diría mi abuela: «Grace, estás dando consejos que para ti no tienes». Pero en mi caso, no era tan sencillo. Aunque quisiese, aunque estuviese dispuesta a arriesgarme, en algún momento tendría que regresar a mi siglo.

—Ojalá fuese tan valiente como tú —me dijo.

Iba a responder que yo no era valiente cuando un hombre llamó mi atención. Iba ataviado como el resto de hombres; con un frac oscuro, pero su bigote voluminoso y extravagante captó toda mi atención. No era ni por asomo el único hombre que había visto con bigote en esa fiesta, pero el de ese era más llamativo. El hombre se rio con algo que dijo una dama y cuando giró su cabeza y pude ver mejor sus facciones, lo tuve bastante claro. Yo le había visto antes, aunque no en persona.

—¿Sabes quién es ese hombre? —le pregunté a Eve, señalando al hombre del bigote con la barbilla. A pesar de que tenía la certeza de quién era, necesitaba una confirmación.

Eve miró en la dirección que yo le señalé.

—Charles Wending. Es un pintor. Ha retratado a muchos de los miembros de la alta aristocracia. Mi padre, entre ellos.

—Si me disculpas —dije, con mi mirada fija en el hombre—, tengo que hablar con él. —Fui a acercarme al pintor, pero Eve me agarró del brazo, impidiéndomelo.

—No puedes presentarte tú misma —me advirtió.

Cierto. Era una de las normas de etiqueta que la tía de Arthur me había explicado.

Sin embargo, en aquellos momentos, no podía importarme menos. Ya había perdido una oportunidad de oro al no bajarme del carruaje a tiempo para poder conversar con Audrey. No perdería esta.

Puede que no obtuviese nada hablando con Charles Wending, pero tenía que intentarlo.

—Necesito hablar con él —insistí con tozudez.

—Por suerte para ti, mi padre me lo presentó una de las muchas veces que vino a mi casa para retratarle. Vamos.

Seguí a Eve que, a pesar de tener solo veinte años y ser su primera temporada, se desenvolvía con mucha gracia entre los invitados. Saludó a una señora que le aseguró que el parecido con su madre era muy notable. Escuchó con atención como otra mujer le explicaba lo enfadada que estaba con su modista porque su vestido era del mismo color que el de la anfitriona. Yo estaba perdiendo los nervios porque llevábamos más de media hora para movernos unos pocos metros, pero Eve mostraba su sonrisa más encantadora.

Para cuando llegamos adonde Charles, este se encontraba hablando con un hombre de mediana edad.

Con educación, Eve les interrumpió para presentármelo.

Había visto fotos de diferentes retratos de Charles que él mismo había dibujado. Aunque en

todos era más mayor que en aquel momento, el Charles que tenía delante debía tener poco más de treinta años. Llevaba su cabello rubio oscuro recogido en una coleta.

—Es un placer conocerla, señorita Robinson —me saludó, a la vez que besaba el dorso de mi mano.

—El placer es mío, he escuchado mucho sobre usted. Sobre su trabajo, concretamente. —La mejor manera de ganarse la simpatía de un artista, era halagando sus obras—. ¿Podría retratarme?

Era la única excusa que se me ocurrió para poder citarme con él a solas. No sabía si él podría ayudarme a descubrir cuáles eran las razones por las que me encontraba allí, pero su retrato de Arthur y Derek era lo que lo había empezado todo. Retrato que él ya había tenido que dibujar, aunque no lo había visto ni en la casa de la ciudad ni en la de campo.

—Sería un placer, señorita Robinson. Pero, desgraciadamente, tengo más encargos de los que puedo llevar a cabo. Quizá dentro de dos o tres años.

Sí, o de quince, no te fastidia.

—¿Y no podría adelantarme en su lista? —insistí, poniendo ojos de pena, esperando que eso tuviera algún efecto en Charles.

Sin embargo, no tuvo.

—Lo siento, pero no es posible —me respondió con una sonrisa cortés.

No iba a darme por vencida. Si no era por medio de un retrato, encontraría otra manera de pasar tiempo con él. No podía preguntarle directamente o pensaría que estoy chalada.

—Mi madrina, la tía del duque de LowCastle, me ha contado que usted le hizo un retrato a su excelencia y al niño. No he tenido la oportunidad de ver el retrato, pero ella asegura que es magnífico.

Él enarcó una ceja.

—Es curioso que la marquesa asegure tal cosa cuando el retrato aún no está terminado y no he tenido la oportunidad de enseñárselo a nadie. Ni a su excelencia.

Arrugué la nariz. Había metido la pata hasta el fondo.

—Le habré entendido mal. Aunque ahora tengo curiosidad. ¿Podría enseñarme el retrato?

Charles abrió la boca, pero fue interrumpido por un caballero que se acercó hasta donde mí e hizo una reverencia.

—Señorita Robinson, me ha prometido este baile —me dijo.

La verdad, que no recordaba su nombre, pero era más que probable. Por el rabillo del ojo vi cómo Eve se dirigía a la pista de baile con un caballero con el pelo oscuro.

—Va a disculparme, pero estoy algo cansada.

—La acompaño a sentarse, entonces —insistió.

No iba a poder deshacerme de él, no sin montar un escándalo.

—En realidad, creo que puedo aguantar un baile más.

El joven me ofreció su brazo y yo lo enhebré con el mío.

Comenzamos a andar hacia el baile cuando escuche la voz de Charles.

—Un placer conocerla, señorita Cook.

Me quedé paralizada al escuchar mi apellido real. Intenté girarme, pero mi acompañante tiró de mí hacia la pista, impidiéndomelo. Él no parecía haberse dado cuenta de que Charles se había dirigido por un apellido que no era Robinson.

En cuanto terminó el baile, fui en buscar de Charles Wending, pero no lo encontré por ningún lado. Él se había marchado de la fiesta,

Charles conocía mi apellido real, por lo que sabía quién era yo. No sabía que significaba

eso; sin embargo, sí que él podía tener todas las respuestas que buscaba.

Eve me dio la dirección del taller de pintura de Charles. Al día siguiente, a primera hora, le haría una visita y él respondería a todas mis preguntas.

Capítulo 24

No logré pegar ojo en toda la noche. Por fin había encontrado a alguien que podría darme una respuesta a mis preguntas. No podía esperar a ir en busca de Charles. Él tenía que estar esperándome, de otra manera no me hubiese hecho saber que conocía mi verdadera identidad. Y como marcharme sola de la casa sin dar ninguna explicación no era una posibilidad, me había inventado una excusa. Había roto una de las mangas del vestido que debía usar en la fiesta de esa noche e iba a decirle a la marquesa que yo misma iba a llevárselo a la costurera. Esperaba que no insistiese en acompañarme.

—Señorita Robinson, iba a ir a ayudarla a vestirse —me dijo Judith, la doncella que Arthur me había adjudicado desde que había llegado a la ciudad, entrando en mi habitación.

—Como ves, no ha sido necesario. Debo llevar este vestido a la modista. —Señalé el vestido de noche que descansaba en una de las sillas.

Judith se acercó para mirarlo. Agarró la tela de la manga, donde se encontraba el descosido.

—Ahora mismo se lo llevo a la modista. No se preocupe, señorita Robinson, para esta noche estará perfecto.

—No será necesario, Judith. Iré yo misma. Ya que me lo tiene que coser, quiero pedirle que me ponga una tela debajo del escote. Es demasiado escotado.

—Pero señorita, usted no puede salir de la casa.

—No te preocupes, Judith. La marquesa lo entenderá —insistí, haciendo un ademán con la mano y acercándome a la silla para coger el vestido.

—Pero señorita, sus pretendientes la están esperando —dijo provocando que me quedase quieta a mitad del camino.

—¿Mis pretendientes? —pregunté girándome para mirarla.

—Sí, ellos están esperándola para cortejarla.

—¿Para qué?

—Para cortejarla —repitió ella con voz más alta y clara, como si yo tuviese un problema de audición. Que, por otro lado, probablemente era lo que ella pensaba, porque la opción de que no estuviese entendiendo lo que estaba queriendo decirme dudaba que se la plantease.

Vamos a ver, sabía lo que significaba cortejar y lo que significaba pretendientes. Pero, el contexto, se me escapaba.

Aunque lo entendí a la perfección cuando bajé al salón. La marquesa me estaba esperando, sentada en un sillón verde con un respaldo alto.

—Siéntese —me ordenó con condescendencia, señalándome el sofá también de color verde —. Estoy orgullosa de usted. Ayer logró llamar la atención de un número considerado de caballeros. Sea amable con todos, pero solo tenga en cuenta a aquellos con título, o que vayan a heredarlo.

—Marquesa, los caballeros se están impacientando —dijo el mayordomo desde la puerta.

La marquesa levantó su mano derecha e hizo un gesto con ella.

—Déjelos entrar.

Me acababa de sentar en el sillón cuando unos quince caballeros se adentraron en el salón. Con algunos había bailado, a muchos los recordaba vagamente porque me los habían presentado, pero otros, no me sonaban absolutamente de nada.

Aunque todos ellos aseguraban haber hablado conmigo, cosa que, por otro lado, podía ser, y

todos traían un ramo de flores, a cual más grande. Las sirvientas se afanaron por poner todos y cada uno de los ramos en un florero. Pronto, el salón parecía una floristería.

Los caballeros me colmaron de sus atenciones. Algunos me ofrecieron enseñarme Londres, otros llevarme al museo o a tomar un té en una tetería que sus madres frecuentaban. Sin embargo, ninguno de ellos logró llamar mi atención. No podía culparlos, ya que en lo único en lo que podía pensar era en cómo deshacerme de todos para ir al taller de Charles Wending.

Lord Trenton estaba entonando una poesía en el momento en el que las puertas fueron abiertas por el mayordomo y Arthur entró, provocando que su tía se aclarase la garganta como una forma sutil de mostrar su desacuerdo.

Si Arthur percibió su reacción, la ignoró, sentándose en una de las sillas libres.

—Sigan como si yo no me encontrase aquí —les dijo a mis pretendientes, quienes habían enmudecido cuando él nos había interrumpido.

Algunos compartieron una mirada de incredulidad y yo no pude evitar negar con la cabeza. ¿Qué estaba haciendo aquí? Aunque Arthur ni siquiera parecía percatarse de mi presencia, porque no me miró ni una sola vez.

Lord Trenton continuó con su poesía, provocando que Arthur entornase los ojos. No supe si un diablillo se apoderó de mi cuerpo o, simplemente, como siempre me pasaba cuando Arthur entraba en la estancia en la que yo me encontraba, cualquier otro pensamiento que ocupase mi cabeza desaparecía y aplaudí con fuerza.

—Gracias, lord Trenton. Ha sido una poesía preciosa —dije, para provocar a Arthur, lo cual funcionó, porque los labios de este se apretaron entre sí—. Es usted muy talentoso.

Lord Trenton esbozó una sonrisa, mostrándose orgulloso.

—Gracias, milady —me hizo una reverencia—, pero es gracias a usted. Su belleza es la que me ha inspirado.

Arthur tosió.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —le preguntó lord Trenton.

—Sí, simplemente tanto polen me ha irritado la garganta.

Ahogué la carcajada que amenazaba con brotar de mi boca.

—LowCastle, si las flores te dan alergia, será mejor que regreses a tu despacho —le dijo su tía, a la que su presencia no le había hecho ninguna gracia.

—No será necesario, tía. Solo necesito beber un poco de agua —respondió Arthur, a la vez que se levantaba para servirse de la jarra de agua que descansaba en una pequeña mesa redonda.

—¿Señorita Robinson, le gustaría dar un paseo a caballo el sábado? —me preguntó otro de los caballeros, del que no recordaba el nombre.

—A la señorita Robinson no le gusta montar a caballo, Michael —le interrumpió Arthur.

—Si lord Michael viene conmigo, estoy segura de que me gustará.

Ladeé mi cabeza hacia Arthur y le miré, con una sonrisa desafiante curvando mis labios.

—No debe hacer nada que no desee para agradar a Michael ni a ningún otro —replicó Arthur.

—No le haga caso, lord Michael —dije, centrando mi atención en el caballero. Este nos observaba a los dos con una expresión de incredulidad en su rostro—. Estaré encantada de acompañarle el sábado.

El hombre lucía confundido, pero movió su cabeza en un asentimiento.

—Estaré encantado de venir a buscarla. ¿A las ocho le viene bien?

—Me…

—La señorita Robinson no podrá acompañarte. —Arthur me interrumpió—. Tiene un

compromiso el sábado inamovible.

—¿Lo tengo? —le pregunté a Arthur, entornando los ojos.

—Lo tiene —confirmó Arthur con contundencia.

—Caballeros —la marquesa carraspeó para que todos le prestásemos atención. Con elegancia se levantó del sillón en el que se encontraba sentada—, les agradezco que se hayan tomado la molestia de venir hoy, pero deben irse. La señorita Robinson debe descansar para la fiesta de esta noche.

Mis pretendientes asintieron y me hicieron una reverencia como despedida. Estiré mis labios en una sonrisa cordial mientras observaba cómo abandonaban la habitación. La marquesa esperó unos segundos después de que el mayordomo cerrara la puerta, como si estuviera esperando a que se alejaran lo suficiente para no escucharla, porque después, estalló.

—LowCastle —su voz salió estrangulada y se puso los impertinentes en los ojos para mirar a su sobrino—, ¿qué demonios está haciendo?

Arthur estiró sus piernas y puso sus manos sobre sus muslos, ajeno a la ira de la marquesa.

—Michael no es un hombre adecuado para la señorita Robinson —dijo, como si esa fuera la única explicación.

Ya, claro, eso no se lo creía ni él. Quise reírme, pero decidí mantenerme al margen. Era lo mejor que podía hacer en esos momentos.

—Su padre es un conde y él heredará un condado con más deudas que beneficios. Su padre aceptará un matrimonio con la señorita Robinson, aunque esta no sea inglesa. Y el padre de lady Grace conseguirá al yerno con título que tanto ansía —argumentó la marquesa.

—Es conocido en los clubes de caballeros la afición de Michael al juego. Se gastará la dote antes de que Grace pueda pestañear.

La marquesa suspiró.

—No lo sabía. —Hizo una pausa, luciendo pensativa—. ¿Y lord Trenton? —sugirió—. Su padre es vizconde y es su primogénito. Están endeudados. La dote de Grace pagará las deudas. Y sobrará para que tengan una buena vida.

¿El poeta? No me extrañaba que su familia estuviese buscando una alternativa, porque si tenían que esperar que la poesía de lord Trenton solucionase sus problemas económicos…

Como tanto el duque como la marquesa hablaban de mí como si no estuviera, ni siquiera me molesté en decirles que no pensaba casarme con ninguno de ellos. Tampoco que no poseía dote alguna.

Arthur se quedó en silencio, como si estuviese reflexionando las palabras de su tía. Entrecerré los ojos e intenté mantener una expresión impasible, a pesar de que el hecho de ver cómo consideraba como candidato para casarse conmigo a otro hombre continuaba matándome por dentro. Eso nunca sucedería y sabía que debía renunciar a Arthur, pero no podía evitarlo.

—Señorita Robinson —me llamó la marquesa, devolviéndome a la realidad—, enviará una nota a la residencia de soltero de lord Trenton aceptando su invitación para pasear por Hyde Park.

Ni siquiera me había enterado de que me había hecho esa invitación.

—No, no lo hará —dijo Arthur antes de que yo pudiese hablar.

La marquesa frunció el ceño.

—LowCastle, no hay ninguna razón para que ella rechace el cortejo.

—Sí la hay —respondió, tozudo.

Su tía se colocó los impertinentes en los ojos, esperando una explicación.

—Debería estar detenido —dijo, provocando que su tía y yo tragásemos saliva—, su poesía

es un delito contra el buen gusto.

Y, en eso, tenía que darle la razón.

Después de que la marquesa me pidiese que me marchase para quedarse a solas con Arthur, almorcé algo rápido y pedí al mayordomo que me preparase el coche de caballos y a Judith que llevase el vestido descosido hasta el carruaje. Me encontraba en el *hall* a punto de salir cuando sentí unos pequeños pasos detrás de mí.

Me giré para ver a Derek, vestido con una chaqueta azul marina con botones dorados en la parte delantera y que llevaba atados.

—¿Vas a salir a dar un paseo con Rachel? —inquirí, extrañada, de que Arthur les hubiese dado permiso. Él negó con la cabeza—. ¿A la parte de atrás a los jardines privados? —Él volvió a negar—. ¿Dónde está Rachel? —pregunté, escudriñando la estancia y las escaleras. No la veía por ningún lado. Derek se encogió de hombros y yo suspiré—. Derek, ya lo hemos hablado —aunque, en realidad, la única que había hablado había sido yo, ya que él no había emitido ninguna palabra durante mis monólogos—, no puedes escaparte de Rachel.

—¡Lord Derek! —gritó Rachel mientras bajaba las escaleras. La mujer estaba hecha un desastre. Su pelo estaba revuelto, como si acabase de levantarse de la cama. A su camisa le faltaba un botón y estaba metida de mala manera dentro de la falda—. Menos mal que se encuentra bien. Qué susto me he pegado.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté a la mujer, que se sujetaba el pecho con la mano.

—Una araña enorme, señorita Robinson. Se ha caído del techo justo encima de mi cara —dijo, horrorizada, a la vez que se tocaba su rostro, intentando quitarse cualquier huella que la araña hubiese dejado allí—. Me la he intentado quitar, pero se ha metido entre mi camisa. —Eso explicaba el estado de la camisa—. El pobre lord Derek ha salido asustado de la habitación infantil. —Miró al niño—. ¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Derek ni siquiera se molestó en contestarla, con sus ojos fijos en un punto de la pared.

Yo bien sabía que Derek había aprovechado ese altercado para escaparse, ya que él me había demostrado que no tenía miedo alguno a las arañas. Me estremecí de solo pensar en ese arácnido.

—¿Dónde está la araña?

—Me la he quitado de un manotazo, pero no me he fijado dónde ha caído. He salido corriendo en busca de lord Derek.

—Manda a uno de los sirvientes que busquen a la araña y la… —Derek había estirado su cuello para mirarme a los ojos. Suspiré—, la lleven a un jardín lejos de la mansión sin causarle ningún daño. —Vi cómo los hombros del niño se relajaban.

—Señorita Robinson, ¿no quiere que la maten? La araña era negra, con unas patas…

Levanté la mano para hacerla callar. No quería que me describiese una araña que era consciente de cómo era. Parecía que ese tipo específico de arañas me perseguían.

—Haz lo que te pido, por favor. —Ella asintió, aunque a regañadientes—. Después, sube a darte un baño y tómate el resto de la tarde libre. Yo me encargo de Derek.

Ella dudó durante unos segundos, pero terminó asintiendo.

—Gracias, milady. Si no le importa, aprovecharé para visitar a mi hermana. Ha dado a luz hace unos días y no he tenido la oportunidad de conocer a mi sobrina.

—Por supuesto, Rachel. Dale la enhorabuena a tu hermana de mi parte.

Rachel se marchó. Y yo suspiré, no podía llevar a Derek al taller del pintor. Tal vez podría ir al día siguiente.

—Gracias. —La dulce voz de Derek me sacó de mis pensamientos.

—¿Por qué?

—Por salvar a la araña —respondió, a la vez que rozaba su pequeña mano con la mía.

Fue algo breve, casi imperceptible, pero calentó mi corazón. Cada día, Derek iba mostrándose más cercano a mí.

—¿Por qué te has puesto la chaqueta? —le pregunté, controlando mi voz.

Se encogió de hombros, cerrándose de nuevo. No me molesto. Él se había abierto a mí mucho más de lo que nunca pensé que haría.

—¿Quieres ir a la chocolatería?

En una de mis salidas a la modista, había visto que había una cerca. Aunque no pudiese ver a Charles, tenía que llevar el vestido a la modista para que me lo arreglase para esa noche. Así que, mientras ella trabajaba, podíamos aprovechar y tomar un chocolate caliente.

—Nunca he ido —me dijo, ladeando su pequeña cabeza.

—Pero el chocolate te gusta — confirmé, porque él lo había bebido más de una vez en mi presencia—. Yo tampoco he estado nunca. Seguro que nos gusta y si no, no tenemos por qué volver. Pero si no probamos, no sabemos si nos va a gustar.

Él entrecerró los ojos, como si estuviese dándole una vuelta a lo que yo había dicho. Al cabo de unos minutos, se encogió de hombros. Me lo tomé como un sí.

Le hice un gesto para que me siguiera. Cuando estábamos a punto de cruzar la puerta de entrada, una voz nos detuvo.

—¿Vais a algún sitio?

Me giré para ver a Arthur, quien nos observaba con una expresión indescifrable. Me pregunté qué le habría dicho su tía.

—A la chocolatería —respondí.

Él elevó una ceja.

—¿Dónde está Rachel?

—Le ha dado el resto del día libre.

El rostro del duque parecía esculpido en piedra, solo una pequeña vena palpitando en su cuello me advirtió que estaba enfadado. Muy bien por él, ya éramos dos.

—Marcus —llamó al mayordomo—, ayudó a mi hijo a subir en el carruaje.

Derek siguió a Marcus obedientemente. Yo me quedé esperando a que el niño y el mayordomo se encontrasen fuera de mi punto de visión. El mayordomo había dejado la puerta de entrada a la casa abierta, por lo que, pese a que no había nadie en el *hall*, bajé la voz, aunque lo que me apetecía era gritar.

—¿Qué demonios hace?

—¿Qué hago yo? —preguntó él como respuesta, cruzando sus brazos—. Es usted la que se ha tomado unas libertades que no le corresponden.

—No se haga el necio, excelencia. —Entrecerré los ojos—. ¿Un delito contra el buen gusto? —me burlé.

Arthur ni siquiera se molestó ante mis reproches, como si el comportamiento que había tenido hubiese sido el correcto. No comprendía cuál había sido la intención de entrometerse entre mis pretendientes. A pesar de que una parte de mí se había alegrado de verle a él, incluso divertido con sus comentarios ocurrentes, me sentía frustrada. Porque Arthur lo estaba complicando todo.

Él había sido el primero en decir que me ayudaría a buscar un buen marido. Entonces, ¿por qué ahora se oponía?

No lo entendía, ni tampoco me entendía a mí misma.

—¿Acaso le ha parecido que James Trenton es un buen poeta?

Si omitíamos que nada rimaba, que ese hombre desconocía lo que era el lenguaje lírico, y que había comparado el amor con la cría de caballos, a lo mejor. No, ni así. Ese hombre no escribiría una poesía decente aunque le diese clases Edgar Allan Poe.

—No, pero tiene otros muchos atributos.

—¿Cómo cuáles? —A pesar del desdén en su voz, por la forma en la que apretó los labios, pude entrever su molestia.

—No le comprendo, excelencia. Estábamos de acuerdo con que usted se limitaría a aceptar al caballero que su tía eligiese para mí. Pero, hace un rato, no parecía dispuesto a ello.

Arthur se pasó la mano por la cara.

—Tiene razón, señorita Robinson —reconoció—. No puede entenderme cuando ni yo mismo me entiendo. —Dio un par de pasos para acercarse a mí—. Me he puesto celoso. —Como culparle cuando yo sentía celos de Eve, a pesar de lo encantadora que era y de que ella había sido obligada a comprometerse con Arthur—. Sé que debo dejar que la cortejen. Me he encerrado en mi despacho para no sacar a todos esos hombres de mi casa de una patada, pero después de una hora, no he podido soportarlo más. ¿Qué es lo que ha hecho conmigo?

Bajé mis ojos hasta sus labios, que estaban a milímetros de los míos. No anhelaba más en ese instante que acortar la distancia que nos separaba y besarlo. Sin embargo, bien sabía que aquello sería un error. Por el bien de ambos, tragué saliva y di un paso hacia atrás.

—¿Por qué no viene con Derek y conmigo a la chocolatería? —pregunté, obviando su pregunta, porque no tenía respuesta para ella, ni para nada. ¿Qué podía decirle? ¿Qué quería que fuese él quien me corteje? ¿Qué no podíamos estar juntos porque yo era una viajera en el tiempo?

—Vaya al carruaje junto a mi hijo. —No pude evitar que un mohín se formase en mí labios al pensar que estaba rechazando mi petición—. Debo buscar a mi ayuda de cámara para que me ayude a ponerme ropa adecuada para el paseo.

Una sonrisa se dibujó en mi cara a la vez que asentía.

El sol primaveral caía lentamente sobre la ciudad de Londres. Ya habían pasado más de dos meses desde que había viajado en el tiempo y parecía que había sido ayer. No me podía creer que ya nos encontráramos a mediados de abril.

A pesar del sol, el viento era fresco, por lo que el chocolate caliente era bien recibido. Arthur había rechazado ir a la chocolatería al lado de la modista, alegando que conocía otra cuyo chocolate era mucho mejor. Aunque yo estaba bastante segura que la razón era otra. En concreto, evitar que la alta sociedad nos viese juntos sin una carabina con nosotros, a pesar de que Derek podía ejercer ese papel a la perfección.

El niño estaba sentado entre su padre y yo en una mesa redonda en el interior de una pequeña chocolatería llamada El paraíso del chocolate. Aunque no era grande, ni lujosa, estaba decorada con muy buen gusto. Su entrada estaba adornada con enredaderas de rosas blancas y un toldo de terciopelo carmesí que protegía a los clientes que decidían sentarse en las mesas del exterior del sol.

Nosotros estábamos sentados en un rincón apartado, en una pequeña mesa cuadrada cubierta con un mantel de encaje y servilletas de lino blanco.

Llevé la taza de porcelana a mi boca a la vez que le daba un sorbo al café.

Un pequeño grito salió de mi garganta cuando me quemé la lengua.

—¡Por el amor de Dios, me he quemado! —me quejé, a la vez que movía mi mano derecha, enfatizando ese hecho.

Derek dejó de soplar su chocolate para mirarme con una mueca de diversión en su rostro. Arthur me acercó un vaso de agua.

—Es demasiado impaciente para su propio bien —me dijo, intentando contener una risa.

Le di varios sorbos al vaso de agua sintiendo cómo el líquido frío hacía su efecto y la boca dejaba de arderme.

Arthur y Derek se miraron y compartieron una sonrisa. Ambos se reían de mí, pero yo me sentí la mujer más afortunada del mundo.

Padre e hijo mantenían una relación estrecha desde que yo había llegado a su vida. Relación que esperaba que mantuviesen cuando yo no estuviese allí. Eve, la prometida de Arthur, iba a ser una buena madre para Derek.

Ya solo me quedaba asegurarme que padre e hijo no morían y mantener mi corazón a raya. Veía más posible lo segundo que lo primero, sobre todo cuando Arthur cogió la servilleta y estiró la mano para limpiarme la comisura de los labios.

—Tenías chocolate —me aclaró.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté a Derek para evitar que los pensamientos que estaban empezando a anidar en mi cerebro me dominasen y me lanzase encima de mesa hasta los brazos de Arthur.

Si era algo que ya llamaría la atención en mi siglo, no me podía imaginar en ese. La parte buena de que la tecnología aún no existiese era que nadie me grabaría. Aunque con el tiempo libre que tenía la aristocracia en esa época, se pasarían meses hablando de mí.

—Sí —respondió—. ¿Puedo comer un pastel? —preguntó, señalando una mesa cercana donde una niña que se sentaba junto a sus padres degustaba un pastel de crema.

Aunque podía parecer una petición normal que haría cualquier niño, no lo era en Derek. Él nunca pedía nada, o por lo menos, no con palabras. Nunca se quejaba de la comida que le ponían ni pedía otra cosa.

—¿Uno como el de la niña?

Él asintió.

Arthur llamó a uno de los camareros, que se acercó velozmente con el cuaderno de pedidos. Mientras esperábamos el pastel, aproveché para pedirle permiso al duque para llevar a Derek al día siguiente a conocer la ciudad.

—Mañana debo acudir a la cámara de los lores a ejercer mi deber —me informó Arthur.

—Sería un placer contar con su presencia, excelencia, pero no es necesaria. Derek, podremos arreglárnoslas solos, ¿verdad? —le pregunté al niño con complicidad.

El muy traidor negó con la cabeza mirando a su padre, esperando que este buscase la manera de venir con nosotros. No podía enfadarme con él, ya que era adorable. Además, me alegraba que quisiese pasar tiempo con su padre. Tal y como debería ser entre padre e hijo.

—Sé que puede arreglárselas sin mí, señorita Robinson —Arthur hizo una mueca y yo entorné los ojos—, pero, por suerte para usted, no será necesario. Acabo de decidir que iré con vosotros mañana.

—¿Y la sesión de la cámara?

—Es más importante pasar el día con mi familia.

Aunque sabía que se refería a Derek, no puede evitar que mi corazón se calentase. ¿De verdad algún día sería infeliz si me quedaba en esa época con ese hombre y ese niño? ¿De verdad el amor no era motivo diferente para una locura así?

No pude responder a mis preguntas, porque el camarero vino con el pastel decorado del mismo modo que el de la niña.

En cuanto lo puso delante de Derek, este cogió la cuchara con impaciencia.

—Derek, dale las gracias al camarero por servirte —le instruí.

—Gracias —obedeció.

—Es un placer servirle —le respondió el camarero al niño. No me acostumbraba que tratasen a Derek con el respeto que se les daba a los adultos. Pero, en aquella época, el hijo de un duque, y más el heredero, ya nacían con el peso del título y las obligaciones y beneficios que conllevaba. Aunque, mientras yo estuviese allí, Derek tendría una infancia como la que debía tener un niño. Me aseguraría de ello.

«Solo serán dos meses más como mucho, Grace».

No pude evitar que la tristeza se apoderase de mí ante ese pensamiento, al igual que la preocupación. Quedaban dos meses para eclipse lunar. Dos meses de vida a esos dos seres enfrente de mí si yo no era capaz de encontrar la manera de salvarles la vida. Y si la encontraba, probablemente ese día sería el de mi regreso.

—Está pensativa, señorita Robinson —me dijo Arthur, devolviéndome a la realidad.

—Cansada —mentí—. Su tía yo regresamos tarde del baile y hoy he madrugado.

Pude ver por la forma en la que arqueaba una ceja, que no me creyó. Sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto.

—Esta noche va a acudir a otro baile.

—Sí —respondí, sin molestarme en disimular mi falta de ganas—. Aunque, no acudiremos a más eventos hasta la semana que viene.

Arthur sonrió.

—Tiene suerte de que mi tía sea muy selectiva con los bailes a los que acude, ya que hemos recibido invitación para todos los bailes que se celebran esta semana.

Una mueca de horror se formó en mi rostro. No quería ni imaginar cuántos serían.

—¿No descansan nunca?

—La mayor parte de la aristocracia, en especial, las madres con hijas casaderas, llevan meses esperando el inicio de la temporada. Lo único que han hecho durante meses es descansar.

—Usted no es como el resto de los aristócratas. Usted no vive de lo que sus antepasados le dejaron. Al contrario, trabaja para dejarle a su hijo un futuro aún mejor que el suyo.

—Derek tampoco será un aristócrata que viva de las rentas —dijo, mirando a su hijo, aunque este estaba ocupado disfrutando del pastel y no parecía estar haciéndonos mucho caso—. Él irá a la universidad y me aseguraré de que se convierta en un hombre versado y culturizado, cuyo único fin en la vida no sea ir a Whitte’s —añadió, nombrando el club de caballeros más importante de Londres. La marquesa me había hablado del club cuando pasamos frente a él volviendo de la modista—, acudir a las fiestas y gastarse el dinero que ha heredado.

—¿Es lo que su padre le enseñó a usted?

—Mi padre fue el ejemplo de lo que yo no quería hacer —respondió con dureza—. Fue un buen padre y un buen duque —se corrigió, como si yo le hubiese echado algo en cara—, pero seguía anclado en el pasado, donde los aristócratas no trabajamos. La aristocracia se extinguirá si no cambiamos. No sobreviviremos si vivimos de lo heredado sin ensuciarnos las manos.

No era como si Arthur trabajase en la mina. Aunque, a él no le faltaba razón. La aristocracia no se había extinguido, pero, desde luego, no tenía el mismo poder que en esa época. A pesar de que muchos aristócratas tenían el título y diversas propiedades, también tenían cero dinero en efectivo.

Arthur era un hombre inteligente, con ideas avanzadas para su época. ¿Quizá esa era la razón por la que alguien se lo quitó de en medio? ¿O tal vez fue por alguno de sus negocios?

Llevaba dos meses allí y no tenía ninguna de las respuestas. Esperaba que Charles Wending pudiese dármelas, pero no me estaba resultando sencillo ir a su taller. Tal vez, esa noche se encontraba en la fiesta.

—¿Y por eso usted no acude a fiestas o solo un rato? —inquirí mientras alzaba mi taza para darle un pequeño sorbo a mi chocolate—. Ayer hablé con su prometida. Bailó con ella y se fue. —Aquellas palabras dejaron un sabor amargo en mis labios que ni siquiera pude opacar con el chocolate. Porque, a pesar de que no fuera a reconocerlo, sentía que Eve había tenido un privilegio que yo merecía. Me di cuenta, con tristeza, de que Arthur y yo nunca habíamos bailado juntos.

—No acudo a fiestas durante la temporada si puedo evitarlo. Le había prometido al padre de la señorita Bedford que después de que me la presentase en su presentación a la reina, iría al baile para que la alta sociedad nos viese juntos. Solo me comprometí a un baile con ella, lo suficiente para darles algo bueno de lo que hablar a los presentes.

—No debió estar muy convincente, ya que yo no le vi.

—No, no me vio porque estaba muy ocupada bailando con el hijo de los anfitriones. —Arthur miró a Derek. Este estaba observando a la niña de la otra mesa, que le estaba haciendo una pedorreta con las manos, aprovechando que sus padres estaban ocupados conversando. Derek parecía confundido, sin saber cómo responder. Necesitaba con urgencia pasar tiempo con otros niños—. Supongo que no le habrá sorprendido que no acudiese hoy a cortejarla. Alfred es un hombre muy apegado a las costumbres. Él solo se casará con una mujer de su mismo estatus.

No estaba tan segura como él. Alfred me había parecido un hombre maduro que aspiraba a casarse con una mujer, no me atrevería a decir que amase, pero sí a la que respetase y con la que pudiese conversar.

Sin embargo, no le llevé la contraría, ya que él parecía enfadado. Celoso más bien, y no se molestaba en disimularlo. No tenía por qué hacerlo, ya que él mismo me había reconocido que se había puesto celoso esa misma mañana.

—En realidad, no esperaba que ningún hombre apareciese para cortejarme. Ha sido una sorpresa. —Una muy desafortunada, pero eso no lo dije en alto—. A muchos de ellos ni los recordaba. Supongo que ha corrido la voz de mi generosa dote. —No quería ni saber la cuantía de la dote de la verdadera Grace Robinson.

Arthur se incorporó en la silla, irguiendo su espalda.

—No es la dote lo que les ha movido a cortejarla.

—¿Eso cree? —cuestioné—. Los hombres que se encontraban en el salón esta mañana eran hombres sin título, hijos segundos, terceros, o cuartos. O hombres con título y empobrecidos.

—Porque la mayor parte de los aristócratas con título le dan demasiada importancia a las habladurías.

—Y usted no. —Pudo sonar como una pregunta, aunque era una afirmación.

—No, yo no.

—Papá —le llamó Derek, interrumpiendo nuestra conversación—, ¿podemos regresar a casa?

—¿Te estás aburriendo? —le pregunté.

Él negó con la cabeza y señaló hacia su camisa de lino blanco de mangas largas con una hilera de pequeños botones de nácar en la parte delantera. Una mancha diminuta de chocolate decoraba la tela cerca de uno de los botones.

—Me he ensuciado —dijo.

—Casi no se ve, y en cuanto te pongas la chaqueta, ya no se va a ver en absoluto —le tranquilicé, ahogando la pequeña risa que amenazaba con escaparse de mis labios. Derek era el único niño en el mundo que se preocupaba por mancharse.

Pero no logré mi cometido, porque Derek se puso de pie y miró a su padre, que le bloqueaba la salida.

Ese niño tenía un problema con mojarse y con ensuciarse la ropa.

—Derek, siéntate —le ordenó Arthur—. No te he dado permiso para levantarte y estás desobedeciendo a la señorita Robinson. —Aunque su voz era dura como la de un padre cuando riñe a su hijo, había dulzura en ella.

—Me he ensuciado. Quiero irme a casa.

—E iremos. Pero cuando la señorita Robinson o yo lo decidamos, no tú.

Derek miró a su padre, luego me miró a mí y, se sentó. A pesar de obedecer, él estaba obviamente incómodo. Se movía en la silla y miraba continuamente hacia la puerta.

—Todos hemos terminado de merendar —dije, sintiendo simpatía hacia el pequeño. Me levanté y pude ver el alivio en el rostro de Derek—. Esta noche tengo otro baile al que acudir. Necesito dormir una siesta antes.

Por suerte no tenía que pasar donde la modista a recoger el vestido, ya que ella iba a mandar a una de sus ayudantes a que lo llevase a casa cuando estuviese listo.

Derek imitó mis acciones y Arthur hizo lo mismo. El niño y yo salimos fuera mientras Arthur pagaba.

El viaje hasta casa fue tranquilo y lo hicimos en silencio. Derek subió a toda prisa a la habitación infantil en cuanto entramos en la casa.

—Le agradezco su preocupación por mi hijo, pero él debe aprender a estar en un lugar aunque no sea su deseo.

Evidentemente, Arthur se había dado cuenta de mi estratagema.

—Lo sé, pero Derek es un niño muy listo. Aprenderá con el tiempo. Obligándole solo logrará que se frustre.

—Usted es la experta en educación, así que, tendré que creerla.

Estábamos solos en el *hall*, lo cual era un peligro, ya que lo único que deseaba era besarle. Pero no podía volver a complicar las cosas.

—Pase una buena noche, excelencia —me despedí, haciendo una reverencia.

Subí por las escaleras antes que él pudiese responderme.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, Arthur cumplió su promesa y nos llevó a Derek y a mí a conocer la ciudad. Nos llevó antes de la hora de visitas para evitar que me quedase junto a los hombres que pudiesen acudir a cortejarme.

Algo que varios me habían dicho que harían durante el baile de la noche anterior a pesar de que yo había declinado bailar con la excusa de que me dolía los pies. La prometida del duque, Eve Bedford, se había sentado junto a mí cuando no estaba en la pista de baile. A cada segundo que pasaba me caía mejor y más segura estaba de que no sería feliz junto a Arthur.

Y no eran los celos los que me llevaron a esa conclusión. Ella hablaba del amor como si lo hubiese vivido o, mejor aún, como si lo estuviese viviendo. No me atrevía a preguntárselo directamente, pero estaba segura de que Eve estaba enamorada de otro hombre que no era Arthur. Este no había acudido al baile, por lo que estaba lleno de vitalidad, mientras que a mí se me cerraban los ojos cada vez que me sentaba en los cómodos asientos del carruaje.

Esa mañana no parecía importarle que los miembros de la alta sociedad nos vieran, ya que después de enseñarnos el palacio de Saint James y la abadía de Westminster, fuimos a una posada a comer y luego nos llevó a la torre de Londres. Bajamos del carruaje para ver la majestuosa obra de arte que, aunque en mi época solo había visto en fotos y había cambiado notablemente, reconocí.

El olor nauseabundo inundó mis fosas nasales. No me acostumbraba al olor de la ciudad de Londres. Los caballos hacían las necesidades por cualquier lado y tenía la sensación de que el alcantarillado brillaba por su ausencia.

Derek, acostumbrado al aire puro del campo, también arrugo la suya. Arthur, en cambio, no mostró indicios de sentirse incómodo.

—¿Es usada como residencial real? —le pregunté a Arthur.

Me sonaba que había leído en Internet que ese había sido uno de sus usos, pero no estaba segura.

—Actualmente, es utilizada como una prisión para presos importantes. También es donde se guardan documentos valiosos del Estado.

—¿Qué tipo de documentos?

—¿Por qué ese interés?—inquirió Arthur—. ¿No será una espía, señorita Robinson? —bromeó.

—Es usted un id… necio —me corregí a tiempo. Pese a que hacía mi mayor esfuerzo para hablar como ellos, o parecido, a veces me despistaba. No llamaba la atención, ya que debían pensar que era una excentricidad de los americanos. Pero era preferible andarme con cuidado—. Sería una espía bastante mala, porque la mayor parte del tiempo desde que he llegado a Londres lo he pasado en una de sus residencias. Aunque, claro, podría sospechar de mí si usted trabajase para el gobierno y guardase documentos comprometedores en sus casas.

—Si fuese así, usted ya habría regresado a su país con toda la información que necesitaba. Ha vagado por mis casas a su placer —contraatacó Arthur con una sonrisa de suficiencia.

—¿Ha pensado que quizá tengo la información pero me he quedado por otra razón? —pregunté, batiendo las pestañas. ¿Yo batiendo las pestañas? ¿Pero qué me pasaba? Yo misma me respondí a mi pregunta. Estaba coqueteando con él. Nunca había coqueteado en mi vida y con Arthur me salía natural, incluso cuando mi cerebro me gritaba que no lo hiciese.

—En ese caso sería una desertora, milady. No podría regresar a su país.

—Por Dios, qué desgracia —dije, poniéndome una mano en la cara como si estuviese desesperada—. ¿Usted sería tan amable de permitirme refugiarme en su casa? —pregunté con una media sonrisa.

—Si fuese por mí, jamás la dejaría marchar.

Cualquier coqueteo inocente desapareció convirtiéndose en algo más intenso. Pero no podía regresar a esa conversación, no de nuevo, no en ese momento. No cuando estábamos en medio de la calle, no cuando estaba tan cómoda con él. No cuando mi respuesta sería que no quería marcharme, no cuando deseaba quedarme con él.

—Papá —le llamó Derek. Había olvidado que se encontraba allí. Y por la cara que puso Arthur, le había pasado lo mismo—. ¿Adónde vamos? —A pesar de que no lo expresaba, él había estado entusiasmado durante todo el día, mirando a su alrededor con interés. Todo era nuevo para él.

—Cerca de aquí hay un jardín zoológico. Podemos ir andando —propuso Arthur, aclarándose la garganta—. Podemos ir si queréis.

—Me parece bien —respondí—. ¿Derek? —pregunté, buscando al niño, que en vez de estar donde estaba un segundo antes, se había girado y había comenzado a andar hacia el carruaje.

Arthur le miraba con el ceño fruncido, posiblemente decidiendo si dejarlo pasar o ir a por él y traerlo de regreso.

Ajeno a los pensamientos de su padre, Derek subía al carruaje de un salto, como siempre, sin dejar que el cochero le ayudase.

—Creo que no le apetece ir al zoológico. No puedo culparle, a mí tampoco me gusta mucho ver animales enjaulados —dije en defensa del niño.

—Él no puede seguir haciendo eso —se quejó Arthur—. Ya sé que tengo que darle tiempo —me interrumpió cuando abrí la boca para hablar—, pero me temo que sea una conducta innata en él. ¿Se imagina que cuando sea adulto y esté reunido con el rey, no quiera estar allí y se marche sin ninguna explicación?

Me tuve que tapar la boca con la mano porque imaginármelo hizo que me diese un ataque de risa y no era gracioso. Arthur enarcó una ceja.

—Señorita Robinson, aún no conoce todas nuestras costumbres, pero sí espero que lo suficiente para saber la falta de respeto que sería algo así y las consecuencias. —El tono de voz de Arthur era severo.

—Derek solo es un niño —dije, quitándole importancia—. Él aprenderá que no debe hacer algo como eso. Aunque no descarto que se marche de una fiesta en mitad de un baile con una dama que no sea de su agrado —bromeé, para intentar aligerar la situación.

—Eso estoy bastante seguro que no lo hará. —No había rastro de humor en el rostro de Arthur—. El padre de la dama podría considerarlo una falta de respeto hacia su hija y pedir una compensación que, posiblemente, sería la boda entre ambos.

Fruncí el ceño. ¿Él estaba hablando en serio?

—¿Solo por algo tan minio como eso se vería obligado a casarse contra su voluntad?

Arthur me dio una mirada incrédula, como si no entendiese por qué le estaba preguntando eso.

—Y por mucho menos, señorita Robinson. Una dama mareada que te suplica que la acompañes a tomar el aire a un balcón donde no hay nadie, se lanza a darte un beso al mismo tiempo que su padre o su hermano, aparecen en el balcón. En una fiesta campestre una dama se marea justo cuando tú deambulas por un pasillo solitario, la llevas a la biblioteca para que tome

el aire y ella te abraza cuando…

—Su padre o su hermano abren la puerta —terminé la frase por él.

Harvey ya me había advertido de que las jóvenes casaderas o sus madres tendían trampas a los hombres solteros más codiciados. Y había visto en las fiestas a las que había acudido a madres dispuestas a cualquier cosa por casar bien a sus hijas. Pero, hasta ese momento, no había pensado en que Derek podría verse envuelto en una de esas trampas.

—¿Se asegurará de que Derek está preparado para no caer en una trampa?

—Lo haré. Y si tengo una hija, me aseguraré de que no se vea obligada a recurrir a actos maliciosos como ese.

—¿Quiere tener más hijos?

—Sí.

—No debe preocuparse. Su prometida es una buena mujer, será una madre magnífica. Ella no obligará a su hija a nada parecido. Y le quitará esa idea de la cabeza si se le ocurre en algún momento.

Arthur me miró durante un buen rato. Algo en sus ojos me decían que no estaba pensando en Eve cuando aseguraba que quería tener más hijos. Y lo peor, es que a mí me gustaría tenerlos con él.

Maldita sea, ¿qué me pasaba?

—Debemos subir al carruaje —me dijo, pero a pesar de sus palabras, no rompió su mirada conmigo.

—Sí, debemos —concordé con la voz estrangulada.

Al final, él fue más fuerte que yo y desvió la mirada. Me ofreció su brazo galantemente para llevarme hasta el carruaje.

—¿Quieres que compremos un helado antes de regresar a casa? —le pregunté a Derek en cuanto entramos en el carruaje.

El niño me dijo que sí al tiempo que yo me di cuenta de algo de lo que no me había dado cuenta hasta ese momento. Mis mejillas se enrojecieron.

—Está usted pagando todos mis gastos —le dije a Arthur.

—No la he pagado por cuidar a Derek. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Pero el pago es presentarme en sociedad y buscarme marido —respondí.

Ese era el acuerdo al que había llegado con el padre de la verdadera Grace Robinson.

—Es un placer para mí pagar sus gastos.

—Pero…

—Señorita Robinson, para ser la hija de un hombre muy acaudalado que no había trabajado un solo día en su vida y que sus empleados hacían todo por usted, ha resultado usted una mujer con muchos recursos y que no acepta la ayuda de un hombre.

Me quedé callada unos instantes. ¿Él sospechaba algo? Aunque, lo mucho que podía sospechar es que era una impostora. Y eso era verdad, pero no toda la verdad.

—Supongo que una vez he salido de la casa de mi padre quiero ser lo más autosuficiente posible —dije, tratando de parecer tranquila. No podía fastidiarla ahora, no cuando había llegado tan lejos.

—Y eso es algo que admiro de usted. —Miré a Arthur, intentando buscar algún tipo de indicio de recelo hacia mí en su rostro. Sin embargo, no encontré nada—. Si quiere, como pago porque le compre un helado, dé un paseo conmigo y Derek por Hyde Park.

—Ha sido un día largo, creo que es hora de regresar a casa.

No quería hacerlo, pero pasar más tiempo con Arthur era peligroso. Y más dar un paseo por

el parque. Algo que haría las delicias de cualquier romántica empedernida, algo en lo que parecía que me estaba convirtiendo, porque la idea de pasear por el parque con él me resultó encantadora.

—Hoy no va a acudir a ninguna fiesta. Puede acostarse temprano —insistió.

Derek, sentando a mi lado, acarició mi brazo con su dedo índice. Ladeé mi cabeza hacia él, aún sorprendida porque me tocase, pese a que era la segunda vez que lo hacía. Sus ojos azules brillaban con esperanza.

No podía negarle nada a ese niño y, lo que es peor, me costaba la vida negárselo al hombre sentado frente a mí.

—Supongo que un paseo no me hará daño.

Dejamos el carruaje en la entrada y entramos en Hyde Park caminando. Parecíamos una familia que daba un paseo por el parque una tarde de primavera. Compramos dos helados en el primer establecimiento que encontramos. Arthur, poco aficionando al dulce, se limitó a pagar los helados.

No entendía cómo alguien no podía disfrutar de un helado, y menos de uno como ese, que era un verdadero arte de la gastronomía. El helado me lo habían servido adornado con pequeñas frutas frescas y flores comestibles, una delicia tanto a la vista como al paladar.

Ya podían los heladeros de mi época esmerarse un poco más. Aún recordaba el último helado que había comido mientras paseaba por un parque cerca de mi casa. El heladero había usado su cuchara para helado con pocas ganas y había puesto el helado en el cono de manera que se salía por los bordes. Sin hablar de que el sabor dejaba mucho que desear, era todo hielo.

Poco a poco iba sintiéndome más cómoda en el siglo XIX, a pesar de la falta de electricidad, entre muchas otras cosas. El ser humano tiene la capacidad de adaptarse y superar cualquier adversidad. Eso, y que el hombre y el niño que se encontraban en esos momentos a mi lado hacían que cualquier comodidad de mi siglo se convirtiese en una minucia.

Estábamos sentados en una de las mesas. Las tazas en las que nos había servido los helados eran suficientemente grandes para que Derek se llenara, pero, así todo, parecía dispuesto a terminárselo.

Me llevé la cuchara de plata a la boca y cerré los ojos mientras disfrutaba del contraste de sabores. Sentí como la dulzura de la vainilla combinaba a la perfección con la acidez del limón, creando un perfecto equilibrio. De mi garganta brotó un pequeño gemido. No pude evitarlo, a riesgo de parecer soez, aquella sensación había sido mejor que orgasmos que había tenido.

Cuando abrí los ojos, Arthur me estaba mirando como si algo le oprimiese. Su rostro estaba tenso y tragaba saliva de manera compulsiva.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Si habéis terminado, demos un paseo antes de que oscurezca —dijo con voz ronca.

A mí me quedaba casi todo el helado y el sol se encontraba en lo alto del cielo, pero él parecía tener prisa por levantarse, así que no le llevé la contraría. Me terminé el helado lo más rápido que fui capaz.

Nos dirigimos hacia el camino empedrado con cuidado de no ser atropellados por los caballos. Parecía que la mayor parte de la alta sociedad había decidido ir al parque ese día. Vi a las niñeras jugando con los niños en el césped. No divisé a ninguna madre ni a ningún padre haciéndolo, algo que me entristeció. Los niños necesitan que sus progenitores jueguen con ellos.

Paseamos en silencio, disfrutando de la belleza del lugar. El parque se encontraba en su mayor esplendor. Los árboles lucían con hojas verdes y las flores de los jardines estaban en

pleno florecimiento, creando un tapiz de colores brillantes que aportaba más belleza al lugar.

El aire estaba impregnado con el dulce aroma a flores silvestres y los sonidos de los pájaros se mezclaban con los murmullos de la gente que paseaba por el parque. Arthur saludó a varias personas, aunque no se detuvo a hablar con ninguna. Yo reconocí a algunos miembros de la aristocracia de las fiestas a las que había acudido.

Los hombres me saludaron con una reverencia, y las mujeres con una sonrisa, en mayor parte, falsa. Todos nos observaban, aunque era bien sabido por ellos que me hospedaba en la casa del duque. Cuando llegamos a la orilla del río que atravesaba el parque, Derek se paró, contemplando a un niño que jugaba con su barco de madera, intentando que se mantuviese a flote.

—¿Te gustaría jugar con el niño? —le pregunté a Derek.

En vez de negarse, Derek se encogió de hombros.

Sin embargo, antes de que pudiera animarlo a acercarse al niño, este cogió su barco y se alejó de nosotros. Cuando estaba lo suficientemente lejos para que Derek no pudiese jugar con él, volvió a meter el barco en el agua. Era evidente que me había escuchado.

¿Qué les pasaba a todos los niños de la alta sociedad que eran tan malcriados?

Me puse de cuclillas para mirar a Derek.

—No pasa nada, cariño —le dije con dulzura—. Vamos a comprar un barco y, otro día, volveremos.

Derek no pronunció ni una sola palabra, tampoco me respondió con un gesto. Él no parecía afectado por lo que acababa de pasar, pero cuando me levanté, vi cómo ladeaba su cabeza para observar el barco desde la distancia.

—Se lo agradezco, pero no es necesario que lo proteja de todo. —La voz de Arthur era baja, tanto que apenas pude comprender sus palabras. Era evidente que no quería que su hijo le escuchase—. Tiene que aprender a protegerse él solo.

Exhalé un suspiro, con mi mirada aún fija en Derek.

—Lo sé, pero no me gusta verle sufrir.

—¿Es qué no lo ve? Él no está sufriendo.

—Las apariencias pueden engañar, excelencia. —Desvié mi mirada de Derek a él—. Cuando era pequeña, los niños no querían jugar conmigo. Yo era la niña rara. Al principio, recuerdo que no comprendía la razón, sin embargo, con el tiempo, aprendí a que me diera igual lo que los demás pensasen de mí. Aprendí a abrazar y a querer a la soledad. —Esbocé una sonrisa triste—. Pero, hasta las personas más solitarias, necesitamos un poco de compañía a veces.

Arthur observó a su hijo en silencio durante unos instantes, como si estuviese reflexionando sobre mis palabras.

—Será una gran madre algún día.

—¿Usted cree?

En vez de responderme, él sacó un pañuelo de su bolsillo, y con movimientos suaves, pasó la tela por mi mejilla.

—¿Qué hace?

—Limpiarle restos de helado de la mejilla.

—¿He paseado delante de la alta sociedad con la mejilla manchada? —pregunté, horrorizada.

Definitivamente, había pasado mucho tiempo con la marquesa.

—No se aflija, era muy poco. No se habrán dado cuenta. —Él me mintió descaradamente.

Pero estaba intentando ser gentil, así que no podía recriminárselo.

—Su tía va a estar muy decepcionada conmigo.

—Mi tía siempre está decepcionada con aquellas personas que no son como ella. Y confíe en mí, no le conviene convertirse en una mujer fría, pretenciosa y codiciosa.

—Y aun siendo así, me la confió como mi madrina.

—Esas cualidades son las que la convierten en la mejor madrina que puede tener. Es respetada por nuestros iguales. Hasta la reina la ha invitado a tomar el té en los salones del palacio real.

—Usted la admira.

—Así es, pero no por lo que usted cree. La admiro por ser capaz de ser todo lo que se espera de una aristócrata y ser feliz.

—Ella está orgullosa de usted. —No hacía falta que ella lo dijese con palabras, lo había visto.

—Lo estaba —apuntó Arthur con expresión ilegible—. Últimamente, no lo está tanto.

—No sé por qué. Sigue siendo un aristócrata arrogante, poderoso, y también frío como un témpano cuando debe serlo.

—Usted lo ha dicho, no siempre como a ella le gustaría que fuese. Mi tía eliminaría el hombre que hay en mí si pudiese y dejaría solo al aristócrata.

—Pero eso no le haría feliz.

—En algún momento de mi vida, especialmente después de la muerte de la madre de Derek, pensé que era de la única manera que debía ser. Usted me ha enseñado que estaba equivocado. Casi me pierdo la infancia de mi hijo.

Una sonrisa bobalicona se dibujó en mis labios al escucharle. Y, solamente con aquellas palabras, mi viaje al pasado había merecido la pena.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

Fui a estirar mi mano para agarrar la de él, pero, entonces, me di cuenta de que estábamos en un lugar público, rodeados de decenas de personas que tendrían los ojos puestos en nosotros. Aquello se vería indecoroso. Aunque un inocente toque de manos no sería suficiente para mí, yo deseaba mucho más. Anhelaba besar a ese hombre.

Alejando esos pensamientos de mi cabeza, centré mi atención en Derek. El niño, ajeno a nosotros, dio un par de pasos hacia la orilla. Fui a acercarme a él para asegurarme de que no se caía al agua. Con lo poco que le gustaba mojarse la ropa, no quería que la primera rabieta del niño se produjese con parte de la alta sociedad de testigo.

No había dado un paso cuando un perro enorme y enérgico corrió hacia mí. El animal iba atado con una larga correa que pronto quedó enroscada entre mis piernas. Una joven que no tendría más de trece o catorce años estaba siendo paseada por el perro, y por más que tiraba de la correa, este no la hacía caso, más bien seguía dando vueltas alrededor de mí.

La estabilidad comenzó a fallarme e imágenes de mí en el suelo con el vestido subido y la cara llena de rasguños me inundaron la cabeza.

Con un rápido movimiento, Arthur me alzó antes de que me cayese al suelo. Soltó mis piernas de la correa y yo me quedé en su regazo, sujeta de brazos y pies ante la atenta mirada de las personas que se encontraban en el parque.

La dueña del perro, una jovencita con pecas en la cara y el pelo castaño, sujetó su perro, colocando su mano en el collar.

—Darius, te he dicho que estés quieto —le reprendió la joven.

Como respuesta, el perro le lamió la cara y esta se rio.

—Emma, te he dicho mil veces que no puedes pasear sola a Darius. Él es demasiado fuerte y rápido —le reprendió un hombre ataviado con ropa de paseo al que reconocí a pesar del largo sombrero que llevaba en la cabeza—. Señorita Robinson, un placer volver a verla, aunque sea en estas penosas circunstancias. Espero que disculpe a mi hermana y a su perro.

Él me miraba levantando el mentón. ¿Por qué miraba hacia arriba en vez de hacia abajo cuando yo era más bajita? Entonces, fui consciente de que seguía felizmente en los brazos de Arthur.

—Gracias, excelencia, por ayudarme, ya puede bajarme —dije, removiéndome del agarre de Arthur.

Él me bajó con rapidez, como si acabase de darse cuenta de que me sujetaba.

—No es necesario que se disculpe, lord Alfred, ha sido un accidente. Su hermana es una jovencita encantadora.

Alfred no parecía estar muy de acuerdo conmigo, ya que miraba a su hermana con reprobación. La joven se había puesto de rodillas en el suelo y acariciaba a su mascota. Derek les observaba desde la distancia.

—¿Quieres tocarlo? —le preguntó Emma a Derek, pero este negó con la cabeza. El perro tampoco parecía muy entusiasmado con la idea, ya que mantenía las distancias con el pequeño.

— LowCastle —le saludó Alfred— no le he visto en White's últimamente.

—Estoy ocupado con mis negocios. No dispongo de tiempo libre para holgazanear —le respondió Arthur, con la voz fría, carente de humor.

Arthur tan amable como siempre.

No obstante, Alfred, tal y como me había demostrado en el baile en el que sus padres eran los anfitriones, no se dejaba intimidar con facilidad. A fin de cuentas, él era heredero de un ducado. Aunque, por lo que lo había podido conocer, no era un aristócrata lejano y frío.

—Como mi abuelo solía decir: hay un tiempo y lugar para cada cosa —dijo con una sonrisa —. Le aseguro que le vendrá bien divertirse de vez en cuando. —Arthur entrecerró los ojos y Alfred me miró. Si se dio cuenta de la hostilidad de Arthur, no le importó—. ¿Y usted, señorita Robinson, tiene tiempo para divertirse? —me preguntó.

—Si consideramos los bailes y los otros actos sociales divertimento, sí. En caso contrario, no demasiado. Mi madrina ha llenado mi agenda de actividades sociales.

Por el rabillo del ojo vi como Derck bajaba la cabeza para mirar a los ojos a Darius. La misma mirada que le había visto echar a otros animales. En vez de tranquilizarse, como había sucedido con su caballo, Darius gruñó y tiró de la correa.

Emma, que ya se había puesto de pie, le pilló de improviso y la arrastró.

—Vamos a tener que hacer algo al respecto —me respondió Alfred, ajeno a lo que le estaba sucediendo a su hermana—. Le ruego que acepte…

Él no pudo terminar la frase porque el grito de Emma se lo impidió. La joven terminó en las aguas del Serpentine mientras su perro nadaba para agarrar con la boca el barco del niño desagradable. El niño comenzó a llorar al ver que el perro destrozaba el barco.

Alfred corrió a ayudar a su hermana a la vez que le gritaba que soltase la correa para no terminar ahogada. Arthur se acercó a la orilla por si necesitaban ayuda. Y Derek miraba al niño que lloraba con una sonrisa en la cara.

—Derek —le llamé, provocando que me mirase. Antes de hablar con él, eché una ojeada a la escena que se representaba delante de mí. Alfred estaba sacando a su hermana sana y salva y el perro salió por su propio pie con el barco destrozado en la boca—. No debes alegrarte de las desgracias ajenas aunque esa persona haya sido desagradable contigo.

Pensé que se encogería de hombros, pero me sorprendió.

—¿Por qué no? —preguntó, como si no lo entendiera. No había maldad en su voz, solo curiosidad.

No estaba preparada para esa pregunta, así que respondí lo que mi abuela me había dicho a mí en una situación parecida de pequeña.

—Porque las buenas personas no hacemos eso. Las buenas personas cuando alguien es malo con nosotros lo ignoramos y seguimos nuestro camino. La verdadera nobleza reside en la bondad y la compasión hacia los demás.

Durante unos segundos, Derek se mantuvo en silencio, como si estuviese reflexionando sobre mis palabras, para después, arrugar la nariz.

—Él no ha sido bondadoso conmigo.

—No, pero tú debes serlo con él. Así le demostrarás que eres mejor persona que él. Y, tal vez, aprenda de ti.

Derek no parecía muy convencido, pero asintió.

—Alfred, ¿necesita que les llevemos a casa? —La voz de Arthur hizo que centrara mi atención en él.

—No será necesario. Hemos venido en carruaje.

Alfred llevaba al enorme perro sujeto con la correa, pegado a él. El barco, roto en trozos, en medio de la hierba. Emma, mojada como un pollo, se quitaba como podía el pelo de la cara.

El niño lloraba con la cabeza apoyada en el regazo de su niñera, exigiendo un barco nuevo.

—Voy a hablar con la niñera del niño… —dijo Alfred.

—Lady Emma necesita secarse. —Arthur le colocó su chaqueta por encima al tiempo que la niña estornudaba—. Y usted también. Ya me encargo yo de enterarme dónde vive y hacer que le lleven un barco nuevo.

—Se lo agradezco, LowCastle —dijo Alfred, con una sonrisa cortés—. Señorita Robinson —se despidió, haciéndome una reverencia y salpicándome agua sin querer. Su sombrero ya no se encontraba en su cabeza y tenía la certeza que estaría en el río, destrozado.

Mientras Arthur hablaba con la niñera, yo aproveché para ponerme de cuclillas delante de Derek para captar su atención.

—¿Ves lo que está haciendo tu padre? —Derek asintió—. Está siendo amable con el niño aunque no se lo merezca,

Derek miraba a su padre con los ojos bien abiertos. Cuando el niño sonrió, Derek arrugó la nariz.

—Tu padre ha hecho lo correcto. Hacer feliz a alguien, aunque no se lo merezca, es el acto de bondad más puro que existe. Tienes mucha suerte de tener un padre como él. ¿Tú quieres ser como tu padre de mayor?

Derek giró la cabeza para mirarme y asintió. Y, esta vez, lo hizo de corazón.

Capítulo 26

Derek estaba agotado cuando llegamos a la mansión. Rachel se encargó de darle algo de cenar y ayudarle a acostarse.

Yo había cenado en mi habitación, y aunque mi idea era dormirme, tras estar una hora dando vueltas en la cama y contar tantas ovejas que había perdido la cuenta, desistí. Me puse una bata de seda azul encima del camisón para dirigirme a la biblioteca. Iba a buscar un libro que me ayudase a relajarme y conciliar el sueño.

Con pasos sigilosos para no despertar a nadie, me deslicé fuera de la habitación. Los pasillos de la casa estaban parcialmente iluminados por lámparas de aceite colgantes, cuyas luces tintineaban suavemente, creando una atmósfera acogedora.

Había estado en la biblioteca en un par de ocasiones acompañando a Derek, por lo que no tuve problemas en llegar hasta allí, a pesar de que los pasillos de la mansión podían parecer un laberinto para aquellas personas que no conocíamos bien la casa.

Al llegar a la entrada de la biblioteca, me detuve durante un instante para suspirar. Los acontecimientos del día aún se reproducían en mi cabeza, y esa era la razón principal por lo que necesitaba encontrar un libro que lograse entretenerme y mantuviese mi cabeza en pausa.

Giré el pomo y la puerta de roble se abrió con un crujido. Miré de un lado al otro en el pasillo por si alguien me había escuchado, pero estaba desierto. Los empleados debían estar ya acostados.

La biblioteca estaba iluminada por una luz tenue que provenía de unas velas dispuestas en candelabros de plata encima de las repisas de los estantes. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera oscura decorados con retratos de los antepasados del duque. Ya los había estado inspeccionando en mi anterior visita a la biblioteca. No había ninguno de Arthur y tampoco de Derek.

Cerré la puerta y me adentré en la enorme estancia. Las estanterías llenas de libros llegaban hasta el techo. Para llegar a los estantes más altos había que usar la escalera de madera con pasamanos de latón. A pesar de la luz de las velas, no me arriesgaría a utilizar la escalera.

Decidí buscar un libro en particular. Este había sido escrito en el 1776. Lo había leído mientras estudiaba la carrera y me había resultado muy útil. Tenía curiosidad por saber si la edición actual había respetado todos los aspectos de la original. Me acerqué a una de las estanterías y saqué uno de los libros para hojearlo, no lo había abierto cuando el sonido de unas botas resonando contra la madera del suelo me sobresaltó, provocando que el libro se me cayese al suelo.

—¿Usted tampoco podía dormir? —me preguntó Arthur, emergiendo de las penumbras. Su figura alta y poderosa se recortaba contra la luz tenue.

—No esperaba encontrarlo aquí —dije, con la voz agitada por el susto—. Pensé que se encontraría en sus aposentos o en su despacho.

Arthur dio unos pasos, acercándose a mí. Recogió el libro que se me había caído.

—*El diccionario de los jardineros* de Philip Miller —dijo Arthur, leyendo la portada—. No sabía que le interesaba la jardinería.

—Y no me interesa. Estaba buscando *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, pero no sé si lo tiene.

Arthur dejó el libro en su lugar y se dirigió a otra de las estanterías. Estiró el brazo, cogió un

libro y me lo entregó.

—No sabía que le interesaba la economía.

Si él supiese… Mientras mis dedos se apretaban con fuerza contra el respaldo del libro, quise contarle las razones que me habían llevado a estudiar economía. Y cómo había obtenido el trabajo que tenía en el banco. También cómo era mi día a día allí; la deliciosa tarta de manzana que Benjamín preparaba por sus cumpleaños, o como Amanda, era la jefa más tediosa que podía tener.

Quise contarle todo, hasta las cosas más insignificantes, porque eso hacían las parejas. Sin embargo, él y yo no éramos parejas. Ni siquiera éramos amigos. No éramos nada. No podíamos serlo.

—No lo sabe todo de mí, excelencia —le respondí, tratando de enmascarar el tono triste de mi voz.

—Eso es algo que no puedo ponerle en duda. —Pude sentir la mirada de Arthur sobre mí, como si él hubiera percibido que algo no iba bien, pero no dijo nada—. El administrador de mi casa de campo es un hombre mayor que está deseando regresar a su pueblo con sus nietos. Aunque estoy buscando un sustituto, no me está resultando fácil. Quizá tenía que haberle propuesto el puesto a usted.

—Posiblemente hubiese sido mejor administradora que niñera, pero no me arrepiento. Me gusta cuidar a Derek.

—Y se le da muy bien.

—Hoy él ha disfrutado mucho. Derek es un niño feliz, aunque no lo demuestre.

—Lo es gracias a usted. Tengo mucho que agradecerle, señorita Robinson.

Una sonrisa se dibujó en mis labios a la vez que sostuve el libro con más fuerza. Ese era el momento en el que me disculpaba y me retiraba a mi habitación. Sin embargo, eso no era lo que me apetecía a hacer, y por la forma en la que Arthur me miraba, él tampoco deseaba que lo hiciera.

—¿Por qué no se queda a leer junto a la chimenea? —Él me señalo el pasillo que giraba a la izquierda.

Las veces que había estado allí no había llegado hasta tan adentro. Derek había cogido un libro y nos habíamos marchado. Aunque no era lo correcto, asentí. Con pasos lentos crucé el pasillo y giré para encontrarme con un encantador rincón.

El fuego crepitante de la chimenea llenaba el ambiente con su calor reconfortante y su suave luz naranja, proyectando sombras danzantes sobre las paredes.

Arthur me señaló un diván tapizado en terciopelo rojo. Me senté y él me colocó encima de las piernas una suave manta de cachemira. Frente a mí había una pequeña mesa auxiliar encima de la que descansaba una lámpara de aceite con un delicado diseño de cristal. Por el rabillo del ojo vi al duque acercar un sillón para sentarse a mi lado.

—¿Se queda?

—¿Prefiere que me marche? —preguntó, aunque se acomodó en el sillón.

—No, usted estaba primero. No tiene ningún libro, así que no ha venido a leer —dije. Él no me había respondido cuando le pregunté qué hacía allí.

—No he venido a leer. No podía ir a la isla del lago y he venido aquí.

Apoyé el libro encima de la mesa, ya que estaba empezando a pesarme. En aquella época los tomos eran pesados.

—¿Ha venido para recordar que es hombre además de duque? —le pregunté, recordando las razones que él me había dado por las que iba a la isla del lago.

Los ojos azules de Arthur iluminados con la luz del fuego se posaron sobre mí.

—He venido para intentar convencerme de lo contrario —reconoció en un susurro—. Cuando estoy con usted, olvido que no soy solo un hombre y me debo a mi título.

—Y yo me olvido de las razones por las cuales no debo apegarme a usted.

Suspiré.

—¿Tanto le horroriza la idea de apegarse a mí? —preguntó, confundiendo el significado de mi suspiro.

—¿Y a usted le horroriza olvidar que es duque?

Antes de que pudiese darme cuenta, me encontraba en su regazo junto a la manta que se había venido conmigo. Le rodeé el cuello con uno de mis brazos y me pegué a su cuerpo. Por supuesto que lo hice porque me pilló de improviso y tenía miedo a caerme. Que luego podía haberme soltado y no lo hice, sí. Su olor y su cercanía eran como una droga. No podía evitarlo. Tal vez, tenía duquedependencia.

—Señorita Robinson, nací para ser duque y moriré siéndolo. Pero cuando estoy junto a usted, desearía ser solo Arthur Spinster. Si no fuese preso de mi título, podría darle la libertad que necesita. Podría asegurarle que si se cansa de mí o no quiere estar conmigo, es libre parar irse. Rompería mi corazón, pero se lo permitiría. No obstante, si se convierte en mi duquesa, se verá atrapada en el título tanto como lo estoy yo. Y como usted me dijo con acierto: no quiere estar conmigo por obligación.

—Quizá podamos ser buenos amigos —le dije, acercándome mi boca a la suya—. Muy buenos. —Me mordí el labio inferior con picardía.

—¿Me está proponiendo ser mi amante?

—¿Su amante? —pregunté, tensándome. —¿Cree que quiero que sea infiel conmigo a Eve durante vuestro matrimonio? —Me solté del agarre de su cuello e intenté bajarme de su regazo, pero él me rodeó la cadera con sus brazos, impidiéndomelo.

—A veces, me olvido que es americana y vuestras costumbres son diferentes. La amante de un duque es una mujer que mantiene relaciones con el duque fuera del matrimonio. Y este le provee de una casa, dinero, joyas y lo que necesite. No es necesario estar casado para tener una amante.

—¿Cree que le estoy proponiendo ser su puta? —Me enfadé aún más.

—Ser la amante de un duque es una posición de considerable prestigio y…

—Suélteme, —exigí, dándole un golpe en las costillas. Él me soltó y yo me levanté de golpe—. ¿Cómo se atreve? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Señorita Robinson —me llamó, levantándose. Su rostro esculpido en piedra—. Haga el favor de calmarse y míreme. —Como no lo hice, me agarró del brazo, obligándome a pararme. Levanté la cabeza para lanzarle una mirada furibunda—. Obviando que su padre jamás lo permitiría y que jamás he tenido una amante y no aspiro a tenerla, yo no le estaba ofreciendo ese puesto. Solo estaba intentando entender que me estaba proponiendo usted. —Mientras se explicaba, fui dándome cuenta de mi error y mi cuerpo se relajó. Él me soltó el brazo—. ¿Me he confundido cuando he entendido que estaba insinuándose?

No. Él no se estaba errado. Fruto de los sentimientos que tenía hacia él, unidas a sus bonitas palabras y al día mágico que habíamos pasado, me estaba insinuando a él. Algo que, ahora que había pasado la pasión del momento, sabía que era un error. No podía tener una relación física con él y luego regresar a mi época. No podía hacerlo sin mi corazón roto en el proceso. Porque yo lo quería todo de ese hombre.

Pero ¿qué era todo? ¿Convertirme en duquesa? ¿No regresar jamás a mi siglo? Siempre las

mismas preguntas rondaban por mi cabeza y no tenía respuesta para ellas. De hecho, cada vez estaba más confusa.

—No, no se estaba equivocando, pero ha sido un error —admití, pasándome una mano por el cabello—. No he cambiado de idea. Y creo que usted tampoco debería hacerlo. Simplemente, dejo de pensar con la cabeza cuando usted está cerca.

—¿Prefiere que me aleje?

—Sí. —La palabra salió estrangulada de mis labios. Porque no, no quería que lo hiciese, pero debía hacerlo.

Cuando la decepción brilló en sus ojos azules quise corregirme. Deseé decirle todo lo que sentía. Aunque, ¿de qué serviría eso? Tan solo complicaría más las cosas. Porque mis sentimientos no cambiaban nada. Yo tendría que regresar a mi época y él debía continuar con su vida.

Estaba haciendo lo mejor por los dos.

—Discúlpeme si la he importunado —dijo, con expresión seria y la voz gélida. Podía ver en su rostro que él no se creía mi mentira, pero él iba a respetar mi deseo—. La dejo para que pueda disfrutar de la lectura —Me hizo una reverencia.

Sin embargo, no pude aguantarlo más. No tuve la fuerza de voluntad suficiente. ¿Cómo iba a tenerla cuando estaba profundamente enamorada de él?

Antes de que pudiese girarse para irse, rompí la distancia que nos separaba y mis labios se encontraron con los de él en un improvisado beso.

Uno que se había ido fraguando a fuego lento durante todo el día. No podía dejarle marchar sin dárselo. No podía permitir que él se marchase dudando de mi deseo hacia él. A pesar de la sorpresa inicial, lejos de alejarse de mí, agarró mi nunca con su mano para acercarme aún más. Nos entregamos al dulce abrazo de nuestros labios, nos dejamos llevar como si por arte de magia todas las razones para no amarnos hubiesen desaparecido.

Cuando el beso se rompió, ambos nos miramos. La chispa de deseo en los ojos del duque no se me pasó desapercibida.

—¿Sigue siendo su deseo que me aleje de usted? —me preguntó con la voz ronca.

—No, pero visto que yo soy incapaz, le agradecería si lo hiciese.

El azul de sus ojos se oscureció, pero asintió con la cabeza. Esta vez, se marchó sin una reverencia. En cuanto escuché la puerta de la biblioteca cerrarse, me senté en el diván y, por primera vez en mi vida, permití que las lágrimas se apoderasen de mí. Permití que todo el dolor que sentía saliese.

Lloré por lo que no podía ser y deseaba que fuese. Y lloré por no ser más valiente.

Capítulo 27

Durante las siguientes dos semanas, Arthur evitó cualquier contacto conmigo. No le resultó difícil, ya que su tía me tenía ocupada con eventos y citas con mis pretendientes en los que ella venía como carabina. Todas esas citas fueron a cada cual más aburrida. Os juro que echaba de menos a los salidos de Tinder. Por lo menos, a ellos les calabas rápido y le mandabas a paseo. Pero mis pretendientes eran todos excesivamente amables, caballerosos y aburridos.

Mi madrina se estaba desesperando porque me negaba a aceptar a ninguno de ellos como marido, a pesar de que alguno había dejado abierta la posibilidad de pedírmelo, siempre y cuando yo estuviese dispuesta a decir que sí. Imaginaba que a ninguno le apetecía gastar dinero en un anillo sin estar seguros. Dinero que no iban a recuperar si me negaba. En realidad, no iban a recuperar de ninguna manera, porque no tenía ninguna dote.

Vamos, que al final el romanticismo brillaba por su ausencia en esa época, en la que todos los matrimonios eran por interés.

La verdad era que estaba harta de tanto paseo, baile y visitas a museos. Esa era la primera tarde que tenía libre. Mi idea había sido aprovechar para ir a ver a Charles Wending, ya que debido a mi apretada agenda, me había resultado imposible ir a su taller y él tampoco había aparecido en ninguna fiesta a la que yo había acudido.

Para mi sorpresa, en vez de pedir que me preparasen el carruaje, me encontré a mí misma en la habitación infantil, dándole la tarde libre a Rachel para que visitase a su familia. No había pasado casi tiempo con Derek, aunque todos los días sacaba un rato para que leyésemos juntos. Sin embargo, esa no era la verdadera razón por la que había ido en busca del niño. Lo había hecho porque ese era el lugar en el que me apetecía estar.

Pasar la tarde con Derek era lo que realmente quería hacer. Antes o después tendría que ir al taller de Charles. Pero, esa tarde, se la quería dedicar al pequeño. Y en honor a la verdad, una parte de mí estaba aterrorizada ante las respuestas que Charles podría darme. No estaba preparada y no estaba segura de si lo estaría alguna vez, pero no podía retrasarlo mucho más.

Salimos al jardín privado. Mientras yo me sentaba en uno de los bancos de madera, Derek recorría el jardín despacio, observando todo a su alrededor.

—Señorita Robinson, la marquesa me ha pedido que venga en su busca —me dijo mi doncella, apareciendo en el jardín.

—¿Para qué? —pregunté, a la vez que miraba a Derek. Este se había puesto de cuclillas, observando algo en el césped, que esperaba que no fuese una asquerosa araña.

—Dice que debe empezar a prepararse para la ópera.

—¿La ópera?

Ni siquiera había estado en la ópera en mi época, aunque reconocía que era uno de mis pendientes, de esos que estaba esperando a hacer cuando me tocase la lotería. ¿Habéis visto al precio que está una entrada en la ópera en una zona en la que se vea y se escuche medianamente bien?

—Sí, señorita. Debemos elegir el vestido más acorde para la ocasión. La invitación acaba de llegar, debemos darnos prisa.

Por un instante, había pensado que Arthur me iba a llevar a la ópera. Era absurdo, ya que era yo la que le había pedido que se alejase de mí. Pero, al saber que no era él quien me había invitado, la ilusión se desvaneció.

—Lord Alfred Raymond ha sido muy amable invitándonos a la ópera —me dijo la marquesa mientras íbamos en el carruaje.

—Parece complacida —le respondí. Yo también lo estaba, ya que Alfred era un hombre agradable al que no había vuelto a ver desde el incidente en el parque—. Pensé que debía aceptar solo invitaciones de hombres con los que tuviese posibilidades de contraer matrimonio.

—Lord Raymond es el heredero de un ducado. Un ducado solvente. Aunque él se encapriche de usted, sus padres no permitirán la boda. Pero ser vista junto a él provocará que más solteros se fijen en usted.

La marquesa era una mujer complicada, pero estaba poniendo toda la carne en el asador para lograr encontrarme un buen marido. Hasta la estaba cogiendo cierto cariño.

—Aunque no necesito que más solteros se fijen en mí, me apetece ir a la ópera con él. Es un hombre interesante con gran conversación. —En realidad, prefería haberme quedado con Derek, pero antes que tener una cita con cualquiera de mis pretendientes, prefería pasar tiempo con Alfred. Era mucho más entretenido.

La marquesa entrecerró los ojos ante mis palabras. Ya me había dicho varias veces antes que cuanto más callado fuera el hombre y menos inteligente, más fácil sería mi matrimonio.

Descorrí la cortina de terciopelo carmesí cuando sentí cómo el carruaje se detenía. Nos encontrábamos frente a las majestuosas columnas de mármol que adornaba la entrada del teatro. El cochero nos ayudó a bajar.

Nos dirigimos al interior. La entrada estaba iluminada por candelabros de cristal que colgaban de los techos altos y dorados. Los murmullos de los presentes se mezclaban con el sonido de los violines que afinaban los instrumentos en el vestíbulo.

Allí, en el vestíbulo, se encontraba lord Alfred junto a su madre. La mujer no parecía especialmente feliz de estar allí, aunque, posiblemente, no estaba contenta de que yo fuese la acompañante de su hijo.

—Gracias por invitarnos, lord Alfred —le dije a modo de saludo.

Él esbozó una sonrisa amable al verme.

—Es lo menos que podía hacer después de que el perro de mi hermana casi la tirase al suelo. Discúlpeme por no invitarla antes. He estado fuera de Londres, en una de las propiedades de mi padre solucionando un asunto.

—No se disculpe. —Ni siquiera tenía que haberse tomado la molestia de habernos invitado —. Duquesa —hice una reverencia mirando a la madre de Alfred—, es un placer volver a verla.

La mujer me saludó con una sonrisa forzada y la marquesa me hizo un asentimiento con la cabeza, orgullosa de mi educación. Esa que con tanto esmero estaba intentando que aprendiese.

—Vamos al palco. La función está a punto de comenzar —dijo Alfred, ofreciéndome su brazo, el cual acepté.

—Damas, caballeros —nos saludó una voz que reconocí al instante. Arthur se acercaba con pasos lentos.

Una parte de mí se alegró de volver a verle. Sin embargo, toda esa alegría se desvaneció en el instante en el que vi a Eve sujeta de su brazo. Llevaba su largo cabello recogido en un sofisticado peinado e iba ataviada con un vestido color amarillo pastel que favorecía su esbelta figura.

Atrás de ellos, les seguía la tía de Eve.

—LowCastle —le saludó Alfred con cordialidad, pero Arthur le frunció el ceño.

Ese hombre no tenía remedio.

—Estás preciosa, Grace —me halagó Eve.

La verdad era que me sentía de esa manera. Quién me iba a decir a mí que me iba a acostumbrar a los incómodos corsés y a esos vestidos largos y vaporosos. Seguía echando de menos mis mallas y mis sudaderas anchas, pero tenía que reconocer que, por primera vez en mi vida, la ropa me estaba comenzando a interesar.

No tanto como para pasarme horas en la costurera, pero sí como para apreciar que el vestido de seda de color marfil con delicados encajes y detalles en perlas que ceñían mi figura. En el cuello llevaba un collar de perlas que me había prestado mi madrina. Aunque no entendía de joyas, si podía apreciar que era bastante más austero que el que llevaba ella.

—Las cuatro están muy bellas —dijo Alfred, siendo políticamente correcto.

Podía sentir la mirada de Arthur sobre mí, como si yo fuese la única mujer que se encontraba en el vestíbulo, a pesar de que su prometida iba de su brazo. Yo tampoco podía dejar de mirarle.

En ese instante, sentí toda la fuerza de la magia. La magia que era la que me había llevado a viajar en el tiempo. Porque, en ese pequeño intervalo de tiempo, lo entendí absolutamente todo. Entendí que, por más que lo intentase, no podía huir de la atracción que sentía por ese hombre; que estábamos destinados a pesar de haber nacido en siglos diferentes. Y, lo peor de todo, era que fui consciente de que no me importaba que lo alejase de mí o él quisiese alejarse, nunca lo lograríamos. Aunque regresase a mi tiempo y él se quedase en el suyo, mi corazón se quedaría con él.

Sentí el peso de la tristeza y el dolor de tener que dejarle en algún momento cercano. Rompí la mirada para ver que Eve nos estaba mirando a los dos. Las otras cuatro personas del grupo parecían ajenas a nuestro intercambio, pero Eve había sido muy consciente.

Lejos de estar enfadada, ella me esbozó una sonrisa radiante, enseñando sus alineados y blancos dientes.

—Señorita Robinson, permítame que le lleve hasta mi palco —me dijo Alfred.

Pero no llego a dar ni un paso, porque Arthur se lo impidió

—Mi palco es más amplio y tiene una mejor acústica y visibilidad que el de su padre, lord Alfred. Son todos bienvenidos.

La marquesa carraspeó, pero a este le importó un soberano pimiento.

La madre de Alfred aceptó a la vez que se quejaba de lo tacaño que era su marido por no haber comprado un palco mejor cuando había tenido la oportunidad. Alfred entrecerró los ojos, pero no hizo ningún comentario haciendo gala de la educación que le caracterizaba.

El palco privado de Arthur se encontraba en el nivel superior del Royal Opera House, proporcionando una vista inigualable del escenario. Las elegantes cortinas de terciopelo azul marino lo rodeaban y le otorgaban la privacidad necesaria para no ser molestados. Junto al balcón, se encontraban dos sillas tapizadas de terciopelo rojo y cojines acolchados. Detrás, varias sillas idénticas se agolpaban en dos filas. Las mujeres mayores se sentaron en la segunda fila, dejando la tercera para Alfred y para mí. A pesar de estar algo más lejos, se veía de maravilla.

Eve y Arthur se sentaron delante. De repente, Eve se levantó, provocando que Arthur se levantase con ella. Esta se colocó una mano en el corazón y con la otra se abanicaba.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Arthur con evidente preocupación.

—Sí, discúlpeme, excelencia. Sufro de vértigos. He mirado hacia abajo y me he mareado. Va a ser mejor que me coloque en la última fila. ¿Grace, eres tan amable de cambiarme el sitio?

Ella no esperó a que le diese permiso, sino que se movió entre las sillas hasta colocarse delante de mí con una sonrisa traviesa.

¿Qué pretendía? En realidad, no había que ser muy inteligente para saber lo que pretendía.

Me levanté para dejarle mi asiento y me dirigí hacia la fila donde Arthur ya se había sentado en su silla. Por el rabillo del ojo vi como Eve le pedía a Alfred que la ayudase a sentarse. Este miraba entre ella y yo sin saber cómo actuar.

Eve se había dado cuenta de la atracción que había entre Arthur y yo y se había inventado una estratagema para lograr que nos juntásemos. Si fuese otra persona, pensaría que había algún tipo de plan malicioso detrás de sus acciones. Tal vez, ganarse la simpatía de Alfred, o dejarme en vergüenza, o utilizarme para librarse de un matrimonio que no deseaba. Pero, tratándose de Eve, sabía que no era así.

Me senté en la silla al lado del duque y esta me saludó con un leve movimiento de barbilla. Sus ojos se centraron en mi escote, pero pronto regresaron a mi rostro.

Yo no me atreví a mantenerle la mirada, así que me centré en el foso donde la orquesta estaba comenzando a afinar sus instrumentos y, poco a poco, los murmullos de los presentes comenzaron a desvanecerse, esperando el comienzo.

El telón se alzó, revelando un impresionante escenario iluminado por candelabros dorados que colgaban del techo. Los músicos elegantemente vestidos comenzaron a tocar y el sonido de los instrumentos inundaron el palco.

La música era una delicada mezcla de notas melodiosas y apasionadas que transmitían emociones profundas y desgarradoras. Para cuando las voces de los cantantes acompañaros por el coro se elevaron, un nudo se formó en mi garganta. El amor, la emoción, incluso la desgracia que transmitían con sus voces, me emocionaron. Sentía como si cada nota acariciase mi alma. Como si estuviesen cantando solo para mí.

Arthur, a mi lado, acercó su mano a la mía y comenzó a bajarme el guante hasta dejar mi brazo al descubierto. Lo hizo despacio y aprovechando la clandestinidad y privacidad que ofrecía la luz tenue del palco y que el resto estaban ocupados admirando la belleza de la interpretación de los músicos.

Arthur acarició con uno de sus dedos mi brazo, provocando un cosquilleo por mi columna vertebral. Después, unió su mano a la mía, mientras la soprano interpretaba el aria de la condesa *Porgi, amor, qualche ristoro.*

La pasión, la desesperación por recuperar a su amor que las letras transmitían, provocaron que apretase la mano de Arthur como una súplica silenciosa de que no me dejase. Lo cual era bastante irónico. No quería perderle, aunque sabía que lo haría.

Después de la ópera, fuimos a uno de las bailes de la temporada que se estaba celebrando en una esplendida mansión situada en St. James. Arthur declinó acompañarlos, aduciendo que tenía un compromiso ineludible. No me sorprendió, ya que él evitaba los bailes.

Alfred se había ido con unos caballeros a una de las salas contiguas a fumar mientras Eve y yo nos sentamos en unas sillas en un rincón de la estancia. La madre de Alfred, junto a nuestras madrinas, se encontraban desperdigadas por la sala disfrutando de los cotilleos que bullían por todas las esquinas.

—Ha sido extraño —comenzó Eve, mientras le daba un mordisco a un pastelillo de crema —. Llevamos meses prometidos y su excelencia no me ha invitado a ningún lugar hasta hoy mismo. La nota ha llegado a últimas hora y apenas me ha dado tiempo a prepararme. Y qué maravillosa coincidencia, tú te encontrabas allí junto a lord Alfred, uno de los solteros más codiciados de la temporada.

—Sí, la verdad es que ha sido una coincidencia agradable —me limité a decir, alzando los hombros.

Eve se terminó el pastel y se limpió las manos en la falda del vestido. Al darse cuenta de lo que había hecho, buscó con la mirada a su tía para respirar de alivio cuando vio como esta se encontraba de espaldas a nosotras, conversando con otras dos damas.

—¿Sabes, Grace? —Ladeó su cabeza hacia mí y esbozó una sonrisa pícara—. No creo en las coincidencias.

—Ni yo de que tú sufras de miedo a las alturas.

—Es curioso —dijo Eve, pasándose la lengua por el labio inferior—. De pequeña descendía por el árbol que estaba pegado a una de las ventanas de la habitación infantil en la casa de campo de mi padre para salir sin que las niñeras me viesen. Y ayer mismo, la puerta de mi habitación, que está en un segundo piso, se quedó bloqueada y pasé desde mi balcón hasta el de la habitación colindante. Pero, hoy, ha sido llegar al palco mirar hacía abajo y me ha dado vertigo. —Aunque estaba intentando contener la risa, no lo consiguió. Se tapó la boca con la mano para no llamar la atención.

Moví mi cabeza de un lado a otro, sin saber cómo actuar. No comprendía adónde quería llegar con sus comentarios y por qué parecía aprobar mi relación con Arthur. A ella debería de molestarle y, por el contrario, parecía contenta de haber descubierto que entre nosotros podía haber algo. De hecho, parecía aliviada.

—Arthur se va a casar contigo.

Eve hizo una mueca.

—Espero no tener que hacerlo —reconoció—. Y, sinceramente, él tampoco quiere. Está más interesado en ti.

No se lo negué. De haberlo hecho, tampoco me hubiera creído.

—Arthur hará aquello que deba —dije.

—Espero que tú seas capaz de convencerlo de lo contrario. —Ella me agarró las dos manos con las mías para que la mirase. Bajó la voz, tanto que casi yo misma fui incapaz de oírla—. Estoy enamorada de otro hombre.

Después de la conversación que mantuvimos el otro día, su confesión no me pilló tan de sorpresa como debería. Aquello tenía sentido. Sin embargo, no esperaba que fuese tan sincera conmigo.

—¿Y ese hombre está enamorado de ti? —susurré. Ella asintió—. Arthur entenderá que te cases con un hombre al que amas. —Él le había dicho a su tía que no se opondría si Eve quería casarse con otro.

—Mi padre nunca lo aceptaría. Es un cuarto hijo varón. No heredará titulo, ni dinero.

Ella ladeó la cabeza hacia un chico que había visto en otras fiestas. No recordaba su nombre, pero me sonaba que era el hijo pequeño de un conde. El joven era muy atractivo. Aunque estaba hablando con un caballero, vi como miraba a Eve por el rabillo del ojo.

—Si le cuentas a tu padre lo enamoradas que estás…

—Antes me envía a un convento de clausura —me interrumpió—. Él… —Eve se calló repentinamente y, al principio, no me di cuenta de la razón. Pero, entonces, vi a lord Alfred acercarse a nosotras.

—¿Me concedería el siguiente baile? —me preguntó.

Acepté la mano que me ofrecía y gesticulé un lo siento con la boca hacia Eve. Esta lo desestimó con la mano.

Como la anterior vez que había bailado con él, Alfred me hizo reír. Era un hombre de esos que muchas mujeres matarían por convertirse en sus esposas aunque no fuese a heredar un título ni grandes riquezas.

Después del baile, salimos al jardín a dar un paseo. El silencio gobernaba el ambiente solo roto por el crujir de nuestros pasos por la gravilla del suelo.

—Hay algo que debo preguntarle —me dijo mientras atravesábamos un jardín de rosas e inhalábamos la dulce fragancia.

—Puede preguntarme lo que desee.

—¿Es consciente del interés de LowCastle hacia usted?

Era evidente que no estábamos siendo ni un poco discretos. No disminuí el paso, pero intenté no aumentarlo a pesar de que la pregunta me había puesto nerviosa.

—Es recíproco. —Él asintió, como si se lo esperase—. Pero ambos somos muy diferentes. Debemos seguir nuestros caminos.

—¿Teme que LowCastle no la quiera convertir en su duquesa por ser americana?

—¿Me convertiría usted en la suya? —le pregunté, evitando responder a su pregunta.

—Sin dudarlo. Es usted diferente a todas las mujeres que conozco. Si alguna mujer merece que se luche por ella, esa es usted. —Logró que me ruborizara—. Lucharía por usted si no hubiese sido porque he visto como mira a LowCastle.

Ahora resultaba que el siglo XIX yo era una rompecorazones sin proponérmelo. Quién se lo iba a imaginar.

—Encontrará una mujer por la que luchar. Y quizá, sea una que sus padres aprueben.

—Es posible.

Él no dijo nada más, y la verdad que yo no sabía qué añadir. Le iba a pedir que regresásemos al interior cuando un crujido en los arbustos llamo nuestra atención.

—¿Cree que puede tratarse de un animal salvaje? —pregunté, aterrorizada.

—¿En un jardín privado? —Lord Alfred hizo una mueca—. No lo creo —respondió mientras se acercaba a los arbustos.

A pesar de la lógica de lord Alfred, no me moví ni un ápice. Sin embargo, lejos de ser una criatura que pudiese atacarnos, antes de que lord Alfred diese un paso más, una pareja salió de los arbustos. Ella llevaba el cabello revuelto y él se estaba colocando bien la chaqueta. Era más que evidente lo que estaban haciendo. Aunque lo que me sorprendió fue que conocía a la dama.

—Eve —la llamé, rompiendo el silencio. Traté de mantener una expresión seria, a pesar de que la situación me resultó divertida—, ¿no me vas a presentar a tu amado? —Me acerqué hacia ellos, colocándome al lado de lord Alfred. Este nos observaba en silencio, con una expresión extraña dibujada en su rostro.

Eve carraspeó, luciendo desorientada. Sus mejillas habían adquirido un tono rojizo y estaba claramente avergonzada.

—Grace, te presento a lord Peter, el hijo pequeño del conde de Triwood.

Le saludé con un movimiento de cabeza, aunque él tenía su mirada en Alfred.

—Lord Alfred, ¿podemos contar con su discreción?

Alfred fue a hablar, pero yo no se lo permití. Era injusto que Eve no pudiese encontrar la felicidad con el hombre al que amaba, y por la manera en la que él la sujetaba protectoramente, no dudé del amor hacia ella. El padre de Eve no debería decidir por ella.

Fragmentos de la conversación que había tenido meses atrás con Margot, la primera noche en la que había llegado a Sutterland, se reprodujeron en mi cabeza.

—¿Amas a Eve? —le pregunté a Peter.

Él centró su atención en mí.

—Más que a mi vida —respondió con convicción mientras se llevaba la mano con la que no sostenía a Eve al corazón.

Bueno, tampoco hacía falta ser tan dramático. Aunque, por la manera en la que a Eve se le iluminó el rostro, tal vez era la respuesta correcta.

—Entonces, debéis casaros.

—Mi padre no lo permitirá. Tengo veinte años, él es mi tutor —insistió Eve.

—Podéis huir a Gretna Green —dije recordando lo que me había contado Margot. Y ahora entendía a lo que ella se refería. Entendía porque las parejas a veces tenían que huir para poder casarse por amor—, una vez os caséis, podéis regresar a Londres tu padre ya no podrá hacer nada.

—Mi prometido se sentirá agraviado —dijo Eve aunque sus ojos se habían mojado por la emoción.

—Confía en mi, él lo aceptará. Pero debéis iros esta misma noche. No sois tan discretos como creéis y puede que alguien os haya visto o lo haga pronto.

—Necesito tiempo para conseguir el dinero para casarnos y para…

—Os dejaré mi carruaje y os prestaré el dinero necesario —intervino Alfred—. La señorita Robinson y yo os conseguiremos una coartada para daros algo de tiempo.

—¿Haría eso por nosotros, milord? —preguntó Eve, emocionada.

Alfred asintió y esta se lanzó a sus brazos para darle un abrazo. Después, se separó y abrazó a su amado. Se dieron un beso en la boca y yo aparté la mirada para no molestar.

—Muchas gracias, milord —le agradeció Peter a Alfred.

—Es usted un buen hombre —le dije a Alfred.

Él sonrió.

—Es su presencia, milady. Logra sacar lo mejor de las personas. Espero que LowCastle haga uso de su inteligencia y no la deje escapar.

Una parte de mí también lo esperaba.

Capítulo 28

Tal y como había supuesto, Arthur había aceptado sin montar ningún escándalo ni pedir ninguna retribución el matrimonio entre Eve y lord Peter. Es más, se había mostrado como todo un caballero y se había asegurado que los miembros de la alta sociedad pensasen que él había roto su compromiso con Eve Bedford. Con ese gesto, había logrado que sus iguales justificasen las acciones de Eve como las de una joven rechazada que había aceptado la proposición de otro hombre por miedo a que fuese repudiada.

Arthur había aceptado toda la culpa, incluso había manifestado públicamente su apoyo a Eve y a su futuro marido. Logrando que, a su regreso a Londres, ya casados, el padre de Eve aceptase a regañadientes el matrimonio.

La feliz pareja se encontraba en la casa de campo del hermano del novio disfrutando de su viaje de novios.

Una vez resulto el entuerto, Arthur se había marchado por negocios sin despedirse de mí ni darme ninguna una explicación. Ya hacía algo más de dos semanas que no sabía nada de él. A pesar de que intenté que su indiferencia no me afectara, no pude evitarlo. Puede que hubiera sido mi decisión mantenerme alejada de él, pero eso no lo hacía más llevadero. Tratando de mantener la cabeza ocupada, aproveché para ir en busca de Charles Wending. Para mi sorpresa, sus ayudantes me dijeron que no se encontraba en la ciudad.

Quedaban nueve días para el eclipse lunar. Y tenía más dudas que respuestas. Había pensado mantener a Derek en la casa de la ciudad, ya que su asesinato se producía en la del campo. Pero había visto demasiadas películas y leído libros como para saber que el destino te acababa encontrando. Lo que necesitaba era descubrir quién mataba a Derek y por qué. Y lograr evitarlo.

Gracias a mi doncella, Judith, había descubierto que Charles Wending acababa de regresar esa misma tarde. Al día siguiente, iría a su taller y, esta vez, nada podría impedírmelo.

Por suerte para mí, hacía una semana que no me veía obligada a acudir a ningún evento, puesto que la marquesa había regresado a su casa del campo, ya que su nieta había decidido llegar al mundo un mes antes de lo previsto. Se encontraba bien de salud, pero la tía de Arthur quería asegurarse ella misma de que eso era así.

No podía decir que no me sintiese aliviada. Me había dedicado a leer, estrechar lazos con Derek, e incluso, aprender más de la sociedad inglesa del siglo XIX.

Después de que Derek se durmiese, salí al jardín privado. Me senté en un banco de hierro forjado. El suelo estaba encapotado y el jardín estaba apenas iluminado. Era una noche agradable de principios de mayo.

Mientras contemplaba las escasas estrellas, escuché unos pasos detrás de mí. Me levanté del banco de un sobresalto y mi corazón comenzó a latir a toda velocidad cuando una figura masculina se materializó frente a mí, emergiendo como un fantasma en la penumbra.

—Siento haberla asustado, señorita Robinson.

Arthur había regresado de su viaje. Vestía un abrigo oscuro que se mezclaba con la noche y sus ojos azules me observaban con una mezcla de arrepentimiento y de felicidad por verme.

—No le esperaba. Como no me avisó de su marcha, no pensé que me avisaría de su regreso —permití que el enfado y la ira que me había provocado su ausencia se reflejase en mi voz.

—Surgió un imprevisto en mi propiedad en Cornualles. —Ni siquiera sabía que tenía una

casa allí—. Los inquilinos han causado problemas y he tenido que desalojarlos. Usted se encontraba en un evento cuando llegó la carta avisándome, siento no haberme despedido.

—Podía haberme dejado una nota —dije, sentándome de nuevo en el banco. Él ocupó un lugar a mi lado—. No sabía que hubiese heredado tantas propiedades.

—Soy un hombre de negocios, señorita Robinson. La mayor parte las he comprado con mi propio dinero. De mi padre he heredado la casa de campo y la de la ciudad. Las dos que usted conoce. La primera ligada al título, por lo que, aunque quisiese, no podría deshacerme de ella. Y la segunda me resulta útil cuando debo hospedarme en Londres. ¿Le parecería mejor si la vendiese y comprase otra? O mejor aún, ¿donase ese dinero a la caridad y me hospedases en hoteles? —El sarcasmo en sus palabras no se me pasó desapercibido, tampoco era como si él estuviese intentando controlarlo.

Suspiré, apoyando mi espalda sobre el respaldo del banco.

—Si le he ofendido, no era mi intención. Soy consciente de que la mayor parte de lo que posee se lo ha ganado por usted mismo. Antes de marcharse no tuve la oportunidad de agradecerle lo bien que se portó con Eve cuando decidió escaparse para casarse con su amado.

—Ella me hizo un favor. Yo ya había pensado cancelar el compromiso. —Esas palabras lograron captar mi atención. Ladeé la cabeza para mirarle—. ¿Algún hombre le ha propuesto matrimonio? —me preguntó, pillándome por sorpresa.

—No —respondí—. Tampoco es como si le hubiese dado la oportunidad a ninguno. Si le soy sincera, nunca he tenido la intención de casarme con ninguno de ellos.

Él esbozó una sonrisa. Una que calentó mi corazón.

—Supongo que, entonces, no tiene ningún sentido que continúe en Londres.

¿Él tenía intención de enviarme de regreso al lugar del que creía que yo había venido?

—No voy a regresar a Nueva York —dije con firmeza.

—Y yo no se lo estoy pidiendo. Debo regresar a mi casa de campo. Mi administrador se ha cansado de esperar que le busque un reemplazo. Se ha marchado sin previo aviso y debo ir a ocuparme de todo. Podría venir con Derek y conmigo.

—Por supuesto, ¿y cuándo desea regresar?

—Mañana tengo asuntos que atender en Londres, pero pasado mañana partiremos a primera hora.

Era tiempo suficiente para que hablase con Charles Wending. Esperaba que él no hubiese decidido volver a marcharse de Londres.

—Estaré encantada de regresar a la tranquilidad del campo. Nunca pensé que diría esto, pero estoy cansada de la ciudad.

—Me alegro, porque yo también prefiero el campo. Evito la ciudad siempre que me es posible —reconoció Arthur—. Aunque hay algo más —añadió con una mueca tensa—, le prometí a su padre que le encontraría marido.

—Su tía lo ha intentado con todas sus fuerzas, cúlpeme solo a mí. —Me encogí de hombros.

—No puedo culparla por querer ser libre —murmuró, fijando su mirada en mí—. No puedo culparla por tener miedo a sentirse atrapada. —dijo, repitiendo las palabras que yo le había dicho hacía semanas—. Aunque noto que hay algo más, que oculta algo. ¿El hombre con el que se acostó por primera vez la dañó de alguna manera?

La verdad era que Beau Ferris lo único que dañó fue mi primer coche cuando le dije que no quería volver a quedar con él y se marchó golpeando con fuerza la puerta. ¿Y qué quería? No tenía muchas esperanzas puestas en mi primera vez, pero fue mil veces peor. Ese chico no sabría dar placer a una mujer ni aunque le pagasen por hacerlo.

—No. —Entendía que él hubiese llegado a esa conclusión, ya que las jóvenes de buena familia del siglo XIX no iban regalando su virginidad al primer gilipollas que les hacía creer que eran especiales. Ellas eran más inteligentes—. Si le soy sincera, ya no estoy tan segura de que el amor te quite libertad o que te atrape. Creo que estaba equivocada y que el verdadero amor es todo lo contrario. —Mi madre no se enamoraba, ella se obsesionaba. Yo no era como ella—. Me he enamorado de usted cuando no debería hacerlo —las palabras que llevaban días formándose en mi cabeza salieron por mi boca antes de que pudiese controlarlas—, le va a parecer una locura, pero creo que estaba destinada a ello. Creo que estamos destinados a estar juntos. Y nada de lo que hagamos lo evitará.

Arthur me sujetó la barbilla con la mano para que lo mirase a los ojos.

—Señorita Robinson, me ha enseñado lo que es el amor. Gracias a usted sé lo que es amar a alguien por encima de todo. Estos días que he estado separado de usted han sido una agonía. Lo único en lo que podía pensar era en regresar a su lado y convencerla de que nunca se sentirá atrapada.

Le besé. Lo hice porque ya no podía aguantar más sin sentir sus labios, su sabor. Él era todo lo que no sabía que deseaba. No importa que fuésemos de épocas diferentes, nuestras almas estaban unidas. Nuestras diferencias solo habían logrado unirnos más y que cayese un rayo si no estaba dispuesta a quedarme en ese siglo.

Había muchas cosas esperándome en mi siglo: un trabajo, mi hermana, amigos, una vida… Pero, en este siglo, tenía lo más importante: el amor. Porque, ese era el verdadero amor, el que te quita el aliento, el que te provoca mariposas en el estómago. Ese amor no es egoísta, ese amor no te aleja del resto de personas, ese amor te une. Arthur nuca abandonaría a Derek aunque yo se lo pidiese, algo que jamás haría. Porque cuando amas a alguien, amas también a las personas relevantes para él.

Mientras nos besábamos, tomé una decisión: no iba a regresar a mi siglo. Porque mi hogar, estaba allí, junto a Arthur y a Derek. Lucharía con todo mi ser por quedarme con ese hombre y su hijo.

Arthur se separó de mí con la respiración entrecortada y agarró mi mano con suavidad para guiarme hacia el interior de la vivienda. Subimos las escaleras en silencio para no despertar a nadie. Él me llevó hasta su dormitorio. Nunca había estado allí, pero su olor lo impregnaba todo.

La habitación estaba iluminada con la tenue luz de las velas, otorgando un ambiente romántico. En el centro se erguía una cama majestuosa con dosel de terciopelo y cortinas que caían es cascada hacia los lados.

Él me llevó hasta la cama en silencio y me ayudó a sentarme sobre las sábanas. Mientras yo me acomodaba, él se acercó a la chimenea y la encendió. El crepitar del fuego lanzó chispas de luz y color a la estancia.

—¿Cree que en algún momento podrá dejar de pasearse por la habitación y ayudarme a desvestirme? —le pregunte cuando se encontraba recogiendo un candelabro de plata cuya vela estaba apagada del suelo.

Con una risa, dejó el candelabro encima de una pequeña mesa de madera y se acercó a la cama.

—Vivo para servirla, señorita Robinson.

—Grace —le corregí. No porque me importase el tono formal, ya me había acostumbrado, sino porque no quería que me llamase por un apellido que no era el mío. Al día siguiente encontraría la manera de ser sincera con él, pero no esa noche. Esa noche no era momento para revelaciones. Era momento de demostrarnos todo el amor, la pasión y el deseo que sentíamos.

—Vivo para servirte, Grace —repitió, a la vez que me ayudaba a deshacerme de mi ropa.

Él era bueno y rápido en tal menester. Igual de rápido que fue en deshacerse de la suya. Siempre llevaba a su ayuda de cámara con él, pero para desvestirse en una ocasión como esa, bien que lo hacía solo.

—¿Sabes que te respeto como mujer, como persona y como la mujer que ama a mi hijo? —susurró, a la vez que se colocaba encima de mí.

No entendí la necesidad de hacerme esa pregunta. En realidad, en el momento en el que nos encontrábamos, no hubiese entendido ni la pregunta más sencilla. Pero, así todo, la respuesta era clara.

—Siempre he sentido que me respetabas, incluso cuando te comportabas como un aristócrata frío y sin sentimientos conmigo.

—Eso me alegra —dijo, con una sonrisa traviesa—. Porque voy a hacerte el amor sin ningún respeto —añadió, a la vez que sentía cómo la punta de su miembro comenzaba a entrar en mi interior.

—Y a mí me alegra escuchar eso, porque así es justo como deseo que me lo hagas —respondí, con la respiración agitada.

A pesar de sus palabras, él fue cuidadoso y contenido al principio, aunque en cuanto empujé mis caderas, él dejó de contenerse. Su miembro entraba y salía con fuerza, demostrando su necesidad y deseo por mí.

La oscuridad y calma de la noche solo rota por el crepitar de las llamas era el escenario perfecto para un momento como él que estaba viviendo. No era la primera vez que los dos hacíamos el amor, pero si era la primera vez que sentía que podía dejarme llevar, que estaba haciendo lo correcto.

La necesidad, el doloroso anhelo y la urgencia por alcanzar la cúspide me sacaron de cualquier pensamiento que no fuese agarrarle por las nalgas para obligarle a llevarme al orgasmo.

Él salió por completo de mí y volvió a entrar en mí una y otra vez hasta que logró que un sonoro gemido brotara de mis labios. Sentí que la experiencia era compartida. Que no éramos una mujer usando el cuerpo de un hombre o un hombre usando el cuerpo de una mujer para saciar su deseo. Éramos dos personas haciendo el amor. Dos personas uniendo nuestros cuerpos y almas. Dos personas dando todo lo que tenía en su interior a la otra. Dos personas demostrándose que se amaban con todo lo que tenían.

Él me penetró una vez más y las sensaciones se ampliaron, provocando que el intenso deseo se extendiera por todo mi cuerpo. La sensación era prácticamente insoportable y él debió sentir lo mismo, porque se quedó quieto.

Le miré el rostro. Sus facciones estaban tensas, su boca medio abierta y sus ojos entrecerrados. Era una vista magnífica.

—Debo parar, aunque no deseo hacerlo —dijo con voz entrecortada.

Apreté mi agarre en sus nalgas, empujándole a que siguiese moviéndose.

—No te atrevas, Arthur. No te atrevas.

—Grace, voy a… —dijo, a la vez que comenzaba a moverse.

Arthur iba a terminar en mi interior. Él quería hacerlo, pero me estaba pidiendo permiso. Imágenes de un niño pequeño parecido a Derek, tumbado en su cuna, aparecieron en mi mente y una sensación de felicidad que nunca había sentido se apoderó de mí.

—Hazlo, Arthur. Por dios, hazlo.

Como si mis palabras fuese órdenes para él, se movió de nuevo, una, dos hasta tres veces, para terminar enterrándose dentro de mí con un fuerte gemido que fue ahogado por el mío.

Mientras luchaba por recuperar el aliento, sentí una súbita calidez en mi interior.

Tras unos instantes, él se separó de mí, tumbándose a mi lado.

Se apoyó en su codo para mirarme. Me dio un beso en los labios. Mis ojos estaban comenzados a cerrarse por el cansancio y la relajación. Él se tumbó, pero me rodeó la cadera con su brazo, empujándome con cuidado para que usase su cuerpo como almohada. Apoyé mi cabeza en su dorso y mi mano dibujó círculos en su abdomen. Él besó mi cabeza mientras acariciaba mi mejilla con su dedo. El sueño se apoderó de mí.

—Duerme, preciosa. Yo siempre cuidaré de ti y de nuestro bebé —dijo entre susurros.

Probablemente, no me había quedado embarazada, pero era su forma de demostrarme que estaba conmigo a mi lado con todas sus consecuencias.

Y al día siguiente, me tocaba a mí hacer lo mismo. Porque, esa noche, lo había cambiado todo.

Capítulo 29

Estiré mis brazos mientras sentía los rayos dorados de sol colándose a través de las cortinas de terciopelo. Los recuerdos de la noche anterior llegaron a mí con fuerza, calentando mi corazón. Estiré el brazo esperando encontrar a Arthur a mi lado, pero él no estaba allí; lo único que hallaron mis dedos, fue las sábanas frías y vacías.

La decepción empezó a apoderarse mí, pero el olor a rosas frescas y cítricos que impregnaba el ambiente me distrajo.

No era mi fragancia y no era la de Arthur. Abrí los ojos para ver encima de la repisa de la chimenea apagada un ramo de flores que no se encontraba allí la noche anterior. Una nota se encontraba frente al ramo.

Me levanté con rapidez para leer la nota. La desplegué con manos temblorosas, aunque en cuanto comencé a leer las palabras, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Arthur me daba las gracias por una noche tan maravillosa. Se había tenido que marchar a atender un asunto importante, pero me invitaba a quedarme esperándole en su cama.

Ya totalmente despierta, vi una bandeja con comida que descansaba en una pequeña mesa redonda. A pesar de que no deseaba más que quedarme allí a esperarlo, no podía seguir retrasándolo más: debía ir en busca de Charles. Necesitaba que me contara lo que él sabía y descubrir la manera de salvar a Derek y a Arthur. Regresar a mi época ya no era mi prioridad: en todo caso, encontrar la manera de quedarme. Porque, si algo había descubierto la noche anterior, era que no quería separarme de Arthur y Derek.

Mientras desayunaba los deliciosos manjares que Arthur había mandado cocinar para mí, ideé una manera de salir de la mansión sin llamar la atención.

El taller de Charles Wending no se encontraba en una calle adoquinada, en una zona de la ciudad donde las casas de ladrillo georgiano se alineaban con jardines cuidados y enredaderas que trepaban por las fachadas. La zona no era una de las más lujosas de la ciudad, pero tampoco era una zona pobre. Aunque las calles no estaban tan cuidadas ni limpias como las de Mayfair, era un lugar agradable.

Llamé a la puerta y una mujer de mediana edad, vestida con un uniforme blanco y negro y que parecía ser la ama de llaves, me abrió. No la conocía, ya que la anterior vez cuando había estado allí no fue ella la que me recibió.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Buenos días —la saludé con mi mejor sonrisa—, estoy buscando a Charles Wending.

La mujer me miró de arriba abajo.

—El señor no me ha dicho que espere ninguna visita a esta hora.

—No he quedado con Charles, pero necesito hablar con él.

—Me temo que eso no va a ser posible, señorita. El señor Wending se encuentra en medio de una de sus creaciones y no puede ser interrumpido. Lo lamento. Siento no poder ayudarla.

La mujer fue a cerrarme la puerta, pero yo se lo impedí, poniendo una mano en la puerta.

—Es urgente —insistí. No había manera de que me fuese de allí sin haber hablado con Charles—. Por favor, dígale que Grace Robinson ha venido a verle. Estoy segura de que va a querer hablar conmigo. Vine hace unos días y uno de sus ayudantes me dijo que no estaba en la

ciudad, pero que le avisaría que de que había venido a verle. Seguramente, él está esperando mi visita.

La mujer dudó durante un instante.

—Por favor —supliqué, desesperada.

La mujer abrió la boca; sin embargo, antes de que una palabra pudiera salir de ella, fue interrumpida por unas voces que se escucharon a lo lejos.

—¡No puedo hacerlo! —gritó una voz varonil—. ¡Es demasiado apresurado! —El hombre parecía furioso y, entonces, me di cuenta de que esa voz me sonaba vagamente familiar.

—No tenemos tiempo —respondió otra voz de hombre, más tranquila. Tuve que agudizar el oído para escucharle. Dijo algo más, pero no lo llegué a entender—. Recuerda las enseñanzas de tu padre. Recuerda tu juramento.

—¡A la mierda el juramento! ¡Y a la mierda mi padre! —La mujer y yo pegamos un pequeño brinco al escuchar el golpe de una puerta seguido de unos pasos.

Iba a volver a pedirle a la mujer que me dejara ver a Charles, incluso pensé en aprovechar ese pequeño momento de confusión para esquivarla y colarme dentro de la vivienda. Cuando quería, podía ser bastante rápida. Sin embargo, mis ideas fueron interrumpidas cuando una figura familiar se acercó hacia nosotras.

—Disculpen —dijo el hombre.

No tardé en reconocerlo.

—¿Harvey? —pregunté, sorprendida—. Discúlpeme, ¿vizconde? —me corregí.

Las facciones de Harvey se relajaron al verme. Parecía tan sorprendido como yo, pero no tardó ni un segundo en recuperarse.

—Señorita Robinson, es un placer volver a verla de nuevo.

El ama de llaves carraspeó. Ambos centramos nuestra atención en ella.

—Por favor, ¿le puede decir a Charles que estoy aquí?

El ama de llaves miró de Harvey a mí, dubitativa.

—No se preocupe, Elisabeth, yo acompaño a la señorita Robinson mientras espera.

La mujer asintió y desapareció por el pasillo.

—¿Qué hace aquí? —pregunté—. No sabía que estaba en Londres. —No recordaba haber visto a Harvey en ninguno de los bailes. La última vez que había estado con él había sido en el cumpleaños de Arthur.

—Llegué ayer, pero por temas personales voy a tener que irme esta misma noche. Espero que esté teniendo una buena estancia en Londres.

Por alguna razón, no acabé de creerme del todo sus palabras. ¿Aunque qué razón tenía para mentirme?

—¿Conoce a Charles Wending?

—Todo el mundo conoce a Charles —respondió el vizconde con una sonrisa tranquila—. Él está haciendo un retrato de mi madre.

Sus palabras parecían verdaderas, pero entonces recordé las palabras que había escuchado minutos antes. Él parecía bastante enfadado, ¿era del retrato de su madre de lo que estaban hablando?

«Recuerda tu juramento».

¿Qué juramento? En realidad, podía ser cualquier cosa y la verdad era que no tenía tiempo para darle vueltas. Lo que Harvey y Charles tuviesen entre ellos no era problema mío.

—Señorita Cook, el señor Charles dice que pase. —La voz de la ama de llaves interrumpió nuestra conversación. Ella me hizo un gesto para que la acompañara.

—No la retengo más tiempo. —Harvey se despidió con una reverencia.

No fue hasta que no estaba llegando a la estancia donde Charles tenía el taller, que me di cuenta de que Elisabeth me había llamado por mi apellido real. ¿Y si Harvey se lo decía a Arthur? Sin embargo, él no parecía sorprendido. Tal vez, ni siquiera se había dado cuenta.

La ama de llaves me llevó hasta una estancia amplia, llena de ventanales. Ella se marchó sin decir nada.

En el centro de la habitación se encontraba el caballete principal sobre el cual descansaba un lienzo en blanco. Charles parecía ajeno a mi presencia mientras aplicaba con cuidado trazos de color, creando una imagen que iba tomando vida ante mis ojos.

No me atreví a abrir la boca, completamente impresionada. Puede que Charles Wending fuese el hombre que podía tener las respuestas que necesitaba, pero, sobre todo, era un pintor que en mi siglo era recordado por sus obras. Obras que costaban millones.

En su época no era pobre, como les había sucedido a otros artistas, aunque tampoco nadaba en dinero. Ni siquiera en ese momento que se estaba comenzando a popularizar entre los aristócratas.

Al cabo de un rato, bajó el pincel que goteaba pintura en el suelo, pero no le importó. Se giró para mirarme.

—Buenos días, Grace —me saludó con una sonrisa—. ¿Me permite tutearla? —Moví mi cabeza en un asentimiento—. Vamos, entra. Elisabeth me ha dicho que te urge hablar conmigo. Siento decirte que no puedo hacerte el retrato. Como ve —señaló a su alrededor —, tengo demasiado trabajo. —A pesar de sus palabras, pude ver en su rostro que él sabía que no estaba allí por un encargo.

Me adentré en la estancia, la puerta cerrándose detrás de mí.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunté directamente. Andar con sutilezas no era mi estilo.

—Te presentaste en la fiesta.

—Mi verdadera apellido, ¿cómo sabes cuál es?

Charles no respondió, sino que se limitó a continuar trabajando en el lienzo que tenía frente a él. No había manera de que fuera completamente inocente, él me había llamado por mi verdadero apellido, uno que nadie más que yo conocía. Todos creían que era Grace Robinson.

Di unos pasos hacia él y mis sospechas aumentaron cuando fijé mi mirada hasta su antebrazo y vi la tinta trazada en su piel. No tardé en reconocer el tatuaje: una rosa cuyo tallo estaba atravesado por una daga. El mismo que Thomas, el médico que me había atendido el primer día que llegué a la casa de campo, tenía. La misma inscripción que había visto en la moneda que llevaba mi hermana Heather.

No podía ser una casualidad. Todo estaba conectado.

Los ojos verdes de Charles bajaron hasta el punto en el que estaban los míos. Tiró el pincel al suelo y me enseñó su antebrazo para que pudiese verlo mejor.

—Has visto antes el tatuaje. —Aunque pudiese sonar como una pregunta, era una afirmación.

—Se lo vi a Thomas, el médico que me atendió en la casa del duque de LowCastle —expliqué, a pesar de que él parecía saber muy bien de que le hablaba—, y lo vi en la moneda que… En la moneda. —No sabía si era buena idea hablarle sobre mi hermana Heather, no cuando no acababa de entender la implicación que tenía ella en todo esto.

—¿No se lo viste a tu padre? —inquirió con curiosidad.

Fruncí el ceño, sin entender qué tenía que ver mi padre con todo aquello. ¿Él también había tenido un tatuaje en su antebrazo?

—Mi padre nos abandonó cuando era muy pequeña.

—Ya veo —dijo, haciendo un además con la mano—. Este tatuaje lo llevamos con orgullo los miembros de la sociedad secreta de la Rosa y Daga.

Vamos, una secta. ¿Mi padre pertenecía a una secta que por lo visto llevaba en vigor varios siglos?

Él esperó en silencio unos instantes, pero como no dije nada, continuó hablando.

—Donde sí lo viste fue en la moneda que te trajo hasta aquí. Lo que me pregunto, Grace, es porque viajaste en el tiempo si no eres la elegida y si ni siquiera sabes nada sobre nosotros.

—Eso era lo que esperaba que tú me respondieses.

Charles suspiró dramáticamente.

—Me temo que no puedo responder esa pregunta.

Él no parecía dispuesto a ayudarme. Respiré hondo, intentando encontrar las preguntas correctas, aquellas que me llevasen a sacar algo en claro. Para darme unos segundos para pensar, miré a mi alrededor. Había varios cuadros, pero solo uno de ellos llamó mi atención.

Estaba apoyado contra la pared. Parecía haber sido pintado hacía poco, aunque, a diferencia de lo que me había dicho Charles en el baile, estaba terminado. Me acerqué para verlo con más detenimiento. Lo había visto en una foto, no al natural, y era mucho más imponente en persona y completamente realista.

Podía ver la tristeza en los ojos de Arthur y podía ver reflejado la personalidad introvertida en Derek, con esa apatía y desconfianza en su forma de posar. Sin embargo, le faltaba un detalle. Uno que me había dado cuenta al ver a Derek en persona por primera vez y que, ahora, sabía que no era una simple coincidencia.

—¿Por qué no le has dibujado la cicatriz? —le pregunté a Charles, mientras me acariciaba por inercia el interior de mi mano, donde se encontraba mi marca, con mi dedo pulgar.

No esperaba que Charles me respondiera, no de esa manera.

—Porque es la marca del diablo. Nunca ensuciaría así una de mis pinturas.

—¿La marca del diablo? —repetí, horrorizada, ejerciendo más presión en cicatriz que se encontraba dentro de mi mano—. ¿Tú también has hablado con el padre Murray? —A pesar de que lo hice sonar como una pregunta, era una afirmación. Por supuesto que había hablado con él, ¿quién más le iba a meter esas tonterías en la cabeza?—. Eso no son más que habladurías —espeté, enfadada.

Charles chasqueó la lengua, claramente molesto.

—Cómo has averiguado, el padre Murray es un loco, pero uno que ha sabido ver la verdad. El diablo siempre busca maneras de regresar a la tierra. Él no puede hacerlo, así que ha enviado a su progenie.

—¿Me estás diciendo que piensas que Derek es el hijo del diablo? —pregunté, aunque no me podía creer que él de verdad pensase esa tontería—. ¿Por una marca de nacimiento en su rostro?

—Y porque mató a su madre al nacer.

Pero qué estupidez estaba diciendo.

—La madre de Derek se suicidó. ¿Cómo iba a matarla él si tenía horas de vida?

—Eres más ignorante de lo que pensaba. Aunque, eso no es malo del todo. A la gente ignorante se le puede hacer ver la luz. —Me miró en silencio unos segundos, pero como dije nada, continuó hablando: —Él la obligó a hacerlo porque según lo vio supo lo que era. Él no podía permitir que ella lo delatase, así que manipulo su mente, obligándola a suicidarse, pero Rebeca era una mujer de fe y fue advertida por Dios de los intentos del engendro. No obstante,

era tarde, no podía salvar su vida, pero si llevarse al engendro con ella. No lo logró.

—Lo primero, deja de llamar engendro a Derek —exigí con mi voz más feroz, pero él ni se inmutó—. Y ahora, dejame ver si lo entiendo —dije, intentando no perder los nervios del todo—. Derek, con horas de vida, usó sus poderes telepáticos para obligar a su madre enferma mental a suicidarse porque ella descubrió su oscuro secreto. El bebé recién nacido, en vez de preocuparse por comer, o descansar, que suele ser lo normal, maquinó un plan elaborado en el que incluso manipuló la mente de su padre para que apareciese en la habitación para salvarlo. Reconozco que la historia tiene gancho y oye, para un película en Netflix, puede ir bien. —Charles enarcó una ceja—. Perdón, nunca me acuerdo que en este siglo vais más atrasados. Para que lo entiendas, para el argumento de un libro. Pero así, como idea loca, ¿no puede ser que la enfermedad de la madre de Derek se viese seriamente perjudicada por los cambios que le suceden a las mujeres en el embarazo y durante el parto?

Charles no se molestó en invalidar mi argumento. Lo desechó como si fuese basura.

—Cuando Thomas me dijo que había viajado en el tiempo y no eras la elegida, me enfadé mucho, muchísimo. Pero, después, pensé que igual no era algo tan malo. Has pasado tiempo con él, Grace. Has tenido que ver las señales. Has tenido que sentir como te manipulaba. El diablo eligió a Rebeca porque era una mujer de fe, una con la mente trastornada, pero ella era más fuerte de lo que parecía.

Charles estaba convencido de sus palabras. Puto chalado.

—Tú también tienes ese poder. ¿Puedes manipular a las personas con la mente?

—Ese poder solo lo tiene el diablo y sus engendros.

—Es una pena, porque así podrías usarlo para leer mi mente y no tendría que mandarte a tomar por culo. ¡Puto chalado de mierda! —exploté, siendo incapaz de aguantar durante más tiempo.

Charles suspiró.

—No conozco el significado de todas las palabras que me has proferido, ¿pero soy osado si me atrevo a decir que me has insultado?

—No, no lo eres. Y para que lo sepas, Derek no me está manipulando. Y no he visto ninguna de esas señales que dices. Lo único que he visto es un niño precioso y bueno. Uno al que amo como si fuese mi hijo.

Él negó con cabeza.

—Y eso es una verdadera lástima. Porque, si la elegida falla, tú eres la encargada de matarlo antes de que termine con la raza humana. Y veo que no estás preparada para llevar a cabo el destino al que estás predestinada.

—¿Matarlo? ¿Te has vuelto loco? ¿Eso es lo que sucedió, que uno de tu secta mató a Derek y a su padre?

—Arthur no es nuestra prioridad, pero ese es otro cabo suelto que tendremos que resolver según parece. Al igual que tú, ambos deberíais haber sido instruidos para realizar vuestro cometido. Pero, desgraciadamente, no fue así. —Charles hizo una pausa mientras yo intentaba no entrar en pánico. Aquello era una completa locura—. Aún estás a tiempo, Grace —dijo, su voz pausada—. No debes interponerte en lo que debe suceder, pero debes intervenir si hay algún contratiempo.

—¡Lo que voy a hacer es poner a Arthur en sobre aviso de que una panda de chalados quiere asesinar a su hijo! —Di un paso hacia él, enfurecida—. ¡No vais a ganar! ¡No está vez!

Charles no pareció inmutarse siquiera ante mi estallido de ira. Él hablaba de asesinar a personas a sangre fría con indiferencia.

—Mala elección —dijo, chasqueando la lengua—. Tenías la oportunidad de ayudar en una buena causa y pasar a la posteridad. Ibas a hacer algo bueno, Grace. No todos pueden ser héroes, supongo. —Se encogió de hombros y apartó la mirada de mí, centrándola de nuevo en su pintura —. ¡Necesito un pincel! —gritó.

¿Qué decía ahora de un pincel? Si tenía decenas de ellos… Maldita sea, no había ni un solo cuerdo.

—¡He dicho que necesito un pincel! —exclamó con más fuerza

Una puerta se abrió abruptamente. No era la puerta principal, sino una que ni siquiera había visto. Un hombre vestido completamente de negro salió de ella. ¿Qué narices estaba pasando? Charles le hizo un gesto, señalándome con la cabeza.

—Acompáñale, Grace.

¿Acompañarle? ¡Y una mierda!

Charles debió de ver mis reticencias.

—Confía en mí, es mejor que hagamos esto por las buenas.

El hombre fue a agarrarme del brazo, pero yo retrocedí un par de pasos, impidiéndoselo.

—Llévala al sótano y deshazte de ella —ordenó Charles.

Iban a matarme, tenía que pensar en algo y rápido. Como respuesta divina, la puerta principal se abrió y Harvey apareció por ella. No pareció sorprendido por la escena que se encontró frente a él. Quizá se lo tomó como una de la excentricidad de Charles, o pensó que iba a hacer un trío con los dos. Fuera como fuese, esa era mi salida.

—Charles, no encuentro mi sombrero. ¿Me lo he dejado aquí?

No esperé a escuchar la respuesta de Charles, porque aproveché la distracción para escabullirme por la puerta y eché a correr por el pasillo hasta la salida de la casa. Afortunadamente, nadie me persiguió.

Capítulo 30

Locos, chalados, panda de cobardes que se escudaban en la religión y falsas profecías para querer asesinar a un pequeño que no había hecho daño a nadie. ¡¿Cómo se atrevían?!

Había logrado escapar de milagro. Gracias a que Harvey había regresado cuando el amigo de Charles iba a llevarme al sótano para asesinarme. Si él no llega a haberse olvidado del sombrero, yo estaría muerta. Posiblemente, no debería haber salido con tanta rapidez de allí y haber esperado a Harvey para contárselo todo, pero Arthur se merecía que él fuese el primero en enterarse.

Harvey posiblemente me tomase como una chalada, pero Arthur me creería. A esas alturas, él lo haría. Arthur confiaba en mí.

Bajé del carruaje sin esperar a que el cochero me ayudase. Estaba histérica, fuera de mí. Si alguien se atrevía a tocar un solo pelo de Derek, descubrirían lo fuerte y sanguinaria que podía llegar a ser.

¿Derek iba a fallecer porque una secta se pensaba que era el hijo del diablo? Por encima de mi cadáver.

En cuanto el mayordomo me abrió la puerta, fui en busca de Arthur. Si él no había llegado, le esperaría en su despacho. El mayordomo dijo algo detrás de mí al ver que no subía por las escaleras y giré por el pasillo a la izquierda, pero no le entendí. Y no me detuve, ya que el tiempo apremiaba.

No sabía si los chalados del tatuaje de la rosa atravesada por una daga iban a venir a por mí. No temía por mi vida, pero temía que, conmigo muerta, se saliesen con la suya. No lo permitiría.

La puerta del despacho estaba cerrada, aunque cuando giré el pomo, se abrió. Arthur se encontraba allí, sentado en la silla, frente a su escritorio. No obstante, no estaba solo. Otro hombre se encontraba sentado frente a él. Se levantó en cuanto me vio, aunque Arthur continuo sentado.

El hombre era joven. No muy alto y delgado. Vestido de manera elegante, pero de manera diferente a la que lo hacían los ingleses. No me detuve demasiado a pensar en ellos, ya que tenía asuntos más apremiantes que discutir.

—Disculpadme —dije, sin adentrarme en el despacho—, no quería molestar, pero tengo un asunto que tratar con su excelencia.

—No se preocupe —me respondió el joven con una mueca tensa en sus labios—, yo ya me iba.

—Espere —Arthur impidió que el hombre se dirigiera hacia la puerta—, déjeme presentarle a la niñera de mi hijo.

En cuanto centré mi atención en Arthur, me di cuenta de que algo no iba bien. Podía percibirlo en la forma en la que evitó mirarme o en el ligero fruncimiento de sus cejas.

—Encantado —me dijo el joven, haciéndome una torpe reverencia. Era americano, sus ropajes me habían dado una pista, pero su acento me lo confirmó.

—Tengo el placer de presentarle a Ernest Robinson. —Arthur se levantó y señaló al joven —. El señor Robinson ha venido desde Nueva York para informarme del fallecimiento de su hermana, la señorita Grace Robinson.

En cuanto las palabras salieron de su boca, palidecí. Hice mi mayor esfuerzo para no caerme al suelo. Aquel era el peor escenario. Justo cuando iba a contarle toda la verdad, él me descubría

y de la manera más cruel. Sentí lástima por la joven que había suplantado. No había pensado mucho en ella, aunque siempre creí que se había escapado y que se encontraba sana y salva.

—Siento su pérdida —le dije a Ernest con voz temblorosa.

Este aceptó mis disculpas con un breve asentimiento de barbilla.

—¿Sabía que la hermana de Ernest iba a ser la niñera ocasional de Derek? —me preguntó con una sonrisa tirante. Cualquiera que no lo conociese tan bien como yo, no vería nada en su fría actitud, pero yo lo hacía. Él estaba furioso y, lo que era peor, decepcionado conmigo—. Pero falleció en un accidente de caballo días antes de que zarpase el barco que la traería a Inglaterra.

—Lo siento —repetí en un hilo de voz.

—Gracias, señorita… —Ernest hizo una pausa, esperando que Arthur o yo le dijésemos mi nombre, pero como no lo hicimos, continuó hablando—. Estoy agotado del viaje. He venido directamente desde el puerto. Necesito ir al hotel a lavarme y descansar. ¿Nos reuniremos esta semana? —le preguntó Ernest a Arthur.

—Iba a regresar mañana a mi casa de campo. Sin embargo, puedo retrasarlo un par de días —contestó Arthur—. ¿Mañana a primera hora aquí? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una orden.

Ernest asintió y se despidió. Desconocía la razón y por la forma en la que se había dirigido a mí, dudaba que tuviera alguna sospecha de que había suplantado la identidad de su hermana, pero estaba claramente incómodo. En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, sentí como si la habitación hubiese empequeñecido.

Cada segundo que nos manteníamos en silencio, notaba como una gota de sudor recorría mi frente. Arthur me observaba con una mirada penetrante, acusadora, pero, sobre todo, con dolor. Un dolor que amenazaba con arrasar con todo: con los momentos bonitos que habíamos vivido, con las confesiones, incluso con el amor que él me profesaba.

El peso del silencio era tan abrumador que ni siquiera los fuertes latidos de mi corazón lograron apaciguarlo.

Me mordí el labio inferior buscando las palabras correctas, esas con las que lograse apaciguar un poco su dolor, uno que se vería incrementado cuando le contase el peligro que corría Derek. Mis músculos se tensaron y un nudo se alojó en mi garganta.

Carraspeé para lograr deshacerme de él y poder hablar. Arthur me miraba aún con más intensidad, como si estuviese intentando leer mi mente. Como si él mismo quisiese encontrar una razón que justificase mis acciones.

Mire el reloj sé la pared, el cual parecía que marcaba cada segundo con una lentitud cruel. El tiempo parecía querer quedarse parado en ese momento, y posiblemente, sería así, porque me temía que mi relación con Arthur ya nunca sería la misma.

¿Cómo iba a confiar en mí cuando le había mentido una y otra vez? Pero tenía que intentarlo. Por Derek.

—Arthur, escúchame —comencé, aunque fui interrumpida por su mano golpeando la madera de su escritorio.

—Para usted, soy su excelencia. —La frialdad en su voz congeló la sangre de mis venas.

—Excelencia —me corregí, frotando mis manos entre sí para calmarme—. Sé que está enfadado, pero…

—¿Lo estoy? —volvió a interrumpirme—. ¿Y por qué cree eso, señorita…? —Se puso una mano en la barbilla, como si estuviese pensado—. Lo había olvidado, no sé su nombre.

—Grace Cook.

—Por lo menos, no me ha mentido en su nombre. Una verdad entre tanta mentira.

Él estaba siendo cruel, pero podía entenderlo. Acababa de descubrir que había suplantado la identidad de otra persona. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía haber hecho? No había tenido otra opción. Y cuando había decidido decirle la verdad, ya había sido demasiado tarde.

—No le he mentido en mis sentimientos. —Di un paso hacia él e iba a dar otro más, pero cuando Arthur levantó una de sus manos, pidiéndome distancia, me detuve—. Ni en mi amor a usted y a Derek.

—Le exijo que deje a mi hijo fuera de esta conversación. Lo único que tengo claro es que es usted una cazafortunas. Y casi le funciona su farsa. He sido un incrédulo, milady. La he creído. Estaba dispuesto a convertirla en mi duquesa. —Tragué saliva con fuerza—. ¿Qué clase de mujer es que se hace pasar por una muerta?

—No era mi intención, Ar… excelencia —me corregí con rapidez—. Me confundió con Grace Robinson y yo me encontraba en una situación difícil. No supe reaccionar.

Él emitió un bufido de incredulidad.

—Tal vez podría creerla si no fuese porque portaba consigo la carta que el padre de la fallecida señorita Robinson escribió antes de que ella muriese. La carta que debía haber llevado ella consigo si hubiese podido viajar.

—¿Qué carta? —pregunté con confusión.

—No se haga la necia —dijo, elevando la voz de nuevo. Él intentaba, sin éxito, controlarse —. Ruth la encontró en el bolsillo de su vestido. Reconozco la letra del señor Robinson. No era una falsificación, y si lo era, era una muy buena, de alguien que conoce muy bien al señor Robinson, su letra y su manera de escribir. ¿Cómo la consiguió? ¿Se la robó?

—No tengo ni la menor idea de lo que me está hablando.

¿Por qué Ruth le entregaría una carta a Arthur diciendo que yo la llevaba conmigo cuando no era cierto? ¿Estaba Ruth relacionada de alguna manera con lo que le iba a sucederle a Derek? No me entraba en la cabeza, ya que ella era la única empleada en la casa de campo que trataba al niño con amor.

—¿Ni siquiera tiene la decencia de reconocer las evidencias? —me preguntó Arthur, quien no me creía.

—Excelencia, que yo no sea la verdadera Grace Robinson y quien soy yo en realidad y mis intenciones, es lo de menos —traté de hacerle entrar en razón, aunque mi corazón estuviera destrozado después de sus acusaciones—. Hay algo que es más apremiante, algo…

—No quiero seguir escuchándola —enfatizó sus palabras con un ademán de su mano—. No quiero que se acerque a mí ni a mi hijo. Pese a que mi deseo es echarla de mis propiedades y de mi vida, no puedo hacerlo. Si Dios no se apiada de mí y la he dejado embarazada, no permitiré que mi hijo sea criado por una mujer como usted, sin valores y despiadada. Será enviada a mi propiedad en Cornualles y se quedará allí hasta que me asegure de que no está encinta. Dará a luz y será recompensada con dinero y una propiedad, pero yo cuidaré del niño.

Sus palabras eran despiadadas, pero hice acopio de todo mi autocontrol para no tenérselas en cuenta. Sus palabras eran fruto del sufrimiento, uno que no tendría si no me amase.

—Arthur —dije, dando un par de pasos para acercarme a él.

Él retrocedió otros dos.

—Suba a su habitación, esperé a que vayan a buscarla. Puede llevarse toda la ropa y accesorios que le he comprado.

—No quiero la ropa ni ningún otro bien material —espeté, elevando la voz—. Arthur, por favor, escúchame. —Estiré el brazo, en un intento desesperado de acercarme a él. Pero, como respuesta, se alejó otro paso.

—Salga de mi despacho.

—Ar…

—Por favor, Grace —me interrumpió—, si hay algo de compasión en su interior, márchese.

Esta vez no pude obviar su súplica. No cuando sabía el daño que le había hecho.

Salí del despacho y me dirigí a mi habitación. Frente a la puerta cerrada, se encontraba Derek.

Respiré hondo para calmarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, controlando mi voz—. ¿Rachel está en la habitación infantil?

No me respondió, tal y como esperaba, lo que no me esperaba era que se lanzase a mí brazos. El pequeño abrazó mis piernas y yo le acaricié la espalda. Él me estaba abrazando por primera vez, permitiendo que le tocase. Se estaba despidiendo de mí.

Las lágrimas comenzaron a brotar por mis ojos. Me mordí el labio inferior para no sollozar. Cuando estuve segura de que estaba lo suficientemente serena, me separé del niño, limpiándome los ojos con las manos.

—¿Sabes que te quiero, verdad?

Él asintió.

—Vas a estar a salvo. —Me aseguraría de ello. No sabía cómo, pero lo haría—. Y aunque no pueda estar a tu lado, siempre me acordaré de ti.

Derek sonrió como respuesta. Una sonrisa genuina, como si verdaderamente creyera mis palabras, aunque no estaba segura de que pudiese entenderlas.

—Adiós, Grace. —Sin esperar a que le respondiese, se marchó por el pasillo, de regreso, esperaba que, a la habitación infantil.

Él debía habernos escuchado a mí y a su padre discutir. No entendía en que momento alguien podía pensar que ese niño era malvado. Como alguien podía odiarle solo por tener una marca de nacimiento. Era absurdo en sí mismo.

Entré en mi habitación, me tiré en la cama y lloré, lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Después, me senté en la cama. No podía quedarme allí, debía marcharme antes de que viniesen a buscarme. Si no era por orden de Arthur para que me llevasen a Cornualles, sería alguien enviado por Charles. Tenía que regresar a Sutterland, allí habría varias personas que podían responder a algunas de mis preguntas, o eso esperaba.

Sin dinero y sin recursos, mis opciones eran limitadas. Me escapé a hurtadillas de la casa de Arthur. Solo había una persona que podía ayudarme, una persona que no iría corriendo donde Arthur a delatarme. Solo esperaba que se encontrase en su casa.

Capítulo 31

Alfred me dejó su carruaje para hacer el viaje hasta Sutterland. Él demostró ser un buen amigo. No me hizo preguntas, ni me pidió ninguna explicación. Se limitó a dar órdenes a su cochero de que se asegurase de que llegaba sana y salva a mi destino.

Tarde tres días en llegar, pero no fui a la casa de campo, sino que me dirigí a la posada. Necesitaba hablar con Audrey. De alguna manera, había sentido que ella me reconocía o que le sonaba familiar. La tatarabuela de Margot regentaba la posada del pueblo.

El cochero, siguiendo mis órdenes, se detuvo fuera de la posada. A diferencia de en la de mi siglo, la fachada no era muy llamativa, aunque si te fijabas bien, podías ver detalles encantadores. Las vigas de madera blanca sobresalían de las paredes blancas y envejecidas, y macetas llenas de flores de colores vivos adornaban las ventanas. Un letrero oscuro con letras doradas anunciaba el nombre de la posada Dulces Rosas.

El nombre no se había perdido con el tiempo. Al cruzar el umbral, me encontré con un ambiente cálido y acogedor. Evidentemente, el interior era completamente diferente. Mesas de madera pulida estaban divididas por la estancia, cada una de ellas decorada con candelabros y manteles blancos.

No vi a Audrey, pero sí que reconocí a su marido. Él estaba sirviendo una jarra de cerveza a un hombre. Mi pulso se aceleró cuando vi que llevaba la camisa arremangada y el tatuaje de la secta decoraba su antebrazo. Él no me vio, o si lo hizo, no me prestó atención, pero yo sabía que corría peligro allí. Era uno de ellos. Uno de los que querían a Derek muerto.

Me giré para marcharme, pero una mano me agarró del brazo. Audrey estaba frente a mí.

—Sígueme, Grace —me pidió cuando me deshice de su agarre.

Como vio que no le seguía, se levantó las mangas de la camisa para demostrarme que no llevaba ningún tatuaje, pero eso no era suficiente para que confiase en ella.

—Margot me avisó que vendrías en mi busca.

Margot era su tataranieta, ¿cómo había hablado con ella? Aunque, sí yo lo había hecho…

La seguí a la cocina donde no había nadie. Sin embargo, desde la puerta abierta que daba a unas escaleras se escuchaba una risa infantil. Yo había escuchado esa risa antes.

—Dan al sótano. A mis hijos Alvin y Lizbeth les gusta jugar allí.

Yo había estado en ese sótano y había escuchado esa risa. Lo había aquella mañana en Sutterland, horas antes de que Lucy, la hija de Margot, me hubiera echado de la posada. Fui a bajar, pero Audrey me detuvo, sujetándome del brazo.

—Margot confía en ti. Ella confía en que tú salvaras a Derek. Tal vez, ya lo hayas hecho.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, soltándome de su agarre.

—Margot te envió para que evitases lo inevitable. Ella cree que, tal vez, solo con haber viajado a esta época, ya hayas cambiado el pasado.

—¿Conoces a Margot?

Audrey suspiró.

—Ella es mi tataranieta. Ha venido a visitarme varias veces. Ella ha roto las reglas para asegurarse de que viajas a esta época.

—¿Qué reglas? —pregunté. Estaba tan confundida.

—Has visto el tatuaje de mi marido. Él está criando a nuestros hijos para que pertenezca a la sociedad de la rosa y la daga. Ellos se consideran los encargados de que el diablo no regrese a la

tierra. Luchan en todas las épocas para evitarlo. En esta ocasión la elegida debe matar al engendro del diablo.

—No estoy comprendiendo la mitad de lo que me estás diciendo.

Se oyeron los lloros de una niña y las risas de un niño en el sótano.

—Me estoy quedando sin tiempo. —Audrey tragó saliva—. Mi marido no puede descubrir que he hablado contigo.

—Es una locura. —Negué con la cabeza, desesperada por intentar entender algo de lo que estaba pasando—. Derek no es el hijo del diablo, pero ¿por qué Margot se aseguró que viajase en el tiempo si no soy la elegida?

—Porque ella ha dejado de confiar en la sociedad secreta. Cree que sus métodos son arcaicos. Matar al hijo del diablo solo provocará que el diablo lo vuelva a intentar. —Audrey hizo una pausa—. Margot cree que todos tenemos bondad en nuestro interior, incluso hasta los seres más despiadados. Ella está convencida de que el futuro se puede cambiar. Educando con amor y cariño al hijo del diablo y logrando que su bondad domine el mal que hay en su interior, esa es la manera de vencer al diablo. Y Margot tiene la seguridad de que tú eres la perfecta para eso. Yo no te conozco, pero confío en Margot. Sobre todo, si con eso se salva la vida del niño.

—Derek solo es un niño, ¡por el amor de dios! —exclamé, horrorizada, dándome cuenta de que acababa de levantar la voz más de lo que debería.

—Nació del vientre de una mujer de fe —dijo Margot—, no le gusta entrar en las iglesias, no permite que le toquen, los animales le temen, las arañas son sus amigas, no le gusta mojarse, y el lago se teñirá de rojo y los peces yacerán muertos. Todas ellas son señales del diablo. Él lo envió a la tierra, como envió a otros antes que él y como enviará a más. La sociedad se encarga de ellos, pero no es la solución. Mi marido me ha contado que, según las escrituras que tienen en su poder, el diablo solo puede enviar un hijo a la vez, ni siquiera el diablo puede matarlo. Solo puede hacerlo la elegida, con la daga sagrada. Si con tu crianza Derek se convierte en un buen hombre, el diablo habrá perdido y no enviara a más cuando Derek fallezca. No cuando se les puede cambiar. Ningún niño más tendrá que morir. Soy madre, no me importa la naturaleza de mis hijos, siempre les amaré.

—¿Y su marca de nacimiento no debería ser el número 666 detrás de la nuca en vez de una medio luna en la mejilla? —pregunté con sarcasmo, a pesar de que Audrey estaba de mi lado. Ella quería salvar a Derek por razones diferentes a las mías pero quería salvarlo, que al final del día es lo que importaba.

Ella solo se me quedó mirando. Analicé todas sus palabras para darme cuenta que todas esas señales coincidían con actitudes de Derek. Todas, menos la última. Pero eso no lo convertía en el hijo del diablo.

No iba a poder hacerla cambiar de idea, me estaba quedando sin tiempo, y necesitaba saber cómo salvar a Derek de los locos de la secta.

—¿Quién es la elegida para matar a Derek? —pregunté, mi corazón encogiéndose, porque ya sabía la respuesta.

—Heather, tu hermana. Ella llegará en el eclipse lunar con la única misión de matar al niño Solo ella puede hacerlo, ya que solo la elegida puede portar la daga sagrada. Únicamente clavarle esa daga en el corazón lo matará y, únicamente, será posible en el eclipse lunar.

No podía entender cómo mi hermana era capaz de hacer algo así. Heather era una buena persona, una que jamás dañaría a nadie y, mucho menos, a un niño. No podía creerlo, pero los miembros de la secta lo creían así.

—¿Cómo es esa daga?

Ella no respondió, porque su hija subió por las escaleras llorando.

—Mamá, me he hecho sangre —dijo, levantándose el vestido para enseñar una herida que sangraba en su rodilla.

—Ve a la habitación y ahora voy a limpiártelo —le dijo Audrey tras observar la herida, que no parecía ser nada importante—. Alvin, acompaña a tu hermana —le pidió a su hijo, que subía por las escaleras con cara de no haber roto un plato.

Mientras los niños se marchaban, caí en la cuenta que el día que había estado en el solano había escuchado las risas y visto la sangre. ¿Y si la sangre era de la niña no de Heather? ¿Y si en ese momento en mi época estaba sucediendo esta conversación en el pasado? No coincidían las fechas y, además, yo no podía estar en dos lados a la vez. Todo era confuso, pero no podía negar que era una pista. Una pista enorme de que Audrey me estaba diciendo toda la verdad. O, todo lo que ella creía que lo era.

—Es fácil de reconocer. La empuñadura está decorada con piedras preciosas en forma de rosa —respondió a mi pregunta en cuanto los niños se marcharon y me sacó de mis pensamientos.

La descripción coincidía con la daga que Heather portaba la noche del eclipse, cuando nos encontramos.

—Mi hermana jamás haría eso. Es absurdo —balbuceé, incapaz de creerlo.

Audrey me miró con compasión.

—Ella lo hará, es su destino.

—Conozco a mi hermana, ella es bondadosa. Nunca hará algo así por mucho que hayan intentado manipularla.

—Nunca conocemos del todo a las personas, Grace. Ella lo hará. En realidad, ya lo hizo —se corrigió, confundiéndome. —El pasado y el futuro se unían entre sí—. Pero Margot confía en que tú cambiarás las cosas. ¿Ha cambiado algo en la actitud del pequeño desde que llegaste?

Aunque seguía sin estar de acuerdo con ella, asentí.

—Derek me ha abrazado, él me ha permitido tocarle.

Ella sonrió.

—Quizá, al final, Margot tenía razón y tú eres la verdadera elegida. La elegida que usará el amor en vez de la violencia para derrotar al diablo. Ya has cambiado al niño, igual has logrado cambiar su futuro.

Aunque tenía millones de dudas, no había podido seguir preguntándole, ya que su marido le había llamado y esta me había hecho salir de la posada por una puerta trasera. Estaba aún más confundida que cuando había llegado.

Quedaban cuatro días para el eclipse lunar. Derek y Arthur continuaban en Londres o quizá ya estaban de viaje, no podía saberlo con exactitud.

¿Mi hermana iba a matar a Derek?

Era absurdo en sí mismo, pero lo peor era que todo estaba empezando a tener sentido en mi cabeza. Y eso me convertía en una chalada. Pero, si ser una chalada ayudaba a que Arthur y Derek no falleciesen, así sería.

Porque, en esos momentos, confiaba en que yo había cambiado a Derek y que por eso Charles me quería muerta, para que no pudiese seguir cambiándolo. Para que no pudiese salvarlo.

Pedí al cochero que me dejase en la casa de campo del duque. No tenía otro sitio al que ir y, además, Ruth y yo teníamos pendiente una conversación. Pero, antes, necesitaba encontrar la carta que supuestamente yo llevaba en mis bolsillos el día que viajé.

Me despedí del cochero y me dirigí a la puerta. El mayordomo me dejó entrar. Para mi sorpresa, no me hizo ninguna pregunta ni se mostró descortés. Era como si hubiese estado esperando que yo llegase.

La habitación que había usado durante mi estancia allí estaba preparada para mí. Había dejado alguno de los vestidos que me habían prestado allí, algo que era bueno, ya que no llevaba conmigo equipaje y llevaba días con el mismo vestido. Me cambié. En vez de ir en busca de Ruth, me dirigí al despacho de Arthur.

Giré el pomo y la puerta estaba abierta, algo que agradecía aunque estaba preparada para abrir la cerradura, porque había sido una de las habilidades de Heather durante la etapa rebelde de su adolescencia que me había enseñado.

El despacho estaba tal y como lo recordaba. Fui directamente al escritorio. Los cinco cajones tenían cerradura, pero cuatro estaban abiertos. En ninguno de ellos se encontraba la carta. Me quité la horquilla de mi cabello, una de las que me había comprado en Londres.

Una fina pieza de metal adornada con una pequeña rosa de porcelana. Mientras la sostenía en la mano, caí en la cuenta de que las rosas me perseguían. El nombre de la posada, una de las palabras del nombre de la secta, y ahora, esa horquilla que yo misma había elegido.

«Pequeña rosa, nunca lo olvides, el destino no está escrito. No importa lo que te digan. Crea un destino diferente».

Las palabras llegaron a mi mente, trayendo con ellas un tsunami de sensaciones. Pequeña rosa, así era como mi padre me llamaba. No lo había recordado hasta ese momento. Todos los recuerdos sobre mi padre habían llegado allí, en Sutterland, una vez viajé al pasado.

Escuché unos pasos pasando por el pasillo que me sacaron de mis pensamientos. Había cerrado la puerta, pero me quedé inmóvil, sin ser capaz de mover ni un solo músculo hasta que los pasos pasaron de largo.

Me puse de cuclillas y, con manos temblorosas, inserté la punta de la horquilla en la cerradura y comencé a aplicar una ligera presión. La horquilla se dobló ligeramente bajo la presión, pero continué, era cuestión paciencia.

Al final, la cerradura cedió bajo un ligero clic. El sonido de algo cayéndose al suelo y rompiéndose a lo lejos, provocó que me asustase y me desestabilizase. Para no caerme, sujeté mis manos en el bordillo del escritorio, moviéndolo. Tras unos segundos, me puse de pie y me di cuenta de que, por el movimiento, el tintero se había caído, manchando el escritorio. Era la misma mancha que vi en el escritorio en mi época.

Sin comprobar lo que había en el interior del cajón, me puse de pie.

¿Si la mancha la había provocado yo, eso significaba que ya había estado allí? ¿Qué lo que estaba sucediendo en ese momento ya había sucedido? ¿Significaba que no había sido capaz de salvar a Derek y su padre?

No sabía qué pensar, la cabeza me estallaba, pero sí había algo que tenía claro.

—No he cambiado el pasado —dije en voz alta, sin ser consciente de ello.

—No lo has hecho, pero lo harás —me corrigió una voz femenina.

Con la conmoción, no me había dado cuenta de que la puerta del despacho se había abierto y Ruth se encontraba allí, mirándome fijamente.

—¿Y cómo haré? —pregunté, a la vez que me sentaba en la silla de Arthur—. ¿Cómo salvaré a Arthur y a Derek?

—Matando a tu hermana.

Si no hubiese estado sentada, me habría caído en ese mismo momento al suelo. Abrí la boca y fui completamente incapaz de decir nada.

—Para que Derek sobreviva, debes matarla. Si no lo haces, ella te matará a ti y después matará a Derek.

—Eso no sucederá —dije con voz ronca, sintiendo cómo mis ojos comenzaban a humedecerse—. Heather nunca me haría daño.

—Ha sido criada para matar al hijo del diablo. Es lo único en lo que cree. Por eso fue separada de ti cuando cumplió los catorce.

—Mi hermana no fue separada de mí al cumplir los catorce. Mi hermana vivió toda la vida conmigo.

—¿Ella se quedó contigo y tus padres después de cumplir catorce? —preguntó Ruth, sorprendida.

—Mi padre se marchó cuando yo era muy pequeña y mi madre nos abandonó poco después para irse a vivir con un hombre con el que se casó al que las niñas pequeñas le molestaban. Fuimos a vivir con la madre adoptiva de mi madre.

—¿La familia de tu padre no se encargó de vosotras?

—Mi padre no tenía familia. Él era inglés y se mudó a Chicago después del fallecimiento de sus padres y su hermana en un accidente de coche —O, por lo menos, eso era lo que mi madre nos había dicho. Ella no nos había dado muchas explicaciones.

Ruth cerró los ojos un instante.

—Ha cambiado, todo ha cambiado —murmuró con un suspiro—. El deber de tu padre era criar a su primogénita bajo los mandados de la sociedad secreta y cuando tuviese catorce años enviarla con los miembros más destacados para que la instruyesen en su deber. Mantener a su segunda hija ciega de la oscura verdad, pero cerca, para instruirla si fuese necesario.

—¿Perteneces a la sociedad secreta?

—No, pero me he informado los últimos años —no me sorprendió su respuesta. Ruth quería salvar a Derek—. Mi madre crio a Albert, el padre de Arthur, era su niñera —continuó—. Él y yo teníamos una edad parecida, por lo que yo pasé mucho tiempo cerca de él. Éramos amigos, a pesar de la diferente clase social a la que pertenecíamos. El padre de Albert murió cuando él era muy pequeño para recordarlo. Se crió con su madre y ante la atenta mirada de su abuelo. Pero este enfermo gravemente cuando Arthur tenía diez años. Antes de fallecer le contó a Albert que pertenecía a una sociedad secreta llamada la rosa y la daga. Su abuelo estaba seguro que de su estirpe nacería el engendro del diablo. Un niño con una marca en forma de luna en la cara y que debía morir en manos de la elegida para evitar que el diablo reinase en la tierra. Albert me lo contó pero al igual que yo pensaba que eran delirios por culpa de la fiebre alta que sufrió. No le creyó y nunca volvimos a hablar de ello. Pero cuando Derec nació con esa marca yo me sorprendí. Y después cuando fue creciendo él mostró signos de ser diferente. Los sirvientes le temían, y muchos se santiguaban cuando pasaban a su lado. Empecé a pensar que podía ser verdad, que el abuelo de Albert estaba en lo cierto. Investigue y encontré indicios de que la sociedad existía, información sobre sus métodos. Si tenía alguna duda de disipó cuando puede leer parte de sus escrituras. Pero, nada importaba yo ya le amaba y no podía permitir que nadie lo dañase. No podía permitir que la elegida viniese a hacerle daño. ¿Pero que podía hacer? Arthur no sabía nada y yo no podía contárselo, él no me creería.

—Me explotá la cabeza —dije colocándome una mano en la frente.

Ruth me ignoró.

—Audrey, la posadera del pueblo, vino a verme una semana antes de tu llegada. Ella sabía sobre la sociedad secreta y sobre quién era Derek en realidad. Me aseguró que había una solución y que tú llegarías. Tú eras la segunda hija, el reemplazo. Tu destino no era el que creía

la sociedad. tu destino era matar a tu hermana cuando intentase asesinar a Derek y cambiar la naturaleza de Derek, criándolo como tu propio hijo. Con amor.

Audrey no me había contado nada de eso. No sé si se había quedado sin tiempo o esperaba que fuese Ruth la que me lo contase.

—Tú le diste la carta a Arthur. Una carta del padre de Grace Robinson —No esperé a que ella me lo confirmara—. ¿Cómo la conseguiste? ¿Era una falsificación?

—Audrey me la dio. No me importa lo que la sociedad diga ni las pruebas que lo acreditan. Derek ha nacido fruto del mal, pero puede hacerse bueno. Te he visto con él, tú puedes cambiarlo. ¿En tu tiempo cuándo es asesinado?

—En tres días. Arthur y él.

Ruth palideció.

—¿Su excelencia?

—En mi época las pocas personas que saben sobre la existencia del ducado LowCastle creen que Arthur asesinó a su hijo y luego se quitó la vida.

—Arthur nunca haría daño a Derek. Él no sabe nada y, aunque lo supiese, no cambiaría nada. Moriría protegiendo a su hijo.

—Y, tal vez, fue así como fue. —Ya no sabía qué creer de la versión de los hechos que me habían dado. No sabía cuánto de verdad había en ella.

—No puedes dejar que suceda —dijo, alarmada.

Suspiré.

—No lo haré.

Capítulo 32

18 de mayo de 1818, día del eclipse lunar. El mismo día que Arthur había anunciado que llegaría junto a Derek.

Había estado a punto de ir a Londres en su búsqueda cuando tres días antes, Harvey, el vizconde de Linley, nos había visitado para informarnos de que Arthur llegaría el 18. Harvey había regresado al campo para estar con su madre enferma.

—¿De qué hablaba con Charles Wending? Les escuché gritar a ambos —le pregunté a media tarde, mientras esperábamos a Arthur, sentados en un banco del jardín.

No había visto a Harvey el día que vino a traernos las noticias de Arthur, por lo que esa tarde, cuando había venido de visita pensando que Arthur ya había llegado, aproveché para hablar con él.

—Le va a hacer un retrato a mi madre. —Era algo que ya me había dicho ese día. Él se dio cuenta de que no me iba a conformar con esa información, por lo que continuó—. Mi madre está enferma, el médico le da un año siendo muy optimista. Ella desea un retrato suyo realizado por Charles, pero él se estaba negando a dejar otros trabajos detrás por hacérselo.

No cuadraba con nada de lo que había escuchado, pero teniendo en cuenta la clase de persona que era Charles, a saber si estaba chantajeando a Harvey por algo, así que no insistí. Bastante agradecida que estaba con él por aparecer a tiempo. Nadie había intentado matarme desde que me encontraba en la casa de campo, así que esperaba que se hubiese dado por vencido respecto a mí.

—Ese hombre no me gusta —dije.

—A mí tampoco —concordó Harvey—. Aunque a mí me gustan con menos pelo y con la piel suave. Y con aparato reproductor femenino —dijo entre risas.

—Debe estar contrariado por no haber podido disfrutar de la temporada. Londres estaba lleno de mujeres bellas.

—También hay mujeres bellas en el campo. —Me miró, guiñándome un ojo y puse los míos en blanco. Era incorregible—. Y las del campo no esperan nada de mí. En realidad, sí —se corrigió—. Esperan algo, pero eso si puedo dárselo.

Negué con la cabeza. No sé cómo sucedía, pero la mayor parte de las conversaciones que hablaba con ese hombre, trataban sobre mujeres.

No pudimos seguir conversando, porque un hombre a caballo, que reconocí como el ayuda de cámara de Arthur, apareció por el camino empedrado, cabalgando a una velocidad de vértigo. Arthur y yo nos levantamos de golpe, incluso vi por el rabillo del ojo como de la casa salían varios sirvientes, entre ellos, Ruth.

Ruth y yo habíamos mantenido varias conversaciones durante los últimos días, aunque yo seguía muy confundida, ella seguía viendo en mí a la salvadora.

—¿Qué sucede, Henry? —le preguntó Harvey al hombre.

El hombre bajó de un salto de su caballo. Jadeaba por el esfuerzo, pero estaba decidido a contarnos lo que había sucedido, por lo que no se demoró en hablar.

—Habíamos llegado a las tierras de su excelencia cuando el señorito Derek pidió que parasen el carruaje porque necesitaba orinar. Aunque su excelencia quiso acompañarle, lord Derek se negó y se adentró solo entre los árboles. Como tardaba en regresar, su excelencia fue en su búsqueda, pero el niño no estaba. Le hemos buscado durante dos horas sin parar, pero no lo

hemos encontrado por ningún lado.

—Es imposible que fuese muy lejos si iba a pie —dijo Harvey.

—¿Habéis ido a la iglesia? —¿Y si el padre Murray le había hecho algo? Ya que no me creía ni por asomo que lo único que pudiese matarlo era una daga.

—Sí, señorita Robinson. Sin embargo, solo estaba el padre Murray Le hemos interrogado y no ha visto a Derek.

Él me seguía llamando por mi apellido falso, por lo que Arthur no me había delatado. Como tampoco parecía asombrado por mi presencia allí. Aunque Arthur tampoco le había dicho nada a Harvey, y este ni siquiera me había preguntado por qué estaba en el campo. Aquel pensamiento que no había pensado hasta ese momento provocó un pinchazo en mi estómago, pero no le hice mucho caso, ya que estaba preocupada por el bienestar de Derek.

—Debemos ayudar a encontrarlo —dije con convicción.

—¿Entonces no le han visto? —preguntó Henry, desesperado.

—No —respondí—. Harvey, debemos hacer algo.

Harvey se puso en acción. Envió a un sirviente para que avisase a los suyos para que buscasen al pequeño por sus tierras. Era imposible que hubiese andado tanto, pero, tal vez, alguien se lo había encontrado. Preparó los caballos para que los sirvientes saliesen en su búsqueda. Ruth, que para la edad que tenía resultó ser una amazona de primera, montó en uno de los caballos y salió junto a otros sirvientes en busca del niño. Algunos fueron al pueblo a preguntar y pedir más ayuda.

Harvey y yo íbamos montados en el mismo caballo. Con la excusa de que, cuantos más caballos disponibles quedasen, mejor, le había convencido para montar juntos. Aunque había vuelto a montar en alguna ocasión, aún no estaba ni de cerca segura. Lo buscamos sin descanso, sin ningún avance ni pista. Encontramos a algunos de los sirvientes que venían de Londres con su excelencia y nos dijeron que Arthur había ido hacia el lago. Estábamos llegando, cuando nos encontramos a Arthur. Había anochecido, pero la luna llena iluminaba el cielo. El eclipse no había comenzado, o aún no se notaba.

—¿Solo falta por buscar en el lago? —preguntó Harvey, tirando de las riendas del caballo para tirar de él. Arthur hizo lo mismo.

En ese momento, se encontraba solo, aunque escuché ruidos de herraduras de caballos golpeando el suelo.

—Sí, no aparece por ningún lado —respondió Arthur, sin molestarse en mirarme, pese a que era obvio que me había visto. La luna iluminaba con fervor.

—Igual le han encontrado y ya está en casa sano y salvo —dijo Harvey, estirando la mano para darle una palmada de consuelo a Arthur.

Este asintió.

—Vayamos al lago de todas maneras —insistí.

Derek estaba en peligro. ¿Y si la secta había cambiado los planes y le habían secuestrado en espera a que llegase mi hermana? En la versión que Adele me había dado, Derek fallecía en la habitación infantil, pero sabiendo que yo lo sabía, ¿serían tan tontos de no cambiar sus planes?

Los miembros de esa secta estaban chalados, pero eran inteligentes. Por supuesto que intentarían asesinarle de manera que yo no me lo esperase.

Seguía estando segura de que Heather no le haría daño. Pero sí que creía que ella había viajado a esa noche y aparecería durante el eclipse. Podían acabar muertos los dos.

Harvey asintió y tiró de las riendas para que el caballo se moviese. Unos minutos después, llegamos al lago y lo que vi allí provocó que mi mandíbula se desencajase y mis ojos se abriesen

como platos.

Derek se encontraba dentro del lago La luna iluminándole con su luz. El agua roja y los peces muertos alrededor de él.

Mi corazón se detuvo. Esa era la señal de la que Audrey me había hablado. La señal de que Derek era el hijo del diablo.

Salté del caballo y eché a correr hacia el lago. Escuché las voces de Arthur y Harvey gritándome, pero no me detuve. No cuando tenía una misión entre manos.

Me quité la chaqueta junto a las botas de montar y nadé en el agua roja a la vez que el cielo cambiaba. Cada vez, la luz era menos clara, pero veía la espalda de Derek. Al acercarme, me di cuenta de que él estaba de pie, encima del agua, pisándola como si fuese tierra. Sus ropas estaban pegadas a su cuerpo y su cabello mojado, lo que significaba que cuando se había metido al lago había tenido que nadar.

¿Él sabía nadar? No se lo había preguntado a su padre. No había pensado en ello.

—Derek, ¿qué haces?

Él se giró para mirarme. Ladeó su cabeza como si estuviese buscando algo en mi rostro.

—No me gusta mojarme la ropa —dijo.

—¿Has venido tú solo al lago?

Él negó con la cabeza.

—Él me ha obligado a meterme al agua con ropa. No me gusta mojarme la ropa.

Él señaló hacia la orilla. Había un hombre al que no había visto. En realidad, vi muchos hombres. Pero nadie entró al lago, ni siquiera Arthur o Harvey.

—Tenemos que salir del lago, Derek. —Yo no podía llegar hasta la isla nadando, no era tan buena nadadora. Y no podía dejarlo allí. Teníamos que volver a la orilla.

—No quiero mojarme la ropa otra vez —repitió.

—Escúchame, cariño. No pasa nada. Yo también me he mojado la ropa. —Por suerte, me había quitado el vestido y me había puesto la ropa de cabalgar que Arthur me había comprado para nuestro paseo a caballo. Con pantalones aún podía nadar algo. Sentí los cadáveres de los peces chocando contra mi cuerpo, pero me mantuve tranquila—. Te prometo que te quitaré la ropa mojada en cuanto lleguemos a la orilla. Te secaré con una manta y te cubriré con otra. Y en casa, podrás ponerte ropa seca.

—No —negó con contundencia.

Miré al cielo, el eclipse estaba comenzando a hacerse evidente. En unos minutos estaría en su mayor esplendor. El cielo enrojecería.

Debíamos regresar a la orilla. Yo no iba a aguantar mucho más a flote.

—Ya está bien —dije con autoridad. Arthur tenía razón, aparte del amor, la disciplina también era necesaria. Sobre todo, con un niño tozudo que pisaba el agua—. Quítate las botas y ven aquí inmediatamente. Vamos a hacer lo que te he dicho. No me quiero enfadar contigo, pero si no obedeces, me voy a enfadar. ¿Quieres que me enfade?

Sorprendentemente, él negó con la cabeza. Se agachó para quitarse las botas, las tiró al agua, y dio un par de pasos, cayendo al agua de nuevo. Se ve que podía mantenerse sobre el agua, pero no andar en ella. Era bueno saberlo.

Por el amor de Dios, estaba normalizando aquella locura.

Agarré a Derek, protegiéndolo con mi cuerpo. Él apoyó su carita en mi hombro.

—¿Sabes nadar?

Él asintió.

Con dificultad, le quité la chaqueta para que le fuese más fácil nadar. Le solté y nadamos

hasta la orilla. Al llegar, me di cuenta de que el hombre al que había señalado Derek era el marido de Audrey.

—¿Necesita más pruebas para saber que es el hijo del diablo? —me preguntó.

¿Había obligado a Derek a meterse en el lago con el riesgo de morir ahogado solo para demostrarme que era malvado?

Rodeé el cuello del niño y lo coloqué delante de mí, abrazándolo con mis brazos. Él me lo permitió.

—No vas a hacerle daño.

El hombre joven soltó una risa que me heló aún más mis mojados huesos.

—¿Qué más necesita para ver que es un engendro del mal?

—Es un niño pequeño. Uno al que quiero con todo mi ser. No me importa si lo que dices es cierto o no. Nadie va a hacerle daño, no si yo puedo impedirlo. Y confía en mí, la pelea va a ser brutal.

—Derek, Grace estáis bien. —La voz de Arthur provocó que mirase hacia la izquierda. No había mucha luz, por lo que no podía ver bien, pero sí vi que dos hombres le sujetaban, impidiéndole moverse.

Por eso él no había venido a por mí y a por su hijo al lago. Vi sombras de más hombres o mujeres en la orilla del lago, pero no podía reconocer sus rostros. Tampoco encontré a Harvey, que también debía estar retenido.

De repente, el cielo se puso rojo completamente. Derek agarró mi mano y levantó la palma donde estaba mi cicatriz. Él la coloco en su mejilla donde estaba su marca de nacimiento. Ambas marcas se unían para formar una luna llena.

Derek se había dado cuenta de algo que yo no había hecho: estábamos conectados. Su marca y mi cicatriz nos habían unido, pero el amor que sentía hacia él haría que siempre lo protegiese. Ese niño era como un hijo para mí.

—Nadie te hará daño.

—Yo no prometería algo que no pudiese cumplir —dijo una voz muy conocida para mí.

Heather estaba frente a nosotros, portando la daga. Alguno de los presentes debían llevar farolillos encendidos, porque aparte de la sombra roja, una luz tenue nos iluminaba.

—¿Heather, estás bien? —pregunté, mientras apretaba al niño fuerte contra mí. Me alegraba de volver a verla.

—Perfectamente, más feliz que nunca —respondió, con una sonrisa escalofriante. Una que no había visto nunca en ella—. Mi vida estaba vacía, sentía que algo me faltaba. —Ella tenía su atención en mí, pero su mirada estaba perdida, como si estuviese en otro lugar—. Pensaba que era que nuestros padres nos hubieran abandonado, pero no. Nuestro padre intentó negarme mi destino, pero, por suerte, me encontraron. Esto es para lo que nací —dijo, levantando la daga y señalando a Derek con ella.

El niño la miraba impasible. Él no mostraba signos de miedo.

—¡Eso es una completa locura, Heather! ¡Es solo un niño! —exclamé, desesperada. No podía creer que mi hermana se hubiese creído semejantes historias—. Yo me aseguraré de que no haga daño a nadie si ese es el miedo que tenéis. Él ha cambiado. Y puede seguir haciéndolo —traté de convencerla.

No obstante, cuando Heather se rio, me di cuenta de que no iba a poder llegar a ella. Las personas de la secta le habían lavado el cerebro. No podía ser de otra manera. ¿Cómo si no mi hermana podría ser capaz de matar a un niño?

—No, Grace. Esta vez, no me opacarás. Esta vez, tú no serás la protagonista.

¿Pero qué chorradas estaba diciendo? Yo siempre había estado en segundo plano, siempre era ella la que brillaba. Y nunca me había importado, porque así lo había decidido. Esos eran nuestros papeles, donde cada una de nosotras nos sentíamos cómodas.

—Heather, tú siempre has brillado. Yo he sido tu sombra, y estoy bien con ello porque…

Ella levantó la mano, impidiéndome seguir hablando.

—He tenido que luchar para brillar. Tú brillabas sin quererlo. —Sus palabras estaban llenas de ira—. No sabes la de veces que he tenido que lanzar rumores en el colegio para que todos te ignorasen. O la de chicos a los que he tenido que decir que tenías una enfermedad para que no te pidiese salir en el instituto.

La miré, sorprendida ante su confesión. ¿Ella había sido quien había motivado todas las burlas que había sufrido cuando era pequeña? Conversaciones pasadas de rumores absurdos que pensaban que habían sido infundidos por mis compañeros pasaron por mi cabeza. Incluso miradas y risas en las que Heather participaba cuando pasaba delante de mí con sus amigas. Siempre había creído que eran inofensivas, nunca les había dado importancia, ya que mi hermana era capaz de hacer cualquier cosa con tal de que la aceptasen. Sin embargo, ahora todo tenía sentido.

Mi hermana no estaba bien. Y los de la secta se habían aprovechado de su vulnerabilidad para convencerla de cometer una atrocidad.

Las señales habían estado ahí, pero no lo había querido ver. Porque ella era mi única hermana y siempre habíamos sido ella y yo contra el mundo.

Pero no le guardé rencor. Porque, al igual que Derek, sabía que Heather tenía bondad en su corazón.

—Heather, escucha…

—Milady, el eclipse va a terminar —dijo el posadero, interrumpiéndome—, nos estamos quedando sin tiempo. La daga no funcionará fuera del eclipse.

Heather asintió. Le hizo un gesto y un hombre que no me había dado cuenta de que se encontraba detrás de mí, me aprisionó con sus brazos, separándome de Derek.

—¡Derek, corre! —grité, pero el niño se agachó y cogió algo del suelo. Por dios, era la maldita araña. Él la sujetó en su palma y se quedó mirando a Heather.

—Tú debías estar en tu habitación dormido —habló antes de que Derek pudiese responder, aunque yo sabía que no lo iba hacer—. Te hubiese clavado la daga antes de que despertases, no hubieses sufrido. Pero mi hermana, como siempre, ha tenido que meter las narices donde nadie le llamaba. Ahora, vas a sufrir por su culpa.

Derek giró la cabeza para mirarme. Él no estaba asustado, más bien resignado, como si aceptase su muerte. Era desolador. Provocó que mi corazón se rompiese con un crujido.

—No le hagas daño, Heather. Por favor —supliqué.

—¿Creías de verdad que podías salvarle? Eres más ingenua de lo que pensaba. No podías. Yo iba a aparecer donde quiera que el engendro del diablo estuviese. Tú has provocado que su muerte sea más cruel. Debía haber sido algo intimo, rápido, prácticamente indoloro. Es tú culpa, hermanita, que no sea así.

Derek levantó la palma de su mano donde sostenía a la araña. Volvió a mirar a Heather, pero, esta vez, algo en la mirada del niño provocó que mi hermana diese un paso hacia atrás. Aunque se recompuso con rapidez.

—¿Crees que puedes asustarme? —le preguntó con una risa extraña.

Derek no respondió. Perdiendo la paciencia, Heather se abalanzó hacia él, pero, de repente, una sombra apareció, empujando al niño. A mi hermana no le dio tiempo a reaccionar y acuchilló

a la mujer en el pecho.

Cuando cayó al suelo, me di cuenta de que se trataba de Audrey. Su marido, al darse cuenta, pegó un grito y se arrodilló frente a ella.

—¡Estúpida! —gritó Heather, fuera de sí.

Derek se había caído al suelo. Él no se levantó. Buscaba algo por la hierba. Posiblemente, a su araña.

Escuché gritos. Arthur diciéndole a Derek que corriese y hombres gritándole a él que se estuviese quieto. El resto de personas estaban en silencio.

Yo forcejé con los hombres que me sujetaban, pero sin éxito alguno. Heather recuperó la daga, sacándola del cuerpo de Audrey mientras el marido intentaba auxiliarla, sin éxito. Estaba muerta.

Miré el cielo, el eclipse estaba llegando a su fin. Heather se dio cuenta de lo mismo. Fue a por Derek, pero, esta vez, un hombre se tiró sobre ella, le quitó la daga y se la clavó el corazón, matándola.

Un grito más de un animal que de una persona se escuchó en el claro. Tardé unos segundos en darme cuenta de que lo había emitido yo. En cuanto el cuerpo sin vida de Heather cayó sobre la hierba, los hombres me soltaron.

Uno de ellos miró al hombre que había salvado la vida a Derek. Era Harvey.

—Eres un traidor —escupió uno con rabia.

Contemplé como la mayor parte de las personas que se encontraban allí, aunque no podía ver sus caras, se marchaban.

Por el rabillo del ojo vi a Arthur arrodillarse en el suelo para comprobar cómo estaba Derek. Yo no me moví, solo podía mirar el cuerpo muerto de Heather.

Mi hermana, la única familia que me quedaba, había sido asesinada.

—Si no te vas, ya no podrás irte —me dijo Harvey. Él llevaba la camisa arremangada y pude ver el tatuaje, pertenecía a la orden. Entonces, recordé la historia que me había contado la bibliotecaria. Un aristócrata vecino, había relatado que Arthur le confesó el asesinato de Derek antes de suicidarse.

Harvey, él había sido un cómplice. Por eso estaba en el taller de Charles.

—Tú mataste a Arthur y encubriste el asesinato de Derek —espeté, horrorizada.

Harvey me observó en silencio durante unos instantes, como si estuviese asimilando mis palabras.

—¿Eso hice para los de tu época?

—Sí —respondí—. ¿Por qué has salvado a Derek?

¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

—¿Ibas a matarme y permitir que mataran a tu ahijado? —preguntó Arthur, pero Harvey no le contestó.

—Mi padre pertenecía a la orden, igual que mi abuelo y bisabuelo. Creía en los que promulgaban hasta que llegaste tú. Vi los cambios que provocaste en Derek. Le conozco desde que nació, es mi ahijado. También le quiero, pero pensaba que hacía lo correcto. Sin embargo, con tu llegada, vi otra salida. Intenté convencer a los miembros de darte una oportunidad con el niño, pero se negaron. Quiero creer que nunca hubiese matado a mí mejor a amigo. Tal vez, lo hubiese hecho por el bien de la orden si no me hubieses hecho ver la bondad de Derek y la posibilidad de cambio.

Entonces, lo entendí. Manché el escritorio de tinta porque no era yo la que mataba a Heather, mi sola presencia para cambiar el pasado no bastaba. Los cambios que podía provocar

en ella, sí. Que el vizconde me conociese y presenciase mi relación con Derek, eso era lo que había cambiado el destino de Derek.

Harvey miró al cielo.

—Es ahora o nunca. —Estiró su mano hacia mí y abrió su mano, mostrándome su palma. Sostenía una moneda que reconocí al instante. Era la moneda que me había traído al pasado—. La moneda no sirve después del eclipse. Si no te vas ahora, puede que nunca puedas regresar.

Miré la moneda. Después, giré la cabeza hacia Arthur, quien me observaba con estupefacción. Derek me contemplaba con confianza, como si supiese que no iba a abandonarlo.

Él tenía razón, no podía hacerlo. No podía regresar a mi época. No cuando era allí donde quería estar. Quería criar a Derek y casarme con su padre. Quería vivir mi historia de amor. Y quería formar mi propia familia.

—No me voy a ir. Es aquí donde quiero quedarme.

Me di la vuelta y me acerqué a Arthur y Derek. El duque estiró su brazo para rodearlo por mi cuello y Derek me abrazó.

—Os amo a los dos —susurré, con mi voz estrangulada por la emoción.

—Nosotros también te amamos —me dijo Arthur—. No sé que acaba de suceder, no sé nada. Lo que sí sé es que te amo con todo lo que tengo, Grace. No me importa quién eres ni de dónde vienes, solo que te he encontrado. Que nos has encontrado.

Esbocé una sonrisa mientras acariciaba la cabeza de Derek. Este había alzado su cabeza hacia mí y pude ver todo el amor que me profesaba en sus ojos.

—Yo también me alegro de haberos encontrado.

Puede que no hubiera sido la elegida, pero siempre había estado destinada a encontrarlos. Mi hogar estaba allí, junto a ellos.

Epílogo

5 años después…

—No me puedo creer lo mayor que está ya William —le dije a Arthur, mirando a nuestro niño de tres años, que corría por la orilla del lago ante la atenta mirada de su hermano mayor.

Era verano y Derek se encontraba en casa después de su primer año en Ethon. Había logrado convencer a Arthur de que prolongase lo máximo posible la entrada de Derek en el colegio, algo con lo que había contado con la ayuda de Ruth. En los últimos años, esta se había convertido en uno de mis mayores apoyos. Ella había sido de los pocos empleados de la casa de campo que no se habían marchado la noche del eclipse, o que yo no me había encargado de enviar a trabajar con otros nobles, ya que seguían mirando a Derek con miedo. Todos habían sido reemplazados por personas que veían a Derek como lo que era: un niño.

Como había descubierto días más tarde de lo ocurrido, Ruth había sido la que había ido en busca de Audrey la noche del eclipse, ya que sospechaba que su marido podía estar involucrado. Ruth se sentía culpable por la muerte de Audrey, pero si no fuese por ese acto valeroso de Audrey, Derek habría fallecido.

Harvey nos había contado que no había podido ayudarnos antes. puesto que le había costado escabullirse de los miembros de la sociedad o personas que les apoyaban que se encontraban allí.

Estaba eternamente agradecida. Incluso Arthur, a pesar de que había estado muy enfadado con él, había acabado perdonándole. Harvey se llevó a su madre al extranjero para protegerla de la sociedad. Esta murió un año después, pero él seguía apareciendo poco por Londres por miedo a represalias. Aunque, de vez en cuando, nos visitaba.

Le había contado toda la verdad a Arthur. Algo que le había costado entender, aunque había visto con sus propios ojos el mar rojo y como el cuerpo de Heather había desaparecido cuando el eclipse terminó. Lo había hecho junto a la daga. La moneda también se había evaporado. Había perdido cualquier oportunidad de regresar, pero no podía importarme menos. Todo lo que quería y necesitaba lo tenía en el siglo XIX. Bueno, todo no, no tenía a Heather.

No había podido enterrarla. Una parte de mí quería creer que ella había regresado a nuestra época sana y salva.

No odiaba a Heather, nunca podría hacerlo. Me sentía culpable por no haberla entendido. Por no haberme dado cuenta que había algo mal en ella. Qué era vulnerable y manipulable. Que estaba sufriendo.

Luego había otro sentimiento que me perturbaba, uno que escondía en lo más hondo de mí corazón: el miedo a que estuviese viva y regresase a hacer daño a Derek. No me permitía pensar mucho en ello, porque si lo hacía, si tenía que elegir que ella estuviese viva siendo un peligro para Derek en un futuro, prefería que no lo estuviese. Y ese era un pensamiento que no me podía permitir. Por lo que rezaba a un Dios en el que no creía para que estuviese viva, viviendo una vida sin odios ni rencores ni engullida por una secta.

Días después del eclipse, había estado leyendo *Los viajes de Gulliver* con Derek para descubrir que al libro no le faltaba la hoja que Landon había roto. Mi primer pensamiento fue que el libro era otro, pero no era así. La segunda página estaba doblada por la esquina, una pequeña mancha de grasa ensuciaba la ilustración donde Gulliver era atrapado por los liliputienses.

Sin duda alguna, era el mismo, pero aparte de la página, tenía otra diferencia: en la última página en blanco había escrito unas palabras. Las palabras estaban dirigidas a *mi pequeña rosa*. Solía leer con frecuencia esas palabras, no obstante, aunque no lo hiciese, sería capaz de reproducirlas.

«Mi pequeña rosa:

Si estás leyendo estas palabras, es porque ellos me encontraron y no pude regresar con vosotras. Quiero que sepas que no quería irme, que lo hice para protegeros.

Fui un ingenuo al pensar que podía tener una vida normal, una vida fuera de la sociedad secreta. Una vida donde los cuatro fuésemos felices.

Pero si este libro ha llegado a ti es porque tú has logrado cambiar la historia. Porque tu, pequeña rosa, eres especial. Eres fuerte, decidida y luchadora.

Nunca dejes que nadie te diga que debes hacer. Haz aquello que tu corazón te grite.

Papá te ama».

Por más que durante los años había leído esas palabras, no lograba entenderlas del todo. Entendía que mi padre había sido asesinado por la sociedad. Posiblemente, porque él se negó a delatar dónde nos encontrábamos. Él intentó salvar a Heather de su destino, pero ellos terminaron encontrándola igual.

Había otras muchas cosas de sus palabras que no entendía. No entendía como él había vaticinado que yo cambiaría la historia. Y tampoco por qué el libro que él me leía cuando era niña era el mismo que Derek tenía en su poder. Ni tampoco la razón por la que esas palabras no estaban en el libro hasta después del eclipse lunar cuando Derek había sido salvado.

En realidad, había muchas cosas que no entendía desde que había viajado en el tiempo, pero la más importante, en realidad, la única que importaba, era que había hecho lo correcto. Que al final las cosas habían terminado como debían terminar. Posiblemente, nunca tendría todas las respuestas, pero, honestamente, no las buscaba, porque aquellas respuestas que me importaban estaban resueltas.

—¡Papá! —gritó mi hija Audrey, de un año, sentada en la manta entre su padre y yo. Levantando los brazos para que la cogiese en su regazo. Algo que Arthur hizo inmediatamente.

—Esta también está creciendo deprisa. Aunque no ha aprendido a decir mamá aún —dije mientras me inclinaba para darle un sonoro beso en la mejilla a mi hija—. Es una niña de papa.

Arthur le dio otro en la otra mejillas.

—Esos dos —señaló a nuestros hijos mayores—, son niños de mamá.

—Eso no te lo puedo negar —concordé con una sonrisa, mientras miraba como Derek ayudaba a su hermano a coger una piedra y lanzarla al lago.

Aunque el lago había sido el lugar donde casi mi hermana había asesinado a Derek íbamos muy a menudo allí. Habíamos decidido enterrar los malos recuerdos con nuevos recuerdos felices y lo habíamos logrado.

Derek aplaudió cuando su hermano pequeño consiguió lanzar la piedra lejos, logrando que el pequeño diese saltos de alegría.

Derek era un grandísimo hermano mayor. Él seguía sin ser muy comunicativo, ni muy cariñoso. Tampoco le gustaba mojarse con ropa o que le tocasen, siempre y cuando no fuésemos su padre, sus hermanos o yo.

—¡Quiero ir al laberinto! —gritó William, corriendo hacia nosotros.

—Ten cuidado, no hagas daño a tu hermana o a tu madre —le regañó Arthur con dulzura.

El laberinto se había convertido en uno de los lugares de juego preferido de los niños, incluso de Derek, desde que Arthur había mandado quitar la estatua al descubrir que su bisabuelo

pertenecía a la orden y la había sustituido por una fuente.

William obedeció a su padre y se sentó en mi regazo con cuidado.

—¿Vamos? —preguntó.

—Para cuando lleguemos a casa será tarde, ya habrá oscurecido —le dije, provocando que su cara se arrugase y unas pocas lágrimas comenzasen a derramarse por sus ojos.

Era todo un teatrero. No sabía a quién había salido, pero, desde luego, no a mí.

—Si quieres, yo te llevo mañana —le propuso Derek, acercándose adonde nos encontrábamos.

Por arte de magia, las lágrimas de William desaparecieron. Él se levantó de un salto y abrazó las piernas de su hermano mayor.

—Súbeme a hombros —le pidió.

Derek obedeció inmediatamente. Sus hermanos hacían lo que les daba la gana con él.

—No entiendo cómo alguien puede pensar que es malvado —susurré, pero Arthur me escuchó.

—Porque son unos ignorantes. Pero jamás van a hacerle daño.

Arthur había logrado que el rey regente ordenase poner en busca y captura a todos los miembros de la sociedad. Aunque Charles seguía impune, ya que contaba con el favor del rey, al igual que el marido de Audrey. Sin embargo, en el caso de este último, había sido porque Arthur así lo había pedido. No queríamos que sus hijos, que ya habían perdido una madre, sufriesen más.

Ambos sospechábamos que el rey regente sabía más de lo que reconocía, pero también sabíamos el poder que su madre tenía sobre él. Había hablado con la reina de madre a madre, sin contarle los detalles más escabrosos referentes a Derek y ella me había asegurado que nadie atentaría contra mi pequeño. Confiaba en ella.

Aunque ese siglo era un siglo donde los hombres dominaban, las mujeres eran fuertes y valientes. Lo era la reina, lo era Eve, de la que seguía siendo una gran amiga, y por supuesto, lo había sido Audrey.

Recordar a Audrey me hizo recordar a Margot. No había vuelto a verla. En realidad, yo personalmente no la había visto desde que había viajado en el tiempo. No sabía si algún día me visitaría, pero deseaba que lo hiciese para darle las gracias por llevarme hasta el amor de mi vida.

Tampoco sabía si Margot pertenecía a la orden o que relación tenía con ellos. Suponía que era una viajera en el tiempo que, a diferencia de mí, podía viajar con asiduidad. Pero eran todo suposiciones, porque no lo sabía y puede que nunca lo supiese.

Bostecé sonoramente llamando la atención de Arthur.

—Este embarazo te está dando cansancio —me dijo, mirando mi pequeña protuberancia.

Estaba de poco más de tres meses, pero, a diferencia de mis otros dos embarazos, este niño o niña venía dando guerra desde el principio.

—El cansancio no me molesta, llevo peor las náuseas matutinas.

—Eso es culpa tuya. No quieres seguir los consejos del médico.

Evidentemente, Arthur había cambiado de médico, pero el actual, aunque era simpático, y posiblemente un erudito para el año en el que nos encontrábamos, no tenía la menor idea.

—Porque sus consejos y remedios terminarán con el bebé y conmigo muertos. Necesito un médico que me recete un medicamento, no a ese charlatán. Que, además, me mira como si estuviese loca.

Arthur entrecerró los ojos.

—Cuando estaba dando a luz a William le tiraste un vaso mientras le gritabas que te diese la

epi…epi —dijo, intentando recordar la palabra, sin éxito.

—Epidural —terminé por él—. Es injusto que no la hayan inventado aún. Además, es un exagerado el vaso ni siquiera le rozó. —En el de Audrey como no tenía nada cerca para lanzarle le insulte con todos los insultos que se me ocurrían. En el fondo entendía que pensase que me faltaban varios tornillos.

Arthur suspiró.

—Sigues echando de menos muchas cosas de tu época —señaló Arthur con una mueca seria en su rostro. Fue a decir algo más, pero fue interrumpido por nuestra hija Audrey. Esta había comenzado a llorar, en un intento por llamar nuestra atención para soltarse del agarre de su padre. Cuando lo consiguió, esbozó una sonrisa desdentada, mientras observaba con fascinación como Derek cogía una de esas asquerosas arañas. El insecto se subía a su palma con facilidad y confianza.

A mis tres hijos les encantaban las arañas. Posiblemente, porque había dejado de luchar contra ello y permitía a Derek que jugase con ellas. Fuera de casa, claro.

Derek le puso la araña en la palma a William y Audrey gateó fuera de la manta, a la vez que gritaba. Derek fue a por ella. La cogió en brazos y la depositó en la hierba junto a William, que se había sentado para jugar con la araña.

—Hay cosas que echo de menos, sí —le dije a Arthur—. Sobre todo, aquellas que tienen que ver con la salud. No me gusta ver sufrir a mis hijos fiebres que pueden matarlos cuando en mi época se podría solucionar con un antibiótico o un paracetamol.

Eso era lo que peor llevaba. Aunque, por suerte, Derek nunca enfermaba. William y Audrey rara vez, y no había sido nada importante.

Arthur me miró con comprensión. Aquel había sido un tema recurrente entre nosotros y sabía que, a pesar de que nunca me lo había manifestado directamente, a él le preocupaba que, un día, me cansase y quisiese regresar a mi época. Algo que nunca sucedería.

—Sabes que te enti… —comenzó, pero le interrumpí.

—Pero no me arrepiento de haberme quedado. Jamás podría haberme arrepentido de amarte como te amo. Los niños y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Como respuesta, Arthur me besó. Lo hizo con todo el amor que me procesaba. Pero, cuando su mano me sujetó la nuca y profundizó el beso, entendí que era el preludio de algo más. El preludio de satisfacer la pasión que sentíamos el uno por el otro.

—Beso, puaj —dijo William con su vocecita, haciendo una mueca de asco.

Nos separamos para ver a nuestro hijo de tres años mirándonos con su carita arrugada.

Audrey se encontraba en el regazo de Derek, con su cabecita apoyada en el hombro de su hermano mayor, medio dormida.

Derek esbozaba una enorme sonrisa. Seguía sin sonreír mucho, pero cuando lo hacía, era por algo bueno. La educación y, sobre todo, el amor que le procesábamos Arthur y yo y el que veía que nos teníamos entre nosotros, había logrado el milagro. Había logrado que Derek no sucumbiera a cualquier maldad con la que nació.

El amor había ganado. Porque el amor, cuando era puro y real, siempre ganaba.

Redes Sociales

Instagram: lexi_thurman03